LS.C
T.2536

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

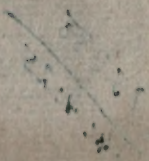
TOMO VI.

C/195'88
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

TORONTO PUBLIC LIBRARY
UNIVERSITY



CONTINUACION DE LA LISTA

DE LAS PIEZAS RECOGIDAS.

Primero y segundo Isaac.

El cubo de la Almudena.

La hija feliz de vecino, y corona de Madrid: Mariana de Jesus.

La perla de Cataluña, y peñas de Monserrat.

Lo que vale ser devoto de San Antonio de Padua.

La Gitana de Memfis.

Portentos de Babilonia en los sucesos distintos de torre, cena, y estátua.

Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza.

El crédito de la Divina Providencia: San Cayetano Thiene.

El premio de la limosna.

El mejor lirio francés, y Borgoñon mas ilustre: San Bernardo. Primera parte.

La amistad mas infeliz, y tragedia mas dichosa: Nuestra Señora de Gracia.

La gran Rosa de Viterbo.

La Venerable Sor Martina de los Angeles. Primera parte.

Idem. Segunda parte.
La esclavitud de Israél, las plagas de Faraon, y tránsito del Mar Roxo.
Santa Teresa de Jesus.
Juez, Arzobispo y Doctor.
Viage del Pueblo Hebréo á la tierra de Promision.
La fé de Abraham, y sacrificio de Isaac.
No muere quien vive en Dios: San Mauricio.
El Angel del Apocalipsi: San Vicente Ferrer.
La mejor flor del Carmelo.
El mas amante Pastor, y dichoso Patriarca.
Los dos prodigios de Roma.
Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el asombro de Palermo.
El arco de paz del cielo: Santa Bárbara.
El Angel Lego y Pastor.
Las cinco blancas de Juan de Espera en Dios.
La Cruz de Caravaca.
La defensora de la Reyna de Ungría.
Dios eleva la humildad con milagrosa eleccion.
Las devotas fundaciones del Caballero de Gracia.
El primer Rey de Navarra, y famoso Iñigo Arista.
La Fenix de Andalucía en la pérdida de España: Nuestra Señora de Regla.
Errores de Simon Mago convencidos por San Pedro.

Los desagravios de Christo.
Cerco y ruina de Numancia.
La Sibila del Oriente, y gran Reyna de Sabá.
Palmerin de Oliva.
El marido de su hermana, y mentirosa verdad.
San Franco de Sena.
Los cabellos de Absalon.
Manassés Rey de Judéa.
Orígen perdida, y restauracion de la Vírgen del Sagrario.
Nuestra Señora de la Victoria, y restauracion de Málaga.
El prodigio de Samaria.
El Ermitaño galan, y Mesonera del cielo.
Las cadenas del Demonio.
Las niñeces, y primer triunfo de David.
Glorias de Jesus cautivo, y prodigios del rescate.
El matido de su madre: Judas Iscariote.
La organista del cielo: Santa Cecilia.
El Farsante penitente.
La restauracion de Madrid, y blason de sus familias.
El Negro mas alevoso, y pirata del honor.
Orígen de las Misas de San Vicente.
Triunfante amor del engaño.
Hallarle culpa al amor no siendo culpa el amar.

Paces de ingenio y belleza.
Amor, firmeza y corona.
La ribera mas dichosa y esperanza de la Alcarria.
La mejor flor de Toledo, y el bien buscar en el agua: Redentora y Reyna á un tiempo.
Santa Juana de la Cruz.
A un tiempo casada y monja: Santa Francisca Romana.
El pobre mas poderoso: San Juan de Dios.
El menor de los Menores: San Francisco de Asís.
La mitra de Jaen, y rubí de Granada: San Pedro Pasqual.
El triunfo de Santa Clara.
El alva del mejor sol, y Patrona de Brihuega: Nuestra Señora de la Peña.
Santa Cátalina de Sena.
El mejor hijo de Madrid: San Dámaso.
La hija del Serafin, y tercera de Toledo.
La paloma de la Iglesia, y prodigio de la Italia Santa Columba.
La Vírgen de Guadalupe.
El Apóstol de Alemania, y segundo San Pablo San Norberto.
El Josef de las mugeres.
El hijo del Serafin: San Pedro de Alcántara.
El loco en la penitencia: Roberto el Diablo.

El sol en el nuevo mundo, y Pastor mas vigilante: Santo Toribio de Mogrovejo.
Lo que vale el dar por Dios.
Amar sobre todo á Dios, y Mártires de Antioquía.
San Julian y Santa Basilisa.
El segundo Josué, y gran Cardenal de España Fray Francisco Ximenez de Cisneros.
Santa Isabel Reyna de Portugal.
El segundo Job de Roma.
El eterno temporal, y el criador criatura.
La Rosa de Alexandría: Santa Eugenia.
La virtud vence al destino.
El milagroso imposible: Santa Rita de Casia.
El Atlante de la Iglesia, y defensor de María.
El Mágico prodigioso: San Cipriano.
La creacion del mundo, y primer culpa del hombre.
La soberbia de Nembrot.
El hijo del águila.

NOTA. *Se suspende por ahora la continuacion de la Lista de Piezas que deben recogerse, hasta tanto que se tenga un número suficiente de las nuevas originales, ó traducidas con que suplir la falta de las antiguas, que merezcan desecharse.*

ÍNDICE

DE LAS PIEZAS QUE CONTIENE ESTE TOMO SEXTO DEL TEATRO NUEVO ESPAÑOL.

El Conde de Olsbach, pág. 5
La Prueba Caprichosa. 117
Los dos Presos. 177
El Padre de familia. 247
La Muger zelosa. 395

EL CONDE DE OLSBACH.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS,

EN PROSA,

DEL TEATRO ALEMAN, ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Conde de Olsbach, *Señor Manuel Garcia Parra.*

La Condesa, su madre, *Señora Manuela Carmona.*

Julia, hermana del Conde, *Señora Rosa Garcia.*

Monsieur Vernin, Capitan reformado, *Señor Antonio Ponce.*

Monsieur Stornfels, Coronel reformado, *Señor Antonio Pinto.*

Madama Orlehim, su hija, *Señora Rita Luna.*

Madama Wandel, *Señora Maria Rivera.*

Catalina, su sobrina, *Señora Joaquina Arteaga.*

KULPEL, Mayordomo del Conde, *SEÑOR JOSEF OROS.*

CARLOS, criado anciano del Conde, *SR. FRANCISCO BACA.*

FELIPE, otro criado del Conde, *SEÑOR ALEXANDRO AGUIRRE.*

VARIOS DOMESTICOS, QUE NÓ HABLAN.

La Scena pasa, parte en la casa del Conde de Olsbach, y parte en la de Madama Wandel.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon, magnificamente adornado, en la casa del Conde de Olsbach.

SCENA PRIMERA.

Cárlos, ocupado en hacer una maleta, Felipe y otros criados.

A Felipe.

Cárl. Toma, guarda este uniforme: creo que el amo no le necesitará.

Felip. ¿Es cierto que ha hecho su dimision?

Cárl. Sí, muy cierto. ¡No sé, á la verdad, qué es lo que se le ha metido en la cabeza! Le desconozco desde que ha venido del exército. Yo creo que ha perdido el juicio: hoy es su cumple años, y quiere marchar á sus estados. ¿Qué iremos á hacer allí?... ¿á coger páxaros?

Felip. Yo creo que el amo tiene algun gran pesar: porque he notado que se hace violencia para mostrarse alegre. Ayer tarde le sorprendí llorando, y hablando consigo mismo, creyendo

que estaba solo. No pude comprehender nada de lo que decia; solo ví que tenia un papel en la mano, y en él fixados tristemente los ojos: un momento despues los levantó al cielo suspirando; profirió algunas palabras interrumpidas de suspiros, entre las quales solo pude percibir estas: ¡*Desgraciada Emilia*!... *las llamas*... Se arrojó al punto sobre un sofá, y lloró amargamente. En esto entra la Condesa, y (¿lo creerás?) al instante se reportó, y la recibió con semblante sereno; qualquiera hubiera dicho que no le habia pasado nada.

Cárl. A no ser que sé le haya muerto algun amigo. Porque sino, ¿para qué esos vestidos de luto que ha metido en la maleta?

Felip. Preciso es que sea eso.

Acaba de hacer la maleta, mete en ella Cárlos algun libro, y dice:

Cárl. Ya está concluído esto.

La cierra, se guarda la llave, y dice á los criados.

Vamos; llevad esta maleta, y ponedla en el coche. *A Felipe.*

Tú dí al cochero que esté pronto; yo no sé á qué hora marchará el amo.

SCENA II.

Los mismos y Kulpel.

Kulp. Felipe, trae mi desayuno, que está en la antecámara.

Vase Felipe.

Buenos dias, Cárlos.

Pone una mesa, y coloca las sillas.

Cárl. Buenos dias, señor Kulpel...

Kulp. ¿Está ya visible el amo?

Cárl. Todavía no.

Kulp. ¿Quándo marchais?

Cárl. No lo sé.

Kulp. ¿Y dónde vais?

Cárl. Lo ignoro.

Kulp. ¿No ha dicho nada ayer tarde el amo?

Cárl. Nada.

Kulp. ¿De quién podrá ser aquella carta que recibió?

Cárl. No sé.

Luego que ha arreglado las sillas, quiere irse.

Kulp. ¿Me avisará vm. luego que se levante el amo?

Cárl. Sí señor. *Vase.*

SCENA III.

Kulpel y Felipe, que trae una botella, vasos, y un plato con cosas de pasta.

Va á sentarse en un camapé, en el fondo de un salon.

Kulp. Acércame la mesa, Felipe.

Pone Felipe la botella y los platos en una mesa, y la arrima al canapé donde está sentado Kulpel.

Mirando la botella.

¿Este vino es del bueno?

Felip. Qué sé yo.

Tose.

Kulp. Yo creia que lo habias probado.

Felip. No me gusta probar. Quando tengo á mi lado una botella, no le perdono gota; esta es una falta que yo suelo tener.

Tose.

Kulp. Si tienes sed... vé á mi quarto, y hallarás en cierta parte una botella.

Felip. No tengo sed, señor Kulpel. *Vase.*

SCENA IV.

Kulpel solo.

Kulp. Este bestia es hombre de bien.

Bebe, y recorre algunos papeles.

Trescientos y cincuenta escudos del arrendador: por los ganados muertos ciento y cincuenta: de los reparos de la quinta quinientos escudos. Si esto pasa, estoy contento.

Tose.

Y esto sin contar las ganancias de la cocina: aunque este maldito cocinero no dexa ganar cosa de provecho, todavía es hombre de bien...

Bebe.

Sobre las demas oficinas he atrapado unos cincuenta escudos... ¡Brabo! Con esto mi contingente asciende este mes á quinientos escudos, que son cincuenta mas que el anterior. ¡Muy bien!... Esta adeala, junta con las anteriores, forma una suma decente... Solo hubiera querido que durase la guerra cinco ó seis meses mas: pero justamente se ha hecho la paz quando yo empezaba á hacer mi negocio... Yo creo que esto es obra del diablo, que en todo se mezcla.

¿Pero yá qué se ha de hacer?... Lo mejor será pillar quanto se pueda, y luego escapar... Sin embargo, quisiera que ántes se marchase el Conde.

SCENA V.

Kulpel, Felipe, que introduce á Madama Wandel.

Felip. Hay le tiene vm. *Vase.*

Aparte.

Kulp. ¡O! la posadera de mi hermosa viuda.

En voz alta.

¿Qué me quiere vm., mi amiga Madama Wandel?

Valbuciendo.

Mad. Señor, perdone vm. por la libertad que me he tomado. No puede vm. imaginarse el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí. Luego que pregunté por vm., se empezáron á mofar los criados: ¿lo querrá vm. creer?... Me han dicho, que solo era vm. el mayordomo del Conde.

Kulp. Esos idiotas hablan segun comprehenden. Me llaman mayordomo porque, como soy íntimo amigo del Conde, le ayudo á cuidar del manejo de su casa... ¡Y bien! ¿qué tiene vm.

que decirme, Madama Wandel? ¿cómo va por casa?

Mad. Como Dios quiere. La pobre señora está enferma.

Kulp. ¡Enferma!

Mad. ¡Ah! sí señor. Está con una inquietud mortal. Su padre no ha ido á casa esta noche.

Kulp. ¡No ha ido á casa esta noche!

Mad. Nos tememos que le haya sucedido alguna desgracia.

Bebe.

Kulp. ¡Alguna desgracia!

Mad. ¡Pobre señora!... Me ha causado mucha compasion... Yo soy muy sensible; no puedo ver padecer á nadie: con el mayor gusto partiría con ella quanto tuviese...

Sollozando.

¿Querrá vm. creer, que se ha visto ya precisada á vender su ropa?

Kulp. ¡Su ropa!

Mad. Sí, señor: y como sé la intimidad que vm. tiene con el señor Conde, he venido á suplicarle que le hableis en favor de estas pobres gentes.

Tose.

Kulp. Y dígame vm., Madama Wandel; ¿en qué

estado estoy yo con la hermosa afligida?

Mad. ¿Quién pregunta eso? Hace gran aprecio de usted.

Kulp. Bueno, bueno: yo tambien cuidaré de ella.

Mad. El cielo recompensará á vm... ¡Mis facultades son tan cortas!... Señor Kulpel, confieso á vm. que estoy temiendo no le haya sucedido algun azar al Coronel; jamas se ausenta de noche. Dios quiera que no haya muerto. Su amable hija moriría de pena.

Kulp. Tranquilícese vm., Madama Wandel, todo irá bien. Vuelva vm. á casa, haga presentes á Madama mis respetos, y dígale que tendré luego el honor de hacerla una visita.

Mad. No dexaré de hacerlo: pero sobre todo encargo á vm. no la diga que le he hablado de ella. Ya la conoce vm.; tiene todas las mas bellas qualidades; pero es tan rara como su padre. Son pobres, pero no recibirán socorro alguno de nadie.

Kulp. Eso queda de mi cuenta... Escuche vm., Madama Wandel: quando venga vm. otra vez, pregunte lisa y llanamente por Monsieur Kulpel, porque aunque tengo otros dictados, no soy orgulloso, ni quiero prevalerme de mis títulos de

nobleza: ¿entiende vm., Madama Wandel?

Mad. Basta, señor Kulpel. Es vm. el verdadero retrato de Madama Orlehim; es seguramente tan poco vana como vm.

Kulp. Recomiendo á vm., sobre todo, mis intereses con ella: yo sabré mostrarme agradecido... A Dios, Madama Wandel; iré allá al mediodia indefectiblemente.

Mad. Muy bien, señor Kulpel; doy á vm. gracias por sus favores. *Vase.*

SCENA VI.

Kulpel solo.

Kulp. Esto se compondrá; sí, se compondrá. Madama Orlehim está falta de todo, y Kulpel tiene dinero... Pero aquel maldito Coronel, su padre... A bien que la necesidad le domeñará.

SCENA VII.

Monsieur Vernin, Kulpel y Felipe.

A Felipe.

Vern. Diga vm. al senor Conde, que estoy aquí.

Felip. Voy al punto, señor Capitan.

A Monsieur Vernin.

Kulp. Aun no se ha levantado el señor Conde.

Apura la botella.

Toma, Felipe, quítala.

Quita Felipe la mesa, con quanto hay en ella, y la pone en su lugar.

SCENA VIII.

El Conde de Olsbach, Cárlos y los anteriores. El Conde, con semblante afligido y leyendo una carta, sin mirar á nadie. Kulpel, al ver al Conde se levanta con prontitud, y se acerca á él respetuosamante.

A Felipe.

Cárl. Vé á decir al cochero, que el amo hará todavía algunas visitas ántes de marchar. *Vase Fel.*

Siempre fixos los ojos en la carta.

Cond. ¡Kulpel!

Kulp. ¡Señor!

Cond. ¿No basta que yo proporcione á todos los que me sirven medios de aumentar su fortuna honradamente, sino que tambien me han de engañar?

Kulp. ¿Engañar, señor Conde?

Cond. El administrador de la hacienda de Bensheim ha vendido en secreto todas las reses.

Kulp. ¿Será posible?

Cond. Y ha partido con vm. el importe de ellas, para empeñarle á que me diga que han muerto todas de peste.

Kulp. ¿Conmigo?

Cond. En las últimas cuentas hallo además un error de cien luises.

Kulp. ¿Un error?

Cond. En la cuenta de los frutos que ha rendido la hacienda de Pliser he hallado asimismo una equivocacion contra mí.

Kulp. ¿Una equivocacion?

Cond. No quiero tener un pícaro al frente de mis negocios. Mi secretario le ajustará á vm. la cuenta, y le pagará sus salarios. Váyase vm. al punto de mi casa.

Kulp. ¡Pero, señor!

Cond. No mas réplicas: váyase vm. *Vase Kulp.*

Vé el Conde á Monsieur Vernin y le dice:

¡Ay, amigo mio! perdonadme... ¿Por qué no habeis entrado á mi gabinete?

A los Criados.

Traed sillas.

Vern. No mas ceremonias, Conde... ¿Mas por qué no haceis que os dé cuentas ese bribon?

Cond. Ya le echo de mi casa; harto castigado queda.

Vern. Pero debe restituiros...

Cond. Todo está ya arreglado.... ¡Cárlos!

Sale Cárlos.

Dí al Baron, que le espero luego en mi quarto, que tenemos que hablar.

A los demas Criados.

Dexadnos solos. *Vanse todos.*

SCENA IX.

El Conde y Monsieur Vernin.

Cond. ¡Ay amigo!... ¡Ya no exîste!...

Vern. ¿Estais cierto de eso?

Cond. Leed esa carta.

Despues de leerla.

Vern. En efecto, parece cierta vuestra desgracia... ¡Quánto os compadezco!

Cond. Toda mi firmeza me abandona... No puedo soportar un golpe tan terrible.

Vern. ¿Qué habeis resuelto hacer?

Cond. Marcharme.

Vern. ¿Y á dónde?

Cond. A mi hacienda de Bensheim.

Vern. ¿Y quándo?

Cond. Hoy al mediodia.

Vern. ¿Hoy?

Cond. Quanto ántes será mejor... ¡Ay amigo mio! Mi desgraciado matrimonio es un secreto para todo el mundo; solo vos le sabeis. Hasta aquí habia vivido algun tanto tranquilo, porque aun conservaba algun resto de esperanza; mas al presente, que me veo reducido á tal extremo, no podré ya ocultar mi pena por mas tiempo. Mi madre, mi hermana, mis conocidos, todos procurarán investigar la causa de mi afliccion. La soledad es el único medio de substraerse á sus averiguaciones, y moderar mi pena... ¡Pero qué digo moderar! ¡Ah! ¿podré esperarlo?

Vern. ¡Conde! ¿qué se ha hecho esa razon tan ilustrada, esa firmeza de sabio? ¿Abjurais de aquella moral filosófica, que ha sido el principio de todas vuestras acciones? ¿Queréis dexar el mundo, y sepultaros vivo? ¿Habeis reflexîonado con madurez sobre vuestra resolucion? ¡Qué! ¿podréis arrancaros de los brazos de una madre, de una

hermana, de un amigo que os adoran? ¿Queréis despedazar, alejandoos, todos los corazones donde reinais?... ¿Abandonaréis al rigor de la suerte á tantos infelices que esperan vuestros beneficios, y bendicen vuestra exîstencia?

Cond. Mi persona es la única que alejo del mundo; mis bienes quedan en él.

Vern. Es necesario que tambien quede vuestra persona. La soledad no hará mas que exâsperar vuestra pena, y al fin vendréis á ser víctima de ella.... No, no puedo pensar en ello, sin entristecerme... Dexad vuestro proyecto, Conde: el torbellino de los negocios no dexará de distraeros de vuestras penas. En el seno de vuestra familia, y en los brazos de vuestro amigo volveréis á hallar la tranquilidad y el consuelo que habeis perdido.

Cond. ¿La tranquilidad?... ¡Ah!...

Vern. ¡Conde, me atemorizais!

Le mira algunos momentos.

¿Qué es lo que va á ser de vos? ¡Ese mirar espantado!

Pensativo y la vista fixa en el suelo y perturbada.

Cond. ¡Emilia!... ¡Representaos á mi Emilia!... ¡Vedla buscando auxîlio, con pasos trémulos!... Quiere huir, y no puede... Las puertas estan cer-

radas ; vuelve; levanta las manos al cielo, y le suplica que la salve... Pero en vano... en vano vé venir gente á socorrerla... Las rápidas llamas penetran por todas partes... La rodean... y bien presto la devoran... ¡Ah!...

Cae en los brazos de Vernin.

Vern. ¡Cruel memoria!... ¡O amigo mio!... Siento toda vuestra desgracia... Conozco todo el horror de este fatal suceso... ¡Estoy bien distante de exîgiros que domineis á vuestro profundo dolor!.. Despues de seis meses que os tiene lacerado el corazon, aun está vertiendo sangre la llaga... Pero probad, á lo ménos, si acaso será posible dar algunas treguas á vuestra afliccion.

Cond. ¡Ah!... ¿Puedo yo acaso?... Muchas veces procuro ahogar mis pesares, aparento en los negocios un semblante tranquilo; y aun procuro tal vez volver á mi antigua alegría... Pero, ¡ó cruel sacrificio!... ¡ó inútil violencia!... Bien presto vuelve la pena á apoderarse de mi corazon y despedazarle, y estas nuevas crisis son mucho mas violentas.

Despues de un momento de reflexîon.

Vern. No quiera Dios que yo aumente vuestros tormentos; pero tengo una súplica que hace-

ros... es poca cosa, y me la habeis de otorgar.

Cond. Disponed de mí.

Vern ¿Me dais vuestra palabra?

Cond. Sí, os la doy.

Vern. Pues no os vayais hoy. *Vase.*

SCENA X.

El Conde solo.

Cond. ¿Cómo?... ¡Vernin!... ¡Qué súplica tan extraña!... ¡Que no me vaya hoy!... ¿Y por qué?... ¿Qué es lo que intenta?... Pero le he dado mi palabra; es fuerza cumplirla... ¡Cárlos! ¡Cárlos!

Sale Cárlos.

Cárl. Aquí estoy, señor.

Cond. Ya no me marcho hoy.

Cárl. ¿Y para qué dia queda señalada la marcha?

Cond. Para mañana temprano.

SCENA XI.

Los mismos y Felipe.

Felip. Un criado del jóven Conde de Bernin me ha entregado esta carta.

Tomándola la abre y lee.

Cond. ¿Sin sobreescrito? Es para el Baron.

Prosigue leyendo.

¡Cómo! ¿Intenta reñir en desafio?

A Felipe.

¿Dónde está el Baron?

Felip. En el quarto de mi señora.

Cond. Te encargo, que no le pierdas de vista.

Felip. Está bien, señor. *Vase.*

Cond. Es fuerza ir á casa del Ministro.

A Cárlos.

Que me pongan el coche.

Cárl. Voy á mandarlo al instante. *Vase.*

SCENA XII.

El Conde solo.

Cond. ¡Imprudente!... Desprecia mi amistad, y vá corriendo á su perdicion... ¿Le abandonaré á su destino?... Sería demasiado rigor... Es un aturdido; pero no es malvado... Es preciso socorrerle... ¡Qué desgraciado soy!... ¡Ah! ¡Quán dificil le es al hombre de bien cumplir con todas sus obligaciones, quando tiene el corazon lleno de amargura! *Vase.*

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

El Conde de Olsbach, Cárlos y Felipe.

Cond. Basta, Felipe: quédate aquí.

Felip. ¡Señor!...

Cond. ¿Y bien?

Felip. Vuestro mayordomo Kulpel ha dexado doscientos escudos guardados en un armario de su quarto. Vino á recogerlos; pero huyóse apénas supo vuestra llegada.

Cond. Si vuelve á poner aquí los pies, que le detengan, y le lleven á la cárcel... ¡Insolente!...

A Cárlos.

Cárlos.

Cárl. ¿Señor?

Cond. Desde hoy serás mi mayordomo. Los doscientos escudos, que ese bribon ha dexado en su quarto, partirlos entre los dos. Y tú, Felipe, entrarás en la plaza de Cárlos... Allí viene Vernin: dexadnos solos.

Cárl. y Felip. ¡Señor!

Cond. Andad; basta: este ascenso se os debe de

justicia; portaos, como yo espero, y no me deis mas gracias.

Vanse Cárlos y Felipe, dando al Conde muestras de la mayor satisfaccion y gratitud con sus ademanes.

SCENA II.

El Conde y Vernin.

Cond. ¡Ay amigo mio! ¡qué obligacion tan gravosa para mi corazon me habeis impuesto!

Vern. No tanto como pensais... ¿Me será permitido preguntaros dónde estabais media hora hace?

Cond. En casa del Ministro, para componer un lance bastante pesado, que ha sucedido con mi pupilo el Baron... Pero lo que hace á vuestras pretensiones, todo está concluído. La corte se acuerda de vos, y siente no haber atendido quanto ántes á vuestros servicios.

Vern. Mi querido amigo, ¡quántos favores os debo!

Cond. ¿Qué hablais de favores? ¿No somos amigos?... Pero dexemos esto, y decidme: ¿por qué exîgís de mí que no me marche hoy?

Vern. Ya lo sabréis, amigo: mas no me insteis mucho por ahora. Permitidme, sí, que repare una

falta que he cometido esta mañana.

Cond. ¿Queréis evitar el responderme?... sea como querais... Y bien, ¿quál es esa falta?

Vern. Se me olvidó hablaros de un Oficial anciano, de mucho mérito, que está retirado del servicio, sin bienes y sin proteccion.

Cond. ¿Cómo se llama?

Vern. El Coronel Stornfels.

Cond. Traedle hoy á comer.

Vern. Con mucho gusto, si es que puedo moverle á que venga.

Cond. ¿Y por qué no?

Vern. La desgracia le ha hecho adusto y misantropo. Aborrece, y huye la sociedad de los hombres.

Cond. Ya me conoceis; no saldrá quejoso de mí. Hacer bien á los desgraciados, es el único placer que me queda ya en esta vida.

Vern. ¿El único?... Puede ser... seguramente será el mayor de que podais gozar... ¡Amigo mio! ¿por qué estais siempre tan inquieto y taciturno? ¿Por qué ese tono tan triste? animaos; yo os lo ruego.

Cond. ¡Ay amigo! ¿acaso puedo?

Vern. Sí, Conde, sin duda podeis. Evitad la sole-

dad tan dañosa para los corazones afligidos, restituídos á la sociedad; entregaos á las ocupaciones, y renacerá la tranquilidad en vuestro corazon; se reanimará vuestra natural alegría, y...

Cond. ¿Qué es lo que decís?... ¿creeis que tengo fuerzas para todo eso? ¡Ay amigo mio! Dentro de poco tiempo seré víctima de mi pena. Es imposible que pueda entrar la alegría en mi corazon. No, Vernin: ofenderiais la memoria de mi esposa desgraciada, si creyeseis lo contrario.

Vern. No, amigo mio... ¿Mas por qué vuelvo yo á abrir de nuevo una llaga que está vertiendo sangre todavía?... A Dios, voy á buscar á ese desgraciado Coronel. Necesitais tener con qué distraeros.

Triste.

Cond. ¡Vernin!

Vern. ¡Amigo mio!

Cond. ¿Volveré á veros pronto?

Vern. Dentro de un momento... Pero, Conde, quisiera veros tranquilo. *Vase.*

SCENA III.

El Conde solo.

Cond. ¡Tranquilo!... ¡Yo tranquilo!... ¡con la violencia que padezco!... ¡con la pena que me devora!... ¡Desgraciado Olsbach!... ¡Emilia! ¡Emilia mia!... La he perdido,... y con ella el reposo, la felicidad y la alegría!... ¡Nada me queda ya, nada!... ¡Importuna grandeza! ¡Si, á lo ménos, pudiese tu brillo hacer á mi alma alguna ilusion!... Mas á todas partes me sigue esta pena que me destroza el corazon: por todas partes van preñados de lágrimas mis ojos... y es forzoso reprimirlas; sí, es forzoso... ¡Ah! logre yo siquiera retirarme quanto ántes, para derramar tantas lágrimas como debo á mi Emilia.

SCENA IV.

La Condesa, madre del Conde, Julia su hermana, y el Conde.

Julia, que ha oído las últimas palabras, dice:

Jul. ¡Tantas lágrimas como debo á mi Emilia!...

A la Condesa.

¿Lo ha oído vm., madre?

El Conde las vé, y procura reponerse; sale á recibirlas, y besa la mano á su madre.

Condesa. Buenos dias, hijo mio.

Jul. Hermano, muy buenos dias. Habrás advertido que hemos gastado hoy mucho tiempo en el tocador; y es que hemos resuelto celebrar tu cumple años.

Cond. ¡Vms. son tan buenas!

Jul. ¡A la verdad que este es un cumplido bien miserable!

El Conde vuelve la cabeza para enxugarse las lágrimas.

¿Cómo? ¡nuestro filósofo se enxuga las lágrimas!... ¡Hermano mio! ¡Pues qué! ¡en semejante dia se ha de llorar!

Cond. ¡Ay hermana!

Jul. Tambien yo tengo motivos para llorar; y sin embargo me hago violencia, y aun me siento bien dispuesta para incomodar un poco á cierto gran genio que yo conozco.... veamos: empecémos por un corto interrogatorio... Madre preguntará, mi señor hermano responderá, y yo seré el juez. ¿Dónde estan los criados? ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¿Señorita?

Jul. Asientos. Es necesario sentarnos, porque si no, nos cansarémos.

Se sientan, y vase Felipe.

Pregunto, pues, en nombre de madre: ¿por qué el señor Conde se nos quiere marchar tan precipitadamente?

Cond. Por causa de unos asuntos que tengo pendientes en mis estados, y exîgen necesariamente mi presencia.

Jul. ¿Qué asuntos?... ¿Todas las haciendas no estan arrendadas?

Condesa. Hablémos seriamente, hijo mio: toda tu conducta me parece extraña. Antes eras la misma alegría; y al cabo de tres semanas que has llegado del exército, aun no te he visto sonreir. ¡Siempre taciturno, siempre triste!...

Cond. Perdone vm., madre mia... cierta situacion en que me veo... varias inquietudes...

Condesa. ¡Hijo mio! Tu modo de hablar se ha mudado, igualmente que tu conducta; una y otro son extravagantes... ¿Y la última no es reprehensible?... Reflexiónalo bien... Acabas de salvar la vida de tu Rey: has proporcionado con

tus negociaciones una ventajosa paz á tu patria: el Rey en recompensa de tus servicios te da, con el Estado de Olsbach, el título de Conde: ensalza tu familia á elevada esfera: te da uno de los cargos mas importantes del exército: te abre la carrera para llegar á la fortuna mas brillante.... y tú, léjos de aprovecharte de todas estas ventajas, apénas llegas, quieres dexarlo todo para ir á sepultarte en la soledad... ¿Qué quieres que se piense de tí?

Suspirando.

Cond. Si vm. supiera... ¿Y qué quiere vm. que yo diga?... Me tendrán por extravagante... pero...

Condesa. Sin exâminar ahora si tu conducta es justa, si la gratitud debe adherirte cada vez mas á tu Príncipe, y si tienes obligaciones que cumplir en órden á tu patria; solo quiero hacerte presente lo que debes á tu familia. Tú has hecho su fortuna, y tú eres quien debes conservársela. Por tí acaba de ser elevada á una clase ilustre: ¿debe perder por causa tuya este privilegio?... Tu primo ha muerto, y ya eres el único bástago de tu extirpe, la qual se acabará, sino piensas en reproducirla. Hoy cumples treinta años... ya es tiempo de que tomes algun partido.

Jul. Vamos, hermano; decídete pronto, ó sino descubro tu secreto.

Cond. ¿Mi secreto?

Condesa. No te asustes: explícate.

Cond. ¡Ay madre mia!

Jul. ¡Hermano!... ¿Para qué tantos rodéos?... Vamos, habla.

Cond. ¡Ah!...

Sonriéndose.

Jul. ¿Suspiras?

Condesa. ¿A qué es guardar tanto secreto?... ¿Estás acaso apasionado?

Jul. ¡O quánto le cuesta al orgullo de un filósofo semejante confesion!... Creo, madre, que nos costará bastante trabajo el arrancársela... Mas... paciencia, hermano, paciencia. No quiero ya ser mas hermana tuya, si desde hoy no te doy una amable compañera para solemnizar tu cumple años.

Con ternura.

Condesa. ¡Hijo mio!...

Cond. ¡Mi querida y tierna madre!...

Condesa. Sí, lo soy... ¿Por qué, pues, rezelas depositar tus secretos en el seno de una amiga, de una madre?... ¡Lloras!...

Cond. Estas son las primeras lágrimas que veis correr de mis ojos... pero acaso ningun hombre ha derramado jamas tantas en secreto... sin consuelo... sin esperanza...

Condesa. ¡Tú me afliges, hijo mio!... ¡Qué!... ¿no hay remedio alguno de calmar tu pena?

Cond. No por cierto.

Jul. ¡O! sí... disimula: pero tú mismo te has descubierto... Madre, ¿qué le parece á vm. de aquellas palabras: *tantas lágrimas como debo á mi Emilia*?

Quiere irse.

Cond. ¡Ah cruel!...

Deteniéndole.

Jul. Un instante, hermano: aun no está acabado el interrogatorio.

Cond. ¡Ah!...

Condesa. Espera, hijo mio... A la verdad que eres injusto... Tú me amas, y te olvidas de que tienes una madre digna de tu confianza... mas podrá ser que yo adivine la causa de tu silencio. Escúchame: La necesidad de conservar nuestra familia y de propagar nuestro nombre, debe ser preferible á qualquiera otra consideracion. Que tu amante sea pobre, que sea de obscuro

nacimiento; poco importa; con tal que la virtud y la honradez sean su patrimonio: sea su reputacion sin tacha, y yo la reconoceré gustosa por hija mia.

Jul. Madre, me parece que he dado en ello... Vamos, hermano: esa querida Emilia es ya tu esposa, ¿no es verdad?

Con acento dolorido.

Cond. ¡Ah!... ya no lo es.

Jul. ¿Cómo?

Condesa. Hijo mio; ruégote por lo que mas quieres...

Cond. ¡Ay Emilia mia!... La muerte me la arrebató en el momento en que acababa de ser mi esposa.

Condesa. ¡O Dios!... ¡hijo mio!... Pero esto es un enigma para mí.

Cond. Quiero, sí,... debo descubrirlo todo... Escuchen vms., y verán si es justo mi dolor, y si mi resolucion es reprehensible... Poco ántes de concluirse la última campaña, estuve de quartel de invierno, con parte de mi regimiento, en una pequeña ciudad que tomamos á los enemigos. Allí fué donde conocí á mi Emilia. Como su padre servía en el exército enemigo, no po-

díamos prometernos verificar nuestra union, hasta que se concluyese la guerra. Mas nuestro amor, nuestra impaciencia, el temor de perdernos, pudiéron mas que todas las demas consideraciones; y nos unimos secretamente con vínculos indisolubles.

Condesa. ¿Qué dices?

Cond. Perdone vm., madre mia: no dudaba yo de vuestro consentimiento... El nacimiento de Emilia, su virtud, su belleza, justificaban mi eleccion.

Condesa. Prosigue, hijo mio.

Cond. ¡Ay madre mia! os vais á extremecer... El momento de nuestra union fué el mas feliz, y el mas desgraciado de mi vida... Dióme, y me arrebató el mas precioso tesoro, el mas grato para mi corazon, á mi Emilia... Habia tendido la noche sus sombras por la haz de la tierra; todo estaba en calma, y los habitantes gustaban de las dulzuras del tranquilo sueño... quando de improviso acomete á la ciudad el enemigo.... Desprendíme, aunque ya muy tarde, de los brazos de mi esposa... el enemigo, el desórden, la obscuridad, el terror habian obligado ya á mi primo á retirarse; y su negligencia fué la que nos acarreó esta desgracia. Logré reunir al-

gunos soldados valientes, y atravesé por entre la turba de los enemigos para acudir á su socorro; ¡pero en vano!... Traspasado de heridas, quedó muerto y tendido en el campo de batalla... Nosotros nos salvamos; pero algunos desgraciados, queriendo impedir que el enemigo nos diese caza, pusiéron fuego á la ciudad. ¡Funesta precaucion!... Jamas noche alguna fué mas terrible... La desdichada Emilia...

Condesa. ¡Cielos!

Cond. Para librarla de los atentados de esos malvados, que siempre procuran aprovecharse de semejantes turbulencias, cerré, al salirme, las puertas de su vivienda con la mayor precaucion... ¡Ah!... esta misma precaucion fué causa de su ruina: toma cuerpo el fuego; un terrible viento aumenta su actividad... todo se abrasa, y... mi Emillia... ¡ó Dios!... encerrada... privada de socorro... ¡es tambien pasto de las voraces llamas!...

Condesa. ¡Ay hijo mio!...

Jul. ¡Terrible golpe!

Cond. Sí, sin duda, ¡terrible golpe! ¡suerte funesta!... ¿Exîgirán vms. de mí todavía que tenga firmeza?... La tenia aun: ¡alimentaba en mi

pecho algun resto de esperanza!... mas ayer he recibido el golpe mortal... Tome vm.; lea esa funesta carta.

Da á su madre una carta, y la lee.

Condesa. "Señor Conde; al fin saliéron ántes de »ayer los enemigos de esta ciudad. Inmediata»mente hice, conforme á vuestras órdenes, las »mas exâctas pesquisas: mas... con harto dolor »de mi corazon me veo precisado á noticiaros.... »que vuestra pérdida es cierta. La casa en que »vivisteis fué enteramente abrasada... He hecho »acabar en sus ruinas; y, para colmo de horror, »he hallado reliquias de cuerpos abrasados. El »testimonio de los habitadores, y las circuns»tancias no dexan duda alguna en órden á la »desgraciada suerte de vuestra esposa. El desór»den y el repentino terror impidiéron que se la »pudiese salvar..." ¡Qué horror, hijo mio!... ¿Por qué has tenido la crueldad de ocultar á tu madre este horrible secreto?...

Cond. Perdonad: conocia vuestra sensibilidad... y además esperaba todavía... ¡Mas al presente, todo se ha acabado!... ¡Mi desgracia es cierta!.... Yo esperaba esta carta, mas no tan terrible noticia...: ¡O, Emilia mia!... Permitidme... el hor-

ror que me persigue...

Quiere irse.

Es preciso...

Condesa. ¿A dónde vas?... ¿Qué será de tí desventurado?

Cond. ¡Ay madre mia!... ¡Considerad quán necesaria me es la soledad!... Pronto volveré á vuestra compañía.

Le abraza.

Condesa. ¡Hijo mio!... Siento todos tus pesares; los lloro contigo... ¿Qué te diría yo para consolarte?... Anda, acuérdate de que tienes una madre que te ama tiernamente.

Enternecida.

Jul. Y no te olvides, hermano mio, de que tienes tambien una hermana.

Cond. ¡Ay madre mia!... ¡Ay hermana!... *Vase.*

SCENA V.

La Condesa y Julia.

Jul. ¡O desgraciado hermano!... Yo te he oprimido enmedio de tu afliccion.

Condesa. ¡Infeliz!... ¡Quán digno es de compasion!... ¡Qué golpe éste para su corazon!

SCENA VI.

Las mismas y Vernin.

Vernin entra precipitadamente, y dice conforme va atravesando el teatro.

Vern. Señoras, estoy para servir á vms.

Quiere entrar en la habitacion del Conde.

Condesa. ¿A dónde vais tan de priesa, Vernin?

Vern. Voy á hablar al Conde.

Jul. Mi pobre hermano está muy apesadumbrado.

Vern. ¿Cómo? ¿Por qué?

Condesa. No me oculteis nada, Vernin: habladme francamente. Como íntimo amigo que sois del Conde, sin duda estais informado de su secreto matrimonio con Emilia.

Vern. Es cierto, señora; todo lo sabía: mas la palabra de honor, que tenia dada al Conde, me obligaba á guardar silencio, y...

Condesa. No pretendo daros quejas por vuestro silencio; pero tengo que pediros un favor. Ya conoceis su sensibilidad, ayudadnos á consolarle: sobre todo, haced porque desista de su resolucion de ausentarse.

Vern. No sé si podré conseguirlo: me ha costado sumo trabajo detenerle el solo dia de hoy, sin embargo de que él mismo sabía que su presencia era necesaria, por mas de una razon.

Condesa. ¿Necesaria?... ¿Cómo?

Vern. Fircland, antiguo Auditor de Guerra, me escribe que debe llegar de hoy á mañana, y que tiene cosas de la mayor importancia que descubrir al Conde. Mas como me ruega que no manifieste su carta, me veo precisado á usar de varios pretextos, para retardar la marcha de mi amigo.

Jul. ¡Ah señor Vernin! ¿Quién sabe si traerá buenas noticias? Puede que aun viva la esposa de mi hermano.

Vern. ¡Pluguiese á Dios!.., mas yo presumo que todas las averiguaciones de Fircland son relativas á asuntos de estado. El Conde le tiene encargado varias comisiones secretas, y principalmente que vele sobre la conducta de nuestros enemigos antiguos. Permítanme vms. que le vaya á ver... necesito de él para un negocio que no admite dilacion.

Condesa. ¿Y qual es?

Vern. Le he hablado hoy á favor de un desvalído.

Es un Oficial reformado, que se halla en la mayor miseria: le he encontrado ayer por casualidad. Como le detuve á comer en mi compañía, se retiró á su casa bastante tarde; y acabo de saber que no ha entrado en ella esta noche. Como es extrangero, temo que le haya sucedido alguna cosa; y voy á pedir al Conde, que haga hacer las correspondientes diligencias.

Condesa. ¿Tiene familia?

Vern. Creo haberle oído, que tiene una hija.

Condesa. Vernin, traedme esa desgraciada.

Jul. Sí, yo os lo ruego; mas haréis en ello un servicio. Esa pobre jóven tendrá bastantes disgustos.

Vern. Apénas halle á su padre, le llevaré yo mismo á su casa; y vuestro convite les servirá, sin duda, de mucho consuelo, señoras...

Al marcharse.

Condesa. Teneis razon... venid.. yo os acompañaré... Vernin, la situacion de mi hijo me hace temblar... haced todo lo posible por tranquilizarle.

Vern. Haré, señora, quanto esté de mi parte.

Vase con la Condesa.

Julia sola.

Jul. ¡Infeliz hermano mio!... ¡Que no pueda yo aliviar tu pena!... En vano tienes una hermana, que te ama tiernamente.

Vase á paso lento, y con semblante triste.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un quarto mal amueblado, en casa de Madama Wandel.

SCENA PRIMERA.

Madama Orlehim y Catalina.

Cosiendo.

Mad. Orl. Me parece que llaman á la puerta.

Va ácia la puerta, y vuelve.

Catal. No hay nadie.

Mad. Orl. ¡Ah! no viene... En vano espero.

Catal. Mi querida señora, no llore vm. Mi tia traerá sin duda buenas noticias que darle.

Mad. Orl. ¡Plegue á Dios!

Catal. El señor Coronel habrá acaso pasado la noche con alguno de sus amigos.

Mad. Orl. ¿Alguno de sus amigos?... Mi padre no tiene ninguno... Hija mia, mira si viene... tu tia estará ya acaso de vuelta.

Cat. Con mucho gusto... pero no se aflija vm. *Vase.*

Madama Orlehim sola.

Mad. Orl. ¡Mi padre! ¡mi esposo!... ¡Dios mio!... ¿Habré perdido quanto amaba en este mundo?... *Queda abatida de dolor, y permanece en silencio algun rato.*

¡Pronto, sí, bien pronto te seguiré, mi amado Orlehim!... Sí, querido esposo; ¡presto llegará el feliz momento que nos una para siempre!

SCENA II.

Madama Orlehim, Madama Wandel y Catalina.

Saliendo al encuentro de Madama Wandel.

Mad. Orl. Y bien, Madama Wandel, ¿le ha encontrado vm.?

Mad. Wand. Aun no le he hallado, señora.

Desmayada, cae en los brazos de Mad. Wand.

Mad. Orl. ¡Todavía no!...

Mad. Wand. ¡Ay Dios mio!... ¿Qué tiene vm?...

Vamos, Catalina.... ¡Señorita!.... ¿Quiere vm. una taza de teé?... Catalina: una silla. ¡Mi pobre señorita!...

Trae Catalina una silla, y Madama Orlehim se sienta en ella.

Pronto, una taza de teé.

Vase Catalina.

SCENA III.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Volviendo en sí.

Mad. Orl. ¡Qué noche tan terrible la que acabo de pasar!... ¡y la otra, la otra para siempre cruel, que me arrebató á mi Orlehim!...

Mad. Wand. ¡Qué pálida está vm!... Tome vm. este frasquito; huela vm. esta esencia, que es buena para los desmayos, y vm. los padece muy amenudo... ¡Dios mio!... ¡desde que está vm. en mi casa, no ha cesado de llorar un solo instante!... ¿Qué sería si le hubiese sucedido alguna desgracia al señor Coronel?

Mad. Orl. ¿Alguna desgracia?.... No, Madama Wandel, no... yo lo espero... No querrá Dios

que yo pierda á un mismo tiempo mi padre y mi esposo.

Mad. Wand. Perdone vm., señorita, que le diga que es demasiado sensible. Vuestro padre volverá; y por lo que hace á vuestro difunto esposo, me parece que ya va siendo tiempo de que os consoleis de su pérdida: va para seis meses que ha muerto... Mire vm.; yo he tenido tres maridos; soy sensible, como otra qualquiera; pero, bien ajustadas las cuentas, apénas he llorado tres dias por todos tres... Y además, la muger de un Oficial debe estar siempre dispuesta á semejantes desgracias.

Entra Catalina con el teé.

¡Ah! aquí teneis el teé: échalo presto, Catalina.

Lo echa ésta en una taza, y se lo presenta á Madama Orlehim.

Mad. Wand. Tómelo vm., mi querida señorita; le hará mucho provecho. ¡No ha dormido vm. nada en toda la noche!... A la verdad no sé cómo puede vm. resistir, siendo de una complexîon tan delicada... vamos, tómelo vm.

Madama Orlehim empieza á tomar el teé.

Me alegraré que esté á su gusto.

Madama Wandel toma tambien teé; mete en la boca un terron de azúcar; quiere proseguir hablando, aunque el azúcar le impide hablar expeditamente.

Le aseguro á vm., que sentiría mucho hubiese sucedido algo al señor Coronel: ¡es tan honrado!... Pero dígame vm., señorita, ¿por qué gruñe siempre que habla?... No digamos que gruñe; pero siempre habla con un tono tan seco y regañon; siempre tiene semblante de estar de mal humor, y su mirar es tan adusto, que á veces me hace temblar de miedo... ¿Por qué reusa tanto ver gente?

Mad. Orl. Aborrece á todos los hombres. No contentos con haberle perdido, parece que aun insultan á su desgracia; le dexan perecer en la mayor miseria.

Mad. Wand. ¡Pobre señor Stornflens! ¡mucho le compadezco!... *Llora.*

Pero no tiene razon; no todos los hombres son malos: yo, por exemplo, soy una pobre; mas tengo el corazon sensible y compasivo.

Mad. Orl. ¡Mi padre!... ¡ah!... ¿dónde estará? ¿si acaso le habrán quitado el único bien que le restaba, su miserable vida?

Mad. Wand. Vamos, no llore vm.; todo se compondrá... y quando le haya sucedido algo... en fin... todos tenemos que morir... y no será el primero que... ¡La ciudad es tan grande!... todos los dias sucede alguna desgracia... Mire vm., por exemplo: pronto hará dos años que llegó aquí un jóven de Francfort: era de la mejor figura del mundo, y acababa de concluir sus estudios... Pero, señorita, vuestro teé se enfria... Catalina, márchate; no hay necesidad de que nos escuches...

Vase Catalina.

Esta muchacha es bastante curiosa... ¿Querrá vm. un poco de crema?

Mad. Orl. No señora, doy á vm. mil gracias.

Mad. Wand. Tiene vm. razon, yo creo que podria hacerle daño despues de tantas inquietudes como ha sufrido... Pero vm. se apesadumbra demasiado... Vaya, enxúguese vm. las lágrimas... Mire vm., quando se llora mucho en la juventud, en la vejez se quedan los ojos encarnados... Además, vm. es jóven todavía, y puede hallar muchos mozos bizarros que la quieran por esposa... Si fuera yo, ¡desdichada de mí! *Llora.* Ya empiezo á ser vieja, y no tengo marido, ni

hijo... Le aseguro á vm. que de buena gana me hubiera casado la quarta vez... Pero qué quiere vm.; no era mi signo... Pues como digo, volviendo al jóven de Francfort, habia acabado sus estudios, y...

Mad. Orl. Madama, suplico á vm. que vea si viene mi padre... ya es cerca de mediodia... ¡Dios mio!... ¡si habrá muerto!

Mad. Wand. ¡O! no habrá muerto, no... Pero es necesario tener paciencia... Como iba diciendo: venia á mi casa aquel jóven...

Mad. Orl. Por Dios déxeme vm. sola un instante: tengo un gran dolor de cabeza.

Mad. Wand. ¿Dolor de cabeza?... ¡Mi pobre señorita! Tome vm. una taza de café bien cargada; es un remedio pronto y eficaz... ¡Ah! bien sé yo lo que es dolor de cabeza, y quánto hace padecer: pero haga vm. lo que digo, y la irá bien... ¡Catalina!... ¿Si estará sorda? ¡Catalina!

Mad. Orl. Madama, no lo tomaré: suplico á vm. que no me ostigue.

Mad. Wand. Dios me libre de eso... No se enfade vm., mi querida señorita... ¿De qué estábamos hablando? ¡Ah! ya me acuerdo... de la historia de nuestro jóven de Francfort...

Mad. Orl. Por Dios, Madama Wandel...

Mad. Wand. ¡Ah! bien decia yo, que tenia alguna cosa que noticiarla... Sepa vm. que el señor Kulpel tendrá el honor de venir al mediodia á hacerla una visita.

Mad. Orl. ¿Tambien eso?... ¿No estoy bastante oprimida?

Mad. Wand. ¡Qué! ¿No es un hombre muy amable? Quanto dice, nos anuncia que está muy bien con el señor Conde de Olsbach... Puede serle á vm. muy útil, y á su señor padre. Yo quisiera que este respetable anciano alcanzase algun empleo con que poderse mantener honradamente, y que vm. hallase un marido jóven y amable.

SCENA IV.

Las mismas, y Catalina, que entra precipitadamente.

Catal. Consuélese vm., señora; aquí está ya el señor Coronel.

Mad. Orl. ¿Mi padre?

Catal. El mismo... y un extrangero con él.

SCENA V.

Las mismas, Stornfles y Vernin.

Madama Orlehim, que sale corriendo á recibir á su padre, dice:

¡Ah padre mio!

Se abrazan.

Estornf. ¡Hija mia!

Mad Wand. Servidora de vm., señor Capitan...

A Vernin.

¿Qué feliz casualidad me proporciona el honor de verle por mi casa?

En voz baxa.

¿No le habia yo dicho á vm. que de este modo no dexaría de hacer conocimiento con el señor Coronel?

En voz baxa á Madama Wandel.

Vern. Suplico á vm. que no me hable mas.

A Madama Orlehim.

Señorita, permítame vm. que le haga presentes mis humildes respetos.

Stornf. Es ya viuda, señor Capitan: se me habia olvidado decíroslo.

Mad. Wand. ¿Qué importa el nombre de viuda?... Está señora es por otra parte muy amable; y además no ha estado casada mas que un dia.

Stornf. Madama, segun veo, conoce vm. al señor Capitan.

Mad. Wand. Sí, señor, tengo ese honor. Mi hijo, que murió en la última campaña, era Cadete en su compañía.... Pero? señor Coronel, ¡si vm. supiese con qué inquietud nos ha tenido, temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia!

Stornf. A no ser por tí, hija mia, te juro que hubiera arriesgado mi vida, para vengar los ultrages que he sufrido en el cuerpo de guardia...

Mad. Orl. ¿Cómo, padre mio?

Vern. Amigo mio; acordaos de lo que me habeis prometido.

Stornf. Teneis razon... ¿Pero podré acordarme, sin exâltárseme la cólera? He servido quarenta años, como soldado valiente; sí, señor, quarenta años, y jamás ha osado nadie insultarme... Dos atolondrados se desafian, intento separarlos: ¿por esto he de ser arrestado? ¿he de servir de objeto de risa á una guardia insolente? Si hubiese tenido algun dinero, yo me hubiera librado de aquellos canallas... mas á la verdad, el hombre sin dinero

es mirado siempre como un miserable.

Vern. ¿Sabeis quiénes eran los que se batian?

Stornf. No por cierto; la obscuridad me impidió conocerlos: pero, sean quienes fueren, son unos infames; se huyéron, y me dexáron solo.

Vern. Voy á nombrároslos: el uno es el hijo del Ministro de Bernau, y el otro el Baron de Birkwitz, pupilo del Conde de Olsbach. Ambos os deben mucho... Hablando de este suceso con el Conde de Olsbach, os he hecho justicia; y él os la hará con el Ministro, á quien piensa hablar en vuestro favor.

Stornf. Señor Capitan; si es que creo que hay aun hombres honrados en el mundo, vos sois quien me precisais á creerlo.

Vern. Téngome por muy feliz, en haberos sacado de un error tan grande.

En voz baxa.

Mi estimado Coronel, tengo una gracia que pediros.

Stornf. Diga vm. quál es.

Vern. Todo hombre de bien puede estar falto de dinero... vos lo estais...

Se le presenta.

Servios de mi bolsillo.

Stornf. ¡Cómo, señor Capitan!... no haré tal; no por cierto... soy un pobre viejo soldado reformado; no tengo un quarto siquiera, es verdad. Mas... en una palabra: os digo que no lo haré... si no hubiese otro remedio, un buen par de pistolas es dinero contante para un infeliz inválido como yo.

Mad. Orl. ¡Padre mio! *Asustada.*

Vern. ¡Amigo mio! vuestro modo de pensar...

Stornf. ¿Y qué importa que haya un viejo, como yo, demas ó de ménos en el mundo?... Solo mi hija, sí; ella sola es la que me interesa y me contiene. Bastantes trabajos ha pasado ya... si su sexô hubiese sido diferente, habría seguido mi voluntad, y hubiera sido un valiente soldado; aunque acaso tan miserable como su padre... ¡Ah! si no fuese por ella, ya estarían acabados todos mis trabajos.

Mad. Wand. ¡Ah señor Coronel! El poco dinero que hemos sacado de vuestros vestidos, no duró mucho; y á no ser por el señor Capitan, que ha socorrido algunas de vuestras necesidades...

Stornf. ¿Cómo?

Mad. Orl. ¿El señor Capitan?

Vernin hace señas de que calle á Mad. Orlekim.

Mad. Wand. Sí, señor... ya que vm. no quiere cuidar de sí, es preciso que otros cuiden. Yo sé que el señor Capitan es generoso y compasivo, y por eso le fuí á buscar. Díxele como habíais llegado á esta ciudad, y que viviais en mi casa; que erais un hombre de bien, y un soldado valiente, pero pobre... Al instante se interesó á favor vuestro, y os ha querido conocer: mas como no me atrevia á presentárosle, díxele que ibais siempre á pasearos por la tarde á la alameda... Tantas veces ha ido á ella, que al fin os ha encontrado.

Stornf. Jamas me ha dicho vm. que la hubiese dado dinero para mí.

Mad. Wand. No, pero...

Aparte á Madama Wandel.

Vern. ¡Pero Madama Wandel!...

Mad. Wand. No hay remedio; es preciso decir la verdad... Y además, ¿qué mérito tendrá vm. en hacer bien, si nadie lo sabe?

Mad. Orl. ¡Hombre generoso!

Stornf. No, señor Capitan, eso no ha de ser: me disgustais con eso... ¿Cómo queréis que yo os lo devuelva? ¿Cómo? mirad: estas canas y una docena de heridas son todo mi caudal... Me habeis dicho que no estais muy acomodado; ¿que-

réis arruinaros por mi causa?... ¡O! esto me llena de rubor...

Se le saltan las lágrimas.

¡Que un soldado viejo, como yo, llore todavía!... ¡Ah! no puedo contener las lágrimas!... ¡Ahora es quando siento todo el horror de mi situacion, el peso de mi miseria!

Vern. Sin mas detenernos, vamos á casa del Comisario de Guerra. Tiene órden de proponer al Ministro todos los Oficiales de mérito que se le presenten. Esto no debe, á la verdad, daros esperanza alguna, porque sois extrangero: mas os puede ser útil. Vamos, no omitamos nada.

Stornf.. Sí, vamos allá.

Aparte á Madama Wandel.

Cuidado, Madama, con tomar dinero alguno.

A su hija.

No te aflijas, hija mia. Tu anciano padre será empleado, ó... sino, una pistola acabará con su triste suerte. *Vase.*

SCENA VI.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Mad. Wand. ¡Vea vm. qué genio el suyo!... y

luego quiere que se interesen por él... A fé mia, que los Oficiales de ahora son mucho mas amables; sino lleváran uniformes, los tendria una por petimetres, mas bien que por soldados. Tienen un ayre, un modo... á la verdad; da gusto verlos... Señorita, perdone vm. si digo libremente lo que pienso; pero sino conociera á su señor padre, no le tendria por un Coronel.

Mad. Orl. ¿Qué quiere vm?... ese es su carácter: y algunos hay que se le parecen.

Mad. Wand. Es verdad; yo he conocido dos ó tres Oficiales viejos como él... Al verlos, qualquiera diria, vé ahí un buen Aleman... pero á mí me gustan los Oficiales galanes... Por exemplo, el señor Vernin... es amable, pero bizarro y valiente. No querrá vm. creer lo bien que se ha portado y distinguido en esta última guerra... Siento de veras que no le haya vm. hecho mejor acogida; porque es hombre de buen corazon.

Mad. Orl. No puedo ménos de admirar su noble desinterés, su ardiente zelo por obligar á un desgraciado á quien jamas ha visto, cuyo carácter adusto choca á todo el mundo, y cuyo deplorable estado inspiraria á las almas ménos sensibles mas disgusto que compasion: pero me se-

ría muy doloroso haber de ser gravosa á un hombre, cuyas facultades no corresponden con su generosidad.

Mad. Wand. Sin embargo, yo le contemplo bastante bien acomodado... Mas si vm. tiene algun escrúpulo en aceptar favores suyós, aun tenemos otro recurso... Dirijámosnos al señor Kulpel.

Mad. Orl. ¿A ese?... mucho ménos... yo no le conozco; mas su conducta me parece sospechosa: paréceme que lleva algun designio en procurar introducirse en esta casa.

Mad. Wand. ¿Y bien? siempre que sus miras sean honestas...

Mad. Orl. Lo dudo.

Mad. Wand. No lo dude vm.; merece que se le haga justicia... Sepa vm. que he estado esta mañana en su casa. No sabré ponderar á vm. con quánta bondad me ha recibido... no esperaba él mi visita... Ayer quando dixo que vivia en casa del Conde de Olsbach, conservé el nombre en la memoria; y esta madrugada, á fuerza de preguntar, logré hallarle al cabo. Me preguntó mucho acerca de vm. y de su señor padre: tambien me preguntó el nombre de vm.; pero ya sabe vm. mi reserva.

Mad. Orl. Hizo vm. muy bien; no quiero ser conocida de nadie... Quiero, á lo ménos, tener el consuelo de poder llorar libremente... ¿Tampoco habrá vm. dicho nada á Monsieur Vernin?

Mad. Wand. Nada, señorita; ninguno logrará arrancarme el secreto... Pero tengo los mayores deseos de verla á vm. feliz... El señor Orlehim murió: si se presentase otro hombre amable...

Mad. Orl. ¡Ay Orlehim mio!

Mad. Wand. ¡Es cosa bien singular! En hablandoos de él, perdeis el juicio: y en verdad que haceis mal; porque el muerto, muerto se está: por mas que se le llore, no se le podrá resucitar... Y además no siempre se logra hacer boda con un Oficial General.

SCENA VII.

Las mismas y Vernin.

Vernin, que entra sin ser visto, pone sobre una mesa, que está cerca de la puerta, un papel, con dinero dentro: despues acercándose á Madama Orlehim, dice:

Vern. Madama, ¿me permitirá vm. que la presente

..en casa de la Condesa de Olsbach?... es una dama muy amable... tendrá mucho gusto en recibiros.

Mad. Orl. Estimo muy mucho el interés que tomais por mí... ¿pero estoy acaso para poderme presentar delante de personas de cierta clase?

Vern. Esa razon no debe deteneros, tratándose de la Condesa de Olsbach: además de que estais de luto... pero me voy á buscar á vuestro padre.

Mad. Orl. ¿Pues dónde le habeis dexado?

Vern. Aquí cerca en la alameda... ¿Me permitiréis que os anuncie á la Condesa?

Mad. Orl. Si lo teneis por conveniente, consiento en ello. *Vase Vernin.*

SCENA VIII.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Mad. Wand. Me alegro que quiera vm. ir á ver á la Condesa: es tan buena, como respetable; todo el mundo se hace lenguas de ella. Aunque rica, y de una clase distinguida, es tan afable, que no se desdeñará de hablar al mas ínfimo de los hombres, como si fuese su igual. Hace unos

seis meses que vive en esta ciudad, que es desde que su hijo vino del exército. Antes vivia bien léjos de aquí.

Mad. Orl. ¿Con que conoce vm. esa casa?

Mad. Wand. No... sí; la conozco desde esta mañana, quando fuí á ver al señor Kulpel... allí hice conocimiento con un criado, que me lo ha contado todo... ¡es buen muchacho!... Si hubiese estado despacio, yo le hubiera rogado que me contase mas; porque á mí me gusta oir hablar de las gentes distinguidas... Pero ya se vé, como la ciudad es tan grande, y hay tantas gentes de su clase... Ahora, señorita, me parece que debe vm. estar contenta: yo apuesto que la Condesa ha de querer que os quedeis en su compañía; y en tal caso, espero que no os olvidaréis de la pobre Wandel.

Mad. Orl. Mi querida amiga; no todos son tan buenos como vm. cree.

Mad. Wand. ¡He!... jamas cree vm. nada... ¡Ah! aquí está ya el señor Kulpel.

SCENA IX.

Las mismas y Kulpel.

Kulp. Madamas, servidor de vms.

Mad. Orl. Servidora de vm., caballero.

Mad. Wand. Siéntese vm.: aquí hay una silla, á la verdad no es digna de vm.; pero habrá de perdonar: soy una pobre.

Kulp. Madama, ¿ha pasado vm. bien la noche?

Mad. Wand. No hemos cerrado los ojos.

Aparte á Madama Orlehim.

Vamos, señorita, alégrese vm. un poco.

Kulp. ¿Pues cómo ha sido eso?

Mad. Wand. Porque el padre de esta señorita no ha entrado en toda la noche en casa.

Kulp. ¡Ah! ¡ya!

Mad. Wand. Temíamos que le hubiese sucedido algun azar.

Kulp. ¡O! ya se vé.

Mad. Wand. Pero gràcias á Dios, nada le ha sucedido. *Aparte á Madama Orlehim.*

Háblele vm., señorita.

Kulp. ¿Y dónde está ahora el señor Coronel?

Mad. Orl. Le ha llevado consigo el Capitan Ver-

nin, para proporcionarle alguna plaza, si es posible.

Sorprehendido al oir el nombre de Vernin.

Kulp. ¡Cielos!...

Mad. Orl. ¿Qué os sucede?

Kulp. A mí nada... *Aparte á Mad. Wand.* ¡Madama Wandel!

Mad. Wand. ¿Qué manda vm., señor Kulpel?

Kulp. No quisiera que me encontrase aquí ninguno de fuera de casa... Tengo cierta cosa importante que comunicar á Madama.

Mad. Wand. Basta: voy á dar órden de que no dexen entrar á nadie.

Kulp. Me daréis gusto en eso.

Mad. Wand. ¡Catalina! ¡Catalina.!

Llega Catalina; le habla al oído Mad. Wand., y la vuelve á enviar fuera.

Kulp. El señor Vernin es, segun me parece, amigo de esta casa.

Mad. Orl. Sí, señor.

Kulp. Es todavía Oficial reformado.

Mad. Orl. En efecto.

Kulp. Es lástima que estos señores no tengan muchas facultades... La voluntad es lo mejor que tienen.

Mad. Orl. Basta para merecerse nuestra estimacion y gratitud.

Kulp. Es muy laudable vuestro modo de pensar... Mas resta saber, si con todo su anhelo por hacer servicios, tienen siempre buenas intenciones.... Quiero creer, que el señor Vernin será hombre de bien.

Mad. Orl. Lo es, sí señor, lo es.

Kulp. Eso es lo que digo; convengo en ello... mas con todo...

Mad. Orl. ¡Qué vil calumniador!

Kulp. Quiero decir... que este hombre honrado me ha ganado por la mano... Mi intencion era interesarme por el señor Coronel... y quizá hubiera podido lisonjearme de haber logrado alguna cosa, por medio de mis conexiones las mas distinguidas en la corte... pero otra vez tratarémos de esto... Permitidme que pase á otra cosa, que me interesa tanto como los adelantamientos de vuestro señor padre... Hablémos de vos misma, Madama. Vm. es una jóven viuda, y muy amable...

Se arrima á ella.

¿Desearía vm. contraer un nuevo enlace?

Mad. Orl. No, señor, jamas.

Kulp. Es que no faltarian personas ricas y libres, que...

Mad. Orl. Bien podrá ser; mas yo jamas pensaré en eso.

Kulp. Casi... Tiene vm. razon: el matrimonio no es siempre el camino de la felicidad... Acaso le acomodaría á vm. mejor un enlace... ménos gravoso...

Mad. Orl. ¿Qué decís?

Kulp. En tal caso entrega uno su corazon al objeto amado... goza en su compañía de los placeres de la vida; divide con él sus riquezas, y conserva su libertad.

Mad. Orl. Os entiendo... ¿Vuestro intento será proponerme un enlace semejante?

Kulp. Y... en tal caso... ¿qué me diréis?

Con indignacion.

Mad. Orl. ¡Que sois un perverso!

Mad. Wad. Sí, sin duda... Deberiais avergonzaros de hacer á esta señora proposiciones tan indignas... Os tenia por hombre de bien; mas ya veo que me he engañado... Salga vm. de mi casa al instante: hágame ese favor. Mi casa, aunque pobre, es honrada; y está vm. muy equivoca-

do si ha creído, que yo toleraría en ella tan infames procederes.

Aparte.

Kulp. Mal me ha salido esta tentacion: salgamos con maña del mal paso.

En alta voz.

Muy bien; estoy satisfecho. Ya veo, Madama, que es vm. muger de honor; no podeis dexar de agradar á la Condesa.

Mad. Wand. ¿A qué Condesa?

Aparte.

Kulp. ¿Qué diablos he hecho?... mas ya empecé, y es fuerza acabar.

En alta voz.

A la Condesa de Olsbach.

Mad. Orl. ¿A la Condesa de Olsbach?

Kulp. Sí, señora: es una dama respetable por su virtud.

Mad. Orl. Yo no os entiendo.

Kulp. ¿Pues qué no sabeis... no os ha hablado nada Madama Wandel?

Mad. Wand. ¿Yo? ¿de qué?

Kulp. De que he hablado á la Condesa de Olsbach.

Mad. Wand ¡Ah! sí; es cierto, así es.

Kulp. Encargóme ayer tarde, que me valiese de algun ardid para asegurarme de si vuestro carácter correspondia al ventajoso informe que le habian dado de vos; para, si así fuese, admitiros en su casa.

Mad. Orl. ¿Hablais sinceramente?

Kulp. La Condesa confirmará quanto os digo.

Mad. Orl. Perdonad, caballero, si os he ofendido con una injusta sospecha.

Kulp. No hableis mas de eso: estoy muy satisfecho del buen éxito de mi empresa. Voy á dar parte de todo á la Condesa.

Mad. Orl. Como querais... Suplicoos, que perdoneis mi error.

Kulp. Probablemente tendré el encargo de venir despues de comer para presentaros á la Condesa.

Va delante de Kulpel para abrir la puerta: vé sobre la mesa el papel que Vernin ha dexado, y advirtiendo que hay envuelto en él dinero, dice:

Mad. Wand. ¡Ay!... ¿qué es esto?... Señorita, vea vm. una carta... y dentro de ella hay dinero.

Despidiéndose.

Kulp. Madama, tengo el honor de...

Mad. Orl. Suplico á vm. aguarde un momento.

Toma la carta, y lee el sobre.

¡Es para mí! *La abre, y lee.*

"La pobreza no es un vicio vergonzoso: mas á »un corazon noble le es muy duro confesarla. »Lo que me atrevo á ofreceros es bien poca co»sa: dignaos aceptarlo. ¡Oxalá os conceda pron»to el cielo una fortuna digna de vuestras vir»tudes!" Esta carta, este dinero, ¿de dónde vienen?

Mira atentamente á Kulpel, y despues dice aparte á Madama Wandel.

¿Será esto de él? ¿de este hombre cuya fisonomía le hace tan poco favor? ¿Será capaz de una accion tan noble?... ¿ó será acaso?...

Mad. Wand. No, no; de él es. Me dixo esta mañana, que tenia intencion de socorreros.

Mad. Orl. ¿Será posible?... ¡Qué engañoso es el exterior!... Sí, él es; ya no me queda duda: su perplexidad, su inquietud me confirman...

Kulp. Temo que llegue este Vernin, y me encuentre aquí... Permítame vm., Madama...

Mad. Orl. No... recibid primero las demostraciones de mi gratitud, ¡hombre noble y generoso

Kulp. ¡O Madama!

Mad. Orl. No disimuleis... y vuestra misma pre-

caucion... Al principio habeis explorado mi virtud, la qual no es mas que un deber que el honor impone... Ahora queréis recompensarla con una noble generosidad: no, señor; no abusaré de vuestro buen corazon: recoged vuestro dinero.

Kulp. Madama, á la verdad...

SCENA X.

Los mismos y Stornfels.

Stornf. Es excusado... *Entrando.*
Siento que ese buen hombre se haya molestado tanto con aquel fatuo...

A Kulpel.

Servidor de vm.

Mad. Orl. Padre mio, ¿qué ha sucedido?

Stornf. Ese Comisario... ese animal... ¿qué sé yo lo que es?... Es necesario prosternarse delante de él. Quisiera ser lo que ántes he sido, y tener á mis órdenes á ese impertinente; yo le haria danzar.

Mad. Orl. Sosiéguese vm. padre; aun tenemos amigos.

Stornf. Bien pocos, hija mia.

Mad. Orl. Sí, señor; y amigos que no debiamos esperar... Vea vm. este hombre generoso: apénas nos conoce, y ya nos colma de beneficios... Lea vm. esta carta.

Despues de haberla leído.

Stornf. No, señor, no; no lo consentiré.

Despues de abrir el papel, y contado el dinero.

Mad. Wand. ¡Ah señor Coronel! mirad, hay diez escudos.

Stornf. Démelos vm., Madama...

A Kulpel.

Tomad vuestro dinero.

Kulp. ¡Señor!...

Stornf. Habeis hecho una accion, de la qual, á fé mia, solo es capaz un hombre honrado.

Aparte.

Aunque su fisonomía no anuncia que sea hombre de bien.

Mad. Wand. ¡Pero, señor Coronel!

Stornf. Sosiéguese vm., Madama... Tomad, caballero... yo no acepto dinero... Un viejo Oficial puede ser pobre; mas no debe recibir limosnas... Tomad.

Kulp. Sino queréis absolutamente...

Coje el dinero.

Mas, á la verdad... no sé...

Stornf. Caballero, yo no gasto ceremonias; soy demasiado viejo para haceros cumplidos: estimo vuestro favor de todo corazon.

SCENA XI.

Los mismos y Vernin.

Viendo venir á Vernin.

Kulp. ¡Perdido soy!...

Quiere irse.

Señor Coronel, tengo el honor de ser...

Deteniéndole.

Stornf. Un momento, caballero.

Viendo entrar á Vernin le dice:

Mucho me alegro de vuestra venida.

En voz baxa.

Mirad quán falaz es la fisonomía.

Señalando á Kulpel.

Yo hubiera tenido á este hombre por un pícaro: pero no, amigo; es un hombre respetable.

A Kulpel, que quiere escabullirse.

¿A dónde vais, caballero?

Procurando ocultarse.

Kulp. Tengo que despachar una diligencia que me urge... Permitidme...

Stornf. Suplicoos, que aguardéis un momento.

A Vernin.

Mirad este hombre generoso; quiere partir con nosotros su dinero...

Quiere irse Kulpel.

Esperaos.

Mirando á Kulpel.

Vern. Si no me engaño... vm. es... el antiguo mayordomo del Conde de Olsbach.

Sumamente confundido.

Kulp. ¿Yo, señor? ¿yo?

Stornf. Os engañais. Es un caballero de mucha consideracion en la corte... Debeis conocer la familia de los Kulpel.

Detiene á Kulpel, que quiere irse.

Deténgase vm., caballero: ¡es posible!..

Kulp. No, no... Mis ocupaciones... Pronto estoy de vuelta.

Aparte.

Stornf. Este hombre tiene el diablo en el cuerpo... empieza ya á hacérseme sospechoso...

A Vernin.

Tomad, ved ahí la carta que me ha escrito.

Kulp. Señores, yo dexo á vms.

Deteniéndole.

Vern. No, no; no nos dexe vm... Aquí hay picardía.

Mad. Wand. No crea vm. nada... Lo que hay es esto... Al señor Kulpel le tienen por el mayordomo del Conde de Olsbach, porque se toma el trabajo de encargarse del manejo de su casa... Y además, señores, yo sentiría mucho de que se alborotase en mi casa.

Stornf. Pierda vm. cuidado, Madamá...

A Kulpel.

No se menee vm.

Vern. Permitidme, que vea esa carta.

Despues de haberla mirado.

Como reusasteis aceptar las ofertas que me tomé la libertad de haceros; busqué un medio de socorreros, sin ofender vuestra delicadeza... Y por eso, quando os dexé en la alameda, me fuí á escribir esta carta, y despues volví aquí con ella... Yo no dudo que la Condesa de Olsbach haga mucho mas por vos; mas al pronto necesitabais esta bagatela, y jamas se hubiera sabido nada, si...

Asiendo á Kulpel por detras.

Stornf. ¿Qué tienes que responder á esto, infame? ¿Dónde está el dinero?

Vern. No intentes escaparte, ó si no...

Viendo que Vernin tiene asido á Kulpel.

Stornf. No, amigo, no son necesarios dos contra uno.

Suelta á Kulpel, Vernin, creyendo que Stornfels le tiene asido, le suelta tambien. Kulpel se aprovecha de este momento, dexa caer el dinero, y se huye.

Echa la mano á la espada, y sigue á Kulpel.

Stornf. ¡Pícaro! no te irás impunemente.

Vern. Deteneos.

Sigue á su padre juntamente con Vernin.

Mad. Orl. ¡Ay cielos!... ¡Padre mio!

Mad. Wand. ¡Señor Coronel!

Al salir vé el dinero en el suelo, recógelo, y exclama en alta voz.

Aquí está el dinero, señores, aquí está el dinero.

Vase tras de los demas.

ACTO QUARTO.

El teatro en este acto y en el siguiente como en el primero.

SCENA PRIMERA.

Julia y Cárlos.

Jul. ¿Qué hace el Conde?

Cárl Acaba de entrar en su gabinete.

Jul. Cárlos, estoy poco satisfecha de tí; deberías haberme traído inmediatamente á esa señora.

Cárl. Señorita, no pude entrar en su casa.

Jul. ¿Y por qué?

Cárl. Me salí de casa sin coche, porque quise buscar primero la suya.

Jul. Y la hallaste, supongo.

Cárl. Sí, señora; mas al entrar en ella oí un gran ruido. Creo que nuestro despedido mayordomo ha dado algun mal paso en la casa. Pasó delante de mí huyendo, y desalentado. Un militar anciano, con la espada desenvaynada, el señor Vernin y otros muchos, le perseguian vivamente; y esto es lo que me hizo volver pies atrás, pa-

ra informaros de todo.

Jul. ¿Cómo? ¿tambien estaba allí Vernin?

Cárl Sí, señora; parecia que queria contener al anciano: pero bien hubiera podido dispensarse de ello, porque Kulpel huía como un relámpago.

Jul. Me tiene en cuidado esa pobre señora... Mi hermano necesitará acaso su coche: pero luego que mi madre vuelva, toma el suyo, y vé á buscarla. Me avisarás quando ya esté en casa, porque quiero hablarla á solas... ¿Lo entiendes?

Cárl. Sí, señora.

Vá á salir Cárlos; pero se vuelve pies atrás, y dice:

Aquí teneis ya al señor Vernin, y al militar anciano. *Vase.*

SCENA II.

Julia, Stornfels y Vernin.

A Vernin.

Stornf. Amigo, me es insoportable la vida. Un anciano como yo, de nadie es respetado: todo el mundo me mira con desprecio... ¿Reparasteis á la puerta en aquellos insolentes?

Vé á Julia y calla.

Acercándose á Julia.

Vern. Señorita, tengo el honor de presentaros al señor Coronel Stornfels.

Jul. ¿Al mismo Coronel?...

Aparte.

¡Cielos, qué aspecto tiene de desdichado!

En voz alta.

Caballero, tengo mucho gusto en veros.

Stornf. Señorita, soy vuestro humilde servidor.

A Vernin.

Amigo, vámonos.

Jul. ¡Qué! ¿ya queréis iros?

Stornf. Señorita, permitidme que os diga, que vuestros criados son muy insolentes. ¿Por qué reirse á un anciano y bravo militar?

Jul. Sosegaos... yo haré que se les reprenda... Señor Vernin, una palabra, si gustais, con permiso de ese caballero.

En voz baxa á Vernin.

Me parece que vuestro amigo es de un carácter bastante duro.

Vern. Os ruego le perdonéis. Es uno de estos militares viejos que creyendo que el valor y la buena fé son las únicas virtudes, se precia poco de cortesano: y además los infortunios...

Jul. Nosotros le socorrerémos... Mi hermano será su proctector; y yo me encargo de la hija. Decid que se tranquilice.

Vern. ¿Ha venido á hablaros mi criado?

Jul. Sí, y tambien he dado ya mis órdenes á Cárlos para que vaya por ella.

Hace una reverencia al Coronel, quien le corresponde; al irse dice á Vernin.

Tambien me he acordado de vos.

Vern. ¿De mí? ¿por qué?

Jul. ¿Me lo preguntais?

En tono afectuoso.

¿Pues qué, no soy amiga vuestra? *Vase.*

SCENA III.

Stornfels y Vernin.

Stornf. Amigo, me gusta esa señorita; es afable.

Vern. Ya os he dicho que la altanería y el desprecio no habitan en esta casa.

Stornf. ¿Quién es?

Vern. Es la hermana del Conde: tiene el carácter mas amable del mundo. Su viveza exterior en nada disminuye sus buenos sentimientos; es generosa y compasiva... Por lo que hace al Conde,

sabe apreciar el mérito ; y particularmente estima mucho al militar valiente y honrado.

Stornf. Tiene razon en eso. Hay muy pocos que se le parezcan.

Vern. Es cierto : y pocos saben quán dificiles son de cumplir las obligaciones de un buen Oficial. Mas el Conde las sabe bien : ha servido largo tiempo ; y apénas hace tres semanas que ha vuelto del exército.

Stornf. ¿Ha servido? ¿Qué grado tiene?

Vern. De General.

Stornf. ¿Quántas campañas ha hecho?

Vern. Está sirviendo desde que era muchacho.

Stornf. ¿Es valiente?

Vern. Muy valiente.

Stornf. Me alegro de oirlo... tambien yo, amigo, he servido desde mi juventud : tambien soy valiente; y sin embargo soy al presente un infeliz.

SCENA IV.

Los mismos y Felipe.

Vern. Felipe : ¿se á levantado ya el Conde de la mesa?

Felip. No sé, señor.

Vern. Hacedme el favor de entrarle recado.

Felip. Con mucho gusto. *Vase.*

Stornf. Si os he de decir la verdad, amigo, me es muy incómodo tener que tratar con estos grandes señores...

Vern. Ya os he dicho lo que es el Conde: quedaréis prendado de él; es la misma afabilidad. Ya sale.

SCENA V.

Los mismos y el Conde de Olsbach.

Abrazando á Vernin.

Cond. ¡Amigo mio!

Viendo al Coronel.

¡Ah Caballero!... Tomad asiento... He sentido mucho el lance que os ha sucedido esta noche... Pero despues que os han puesto en libertad, ¿por qué no habeis venido á comer conmigo? os he estado aguardando.

Vern. No ha querido acceder á mis instancias.

Cond. ¿Y por qué no? Me hubieras dado mucho gusto.

Stornf. Perdonad, mi General.

Cond. Me haréis favor en no darme ese dictado.

Stornf. Pero sin embargo lo sois.

Cond. Lo era.

Stornf. ¿No lo sois ya?... Yo he servido desde mi juventud; he hecho mas de quarenta campañas; he dado pruebas de valor é inteligencia; y sin embargo, ¿qué soy en el dia? un viejo, cubierto de heridas, á quien siquiera se digna mirar nadie... Suplicoos me perdonéis, si digo mi sentir libremente... Acostumbrado á vivir en el campo de batalla, ignoro el idioma de la corte... y además, ved mi uniforme... me avergüenzo de presentarme vestido de esta suerte... no quiero servir de espectáculo ridículo.

Cond. Delante de mí qualquiera puede presentarse como guste ó como pueda: yo aprecio al hombre, y no al vestido... Pero me admira que hayán recompensado tan mal vuestro mérito.

Stornf. ¿El mérito?... ¿Recompensar el mérito?... Mi padre, al cabo de veinte y cinco años de servicio, fué nombrado General. En una faccion contra los Turcos, aunque con fuerzas muy inferiores á las de éstos, quiso mas hacer frente al enemigo, que entregarse prisionero, confiado en que acudirían pronto otras tropas á su socor-

ró: pero fué muerto ántes, con quantos le acompañaban... ¿y qué sucedió? A las quatro semanas despues de su muerte, ya estaban olvidados sus servicios... Señor Conde; estoy seguro de que quince mil escudos me harian mas honor, que mis quince heridas: sí, desde luego. Se hace bien poco alto de que un hombre sepa pelear, de que tenga valor. Hijo de un General que ha servido veinte años, Coronel además, con quarenta años de servicio, y cubierto de honrosas heridas; me veo reducido á pedir limosna... y moriré, sin que nadie se acuerde de mí.

Queriendo contradecirle.

Cond. Permitidme...

Stornf. Al cabo de mis dias, me veo precisado á andar arrastrando... Cada qual que pasa me echa una mirada insultante, y me vuelve las espaldas... ¡Ah! ¿por qué la bala que me pasó el sombrero, no me pasaria la cabeza?

Le muestra.

Así no necesitaría de nadie.

Cond. ¿Quál es la causa de vuestra desgracia?

Stornf. Nada, señor Conde; os lo juro: una miseria, que no merecia la pena de que por ella se reformase á un soldado valiente, y se le quita-

sen los medios de subsistir. Vos tambien habeis servido; juzgad si me han hecho justicia... Habian puesto á mi mando una division de tropas; supe que el enemigo no estaba alerta; le sorprehendí una noche, y le derroté... Os juro que no se hubiera escapado uno siquiera, si al huir no hubiesen puesto fuego á la ciudad.

Sorprehendido.

Cond. ¡Cielos!... ¿Y quién mandaba las tropas enemigas?

Stornf. Mi yerno: era un furioso, que no tenia ni aun sentido comun... Pero no quiero acordarme de esto. Ya llevó el pago merecido, muriendo en su puesto... ¿Queréis creer que intentáron perderme, por haber acometido con buen éxîto, una atrevida empresa, sin haber tenido órden?

Cond. Eso fué mucho rigor.

Stornf. Despues me han acusado de haber muerto al hijo del General, y de haber hablado libremente en el Consejo de Guerra. La primera acusacion es falsa; y tengo por nula la segunda... ¿No es mortificarse para un viejo Oficial ver que le prefieren un niño, un aturdido, que á cada instante vuelve atrás la cabeza, por ver si su espada le sigue? Atacóme un dia; me ví precisado

á defenderme; y no es culpa mia, si arrebatado de su cólera, se dió muerte á sí mismo, arrojándose sobre mi espada... En quanto á lo que dixe del Consejo de Guerra, tenia derecho para decirlo, puesto que decia la verdad.

Vern. ¿Y esa verdad os ha hecho perder vuestros servicios, vuestros bienes, y vuestro honor?

Vivamente.

Stornf. Os engañais amigo... yo siempre soy hombre de honor.

Cond. Dexemos eso... ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¡Señor!

Cond. Mi secretario sabe las órdenes que le tengo dadas: que esté pronto. *Vase Felipe.*

A Stornfels.

En vuestro país puede suceder que no siempre se observe justicia, ni se recompense el mérito... mas aquí hay la seguridad de que siempre será apreciado... He tenido proporcion de hablar por vos al Ministro. ¿Quereis tomaros la pena de pasar á su casa? Mi secretario os acompañará.

Vern. Si me lo permitís, yo tambien le acompañaré.

Cond. Con mucho gusto; tanto mejor. Mas si quereis hablar al Ministro, el tiempo urge.

Stornf. ¿Así como estoy?

Vern. Sí, eso es precisamente lo que os recomienda.

Stornf. ¿Lo que me recomienda?...

Picado.

Sí, experiencia tengo de ello...

Vern. No todos los hombres juzgan por el exterior. El Ministro es un hombre prudente, ilustrado, y de buenos sentimientos.

Stornf. Muy bien: iré... Señor Conde, os doy las gracias por tantos favores...

A Vernin, al salir.

A la verdad, amigo, voy viendo que hay en el mundo mas hombres de bien, que los que yo creía... ¿Mas quién diablos ha de ir á burcarlos á esas grandes casas? *Vanse.*

SCENA VI.

El Conde solo paseándose.

Cond. ¡Que los Oficiales valientes hayan de vivir en la miseria, miéntras que los cobardes estan rebosando riquezas! ¡O fortuna! ¡fortuna!... ¡quán ciega eres en la distribucion de tus bienes!... Este venerable anciano me ha interesado sobre manera... Su presencia, y la relacion inge-

nua de sus desgracias, me han distraído algun tanto de mis tristes pensamientos... ¡Ah! ¡Emilia!... ¡Emilia!... tu imágen me ocupará eternamente... tu pérdida... la espantosa imágen de tu muerte...

Se detiene, y fixa tristemente los ojos en tierra.

SCENA VII.

La Condesa y el Conde.

Condesa. ¡Hijo mio!... ¡El desgraciado no oye!... ¡Hijo mio!

Cond. ¡Ah! ¡madre! ¿sois vos?

Condesa. Acaban de traer esta carta de parte del Ministro.

El Conde la abre y lee.

¡Qué aspecto tan melancólico!... ¡qué seriedad tan terrible!... mucho me hace temblar.

Despues de haberla leído.

Cond. Me proponen un empleo.

Condesa. ¿Un empleo militar?

Cond. No, señora: una embaxada... ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¡Señor!

Cond. Mi coche. No la aceptaré. *Vase Felipe.*

Condesa. ¿Y por qué no?

Cond. No teniendo valor en la situacion en que me hallo, para cumplir las mas fáciles obligaciones, seré mas perjudicial que útil al Estado, en un puesto tan importante.

Condesa. ¿Y qué dirán si le renuncias?

Cond. Dirán que soy altanero, que no quiero hacer ningun sacrificio por el Estado; que soy indigno de la bondad y las gracias con que el Rey me honra... No quiero exâminar lo que podrán decir. Puedo justificarme; y he servido hasta aquí con honor.

SCENA VIII.

Los mismos y Julia.

Julia. ¡Hermano! tu Abogado te está aguardando.

A su madre, y quiere irse.

Cond. Permitidme...

Condesa. Viene, hijo mio, á hablarte sobre tu pleyto con Spilding. Bien sé que la justicia está de tu parte: pero acuérdate de su pobre familia.

Cond. Es pobre, ya lo sé: mas no le debo sacrificar mis derechos. El orgullo es quien le ha hecho infeliz; la necesidad le humanará. Si gano el

pleytò, yo procuraré que de nada carezca. *Vase.*

SCENA IX.

La Condesa y Julia.

Jul. Paréceme que mi hermano está tranquilo.

Cond. Quiere ocultarnos su pena... ¡Mas ay! Quánto mas tranquilo parece, tanto mas le temo.

SCENA X.

Las mismas y Vernin.

Vern. Señoras, Fircland acaba de llegar. Su criado me ha dado ahora una noticia... Si es cierta, somos dichosos: si no lo es, somos desdichados.

Condesa. ¿Y qué noticia es?

Vern. No puedò deciros mas por ahora; voy á estar con él en persona... Si teneis ocasion de hablar al Conde, pronunciad delante de él, como por casualidad, el apellido de Tronsberg... Voy al instante á cerciorarme del caso; volveré quanto ántes. *Vase.*

Condesa. ¡Vernin! *Llamándole.*
¿Qué querrá decir con esto?

Jul. Madre mia, paréceme que lo adivino... sin du-

da es alguna buena noticia para mi hermano, puesto que debemos nombrar el apellido de Tronsberg... Acaso será el de Emilia; quizá vivirá todavía.

Condesa. ¡Pluguiese al cielo!

Jul. No lo dudo, madre mia; el corazon me lo dice... Su Emilia está en salvo, no ha perecido en el incendio.

Condesa. Tu esperanza se desvanecerá bien presto, mi querida Julia. Tengo pruebas ciertas de su desgracia...

Derrama algunas lágrimas, y al cabo de algunos instantes de pausa, prosigue con tono mas tranquilo.

La recompensa que su providad merece, acaso no la logrará en este mundo... Ven, hija mia; un consuelo infundado solo sirve de preparar nuevo alimento á la desesperacion... Ven, hagamos porque no se ausente. El tiempo y nuestro cuidado, lograrán acaso restituirle su antigua tranquilidad.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

La Condesa y Julia.

Condesa. Todas mis fatigas han sido inútiles: subsiste en su resolucion...

Con agitacion.

¿Volveré á verle otra vez?

Jul. Sosiéguese vm., madre mia. ¡Situacion cruel! pero me alienta mucho la firmeza de su carácter.

Condesa. ¿La firmeza de su carácter?... ¡Ah! ¿podrá eso deslumbrarle?... Esa tranquilidad aparente no es mas que un velo que encubre la mas terrible desesperacion... Yo he descorrido este velo: he querido estrecharle para que cediese á nuestras instancias; pero me ha respondido que su corazon está cruelmente herido con la pérdida de Emilia; pero que puedo confiar en que el tiempo, la prudencia de mis consejos, y la voz de la razon le irán reduciendo poco á poco á mejor estado; y que solo me ruega le conceda algunos dias para reponerse enteramente.... Nos separamos; no le perdí de vista miéntras

pude... y quando ya le pareció que estaba solo... ¡ó Dios, y lo que ví!... Abandonado á la mas amarga pena...

SCENA II.

Las mismas y Felipe.

Felip. ¡Señora!

Condesa. ¿Qué quieres?

Felip. Aquí hay una muger, que pide licencia para hablaros!

Condesa. ¿Quién es esa muger?

Felip. Yo no la conozco. Esta mañana la he visto con el mayordomo Kulpel... Dice que se llama Madama Wandel; y que tiene un asunto muy urgente que comunicaros.

Condesa. Dila que entre. *Vase Felipe.* ¡Un asunto muy urgente!.... Cada noticia me asusta, y pone en nuevo cuidado.

SCENA III.

La Condesa, Julia y Madama Wandel.

Madama Wandel entra temblando.

Condesa. ¿Qué queréis, buena muger?

Mad. Wand. Suplicoos, señora, perdonéis la libertad que me tomo... Solo vengo á preguntaros, si sois vos quien ha enviado un coche, para traer á una señorita que está hospedada en mi casa.

Condesa. ¿Cómo?

Mad. Wand. Sí, señora: suplicoos no os enfadeis... Me han engañado muchas veces; y debo tomar todas las precauciones posibles, para que la pobre señorita no caiga en manos de gente mal intencionada; porque la quiero de todo corazon.

Condesa. ¿Qué queréis decir, muger?... Yo no os entiendo.

Jul. Perdone vm., madre mia; es la hija del Coronel Stornfels. He enviado á Cárlos con el coche, para que la traigan: Vernin se encargó de prevenírselo.

Mad. Wand. ¡Ah! ¿con qué sois vos quien ha enviado el coche?... De ese modo me marcho al instante á participarla esta agradable noticia... ¡Ay señoras! creed que en estos tiempos no sobra ninguna precaucion. ¿Queréis creer, que un mayordomo del señor Conde concurría, de pocos dias á esta parte, á mi casa á hacer la corte

á la señorita?... ¡Se daba un ayre de hombre de circunstancias, haciéndose pasar por tal!... Pues este mismo sugeto nos ha salido al cabo un gran bribon, que queria robarnos, y seducir á aquella amable jóven... Perdonad si os importuno: quando empiezo á hablar, no sé dexarlo... Me voy quanto ántes, para enviárosla sin dilacion... Soy vuestra mas humilde servidora.

SCENA IV.

Las mismas, Madama Orlehim y Cárlos.

Cárlos, que entra el primero, mira á todas partes, y llama en voz baxa á Julia.

Cárl. ¡Señorita! ¡señorita!

Jul. ¿Ha venido ya?

Cárl. Sí, señora.

Jul. ¿Dónde está?

Cárl. Vedla. *Abre la puerta.*

Entra Madama Orlehim.

Mad. Wand. ¿Qué es vm., señorita?

Se adelanta á recibir á Madama Orlehim, la saluda; y despues dice á Cárlos.

Jul. ¿Dónde está el Conde?

Cárl. En casa del Ministro Bernau: he visto su coche á la puerta.

Jul. Bien está. Ten cuidado de que nadie entre aquí... *Señalando á Madama Wandel.* Lleva á esa señora, y dale para refrescar.

Cárl. Venga vm. conmigo, señora. *Vanse.*

SCENA V.

La Condesa, Julia y Madama Orlehim.

A Madama Orlehim.

Condesa. Tengo mucho gusto en veros, Madama. Nadie se interesa mas que yo en vuestras desgracias: contad con que haré por vos quanto esté de mi parte.

Jul. Vernin nos ha hablado de vos, de un modo el mas ventajoso.

Mad. Orl. ¡Qué hombre tan respetable!... A no ser por él... acaso no tendria ya padre... El, y esa buena muger, que acaba de salir.... ¡ah!... ¿Mas para qué ocultaros la verdad?... Sí; á no ser por ellos, ya hubiéramos perecido, víctimas de la necesidad, enmedio de los hombres.

Jul. ¡Cielos!

Mad. Orl. Perdonadme esta declaracion; pocos gustan de oirla: la palabra *necesidad* es ingrata; mas... el efecto no es ménos verdadero y terrible para los infelices.

Jul. ¿Es posible que los hombres tengan tan poca caridad con sus semejantes?

Mad. Orl. Sí, señora, es posible: y nosotros hemos experimentado esta funesta verdad... Las voces *pena* y *miseria* incomodan á sus oídos. El indigente los hace volver el rostro; huyen de él como de una enfermedad contagiosa, y le dexan abandonado á su triste suerte.

Condesa. ¡Bárbaros!... ¿Y habeis podido soportar tantos infortunios?

Mad. Orl. El infortunio enseña á sufrir, señora: es la escuela de la firmeza... Pero sin embargo, su enorme peso abruma al fin, y...

Jul. Sosegaos, Madama... Aun podeis ser feliz.

Mad. Orl. ¡Jamas, jamas, señorita!... La indigencia no es la única causa de mi desgracia; no solo tengo que llorar los infortunios de mi padre.... no... se acabó ya la dicha para mí. *Llora.*

Enternecida.

Jul. ¡Ay madre mia!

Condesa. ¡Hija mia!

Jul. Mi corazon está agitado.

Levantándose, y abrazando á Mad. Orlehim.

Abrazadme: admitidme por amiga vuestra.... ¡me inspirais tanto interés!...

Mira á Julia, y se aparta de ella al instante con admiracion y susto.

Mad. Orl. ¡Ah señorita! vuestra sensibilidad...

Jul. ¿Qué teneis, mi querida amiga?

Contempla á Julia con atencion, y dice afectuosamente.

Mad. Orl. Nada. ¡Ah!... ¿Podréis disminuir mi pena?

Jul. Sí, amiga mia, sí. *Con interés.*

Mad. Orl. ¡Ah! ¡si fuere posible!

Jul. Yo haré quanto haya que hacer en el mundo.

Mirando fixamente á Julia.

Mad. Orl. ¡Qué semejanza!

Con sensibilidad.

¡Todas las facciones son de él!... Sí; ¡este es aquel tierno ademan con que me estrechaba entre sus brazos!...

Durante una pausa bastante larga, en la qual tiene fixos los ojos en Julia, derrama algunas lágrimas, y al fin exclama.

¡Ay Orlehim mio!

Julia y la Condesa, admiradas, repiten á un mismo tiempo.

Las dos. ¿Orlehim mio?

Condesa. ¡Qué! hija mia, ¿conoceis á Orlehim?

Mad. Orl. ¿Si le conozco me preguntais? ¿Cómo no, si era mi esposo?

Las dos. ¿Vuestro esposo?

Lentamente, y con el mayor sentimiento; y las lágrimas le interrumpen las palabras.

Mad. Orl. Sí, mi esposo... él era...

Condesa. ¿Mi hijo?

Jul. ¿Mi hermano?

Mad. Orl. No: mi Orlehim era mi esposo... El instante que iba á unirnos... fué.... el de su muerte.

Sorprehendida.

Condesa. ¡Julia!

Jul. ¡O madre mia!

A Madama Orlehim.

¿Os llamais Emilia?

Mad. Orl. Sí, señora, la desgraciada Emilia.

Levántase del asiento para oir con mas atencion.

Vivamente.

Condesa. ¿Y el apellido de Tronsberg?

Sorprehendida.

Mad. Orl. Ese es el verdadero apellido de mi padre.

Abrazándola á un mismo tiempo.

Jul. y Cond. ¡Hermana mia! ¡Hija mia!

Mad. Orl. ¿Cómo?

Condesa. Sí; tú eres mi hija, mi Emilia. Tu Orlehim vive.

Con enagenamiento.

Mad. Orl. ¿Mi Orlehim vive?

Tristemente.

No es posible: yo he visto su sepulcro.

Condesa. El de su primo, que tenia el mismo apellido; él es el que fué muerto: tu esposo vive.

Mad. Orl. ¿Orlehim?

Jul. Sí, sí; tu Orlehim. Al presente se intitula Conde de Olsbach: es mi hermano; y tú, mi querida hermana.

Mad. Orl. ¡Cielos! ¿es cierto que vive?

Condesa. Sí, hija mia, vive: le verás bien presto; presto le estrecharás entre tus brazos.

Mad. Orl. Esto es mucho, esto es mucho...

Vuelve á sentarse como desmayada en el canapé; pero volviendo en sí prontamente, dice con tono de inquietud.

Pero... ¿y ama siempre á su Emilia?

Jul. ¿Si la ama preguntas? Tu creída muerte le tiene reducido á la mas triste desesperacion: te contemplaba víctima de las llamas.

Mad. Orl. ¡Ay Orlehim mio! No, no; tu fiel Emilia se libró del incendio.

Condesa. ¿Y por qué milagro?

Mad. Orl. De todos quantos vivian en la misma casa, yo sola me salvé de la voracidad de las llamas. Mi padre, arrostrando por todos los peligros, se lanzó enmedio del incendio; me sacó á salvo, y llevóme á su exército. Poco tiempo despues me conduxo á una fortaleza, donde permanecí hasta el fin de la guerra. El fué quien, sin haber recibido órden, aventuró aquel ataque imprevisto, por librarme del cautiverio, donde creía que yo estaba padeciendo... ¡Ay! ¡esta empresa le ha costado su empleo y su fortuna!

Condesa. ¿Con que segun eso, era secreto vuestro matrimonio?

Mad. Orl. Mi tia era la única que tenia noticia de él... ¿Pero dónde está mi Orlehim?... ¿dónde está? ¿Le volveré á ver pronto?

SCENA VI.

Las mismas y Cárlos.

Cárl. Acaba de parar un coche á la puerta.

Jul. ¿Hay alguno en la antecámara?

Cárl. Nadie. *Vase.*

Condesa. Ven, querida Emilia; sin duda es mi hijo.

Quiere salir al encuentro.

Mad. Orl. ¿Vuestro hijo? ¿mi esposo?

Condesa. ¡No, hija mia!... El placer de una sorpresa semejante sería demasiado violento. Ten paciencia por algunos momentos: Julia irá á prepararle.

Mad. Orl. ¿Y podré yo esperar entretanto?

Sale Cárlos.

Cárl. El señor Conde.

Condesa. Es preciso retirarnos. Dentro de muy poco nada te quedará que desear; serás completamente feliz.

Mad. Orl. ¿Y mi padre? ¿y mi esposo?

La lleva consigo, y la dice al salir.

Jul. Todos, amiga mia, todos. ¡Ay Emilia! ¡quánto se interesa por tí mi corazon!

Salen todos por una puerta, excepto Cárlos.

SCENA VII.

El Conde y Cárlos, con algunos Criados que se retiran al instante.

Cond. ¡Cárlos!

Cárl. ¿Señor?

Cond. Vé á decir á Vernin, que me haga el favor de verse conmigo quanto ántes pueda.

Cárl. Está bien, señor. *Vase.*

SCENA VIII.

Los mismos y Julia.

Llama sin ver á Julia.

Cond. ¡Cárlos!

Que vuelve.

Cárl. ¿Señor?

Mirando á su relox.

Cond. A media noche marcharémos.

Cárl. ¿Hoy?

Cond. Sí, hoy mismo.

Vase Cárlos: Julia le habla al oído, y él dá á entender con algunos gestos que le ha entendido.

SCENA IX.

El Conde, Julia, siempre retirada.

Cond. Aun necesito algunos momentos... y despues quedaré en libertad.

Se sienta consternado en el sofá; y despues de algunos momentos de silencio, dice:

Cond. ¡Querida Emilia!... ¡desgraciada esposa!... recibe el tributo de mis lágrimas... toda mi alma te llora...

Otra pausa, durante la qual procura reportarse. Aun no he cumplido con todas mis obligaciones... Debo dexar el mundo, como hombre de providad... La felicidad de mi hermana, la de mi amigo... ¡Felipe!... ¿Quién está ahí?

Acercándose.

Jul. ¿Qué quiere el señor Conde?

Cond. ¿Eres tú, hermana mia?

Jul. Sí, yo soy. ¿Con que á media noche?

Cond. ¿Cómo?...

Jul. Que á la media noche piensa dexarnos el señor Conde... ¡Muy bien!

Cond. Falta que él lo diga.

Jul. ¿Y marcharás sin decirnos *á Dios*?

Cond. No, hermana mia.

Jul. Haz lo que gustes... Pero, hermano mio, la hora de la media noche es bastante incómoda: me parece que harías mejor en aguardarte hasta el amanecer.

Cond. No aguardaré una hora mas.

Jul. ¿Ni siquiera una hora? ¿por qué?... Estás muy decidido... Yo soy dócil; pero á veces, soy tan decidida como tú. Sin embargo, puedes partir; no te detendrémos un minuto: ántes, por el contrario, te deseamos feliz viage.

Cond. ¿Posible es que te chancees en el estado en que me ves?

Jul. ¿Chancearme? no por cierto; hablo muy seriamente... Mas parece que arrugas el ceño: dexemos esta conversacion, y hablemos de otra cosa mas importante... de tu Emilia. Perdona mi curiosidad... ¿Nos quieres dexar por causa de tu Emilia?

Cond. Sí, precisamente por causa de mi Emilia.

Jul. ¡Muy bien! ¡A la verdad me causas admiracion! tú eres como los amantes de antaño, que suspiraban toda su vida por sus queridas... mas con todo eso me parece bastante bien meditada tu resolucion, y aun la hallo muy precipitada para un filósofo. Quando fuese cierta la muerte de tu Emilia, que aun lo dudo, no veo que tu con-

ducta corresponda al carácter y á los principios que has seguido hasta el presente. No se me ha olvidado una instruccion muy útil y muy sábia que mi señor hermano me dió, no ha mucho tiempo, y de cuya verdad intentaba persuadirme con la mayor eficacia. "El sábio, me decia, »debe estar siempre prevenido contra la desgra»cia, tener firmeza quando ésta es inevitable, y »tranquilidad quando ha sucedido." Si mi Mentor quisiese tener la bondad de aprovecharse de tan buena leccion...

Cond. Hermana mia, ¿por qué me atormentas?

Jul. Vea vm., querer consolar es atormentar... ¡Qué debilidades tienen los grandes talentos! Miéntras que nada les es adverso, miran quanto los rodéa con desden y compasion; pero al menor revés, estos hombres tan altivos pierden la fuerza y el sentido...

El Conde suspira.

¿Suspiras?... Siempre puedes hacerlo á tu gusto; ¡pero dexar el mundo! No, no te lo permito... no debes alejarte en esta ocasion. El mundo puede tener necesidad de tí, aunque tú presumas no necesitarle.

SCENA X.

Los mismos y Vernin.

Julia divisa á Vernin, le sale al encuentro, y le dice en voz baxa.

Jul. Sabeis...

Vern. Mi señora la Condesa me ha informado de todo.

Jul. Luego al punto le hablarémos del asunto.

En voz alta.

Venga vm., Vernin, á despedirse de mi hermano, que se marcha á media noche.

Vern. Acabo de saberlo... Pero, Conde, me teneis prometido diferir vuestra partida.

Cond. Ya he cumplido mi palabra... Vernin, no hay que instarme mas; nada en el mundo podrá mudar mi resolucion.

Jul. ¿Nada en el mundo? ¿Ni aún tu Emilia?

Cond. ¡Ah cruel!

Enternecida.

Jul. Hablad, Vernin...

Vern. Conde; no sin razon os he instado para que suspendieseis vuestra marcha. Vuestro antiguo Auditor, Fircland, dice, que aun duda todavía

que sea cierta la muerte de vuestra Emilia.

Cond. ¿Cómo?

Vern. Es cierto que se han hallado entre las ruinas huesos de cuerpos abrasados; pero se cree que son de los padres, ó domésticos de Emilia. Además aseguran haber visto algunos soldados arrojarse en medio de las llamas, por mandado de un Oficial anciano, ántes que la casa se abrasase enteramente; y así es muy probable que...

Cond. ¿Probable? ¡Qué triste y mezquino consuelo! No, Vernin; tengo pruebas muy ciertas de mi desgracia. A instancias mias se han hecho las mas exâctas pesquisas en el exército del enemigo; se han registrado todas las casas de la ciudad incendiada; y todo se reune para confirmarme en la certidumbre de mi pérdida irreparable.

SCENA II.

Los mismos y la Condesa.

Condesa. Julia, ya es ocasion... *A Jul. á aparte.* La infeliz está fuera de sí.

A Vernin.

¿Vernin, habeis hablado á mi hijo?

Vern. Sí, señora; le he dicho lo que teniamos acordado.

Condesa. Hijo, me dicen que quieres dexarnos esta noche.

Cond. Madre mia... solo podré hallar reposo en la soledad: aquí todo el mundo sabe mi secreto... todos me atormentan.

Jul. Madre, nosotros somos todo el mundo.

Enternecido.

Cond. Mucho me afliges, Julia.

Jul. ¡Es posible!...

Cond. ¿Quieres que me vengue?

Jul. Como quieras.

Cond. Bien sé que conoces á tu hermano.

En voz baxa.

¿Vernin no es amigo tuyo?

Jul. Ciertamente.

Cond. ¿Y nada mas?

Los ojos baxados y algo sonrojada.

Jul. ¡Qué pregunta tan extraña!

Cond. Estoy bastante instruído.

Se acerca á Vernin.

Vernin, ántes de partir, quiero casar á mi hermana. He elegido un esposo digno de ella. ¿Qué os parece?

Vern. ¿A mí?

Cond. ¿Haré bien?

Vernin algo sorprehendido, y dirigiendo á Julia una mirada tierna, dice:

Vern. Sí por cierto... si su felicidad y su gusto se cifran...

Suspira.

Cond. Julia, dame tu mano...

A la Condesa.

¿Madre mia?

Condesa. Hijo mio, ya sabes mi voluntad.

Lleva el Conde á Julia hácia donde está Vernin, y dice:

Cond. Julia, yo debo vengarme.

Pone la mano de Julia sobre la de Vernin.

Vernin, vengarme.

Jul. ¡Hermano mio!...

Vern. ¡Mi amigo!...

Cond. Fuera cumplimientos: eres digno de mi hermana. Esta era la única y mas agradable de mis obligaciones que me restaba cumplir; ya está cumplida... Permitidme ahora...

Le abraza.

Condesa. No, hijo mio, no me dexarás.

Abrazándola.

Cond. ¡Mi querida y tierna madre!

Enternecida.

Condesa. ¡Generoso hijo! tú has hecho felices á

quantos te rodéan; ¿y tú... tú solo habias de ser desdichado? *Vase.*

SCENA XII.

El Conde, Julia y Vernin.

Cond. ¡Ah, excelente amiga!...

Siguiendo á su madre con la vista.

Su corazon se despedaza... mi desgracia la desespera.

Vern. ¿Tu desgracia? No amigo mio. ¿Es acaso desgraciado el hombre quando hace felices á los demas?

Cond. Es cierto; esa satisfaccion me restituye la tranquilidad: mas solo es por algunos momentos.

Vern. No, amigo mio, no: tu felicidad es completa... ¿Qué mas puedes desear? Lo que quieres mas que á tu vida, es feliz por tu causa.

Cond. ¿Cómo?

Vern. Repórtate... recoge todas tus fuerzas, toda tu firmeza para soportar tu felicidad.

Cond. ¿Mi felicidad?

SCENA XIII.

Los mismos y la Condesa con Emilia.

Emilia y la Condesa entran sin ser vistas del Conde. Apénas puede ésta contener á Emilia, la qual da muestras de la mayor inquietud.

Jul. Sí, sí; tú acusas á la suerte, y acaso eres mas feliz de lo que piensas.

Cond. ¡Hermana mia! ¿Será posible?... Habla, explícate.

Jul. Mira... busca tu felicidad.

Vuelve al Conde hácia su madre, la qual habiéndosele aproximado, se viene á encontrar á su derecha. Emilia está á distancia de un paso, detras de ella; de modo que aun habiendo dado el Conde una media vuelta, no la vé todavía.

Condesa. Hijo mio, mi ternura maternal me conduce aquí otra vez. No puedo verte marchar, sin recompensar tu providad y beneficencia... Recibe de mi mano el premio que merecen tus virtudes.

Toma la mano de Emilia, y la pone sobre la de su hijo.

Cond. ¡Emilia! ¡Cielos! *Viendo á Emilia.*

Se abandona en sus brazos.

Emil. ¡Orlehim! ¡Orlehim mio!

Cond. ¿Eres Emilia?... No, no eres tú... algun vano sueño me engaña.

Emil. Abrázame; estréchate contra mi corazon, y le sentirás palpitar.

Cond. ¡Emilia!... ¡mi querida Emilia! ¡tú vives todavía!...

Despues de una larga pausa, durante la qual, todos los personages dan muestras de la mayor sensibilidad y complacencia, echa el Conde una mirada á la Condesa, se desprende de los brazos de Emilia, y se arroja á los pies de su madre, diciendo:

¡O madre mia! ¡qué felicidad!... ¡Ah!... ¿Tendré valor para resistirla?

Levántale la Condesa.

¡Vernin! ¡Hermana mia!... ¿Qué veo?... ¿Llorais?... ¡Ah! ¿Pende de mí alguna cosa para completar vuestra felicidad?... Pedid.

Jul. Nada nos falta: nuestra felicidad es completa. Ya ves como no era infundada mi alegría.

Cond. ¡Emilia mia! ¿Posible es que vuelvo á verte?

Emil. ¡Orlehim mio! ¿Con que al fin te vuelvo á poseer?... ¡Ah! jamas, jamas te dexaré apartar de mi lado... ¡Qué de penas no he sufrido!...

¡Quántas lágrimas no he derramado!...

Abrazándole.

Mas ahora, ahora ya te tengo entre mis brazos... ¡Qué placer!... Yo no puedo hablar... Déxame, déxame poseerte para siempre...

Alza las manos al cielo con enagenamiento, y dice:

¡Orlehim mio! Si el cielo oye mi súplica, gozarémos de la mas perfecta felicidad... Sí la oirá; porque no puede ser mas sincera, ni mas ardiente.

SCENA XIV.

Los mismos y Stornfels.

Stornf. Por fin ya está afianzado...

Al Conde.

Servidor vuestro, señor Conde... Aquel pícaro ya ha llevado el pago.

Cond. ¿Quién?

Stornf. Ese miserable mayordomo... En mi vida he visto pícaro mas descarado... Ya queda el tal Kulpel alojado por toda su vida.

Emil. ¡Ah, padre mio!

Sorprehendido.

Cond. ¡Cómo!... ¿Tu padre?

Stornf. ¿Hija mia, estás aquí?

Mostrando al Conde.

Mira nuestro bienhechor.

Emil. ¿Nuestro bienhechor, padre mio... Y mi esposo tambien.

Stornf. ¡Cómo!... ¿Cómo?... ¿Tu esposo?...

Emil. Sí, padre mio; mi esposo, mi Orlehim, cuya muerte he llorado tanto tiempo.

Stornf. Pero vosotros... ¡Por mi vida que es cosa bien extraña!... ¿Pues no os llamais el Conde de Olsbach?

Cond. Me intitulo así desde que se ha hecho la paz. El Rey me ha dado este Condado, con todos sus títulos; pero el nombre de mi familia es Orlehim.

Stornf. ¿Orlehim?... Ya... En ese caso, sois el mismo á quien yo desperté aquella noche en la faccion de Ramster.

Cond. ¿De Ramster?... No señor. Mi enemigo era un tal Tronsberg.

Stornf. Yo era, yo. Despues me he visto precisado á mudar de apellido.

Cond. ¿Y por qué?

Stornf. ¡He!.... Aquel valenton, que se atravesó él mismo con mi espada, tiene parientes en este país; los quales no hubieran dexado de perseguirme, si hubiesen llegado á saber mi verdadero nombre.

He aquí porqué tomé el de Stornfels.. Mas ahora ya no temo; he contado toda mi historia al Ministro, y me ha ofrecido su proteccion... Pero, Conde; vuestros soldados en verdad que eran unos cobardes: no tuviéron razon para poner fuego á la ciudad. Perdonad mi franqueza; yo creo que lo harian sin órden vuestra.

Cond. No, seguramente.

Stornf. Pero si me dixéron que habiais quedado en el campo de batalla. Mi hija ha visto vuestro sepulcro en una Iglesia inmediata á Ramster.

Cond. Se han equivocado: es el de mi primo, que era quien tenia el mando. Su falta de precaucion le costó la vida, y ha sido causa de todas nuestras zozobras.

Stornf. Muy bien, muy bien. A la verdad ya estaba yo enfadado. Perdonad si ántes me he arrebatado contra vos... Sois un soldado valiente: mas no quiero decir lo que juzgo de vuestro primo; basta: ha muerto, y al fin sois mi hijo.

Cond. ¡O padre mio! solo este nombre faltaba para completar mi felicidad.

Stornf. Ven, hijo mio, abrázame. *Se abrazan.* Por quien soy, que se me arrasan los ojos de lágrimas... mas en este momento no me avergüenzo de llorar.

Conde. ¡Cómo podria yo prometerme que todo acabaria tan felizmente para mí!... ¡O Emilia mia!... ¡Julia!... ¡Vernin!... Vuestras almas sensibles me preparaban esta gran satisfaccion... Y vos, mi respetable y tierna madre, vivid persuadida de que conozco todo el lleno de mi felicidad.

Condesa. Eso era todo lo que yo deseaba, ¡hijo mio!... Pero conoced tambien, hijos mios ¡quál es el placer de una tierna madre, quando vé á sus hijos felices!

FIN.

LA PRUEBA CAPRICHOSA.

COMEDIA

EN DOS ACTOS,

IMPRESA EN INGLES SIN EL NOMBRE DEL AUTOR:

TRADUCIDA EN FRANCÉS

POR MADAMA RICCOBONI;

Y DEL FRANCES EN CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO DE PAULA NARANJO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Coronel d' Herby, *Sr. Antonio Ponce.*

El Mayor Belford, *Señor Alexandro Aguirre.*

Prattle, Médico, *Señor Josef Oros.*

Emilia, *Sra. Mariana de la Bermeja.*

Isabel, su hermana, *Señora Rosa Garcia.*

Matilde, Francesa, *Sra. Joaquina Briones.*

Un Lacayo, *Señor Santiago Casanova.*

La Scena es en Londres en casa de Emilia.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Salon en casa de Emilia: Matilde en trage de hombre, y Emilia con una carta en la mano.

Emil. La recomendacion de mi hermano es muy poderosa para conmigo. Serénese vm., señorita, y cuente en todo con mis facultades.

Mat. Disimule vm. mi turbacion, señora. ¿Cómo podré sin una confusion extrema ponerme en presencia de vm. con un disfraz como éste?

Emil. Sosiéguese vm. El ayre de vm. y sus modales me anuncian que todas sus acciones pueden fácilmente justificarse. Por ahora no pretendo que vm. me informe de las particularidades de su historia: aguardo á mejor ocasion, quando se halle vm. mas tranquila.

Mat. ¡Ah, señora! mi propio interés me obliga á comunicárselas. Yo me llamo Matilde, y soy hija de un médico Francés establecido en Bela-isla. Durante el último sitio un Oficial Inglés fué peligrosamente herido; y mi padre, despues de la capitulacion, le recibió en casa para prestarle sus

auxílios mas de cerca. El estado del Extrangero, su ayre noble, el mérito de su persona...

Emil. Aviváron sumamente en vm. la compasion. Cosa muy natural. Prosiga vm., señorita, que ya este principio vá granjeándola mi inclinacion.

Mat. La proporcion de verme todo el dia hizo que el Oficial encontrase agradable mi trato. Yo habia pasado en Inglaterra los primeros años de mi vida, y así podia entenderle y contextarle en su lengua nativa. Deseando vivamente mi amante juntar su suerte con la mia, descubrió sus sentimientos á mi padre, y le rogó que nos uniese. Pero, ¡ay! mi padre estaba poseido de estas preocupaciones tan comunes á una y á otra nacion; despreció las ofertas del Extrangero, le echó de casa, y me mandó que le olvidase. ¿Pero esto estaba en mi arbitrio? ¡Ah! ¿cómo era posible que le borrase yo de mi memoria quando nos unian ya las promesas mas solemnes?

Emil. Situacion verdaderamente penosa... Pero, disimule vm. mi curiosidad: ¿puede saberse el nombre del Oficial?

Mat. Tenga vm. la bondad de no instarme mas sobre este particular. La prudencia, no sé qué temor, la vanidad tal vez me persuaden á no des-

cubrir el nombre de mi amante, en tanto que él mismo no me asegura la constancia de sus sentimientos. Su hermano de vm. sabe...

Emil. Basta, señorita: no puedo ménos de aprobar esa reserva: mas pienso que no tendrá vm. fundamento para creerse olvidada ó desdeñosa.

Mat. No: ¿pero un corazon tierno y apasionado puede jamas estar sin inquietud?

Emil. Continúe vm., señorita.

Mat. El Oficial Inglés fué llamado á su patria por las órdenes de sus Xefes; partió penetrado de dolor, y me dexó sin consuelo. Una nueva aficion vino entónces á colmar los pesares que me causaba su ausencia; mi padre me instaba fuertemente en favor de otro, y me reducia á la desesperacion: mi pasion, la inflexîbilidad de mi padre... me avergüenzo de confesarlo... Extraviada léjos de mí misma, echando el deber y la razon en olvido, conducida por mi amor únicamente me arresté á huir, y abandoné la casa de mi padre. Salí sin contratiempo de Bela-isla, y me embarqué en un buque Inglés que me conduxo á Portsmouth donde creía yo encontrar á mi amante, segun me lo habia asegurado en sus cartas. Discurrid ahora, señora, quál sería mi

confusion y desconsuelo al saber que tres dias ántes habia salido para el sitio de la Habana.

Emil. ¿El sitio de la Habana? ¡O Dios! este sitio me interesa vivamente. Pero siga vm.

Mat. Sola en un país extrangero, sin consejo, sin amigos, temerosa de las diligencias de mi padre, y expuesta á ser descubierta si averiguaba mi retiro, me pareció necesario ocultar mi sexô. Mi timidez y mi inquietud llamáron la atencion de su hermano de vm. y sospechó mi disfraz. La dulzura de su carácter y sus arregladas costumbres me inspiráron confianza, y no me detuve en descubrirle los motivos de mi residencia en Inglaterra. El entónces, amigo de mi amante, compadecido de mis penas, y concibiendo mis temores, tuvo la generosidad de dirigirme á vm., señora. ¿Se dignará vm. en obsequio suyo dispensar su proteccion á una jóven imprudente y desgraciada?

Emil. No burlaré yo ciertamente sus esperanzas ni las de vm. Cuente vm. en todo con mi amistad y mis oficios: su situacion de vm. me compadece, y nada omitiré para suavizarla.

Mat. Voy prontamente á dexar este trage: él me ha traido con la mayor inquietud, desde el ins-

tante en que su hermano de vm. me hizo conocer con quánta facilidad podia ser descubierta.

Emil. Luego que haya vm. tomado el que conviene á su sexô, mi casa la servirá de asilo; y mi hermana y yo unirémos nuestros esfuerzos para hacerlo agradable.

Mat. Señora, la bondad de vm...

Emil. Cese vm. ya de afligirse; y que tenga yo el gusto de verla ménos melancólica.

Mat. A su lado de vm. no podré dexar de estarlo ménos. Permítame vm. que me retire un momento para ponerme en estado de volver delante de vm. con mas decencia.

Emil. Sí; mas entretanto no consiento en privarme de la satisfaccion de ver á vm. Yo tengo gentes; y las visitas de vm. no serán reparables. Venga vm., si gusta, á comer conmigo.

Mat. Acepto con mucho gusto el favor de vm.: á Dios, señora.

Emil. A Dios, por dos horas á lo mas.

SCENA II.

Emilia sola.

Emil. Tierna y desgraciada jóven: la compadezco

en verdad. Creía yo que nadie podia compararse á mis inquietudes; pero en su situacion, ¡quánto mas crueles y pesadas que las mias serán sus penas!

SCENA III.

Emilia é Isabel.

Isab. Sea enhorabuena, Emilia: acabo de encontrarme á un Militar el mas galan... Pero qué, ¿tan pronto le favoreces con una conferencia privada? ¿una conversacion tan larga á la primera visita?

Emil. Formalmente, hermana: ¿qué tal te parece? ¿te ha gustado?

Isab. ¡O! de ningun modo. Los ojos baxos, el ayre tímido, el andar sosegado, la continencia modesta, las manos blancas y sin pelo de barba. Y bien, dime, ¿por quién has conocido á ese pulido juguete?

Emil. Por nuestro hermano: es un regalo que te hace.

Isab. ¿Regalo, y para mí? ¿Qué quieres decir con eso?

Emil. ¿No te ofreció Jorge al despedirse que se acordaría de tí?

Isab. ¿Y qué?

Emil. Ahora cumple su palabra, y te envia á este lindo muchacho para que lo hagas tu marido.

Isab. ¡Marido! muñeco querrás decir.

Emil. No tal, Isabel; si es un guerrero, un discípulo de Marte.

Isab. ¿Guerrero? quita allá; es prodigar demasiado ese nombre el dárselo á estos entecillos afeminados: ¿lo merecen ellos por ventura? Yo, hermana mia, quiéro un Militar que sea capaz de amarme, de protegerme, y aun de imponerme respeto si fuese menester. Si tuviera yo por marido á este delicado juguete, le colocaría en mi gabinete entre las figuras de china, encargando mucho á mis criadas que no llegasen á él, no sea que se quebrase.

Emil. Si piensas de ese modo, no sé cómo has de componerte con mi hermano. En fin, toma la carta, léala, y encárgate de contestarle.

Isabel leyendo alternativamente alto y baxo.

Isab. "La persona que te entregará ésta, mi que»rida Emilia, es una señorita jóven." ¡Una señorita jóven! ¡bueno! ¡bueno! ¡qué maliciosa eres hermana! "cuyo estado es digno de tu compasion; »la recomiendo á tu proteccion, y cuidado. No

»la hagas muchas preguntas; pronto estaré de »vuelta, y te instruiré." Que me maten sino es ésta alguna de sus queridas.

Emil.. No; me consta lo contrario. Es una Francesa, que se llama Matilde: sus aventuras son un poco romancescas: amaba á un jóven Inglés, que se halla ahora en el sitio de la Habana...

Isab. ¿De la Habana? me linsojéo que no será el Coronel de Herby.

Emil. Si el Coronel se hubiese hallado en la toma de Bela-isla, no dexaría ya de estar con cuidado

Isab. ¿Qué me has de dar sí te doy noticias de él?

Emil ¡Noticias! ¿de quién?

Isab. Del Coronel de Herby.

Emil. ¿Qué dices?

Isab. Acabo de recibir un billete.

Emil. ¿Billete? ¿de quién? ¿de dónde? ¿de qué parte?

Isab. ¡Ah! ¡qué conmocion tan agradable!

Emil. Isabel, mi querida hermana, dime por Dios.

Isab. Miéntras estabas tú con la Extrangera, vino un criado del Mayor Belford, y me dexó una carta para tí; y yo me he tomado la libertad de abrirla.

Emil. Pues bien, dámela pronto; ¿dónde está?

¿qué has hecho de ella?

Isab. Vamos, sosiégate: no contiene cosa particular. El Mayor te besa los pies, y pide permiso para visitarte á mediodia de parte del Coronel.

Emil. ¿De parte del Coronel? ¡O Dios mio! ¿de su parte? ¿por qué no viene él mismo? ¿qué quiere decir? ¡O cielo! yo me muero de temor.

Isab. Vaya tú no lo entiendes. Este recado solo quiere decir que el Coronel no ha llegado todavía.

Emil. ¡Ay hermana mia! tambien puede significar mil accidentes terribles y funestos.

Isab. Nada de eso. Si el Coronel hubiese muerto, ¿cómo el Mayor habia de pedir permiso para visitarte de parte suya?

Emil. ¿Pero no puede haberle sucedido alguna desgracia? ¡Ay hermana mia! es mucha fatalidad amar tiernamente á un hombre cuya vida sin cesar está expuesta... tal vez algun acontecimiento imprevisto... ¡O! Dios me libre...

Isab. No te atormentes de ese modo; ni te estés alimentando de idéas tan lúgubres. Yo no te puedo perdonar esas flaquezas. Pero al fin, pongámonos en lo peor. ¿En qué puede venir á parar todo? en un amante mas ó ménos. En tu edad, esta es una pérdida que se repara fácilmente.

Emil. Vaya, yo creo que estás loca. ¿Es esta ocasion de chancearte? algun dia pagarás esas burlas bien caro. ¿Esperas conservar siempre esa indiferencia de que te envaneces? pues te engañas; tú tambien amarás, tú dexarás de ser insensible; y quando una pasion desinteresada, pura, verdadera señoree tu alma, entónces sí que experimentarás, que sin el objeto amado no hay en la vida ni placer ni felicidad.

Isab. Verdaderamente, Emilia, que no puedo ménos de admirarte. ¿Ni placer ni felicidad sin el objeto amado? Vaya, que no es tu amor tan romancesco. Has hecho eleccion de un hombre bien parecido, gallardo, sensible, de un natural dulce, rico, estimado en el mundo, y distinguido en su clase. Todas las jóvenes te envidian tu conquista; y vienes ahora con ese ayre de gazmoña hablándonos de una pasion pura y desinteresada.

Emil. Pues bien, Isabel: si ese hombre se viese ahora abandonado de sus amigos, perseguido por la suerte, privado de los dones de la naturaleza y de los favores de la fortuna, le preferirín con todo eso al primer grande del reyno.

Isab. Qualquiera enmedio de la abundancia imagi-

na que sufriría fácilmente las privaciones que se presentan entónces en cierta lejanía. Los amantes discurren que la felicidad á que estan acostumbrados iría con ellos aunque fuese á un desierto: mas, mas...

Emil. Creeme, Isabel; si en él no la encontraban, tampoco enmedio del mundo hubieran sido felices. Lo repito, quando una vez se llegó á entregar el corazon, ningun acontecimiento, circunstáncia ninguna puede autorizar para volver á tomarlo. Me despreciaría á mí misma, si me creyese capaz de una perfidia semejante.

Isab. Mucho decir es, hermana mia.

Emil. Pues digo mucho ménos de lo que pienso.

SCENA IV.

Las mismas y un Criado.

Criad. Señora, el Mayor Belford.

Emil. Que pase adelante. ¡Ay hermana mia! el susto no me dexa respirar.

El Criado se marcha.

SCENA V.

Belford y dichas.

Belf. Señoras, á los pies de vms. Me alegro de hallar á vms. con salud, y tan bellas y amables como siempre.

Isab. Nos alegramos de que haya vm. llegado con felicidad: mas denos vm. quanto ántes noticia de su amigo: ¿cómo lo pasa el Coronel?

Belf. Bien, señoras; muy bien: pero...

Emil. ¿Pero qué? Mayor; nada es capaz de explicar mi sobresalto: ¿se halla en Inglaterra?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y en Londres?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y por qué me priva del gusto de verle?

Belf. Dentro de un instante le tendrá vm., señora.

Emil. ¡Ah! ya respiro.

Isab. Ya ves, Emilia...

Belf. El Coronel ha querido... ha juzgado necesario: me ha rogado que me anticipase para prevenir á vm.

Emil. ¿Para prepararme? ¡ó Dios! ¡prepararme! ¿y á qué?

Belf. A verle, señora: á no alterarse demasiado á su primera vista.

Emil. ¡Alterarme! vm. me asusta mas á cada instante. ¡Ay! ¿qué ha sucedido?

Belf. Nada: casi nada; una friolera.

Emil. ¿Será acaso?...

Belf. Un acontecimiento el mas natural: un favor de Belona: la fortuna de la guerra como dicen los Franceses: en una palabra, señora...

Emil. ¡Qué tormento! acabe vm. de explicarse por todo aquello que mas ama.

Isab. Vaya, hable vm. Mayor; ¿á qué viene el tenernos suspensas?

Belf. Bien conocen vms. el valor del Coronel. Se expuso animosamente; salió con felicidad de muchas acciones, pero no es posible tenerla en todas: ahora últimamente en el sitio de la Habana...

Emil. ¿Qué, señor?

Belf. Recibió varias heridas, y una ó dos de ellas han tenido conseqüencias desagradables.

Emil. ¿No acaba vm. de decir que está bueno?

Belf. Al presente sí, señora.

Emil. ¿No hay temor de que las heridas pongan su vida en riesgo?

Belf. No señora, de ningun modo; se lo asegura á vm.

Emil. Continúe vm., Mayor.

Belf. Como decia; sus dos heridas mas peligrosas... Por Dios, señora, no se altere vm.

Emil. ¡Ah! no quiera vm. tenerme en esta penosa incertidumbre. Las dos mas peligrosas...

Belf. Son en la cara y en la rodilla.

Emil. ¡O cielos!

Belf. La una le ha privado de un ojo, y la otra le ha reducido á la necesidad de salvar su vida con la pérdida de una pierna.

Emil. Yo me muero.

Isabel sosteniéndola.

Isab. ¡Pobre Emilia! no ha podido resistir á la violenta agitacion de su alma ¿Por qué la ha anunciado vm. tan de repente esta desventura?

Emil. Temí causarla una inquietud excesiva: y al cabo ¿no era preciso prepararla ántes que viese al Coronel?

Emilia llorando.

Isab. ¿Ha perdido, dice vm., una pierna y un brazo?

Belf. Un brazo no; aguarde vm.: no es un brazo, sino un ojo.

Emil. ¿Un ojo? peor todavía. ¡Pobre d' Herby!

Belf. Es muy digno de lástima sin duda. ¿Pero en fin no era forzoso sacrificarlo todo á la conservacion de la vida? ¿No se da vm. por contenta de que la haya conservado?

Emil. Se han conservado sus dias, respira, vive; vm. tiene razon: me debo tener por muy dichosa. ¡Desventurado d' Herby! ¡Ay! ahora la compasion debe juntarse á la ternura, y unirme mas estrechamente á él.

Belf. A la verdad, señora, no está muy mal; mucho mejor acaso que vm. se lo figura en su idéa. Con el auxîlio de una cinta negra su rostro está muy poco desfigurado; y se ha puesto en lugar de la suya una pierna de resorte, colocada con tanto artificio, que fuera de una ligera irregularidad en el andar, no se nota mutacion alguna en su persona; y le aseguro á vm. que esta desgracia no ha alterado ni su salud, ni su buen humor.

Emil. Vm. me anima: nada es mas capaz de consolarme. Pero su cuerpo era tan gallardo... sus ojos tan bellos, tan brillantes, tan llenos de calor, de sentimientos... ¡Ah señor! ¡qué pérdidas!

Belf. Grandes son á la verdad, pero él no muestra sentirlas mucho. En vez de afligirse de su esta-

do, se gloría de él. Quando vm. le vea, conténgase vm. señora, detenga sus lágrimas, y tome un ayre firme y entero. Si vm. le dexa percibir todo su sentimiento, será causarle mucho pesar, y aun avergonzarle.

Emil. ¡Pobre Coronel! Conozco su sensibilidad. Es menester contemplarle y aun ocultar mi dolor. Me costará mucho, pero no importa; emplearé todos mis esfuerzos para convencerle de que le amo. El exîste, él vive: ¿no basta esto para consolarme de todo lo demas?

SCENA VI.

Un Criado y dichos.

Criado. El Coronel d' Herby, señora.

Emil. ¡O Dios mio!

Isab. Procura serenarte ántes...

SCENA VII.

El Coronel d' Herby, Belford, Emilia é Isabel.

Herby. Mi amable, mi querida Emilia, ¿es posible que vuelvo á ver á vm.?

El Coronel trae un ojo cubierto con una cinta negra; y arrastra una de sus piernas remedando muy al natural el modo de andar de un cojo, que lleva pierna postiza.

Emilia le mira, y exclama.

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. Despues de una larga y penosa ausencia tengo al fin la satisfaccion de volverme á ver á su lado de vm. Con una mano ya prometida la traigo un corazon apasionado y sincero. Por lo que hace á lo demas de mi persona, bien vé vm. el caso que hago. *A Isabel.* Señorita, me alegro de ver á vm. ¡O Emilia! ¡mi querida Emilia!

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. ¿Qué véo? ¿vm. llora?

Isab. No debia vm. haber venido tan pronto. Apenas habia vuelto en sí del primer golpe que acaba de recibir.

Herby. Mi impaciencia no me permitió diferirlo mas. Pero qué ¿llora vm., Emilia? ¿es que siente vm. el volverme á ver?

Emil. Sí; siento el verle á vm. tan desgraciado.

Herby. ¡Desgraciado! ¿habla vm. de veras? He

conservado mi vida consagrada á amar á vm., no he perdido ni mi ternura ni mi alegría.

Emil. Me alegro que haya vm. conservado su vida.

Herby. Lo creo; no puedo dudarlo. Pero míreme vm., mi amada Emilia: ¡Ah! vm. vuelve los ojos; no se atreve á fixarlos en un pobre Militar mutilado. ¿Esta ligera mutacion de mi persona hará en vm. una impresion capaz de alterar sus sentimientos?

Emil. Jamas, Coronel, jamas. La sensibilidad que muestro por las desgracias de vm., no es ciertamente una señal de indiferencia.

Herby. ¿Mis desgracias; señora? no dé vm. ese nombre á los gloriosos indicios de una noble profesion. ¿Un Militar podrá afligirse de mostras los testimonios de su esfuerzo en estas honrosas señales de su profesion y valor? Le aseguro á vm., Emilia, que no trocaría esta pierna, que he debido al socorro del arte, por la mas bella de todo el reyno.

Emil. ¿Es posible que una desgracia tan grande le haga á vm. tan poca impresion?

Herby. ¿Y por qué le ha de hacer á vm. tanta? ¿Es por ventura mi amor ménos ardiente y ménos tierno? Aun quando hubiese perdido la mitad de

mi cuerpo, me tendría aun en mas que tantos jóvenes fatuos como abundan en la corte y en la ciudad. Estos son como unas plantas endebles, que nadie se atreve á tocar temeroso de marchitarlas: pero de una encina robusta y elevada puede desgajarse un ramo sin peligro de dañar al tronco; el xugo de que su corazon está lleno, repara bien pronto las pérdidas, y le restituye toda su lozanía.

Emil. ¿Pero no queda alguna esperanza? Es menester consultar á los facultativos mas hábiles, y no omitir diligencia alguna... ¿Está vm. seguro de que ese ojo se haya perdido absolutamente?

Herby. Sí, señora; perdido sin remedio. ¿Qué importa? otro me queda; y todos me aseguran que veré con él mas claro.

Isab. ¡Graciosa reparacion!

Emil. ¡Ah! no puedo mirarle sin el mas vivo dolor.

Isab. ¿En qué accion quedó vm. tan maltratado!

Herby. En el castillo de la Habana: el ataque fué vivo; por las dos partes se combatió con ardimiento. De veras que he sentido al pobre Velasco; morir como él, es vivir para siempre: ¿no envidias tú su suerte, Mayor?

Belf. Estoy contento con la mia, Coronel.

Isab. Tiene razon.

A Emilia.

Me parece que estás muy abatida, hermana: ¿cómo te hallas?

Herby acercándose á Emilia.

Herby. Consuélese vm., querida mia, consuélese vm.: se lo suplico por nuestro amor.

Emil. Cruel guerra, azote del género humano; ¡quántas lágrimas haces derramar!

Herby. Y bien; ¿sin ir á la guerra no está qualquiera expuesto á mil accidentes los mas desagradables? ¿Podia ser muerto en un desafio, romperme la cabeza en la caza, ponerme gotoso, valdado; que sé yo. No se afliga vm. mas, ó me hará en efecto muy desgraciado.

Emil. ¿Dexar de afligirme? eso no es posible. Pero esté vm. cierto de que mi estimacion hácia vm. no se ha disminuído en lo mas mínimo.

Herby. Mi estimacion hácia vm.: ¡qué lenguage tan frio! ¡Ah mi querida Emilia! no me tenia vm. acostumbrado á él.

Emil. ¿Y estoy yo en mí por ventura? Bien vé vm. mi alteracion: yo no me siento buena; permítame vm. que me retire.

Herby. No intento detener á vm.; pero ántes de

dexarme, señale vm. el dia de mi felicidad. Diga vm., querida mia, ¿quándo se dignará asegurar mi ventura con el precioso don de su mano? Me mira vm., suspira, calla. ¡Ah! hable vm. sin reparo. El amor hace milagros; y á pesar del estado en que me veo, tal vez animado por la alegría, podré baylar en mi boda.

Emil. ¡Válgame Dios! ¿tiene vm. humor para chancearse? Pero yo estoy mala: acompáñame, mi querida Isabel.

Isab. Voy al instante á suministrarla los socorros que necesita. No la estreche vm., Coronel; déxela vm. tiempo para serenarse y volver en sí.

Herby. Sea enhorabuena, señora. El cuidado de vm., y la reflexîon tranquilizarán su alma: unirémos despues nuestros esfuerzos, y espero que lograrémos consolarla. A Dios, amada Emilia, á Dios por algunos momentos.

Emilia sale apoyándose en su hermana.

SCENA VIII.

D' Herby y Belford.

Herby. Y bien, Belford, ¿qué piensas de su llanto? ¿podrá resistir esta prueba?

Belf. Qué sé yo; mucha dicha será que la resista, y á fé mia que no lo mereces: á no ser porque temo que perdieses el juicio, desearía que te dexase.

El Coronel toma su ayre y postura natural.

Herby. ¿Con que ello tú no puedes aprobar mi modo de manejarme? ¿pues qué encuentras en él de tan irregular?

Belf. Todo; ya te lo he dicho. Tu proyecto es ridículo, tus idéas absurdas; es positivamente jugarte una pieza á tí mismo, y segun todas las apariencias, vas á perder el corazon de una muger muy amable.

Herby. Esta delicadeza excesiva...

Belf. Te causará muy bien un arrepentimiento muy amargo. Bien sabes que yo amo y soy correspondido; ni el tiempo, ni la ausencia, ni los inconvenientes desalientan mi corazon, ni entibian mi cariño: tú mismo eres testigo de mi constancia y fidelidad; pero si á mi querida le ocurriese el capricho de turbar los dulces momentos de nuestra reunion por una experiencia de mis sentimientos semejante á ésta, te aseguro que la saldría muy mal; desde el mismo instante dexaría de amarla. Te lo digo una y mil veces, Coronel; te expo-

nes á hacerte infeliz.

Herby. No, Belford: esta prueba afianzará mi felicidad. Antes de unir para siempre mi suerte con la de una compañera, quiero asegurarme de que no habrá acontecimiento capaz de privarme de su ternura.

Belf. Por vida mia que no hay paciencia para escucharte ¿De qué nacen tus dudas? quando todo concurre á convencerte de que esta amable jóven siente hácia tí la pasion mas viva y mas sincera.

Herby. Acaso será así; pero ignoro todavía sobre qué basa está fundada esta pasion.

Belf. Sobre su locura, creo yo.

Herby. Hablo seriamente, Mayor.

Belf. Hablas ridículamente, Coronel.

Herby. No conseguirás persuadirme. Pretendo ser amado independientemente de los dones de la naturaleza, y de las ventajas de la fortuna. quiero ser amado por mí mismo; quiero estar seguro de que privado de atractivos y de bienes, de empleos y dignidades, Emilia pretendida por otros muchos, no se detendría en preferirme á los mas ricos, los mas amables y los mas distinguidos.

Belf. Vé ahí el discurso mas admirable, la metafi-

sica mas delicada que en toda mi vida he oído; la habrás sin duda aprendido en el curso de tus expediciones sobre las costas de Francia, porque los Ingleses no se alimentan jamas de semejantes visiones. Con que ello tú quieres inspirar sentimientos desnudos de todo interés personal; ¡cosa en verdad admirable! si es que yo comprehendo tus idéas, tú pretendes que tu querida te ame por amor de tí solo, y no por amor de sí propia ¿No es esto?

Herby. Eso es precisamente.

Belf. Pues bien, amigo: es una pretension ridícula.

Herby. ¿Cómo?

Belf. Lo que tú quieres, es imposible. Emilia no puede pensar de esa manera: tus pretensiones son extravagantes, y fuera de la naturaleza de las cosas.

Herby. ¿Y podrás probármelo?

Belf. Con mucha facilidad. Bien sabes que soy tu amigo. ¿Pero de qué nace esta amistad? De la satisfaccion de vivir con un sugeto apreciable, de un carácter igual, corazon honrado, costumbres irreprehensibles; nuestro natural y nuestros principios convienen, y así nuestra amistad nos hace felices. Si alguno se atreviese á atacarte, á costa de mi vida defendería yo la tuya: pero muda de

conducta, hazte despreciable, falta á lo que debes al honor; y si entónces te atreves á llamarte amigo mio, al otro dia te rompo la cabeza.

Herby. Yo lo creo, Mayor. Pero al fin, si mi querida no me ama por mí solo, ¿cómo podré estar seguro de que otro no la inspire los mismos sentimientos?

Belf. En nombre de la sana razon, si alguna te ha quedado, te pido que me digas, ¿quién es ese diablo de *tu solo*, de que tanta cuenta haces? ¿Tus qualidades naturales y adquiridas no componen tu sér? ¿Esa figura atractiva que no descuidas, el ingenio, las habilidades, la nobleza, los bienes, y una reputacion sin mancha, no forman ese todo que llamas *tu mismo*? Esas prendas que realzan el mérito de tu persona han inspirado á Emilia unos sentimientos, que tu amor, tus obsequios, y el trato han hecho preciosos y habituales. Ella ama en tí... ella te ama: con esto se dice todo.

Herby. Despacio, Mayor, que no nos entendemos: me explicaré. Todo aquello que puedo perder sin dexar de exîstir, no es precisamente yo. Afeado, destruído, sordo, mudo, baldado exîstiría aun, no sería semejante al que soy; pero con todo eso

sería el mismo, y quisiera ser amado y amado como ántes.

Belf. ¿Es posible que delires de esa suerte? Eso es lo mismo que si despues de haberme presentado una rica tela de la India, le quitase el mercader las flores, la despojase de los bordados, y quisiese obligarme á comprarla, sosteniendo que el fondo era el mismo.

Herby. Amigo, no me hace fuerza. El matrimonio es un estado penoso ó agradable, y no se puede reflexîonar bastante ántes de empeñarse en él. Para prevenir los disgustos y las inquietudes á que nos expone, es menester por lo ménos asegurarse bien del amor y felicidad de la compañera que se elige.

Belf. Bueno, bueno; el matrimonio es un juego de suerte, en el que tanto se debe á la fortuna como á la prudencia. Yo me guardaría muy bien de casarme con una coqueta, una gazmoña, y ménos tadavía con una que padeciese flatos; y á pesar de todas mis precauciones acaso mi muger tendría luego todos estos defectos. Creeme, amigo; el carácter está sujeto á tantas alteraciones como la salud.

Herby. Ese inconveniente nadie puede evitarlo.

¿Pero quándo he de experimentar el corazon de Emilia, si no lo hago ahora? ¿aguardaré al tiempo en que tenga mas interés en engañarme? Despues de casado será preciso alejar toda sospecha, y contribuir yo mismo á alucinarme; una felicidad que deriva del error su orígen, podrá satisfacer á un hombre vulgar; pero á tu amigo, Belford, á tu amigo... Pero, ola: ¿quién viene? Sería bueno que me descubriesen...

SCENA IX.

D' Herby, Belford y Prattle.

El Coronel vuelve á tomar con su postura y movimientos la actitud de un cojo.

Prat. Servidor de vms., señores: acabo de recibir una noticia muy sensible. La señora de casa está indispuesta, muy desazonada: han ido á buscarme, y me han rogado que viniese al momento: hoy por la mañana tengo quarenta visitas que hacer, y todas urgentes; pero he venido volando á socorrer á la amable Emilia. En verdad, Mayor, me alegro sinceramente de vuestro feliz regreso. ¿Quién es este caballero Oficial? ¿tengo el honor de conocerle?

Belf. Creo que no: es un amigo mio, que ha salido un poco maltratado de la campaña.

Prat. Fructus belli, Mayor, *fructus belli*: sin ir á la guerra, se experimentan cada dia los accidentes mas funestos. Ayer, Milord Kelter, uno de los Pares mas antiguos del reyno, y sin lisonja el mejor cochero de Londres, ¿no se rompió la cabeza al baxar de su misma berlina?

Herby á Belford.

Herby. Procura auyentar de aquí á este impertinente hablador.

Belf. La enferma aguarda con angustia vuestros socorros, señor Prattle; acuda vm., vaya vm. sin detenerse.

Prat. Tiene vm. razon, voy al instante.

Herby. Gracias á Dios.

Prattle vuelve, y dice:

Prat. Al propósito, señores, saben vms. la noticia...

Herby. Todavía...

Belf. No sé nada.

Prat. Lo creo: muy pocos lo saben. Es un secreto.

Belf. Pues siendo así, no quiero saberlo.

Prat. Pues yo sí quiero confiárselo á vm. conozco su discrecion, y un amigo de vm. no puede serme sospechoso.

Belf. No, no; no nos confie vm. nada.

Prat. Perdone vm., Mayor, que se lo he de decir.

Belf. Pero la enferma...

Prat. Al instante la pongo buena. Sepan vms. que ayer tarde... Cuidado con no sacarme por texto. Lady Julia, esta viuda rica casó con aquel jóven Irlandés, buena pieza, bien hecho... ¡Ah! vms. le conocen: ha hecho tanto ruido, se ha hablado tanto de él...

Belf. Que me maten si sé quien es.

Prat. ¡Qué! no conoce vm. otra cosa. Es aquel á quien sucedió aquella ridícula aventura con la señorita, señorita... ayúdeme vm., no se me ocurre su nombre. ¿Qué? ¿no se acuerda vm.? la mas linda muchacha de Inglaterra, sobrina de Milord, Milord: ¡ó Dios mio! ese Lord que hizo un casamiento tan extravagante, cuya viuda tuvo aquel ruidoso pleyto... por vida mia, la hermana de aquel Duquecito afeminado que se moria de flatos... ¿ha caído vm.?

Belf. Ménos que nunca.

Herby. ¡Qué relacion insoportable!

Prat. Señorita, señorita... ya me ocurrirá su nombre; volvamos ahora á Lady Julia. Sus amigos es-

tán indignados, sus parientes furiosos; y á fé mia que el caso está pidiendo justicia. ¿Pues qué? ¿estos aventureros han de venir impunemente á robar las solteras, enamorar las viudas, y seducir las casadas? ¿y qué diablos nos dexan á nosotros que hacer?

Belf. Dice vm. bien, Doctor: es un atentado contra nuestros derechos y nuestras libertades, y el gobierno debería tomar providencia.

Prat. Bueno vá: ¿pues se halla en las dos cámaras ni un adarme de sana razon? Ahora que hablamos de gobierno, ¿qué dice vm. de la mutacion de Ministros? De mal en peor: ¿no es eso? Bien sabrá vm. por qué influxo...

Belf. Yo acabo de llegar, nada sé, y nada quiero saber. La enferma perderá la paciencia; el tiempo es precioso, y yo no le tengo para escuchar á vm. mas.

Prat. Vaya vm. enhorabuena, Mayor: á bien que volverémos á vernos, y hablarémos. Me gusta su conversacion de vm.: habla vm. como un ángel. Voy á ver á la señorita Emilia. Su amigo de vm. es un hombre singular: mas quede vm. con Dios.

Se va, vuelve, y dice.

La señorita Hasting. ¡O! bien sabía yo que me

habia de acordar: sobrina de Milord, Milord... voy á pensar en ello allá dentro.

Belf. ¡Y qué importa!

SCENA X.

Belford y d' Herby.

El Coronel vuelve á su situacion natural.

Herby. Vaya con mil diablos el hablador importuno. ¿Pero tan mala está Emilia? ¿Será posible?

Belf. Deberías morirte de vergüenza de causarla tantas pesadumbres.

Herby. Yo sabré resarcírselas. Por vida mia que me irrita que sea su médico este miserable Prattle; es capaz de asesinarla con sus necias historietas.

Belf. Es un médico á la moda.

Herby. Gracias á Dios que no me ha conocido. Es una gazeta andante: lo mismo es confiarle un secreto á este majadero, que ponerlo en los papeles públicos. Pero vámonos pronto, no sea que ocurra otro contratiempo.

Belf. Mejor sería que entráras, lo confesases todo,

y pidieseis perdon. Mira lo que haces; d' Herby; tal vez te arrepentirás quando ya no sea tiempo: teme que Emilia...

Herby. No te canses; ya estoy resuelto: si cede á la experiencia, soy perdido sin remedio: pero si resiste, seré feliz para toda mi vida.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Emilia en un sofá triste y abatida: Isabel á su derecha: Prattle al otro lado.

Isab. ¿Cómo estas, Emilia? ¿Me parece que te vas aliviando?

Emil. Un poco mejor me siento; gracias á tu tierno cuidado.

Prat. Mi específico; ¿no es así? ¿dónde siente vm. dolor todavía?

Emil. En la cabeza.

Prat. ¿En la cabeza? bueno. ¿Es el dolor violento?

Emil. Muy violento.

Prat. ¿Muy violento? bien va: ¿y la palpitacion?

Emil. Insoportable.

Prat. ¿Insoportable? perfectamente. No tenga vm. cuidado; entiendo la enfermedad, y sabré atajarla. Estas enfermedades de nervios son producidas por la humedad del clima; nada mas comun entre nosotros: todas nuestras damas lo padecen. Lady Arthur por poco se muere el otro dia. Lady Isabel está muy mala un mes ha: y la pobre señorita Carlota ha perdido el juicio.

Isab. Noticias muy consoladoras por cierto. Pero dígame vm. algo de la señorita Crompton: ¿Cómo está?

Prat. Enteramente buena. Con recetarle á Milord Cranford, se desvaneciéron todos sus males. Ocho dias hace que están casados; á ella le vá muy bien con el nuevo régimen; pero el novio, se dice, que recela una recaída.

Isab. ¿Es cierto, que Sir Jhon pasa al mediodia de Francia para restablecer su salud?

Prat. Que se vá no tiene duda; pero que su salud sea el motivo, eso es cuento. Sir John está tan bueno como yo; pero sus asuntos están en un atraso lastimoso. Sus acreedores le fatigan, le cercan, y le obligan á dexar su patria para buscar un cielo mas benigno.

Isab. ¿No te parece, Emilia, que es el Doctor un

sugeto muy divertido? Sabe las anédoctas mas secretas del lugar.

Prat. ¿Y cómo no las he de saber, señoras? Los primeros personages de la Corte me buscan; tengo sus casas abiertas, y disfruto de la mas alta consideracion. Todos se compiten en darme muestras de amistad, aprecio y confianza; no hay sugeto mas estimado, mejor tratado, mas bien quisto; pero tambien ninguno hay tan formal, tan mirado...

Isab. Ni mas modesto tampoco. ¿No sabe vm. nada particular del sitio de la Habana?

Prat. Nada, si no es el regreso de los Oficiales. Ayer encontré al Coronel d' Herby; y hoy he visto aquí al Mayor Belford con un amigo suyo, que está bien estropeado á la verdad.

Emil. ¡Ah! vm. no lo ha conocido: ese Oficial era el Coronel d' Herby.

Prat. ¿El Coronel d' Herby?

Isab. El mismo, Doctor.

Prat. Perdonen vms. señoras; que eso no puede ser. Yo conozco muy bien al Coronel, y el sugeto á quien he visto en tan lastimoso estado...

Emil. ¿Pues qué ignora vm. el terrible accidente?

Prat. ¿Qué accidente, señora?

Emil. Sus heridas, sus funestas heridas.

Prat. Por vida mia, señora, que yo he leído todas las listas de muertos y heridos; y el Coronel...

Isab. ¿Y qué importan las listas? Es cierto y constante que ha perdido un ojo y una pierna en el sitio de la Habana.

Prat. ¡Ah! ¡Dichoso d' Herby!

Isab. ¿Pierde vm. el juicio?

Prat. ¡Cómo por cierto! si ha hecho por allá estas pérdidas, es responsable al estado del secreto con que ha podido reemplazarlas, porque no se le conoce.

Emil. ¡Que no se le conoce!

Prat. Que me maten, señora, si el Coronel no tenia ayer tarde los dos ojos mas hermosos, y las dos piernas mas ágiles que en mi vida he visto. La facultad seguramente le pedirá su receta.

Emil. ¿Isabel, alcanzas tú?... ¿sería incierto?... ¿Qué seguridad tiene vm., Doctor?

Prat. El testimonio de mis mismos ojos, señora. Ayer ví llegar al Coronel á la puerta de Mylady Portlad su tia; baxó de la berlina con mucho brio, y subió ligeramente la escalera: y la misma señora me ha dicho hoy, que nunca le ha visto tan bueno... Pero aguarde vm... vaya; ya caigo. ¡Ah!

por vida mia; la pieza es graciosa: ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡qué singular humorada!

Isab. ¿De qué se rie vm.?

Prat. Este Oficial con la cinta negra en el ojo... en el salon... por el otro lado me parecia conocerle. Vaya, vaya. ¡El Coronel disfrazado de este modo! ¡Y el Mayor cómo disimulaba! El lance es cómico. ¿No le parece á vm. muy gracioso?

Isabel haciendo que rie.

Isab. ¡O! y mucho. Pero si vm. quiere creerme, no diga vm. nada, Doctor: el Coronel tendrá sus motivos.

Prat. ¿Yo decirlo? ¡qué disparate! tocante al secreto, soy un Fracmason. Pero me retiro; me quedan veinte señoras que visitar hasta mediodia. ¡ó! á fé mia que las divertiré bien.-El pulso, señorita.-Este pulso está agitado: ¡mejor! así es como yo lo quiero. No salga vm. al ayre; observe vm. el régimen, y en pocos dias se hallará buena. Señoras, hasta la tarde.

SCENA II.

Emilia é Isabel.

Isab. Emilia.

Emil. Isabel.

Isab. Y bien: ¿qué piensas de tu amante?

Emil. Estoy tan descontenta, tan gustosa, tan enojada, tan satisfecha, que no sé si me queje ó me felicite, si castigue al Coronel, ó le perdone.

Isab. ¡Perdonarle! ¿tendrás tan poca firmeza y dignidad? El insufrible hablador de Prattle vá á esparcir este lance por todo el pueblo, y bien pronto será la noticia del dia. ¡Ah si tuviese yo un amante tan imprudente y atrevido que se burlase de mí, y osase engañarme de este modo, le despediría para siempre, y en mi vida le volvería á ver.

Emil. Ay, Isabel, si le amabas, ménos violentas serían tus resoluciones.

Isab. No: te lo digo: en mi vida. ¡Imprudente! venir con una ficcion tan propia para afligirnos; hacerte derramar lágrimas, y llenar tu alma de dolor. ¿Y con qué intencion? Con la de conocer toda la extension de su poder, satisfacer una necia y ridícula vanidad, alabarse de su victoria si resistes á esta prueba, y llenarte de baldones, tratarte de infiel y de perjura si reusas casarte.

Emil. Tienes razon; es un proceder chocante é indisculpable: ¡suponer una desgracia tan grande!

Pero, Isabel, considera, que ántes de haber oído á Prattle, hubiera dado la mitad de mi fortuna; ¡ah! la hubiera dado toda entera por cerciorarme de que esta horrible ventura no era mas que una suposicion.

Isab. ¡El Coronel d' Herby conducirse de este modo! Fondee vm. ahora á estos sugetos estimados, racionales, juiciosos, y hallará al fin que por algun lado son tan locos como los demas hombres.

Emil. Despues de todo, Isabel, este chasco me enseña á conocerme; y me descubre que tenia yo un concepto demasiado alto de mí misma: en verdad que comenzaba á sentir una extraña revolucion en mis sentimientos.

Isab. Bien te lo decia yo. ¿Pero has de perdonar al Coronel?

Emil. Me ha provocado tanto... Quisiera hallar un medio para vengarme, y castigarle.

Isab. Si yo fuera que tú, no me casaría en diez años.

Emil. ¡O! tú eres vengativa en exceso. Eso sería tal vez castigarme á mí misma.

Isab. Pues ello al fin es menester vengarse. ¿Cómo lo harémos? veamos, discurramos alguna invencion agradable que sea capaz de desesperarle.

Emil. Eso, eso es lo que yo quiero.

SCENA III.

Un Criado y las mismas.

Criado. Señora, el Capitan Johnson.

Emil. Que pase adelante.

SCENA IV.

Emilia é Isabel.

Emil. Ya estoy para recibir visitas. La agradable noticia del Doctor, me ha servido mas que todos sus cordiales.

Isab. Sí; ya estás buena: tus ojos han recobrado su viveza. Pero, hermana mia, tú eres fuertemente inclinada á los Militares, Mayores, Capitanes, Coroneles. ¿Quién es este Johnson?

Emil. Es el nombre supuesto de la Dama de Belaisla: como no tiene todavía vestidos de muger...

Isab. ¡Ah! me alegro: me ocurre una idéa feliz, Esta señorita puede servirnos de mucho.

Emil. ¿Cómo?

Isab. Para castigar al Coronel.

Emil. ¿De qué forma?

Isab. Haciéndola rival del malicioso d' Herby.

SCENA V.

Emilia, Isabel, Matilde con uniforme de Capitan.

Emil. Esta es mi hermana, señora; tengo el honor de ofrecerla á vm.

Isab. Me hallo informada de los infortunios de vm. y tomo en ellos el interés mas vivo.

Mat. ¿Cómo podré yo agradecer las bondades de dos hermanas tan generosas?

Emil. ¡Ah! señorita; desde que nos separamos he pasado crueles sobresaltos y aflicciones.

Mat. ¡Ay! ¿qué le ha sucedido á vm.?

Emil. El lance es tan ridículo, que me avergüenzo de contarlo.

Isab. Yo se lo diré á vm. en dos palabras. Emilia ama á un Coronel, jóven y de muy buena persona: ayer tarde llegó del sitio de la Hábana, y ha traído la mas extravagante manía... Júzguelo vm. por sí misma. Para experimentar la constancia de Emilia, se ha presentado en casa en el estado mas deplorable, fingiendo haber perdido un ojo y una pierna en la campaña. Nosotras hemos des-

cubierto la impostura, y pretendemos vengarnos; pero nada podemos sin vm.

Mat. Dispongan vms. de mí como gusten; me tengo por dichosa en poderlas servir de algo. Pero yo intercedo por el Coronel; vm. le ama, no lleve vm. muy léjos su venganza.

Emil. Con vm. no es de temer que sea muy rigurosa.

Isab. ¿Querrá vm. contribuir á esta humorada?

Mat. Manden vms.; á todo estoy dispuesta. ¿Qué proyecto es el de vms?

Emil. Servirnos del disfraz de vm. para una agradable idéa: vm. parece muy bien en ese trage, y á mi hermana le ha ocurrido el pensamiento de darle zelos al Coronel, haciendo de suerte que tenga á vm. por un rival favorecido. ¿No es esto?

Isab. Eso es precisamente. Pero es necesario que muestre vm. firmeza y seguridad en su continente, y que tome el ayre de un amante satisfecho. Si lo hace vm. bien, hemos de desesperar al Coronel, y le hemos de hacer arrepentirse de sus astucias insultantes.

Mat. En otro tiempo me atrevería á prometerme á mi viveza y alegría el desempeñar bien un papel como éste: pero desde que estoy en Inglaterra,

la melancolía me oprime, y me hallo poco á propósito para servir á vms. ¿Pero cómo podré negarme á los deseos de vms.? haré quanto esté de mi parte para inquietar al Coronel.

Isab. El suceso pende principalmente de tí, Emilia: cuidado que no haya indulgencia ni debilidad, ni contemplacion; muéstrate fria, desdeñosa, altanera, picante: miéntras mas le ajes la vanidad, y le irrites, mas completa será la diversion.

Emil. No tengas cuidado: el conocimiento de su falsedad me infunde valor. Ahora verás si el amor ultrajado...

SCENA VI.

Un Criado y las mismas.

Criado. El Coronel d' Herby.

Emil. Que no se detenga.

Isab. Matilde, cuidado. Vamos, Emilia, ánimo: si te ablandas y muestras compasion, no mereces ser muger.

SCENA VII.

El Coronel, Emilia, Isabel y Matilde.

El Coronel se presenta cubierto el ojo con la cinta, y arrastrando artificiosamente la pierna.

Herby. Me hacen aguardar; entrar recado. ¿De quándo acá estas fastidiosas ceremonias? Ansioso de ver á vm., mi querida Emilia... mas perdone vm. creí que estaba sola... el estado en que dexé á vm... no pensé hallaria en visita.

Isar. Monsieur Johnson es un amigo íntimo de mi hermana: y sus visitas á qualquiera hora vienen bien.

Herby. ¿Cómo?

Emil. ¡Ah! Coronel, no esperaba yo á vm. tan pronto.

Herby. Ya veo que no he venido á muy buena ocasion.

Emil. A no haberse vm. anticipado, hubiera recibido en su casa un recado mio.

Herby. ¿Y para qué, señora?

Emil. Para ahorrarle á vm. la molestia de venir. Me hubiera vm. hecho favor en dexar su visita para

mañana: tengo hoy tantos asuntos...

Herby. ¿Asuntos, señora? no lo entiendo.

Isab. Pues bien claro habla.

Emil. Capitan, ¿estuvo vm. anoche en la ópera?

Mat. Sí, señora.

Herby. Un rayo que cayese á mis pies no me asombraría tanto. Señora, Emilia, señorita.

Emil. D' Herby, Coronel, señor.

Herby. Yo creía, señora, yo creía...

Emil. Vm. creía, ¿qué?

Herby. Ni aun acierto á explicarme.

Emil. Modérese vm. ¿no vé vm. que estoy con gentes? ¿Le ha gustado á vm. la ópera, Capitan? ¿qué le ha parecido á vm. la música?

Mat. Excelente.

Herby. Señora, esta extraña, esta repentina mudanza...

Emil. Mudanza en mí, no por cierto, toda la mudanza está de parte de vm.: me refiero al juicio del Capitan. Este es el retrato del Capitan formado ántes de que se ausentase por una mano diestra: jamas he visto semejanza mas sensible. Considere vm., exâmine, compare: ¡ah! ¿quién podrá apartar los ojos de la hermosa copia? ¿Pero cómo fixarlos en el original? ¿Ha visto vm.

en su vida una pobre criatura mas desfigurada?

Herby. Paciencia, asísteme.

Mat. No puedo negarlo, señora. Esta triste cinta negra en el lugar de un ojo tan hermoso, tan vivo, quita á la fisonomía del Coronel toda el alma, y la expresion que se admira en su retrato: y el desayrado movimiento de esa pierna...

Herby. Señor Capitan, por su propio interés absténgase. Vm., Emilia, ¡ó Dios mio! ¿es posible? ¿debo persuadirme, señora? En otro tiempo estaba tan ciego por vm. y me encantáron de tal suerte sus atractivos, que la suponía un corazon sensible y generoso. Me lisonjeaba yo de que ni la ausencia, ni la distancia, ni los mismos infortunios serian capaces de alterar la constancia de sus sentimientos. ¡Ah! ¡qué insensato era! ¡qué bien me ha engañado vm.!

Emil. En mi vida, Coronel. Solo el pensarlo me sonroja. Miéntras amé á vm., se lo decia; y ahora no será mi corazon ménos ingénuo. Entre nosotros debe romperse enteramente todo trato y amistad; nada es capaz de reconciliarnos: todo se acabó ya.

Isab. ¿Lo entiende vm., Coronel?

Herby. Voto á... ya se acabó todo: ¿pues vm.

puede? ¿vm. se atreve?

Emil. ¿Y por qué no? ¿de qué nace esa extrañeza?

Isab. Vamos, vamos Coronel; confiese vm. que no está vm. ya para querido; pero la vanidad es un flaco de vm.: ella es la que le tiene á vm. un ojo cerrado, y le quita la vista del otro.

Herby. Por vida de... Esto ya es demasiado.

Emil. Despacio, Coronel: no hay que excederse. Conozco que mis discursos no son agradables; pero pese vm. las circunstancias, y hará justicia á mi sinceridad.

Herly. ¡O! yo he de perder el seso. ¿Es vm., Emilia? Este proceder odioso... ¿Sinceridad dice vm.? ¡Ah! esta es disimulacion detestable infernal: sin duda...

Emil. Sosiéguese vm. ¿á qué viene toda esa furia? Si hubiese vm. perdido sus bienes; esto me parecería llevadero. ¿Pero cómo he de poder soportar á vm. en el infeliz estado en que se halla? ¿Quién me podrá recompensar los atractivos de su persona? Póngase vm. en mi lugar; consulte vm. su corazon, y dígame si en igual caso me hubiera permanecido fiel.

Herby. Falsa y pérfida muger: mírelo vm. bien, Emilia; mírelo vm. bien. Vm. va á manchar su

reputacion, y á perder para siempre su felicidad y la mia. Algun dia llorará vm. su inconstancia, y se avergonzará de su infidelidad. Sí, señora: por vida mia que se arrepentirá vm.; pero será tarde... Lo juro por los cielos: se arrepentirá vm. de esta conducta.

Emil. ¡O Dios mio! ¿por qué se empeña vm. en que le diga verdades desagradables? ¿me obligará vm. á explicarme sin rodéos, y aun sin cortesía? Entienda vm., pues, que no le puedo mirar sin horror. Ello es duro, pero es verdadero. Si por un frívolo punto de honor me empeñára en cumplir mis promesas y casàrme con vm., jamas llegaría á vencer mi repugnancia y mi aversion. ¡Ah! nuestra union seria la mas violenta y desgraciada... ¿No lo piensa vm. así, Capitan?

Mat. Sí; pero...

Herby. Voto á... ¡Con qué firmeza, con qué audacia persiste en su abominable traicion! Señora, señora... yo me sofoco: el enojo y la rabia me ahogan. Una palabra: y al momento huyo de vm. para siempre.

Emil. Hable vm. quanto guste.

Herby. Responda vm., ingrata; y sea vm. ingénua. ¿Durante mi ausencia, ha recibido vm. los obse-

quios de este caballero?

Emil. Lo confieso, Coronel; bien lo vé vm., todo hablaba en favor suyo: yo no podia oponerle otra cosa mas que nuestras mútuas promesas; mas ahora que la suerte, y el infeliz destino de vm. nos separan á los dos, me parece que puedo corresponder...

Isab. El mudar es cosa divertida.

Mat. Pero en fin, señor Coronel: ¿era esta dama un bien de que vm. podia disponer? ¿Por haberle concedido á vm. una preferencia momentánea, perdió acaso todos sus derechos sobre sí misma? Ahora quiere rocobrar su corazon: es dueña absoluta de su mano, y puede dársela á vm., á mí, á otro qualquiera por cuya felicidad se digne interesarse.

Herby empuñando la espada.

Herby. Caballero, su presencia me incomoda, y sus palabras me ofenden: defiéndase vm. si tiene honor.

Isab. ¿Un desafio aquí, y de esta clase? Capitan, por favor...

Mat. No tiene vm. que detenerme, señora: no soy tan cobarde que consienta en batirme con tanta ventaja. ¿Me habia de servir de mis fuerzas y mi

destreza contra un infeliz que ha perdido la mitad de sí mismo? No: respeto estos restos miserables.

Herby. Sígame vm., Capitan; que yo satisfaré sus escrúpulos.

Mat. ¡Pobre hombre! me causa compasion.

Herby. ¡Compasion! defiéndase vm. digo, ó por vida de...

Mat. Qué, ¿hemos de reñir delante de estas damas?

Emil. Quita allá, Coronel, quita allá: ese vano furor le asienta á vm. muy mal en el estado en que se halla.

Herby se quita la cinta, y anda naturalmente.

Herby. Ya no puedo sufrir mas. Emilia, ya está vm. desengañada. Míreme vm. bien: vea vm. con vergüenza, con eterna confusion, que soy el mismo que ántes. Reconozca vm. su error, y duélase de perder un amante que la adoraba.

Emil. ¡Qué milagro!

Isab. ¡Qué prodigio!

Mat. ¿Será esto encanto?

Emil. Este hecho sobrenatural, contextado por tres testigos fidedignos, será el artículo mas curioso del diario. Isabel, es menester ponerlo por escrito, y remitirlo al instante.

Isab. ¡Qué piernas tan ágiles!

Emil. ¡Qué ojos tan hermosos!

Mat. ¡Qué cuerpo tan gallardo!

Emil. ¿Pero es posible que unas heridas tan peligrosas, no hayan dexado señal ninguna?

Herby. No señora: gracias al cielo no he experimentado semejantes desgracias; y con todos los dones que de él he recibido, voy á alejarme de vm., á huirla para siempre. Estos ojos fixos é inmobles en otro tiempo sobre sus atractivos de vm., no ven ahora mas que sus defectos, y mirarán á vm. siempre como la muger mas falsa, la mas pérfida, la mas disimulada.

Isab. ¿Pero cómo podia vm. andar con tanto trabajo? no puedo comprehenderlo.

Emil. Una suposicion como ésta...

Herby. Es verdad que he fingido... Pretendia experimentar su ternura de vm. y su fidelidad, y satisfacerme de la solidez de sus virtudes: ahora ya conozco á vm., y toda mi vida me alegraré del suceso de mi estratagema. ¡O Dios mio! ¿quién me diría?...

Emil. Si intentaba vm. perderme, no podia valerse de un medio mas infalible. ¿Pretendía vm. mostrarme su ternura? ¿Qué? ¡despues de una

larga ausencia en la que habia pasado por vm. tan vivas inquietudes, sobresaltos tan crueles, quando á su regreso debia vm. volar á mis pies, venir á llenarme de regocijo, y entregarse enteramente á tán naturales y dulces transportes; concebir dudas, formar proyectos insultantes, y dar entrada á sospechas injuriosas!... Me atrevo á decirlo: la ingenuidad y la nobleza de mi carácter, la conseqüencia de mi conducta debian haber inspirado á vm. mas miramiento y confianza.

Herby. ¿Cómo podré vituperarme mis sospechas quando el suceso las ha justificado?

Emil. Y voy á justificarlas ahora mismo, y delante de vm. Entrego mi mano al Capitan Johnson, y declaro á vm. que nada será capaz de romper el lazo que va á unir nuestros corazones.

Herby. ¡Dar vm. su mano!... Pero vm. puede provocarme, insultarme: su sexô de vm. la pone á cubierto de mi venganza. Por lo que hace al señor Capitan, ya nos verémos.

Mat. Quando vm. guste.

Emil. Ya nada tiene vm. que decirme: suplico á vm. que se retire.

Herby. Sí, señora, me iré. Permita Dios, que si...

Ya la dexo á vm., y para no volverla á ver en mi vida: lo juro por el cielo y por la tierra... jamas; en mi vida: á Dios.

SCENA ULTIMA.

Belford y dichos.

Herby al irse se encuentra con Belford.

Belf. ¿A dónde vas, d' Herby?

Herb. Déxame huir.

Belf. Parece que estás furioso. ¿De qué nace este desórden y confusion? ¿No podré yo restablecer entre vms. la buena armonía?

El Mayor se ha ido adelantando al paso que habla con d' Herby; Matilde repara en él ahora, y dice:

Mat. ¿Qué oigo? ¿Qué veo? ¿El Mayor Belford? ¡O Dios mio!

Belf. Este eco de voz... ¿Pero qué? ¿En este trage? ¿Seré yo tan dichoso? ¡O Dios mio! Ella es. ¡Mi querida Matilde! ¡Ah d' Herby! Señoras, amigo; todos somos ya dichosos. ¡O mi querida esposa!

Mat. ¡Ah Belford!

Isab. ¿Qué? ¿es el Mayor á quien vm. amaba?

Herby. ¿Este Oficial es la dama de Bela-isla?

Belf. ¿Qué felicidad te ha traído aquí, mi adorada Matilde?

Emil. Mi hermano nos la ha recomendado.

Mat. Tengo una larga historia que referir á vm.

Belf. Y yo las mas agradables noticias que comunicarte. Tu padre, inconsolable por tu fuga, me ruega que te busque, y consiente en nuestra union. ¡Ah d' Herby! soy el hombre mas dichoso.

Herby. Y yo el mas miserable menguado.

Belf. Prattle te ha descubierto: ahora acaba de decírmelo.

Herby. Ya no me admiro de la conducta de Emilia. Belford, soy perdido: tú tenias razon. Soy un necio, un extravagante: he ofendido á mi querida Emilia: me he hecho culpable á sus ojos, y ridículo á los mios.

Belford á Emilia.

Belf. Ya lo oye vm., señora: yo no he sido su cómplice: siempre le he dicho que su delicadeza era una extravagancia. Pero permítame vm. que interceda por él: Matilde, une tus ruegos con los mios. Déxese vm. mover, señorita: con-

cédanos vm. su perdon.

Emil. ¿Cree vm. que lo merece, Mayor?

Belf. Por lo que hace á eso, es menester confesar... En fin, señora, en su bondad de vm. consiste toda nuestra esperanza.

Mat. Sus ojos baxos, su semblante tímido y melancólico... Mírele vm., señora: él le ama á vm., y está arrepentido.

Emil. Concebir una desconfianza tan baxa, burlarse de mi ternura y de mis penas, arrancarme lágrimas tan amargas... ¡Ah! ¿d' Herby, cómo ha podido vm?...

Herby. Soy un monstruo á mis propios ojos: merezco toda la indignacion de vm.: lléneme vm. de baldones; pero no me quite la esperanza de un generoso perdon.

Belf. Vamos, señora: mírele vm. con piedad; perdon, perdon para el pobre d' Herby.

Mat. Señora, merézcale yo á vm. esta gracia.

Emil. ¿Isabel, no te parece que lo hemos castigado bastante? ¿Me aconsejas que dé gusto á nuestros amigos?

Herby. ¡Adorable Emilia!

Isab. Es demasiado buena.

Herby. ¡Ah! Señora, yo consagraré toda mi vida á

hacerla olvidar esta ofensa. Belford, amigo mio, sea enhorabuena: despues de haberme portado tan mal con esta señora, ¿me atreveré?...

Mat. No era yo un rival muy temible; pero le hice á vm. temer: ¿no es verdad?

Belf. Olvídese ya todo. Pues estamos convenidos en los preeliminares, no tardémos en ratificar el tratado: harto felices somos los dos; yo en haber hallado á mi querida, y tú en no haber perdido la tuya.

Herby. Tienes razon, amigo. La alegría me vuelve la vida. ¡Oxalá que todos los valientes defensores del Estado tuviesen tan buenos quarteles de invierno!

FIN.

ADOLFO Y CLARA,

Ó

LOS DOS PRESOS.

COMEDIA

EN UN ACTO EN PROSA,

CON INTERMEDIOS DE MÚSICA.

TRADUCIDA DEL FRANCES POR D. E. T.

LETRA: *DE B. J. MARSOLLIER.*

MUSICA: *DEL CIUDADANO D' ALEYRAC.*

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

ADOLFO DE RUMBERG, Oficial prusiano, *SEÑOR BERNARDO GIL.*

CLARA, su muger, *SRA. LAUREANA CORREA.*

LIMBOURG, *SEÑOR EUSEBIO FERNANDEZ.*

GASPAR, Guarda-bosque, Soldado viejo, y ahora Alcayde del castillo de Limbourg, *SEÑOR MIGUEL GARRIDO.*

UN AYUDANTE.

VARIOS CRIADOS QUE HACEN DE GUARDIAS.

La Scena es en Prusia en el castillo de Limbourg, á distancia de algunas leguas de Berlin.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala del castillo de Limbourg: á la derecha habrá una ventana que se supone caer á los fosos: en el fondo se verá á uno y otro lado una escalera que conduce á los aposentos.

SCENA PRIMERA.

Limbourg y Gaspar.

Limbourg con sobretodo de uniforme.

Limb. Sí, amigo; mi antiguo Castillo hasta ahora la pacífica morada de la amistad, el punto de reunion de mis amigos en los dias de caza, y el asilo seguro de la inocencia y de la pobreza, se ha transformado en una fortaleza, en una prision de estado, gracias al antojo de un Ministro; pero á vista de sus razones fundadas en un motivo decoroso, y con las que ha sabido granjearse mi voluntad, no puedo ménos de complacerle, para lo qual cuento con tu asistencia, amado Gaspar.

Gasp. ¿Con mi asistencia, señor?

Limb. Sí, la necesito, mi antiguo camarada (pues hemos servido juntos) y sin tí tengo los brazos atados. Esta mañana eras mi Guarda-bosque, pues ahora mismo te hago, te constituyo y te nombro, con la plenitud de mi autoridad, Alcayde de la prision de que soy Comandante.

Gasp. Pero esto no será de veras, porque ni vm. ni yo hemos nacido para...

Limb. No, no: ya te he dicho que esto es una chanza, cuyo objeto me acomoda por ser moral, y encaminarse á reunir dos esposos jóvenes volubles, é imprudentes, los quales seducidos por las diversiones de la corte, y por los malos consejos de algunos falsos amigos, hubieran llegado á arruinarse enteramente.

Gasp. Siendo ese el objeto, me encargaré de hacer todos los papeles que vm. quiera. Porque á la verdad, ¿qué importa qualquier nombre y vestido quando se trata de hacer una accion buena?

Limb. En eso das á conocer quién eres. Pero es necesario que pongas mucho estudio, porque me temo que baxo el severo aspecto que vas á tomar, se ha de descubrir el buen corazon, el alma sensible de Gaspar.

Gasp. Yo me entonaré.

Limb. Y ese exterior agradable se ha de trocar en despegado y duro.

Gasp. ¡Qué diablos! Eso es obra... Les hablaré sin mirar, porque si los veo tristes y atemorizados, á pesar de mi palabra, echaré el papel á los diablos, y los abrazaré. Pero vaya: ¿de qué modo podrémos contribuir á su reunion?

Limb. Lo sabrás en breve: escucha ántes la carta del Ministro que recibí hace ocho dias, desde cuyo tiempo ando desvelado tras el logro de sus proyectos: oye lo que me escribe.

Berlin 2 d. "Amigo mio: Vm. me habrá »oído hablar muchas veces de Clara mi sobrina, »preciosa loquilla, que casé á los diez y siete »años de su edad, con un jóven llamado Adolfo »de Rumberg que tenia veinte y dos escasos. »Amábanse mutuamente, y yo me daba por »muy contento de tal eleccion; pero una con»ducta relaxada, consejos perniciosos, y algu»nas desavenencias geniales, en suma, niñerías, »les acarreáron mil desazones, que al cabo han »venido á parar en un serio rompimiento, sin que »mediase entre ellos algun agravio verdadero. »Viniéron separadamente á querellarse ante mí »el uno del otro; el marido pidiendo que se en-

»cerrase á su muger en un Convento, y ésta so-
»licitando alejarse de su marido, que se la opo-
»nia de contínuo. Tal vez ni uno, ni otro que-
»rian de corazon lo que suplicaban con tanto
»ahínco, y por esto he determinado darles una
»leccion provechosa. Aparenté desentenderme
»de entrambos con la esperanza de que léjos de
»la ciudad y de las causas de su desunion, y
»á la vista de un amigo cuerdo y prudente, cal-
»maría su cabeza, y el corazon volvería á su
»antiguo afecto. Han salido de aquí con una
»hora de diferencia, y llegarán el 10 á casa de
»vm. (*que es hoy*). Dexo á la prudencia de vm.
»el cuidado de guiarlos, y de volverlos á su acuer-
»do y antigua felicidad: vm. será el árbitro de su
»suerte, y me escribirá quando guste si he de
»mantener mi esperanza, ó si será forzoso aban-
»donarlos á su libre destino."

Gasp. Mucho se maravillarán de haber viajado tanto para juntarse de nuevo. Ya deseo que lleguen.

Limbourg. No pueden tardar. He encargado á un criado que se ponga en atalaya, y que me avise con la trompeta luego que los vea. Los demas criados, advertidos ya de mi intento, harán de centinelas y de porteros.

Riendo

Gasp. ¡Ah! ¡ah! Ya estamos todos de acuerdo.

Limb. Hasta mis dos cañoncillos, que gracias á Dios no han servido jamas, han de hacer hoy su papel.

Gasp. Sí, sí; de frente, á los dos lados del puente levadizo. Muy bien: ¿y yo?

Limb. Tú eres la persona de confianza: el Alcayde. Tendrás el cargo de guardar á los presos, de observarlos, y de darme cuenta exâcta de lo que pase entre ellos. Pero ya es necesario que vayamos á prevenirnos. En mi gabinete hallarás varios vestidos que nos sirviéron en otro tiempo para representar una comedia.

Gasp. Y ahora tambien vamos á representarla lo mejor que podamos. Sería de ver que yo saliese ayroso del paso.

Suena la trompeta.

DUO.

Gasp. Con rapidez por allí
un coche viene hácia acá.

Limb. Uno de los dos vendrá.
¿Será la muger?

Gasp. Sí, sí;

porque veo un maleton.

Limb. Un harpa veo tambien.

Gasp. Y unas caxas de carton.

Limb. Serán las modas.

Gasp. Muy bien.

Creerá que con su hermosura
nos va á engañar al momento.

Limb. ¡Modas aquí! ¡qué locura!
Es gracioso el pensamiento.

Los dos. Un decreto sexô hermoso
podrá con su crueldad
quitarte la libertad,
no tu deseo amoroso.

Limb. ¿Distingues ya su semblante?

Gasp. No es posible, pues le oculta
un velo que trae delante.

Limb. Ya baxa... ¡talle gracioso!

Gasp. Ya le verémos de cerca.
¡Pero mirad qué paquetes
de libros y frioleras!

Los dos. Un decreto sexô hermoso
podrá con su crueldad
quitarte la libertad,
no tu deseo amoroso.

Gasp. Ya van á traerla á la sala del Consejo. Yo voy á cerrar mis postigos, á echar los cerrojos; en fin, á cumplir con todos mis deberes; y me presentaré quando el señor Comandante me haga la honra de llamarme. *Vase.*

Limb. Ya la conducen aquí: me retiraré un poco para observar la impresion que le hace esta morada, y reflexîonar el modo con que he de tratarla.

SCENA II.

Clara precedida de un Ayudante, y dos Centinelas que se quedan á la entrada: Clara en trage de camino con un sombrerillo puesto en vez de otro adorno.

Al Ayudante.

Clara. ¿Cómo es esto, caballero? ¿Por qué me separan de mi doncella? Mande vm. que llamen al Comandante. ¿Quándo se ha tratado nunca á una muger tan cruelmente como á mí?

A los Centinelas.

Si no está aquí el Comandante, llamen al Mayor de la plaza.

Soldado. Ya han ido á avisarlos.

Clara. Este sitio es horroroso, y mi aventura increíble.

Supónese que los Criados estan descargando el coche, y van trayendo á la sala varios muebles.

Fuerte cosa es que quando exîjo una órden contra... contra un tirano...

A los Criados.

Pon allí el fortepiano.

Hablando consigo.

Sea yo quien...

A los Criados.

Con cuidado: mi música, mis novelas inglesas..

Consigo.

¡Encerrada en mi edad!... ¡qué desdichada soy!

Mirando á una caxa de carton.

¡Dios mio! todas mis plumas estarán echadas á perder.

Consigo.

Sí, sí: muy desgraciada.

Quédase sola.

¡Qué ansia tienen los padres por casar á una muchacha con un calavera, amable enhorabuena; pero cuyo carácter, conducta y procede-

res!... ¡Que no se hallase allí entónces un alma caritativa, una buena amiga que me dixese lo que me repito todos los dias!

RONDÓ.

Clara. Jovencitas ya casadas,
vuestra suerte es infeliz,
pues vivís mortificadas
por un momento feliz.
Al principio está el marido
cariñoso y muy rendido;
pero luego se hace infiel,
zeloso, ingrato y cruel:
todos, todos son así;
exemplo tomad de mí.
Sus palabras no escuchéis;
y conmigo así diréis:
Jovencitas ya casadas,
vuestra suerte es infeliz,
pues vivís mortificadas
por un momento feliz.
A su orgullo las mugeres
tienen siempre que ceder:
ellos quieren disponer
del amor y los placeres.

Y luego el mundo dirá
que esta union es muy dichosa
siendo esclavitud odiosa.
La que esto sepa ya,
conmigo dirá:
Jovencitas ya casadas, &c.

SCENA III.

Limbourg vestido de Oficial, Clara y el Ayudante.

A Clara.

Ayud. Aquí tiene vm. al señor Comandante.

Limb. Sea vm. bien venida, señora. Ya dexé encargado que me avisasen luego que hubiese vm. baxado del coche; pero las muchas impertinencias de esta casa, el número de presos... Perdone vm.: ya me tiene aquí á sus órdenes.

Clara. Antes bien me parece que estoy yo á las de vm., caballero.

Limb. En fin, ya me desocupé, y puede vm. disponer de mí. Que suban los muebles de esta señora al tercer aposento de la segunda torre encima del postigo.

A Clara.

Es bastante cómodo,

Clara. Pero señor, mi doncella...

Limb. Se la cuidará bien. La órden dice que sea separada de vm., y que vuelva sin detencion á Berlin. Parece que tienen que darla una réprimenda, y es de temer que sus consejos... Vm., señora, está casada: ¿no es así?

Clara. ¡Ay! Sí, señor.

Limb. El marido es jóven, y amable sin duda.

Clara. No, señor; es un monstruo.

Limb. ¿Con que era vm. infeliz, señora?

Clara. Lo que no puede vm. imaginarse.

Limb. Acaso sería infiel. Apénas puede creerse en viéndola á vm. Jugador, calavera...

Clara. Todo, todo quanto hay que ser.

Limb. Pero con todo, hombre de bien.

Con viveza.

Clara. ¡O! en quanto á eso,.. sí, sí: leal, valiente. Jamas agravió á nadie sino á su muger.

Limb. Bueno es eso; pero con todo siempre es culpable.

Clara. Tiene vm. razon.

Limb. Quanto mas, que por lo que vm. me dice, y por lo que me escriben, me inclíno á creer

que á instancias suyas ha expedido la órden el Ministro.

Clara. ¿Qué dice vm.? ¿á instancias de mi marido? Sí, sí: él ha sido... no hay duda... tal es su modo de portarse. Yo le aborrecía ántes; pero ahora...

Sonriendo.

Limb. Me parece que no puede vm. hacer mas por él.

Con seriedad.

Me compadezco, y me intereso muy de veras por vm. Ahora conozco, que me engañó quien me dixo que era vm. una muger voluble y casquivana; ántes bien veo, que es vm. víctima de la injusticia.

Clara. Sí, señor, víctima; eso es propiamente ¡Fué baxeza!

Llorando un poco, y mudando de tono.

Pero al fin es necesario tomar algun partido. Dígame vm.: ¿en qué se ocupa aquí el tiempo? pues me temo, que he de morir de pesadumbre.

Limb. Harémos todo lo posible para divertir á vm. Primeramente, tenemos paséo.

Contenta.

Clara. ¡Ola! ¿Se paséa aquí?

Limb. Dos veces al dia.

Mostrando el jardin.

Clara. En el...

Limb. En el patio.

Clara. ¡En el patio!

Limb. A lo largo, ó á lo ancho, á eleccion del preso.

Clara. Eso es bueno. ¿Y qué otra diversion hay?

Limb. Se vuelve á subir al quarto, se descansa, y se puede leer ó dormir.

Clara. ¿Qué dice vm.? ¿Se permite todo eso? Pues de ese modo, es éste un sitio de delicias. ¿Y se pasa esta vida en el castillo de que vm. es Comandante?

Limb. No á todos se les trata tan bien: por exemplo á los inobedientes; pero á las damas...

Disgustada.

Clara. ¿Me hace vm. el favor de mandar que me conduzcan á mi habitacion?

Sacando la muestra.

Limb. Enhorabuena. Pero tiene vm. permiso de hablar un quarto de hora mas conmigo, si á vm. le agrada la conversacion.

Con ironía.

Clara. Sí, sí: mucho. Pero no quiero divertirme demasiado el primer dia, porque es preciso eco-

nomizar las diversiones.

Limb. Como vm. quiera. De ese modo llamaré a Portero, al Carcelero, á los Centinelas.

Hace señal á un Soldado que llega.

¿Estan bien guardados todos los pasos, la guarnicion sobre las armas, el puente levadizo, los cañones?

Clara. ¿Acaso se hacen por mí todos esos preparativos? Señor, por Dios que me trate vm. con ménos ceremonia. Si esto es por asustarme;

Con un comedimiento irónico.

le aseguro á vm., que la figura de uno de estos señores es bastante.

Al Soldado.

Limb. Dé vm. las gracias á esta señora, y llévela

Suena la trompeta.

Clara. ¿Qué es esto?

Limb. Un preso que esperaba, y que llegará de aquí á un quarto de hora segun anuncia esa señal.

Clara. ¿Un preso? Me acomodaría mas que fuese una compañera.

Limb. Y es muy digno de compasion, si es cierto lo que me escriben.

Clara. ¿Tan infeliz es? Vm. hace que me interese por él. ¿Se puede saber su nombre?

Limb. El mismo se lo dirá á vm., puesto que se hallarán vms. alguna vez juntos; por exemplo á la hora de comer: vm. comerá á la mesa del Comandante; y si el preso merece esta gracia, le convidaré esta misma noche.

Clara ¿Esta noche? ¿Pero estoy yo para presentarme delante de gentes? Me hallo tan fatigada del viage, y forzosamente he de tener una cara...

Limb. Muy buena, á fé mia.

Sonriendo.

Por otra parte vm. no viene á pretender aquí...

Con viveza.

Clara. ¡O! no, no! le juro á vm. que ahora todos los hombres... pero...

Alegre.

Nadie quiere espantar; y me persuado que quitándome esta ropa, y poniéndome otro sombrerillo...

Alegre tambien.

Limb. ¡Otro sombrerillo! Enhorabuena.

Con viveza.

Clara. Tengo uno preciosísimo... ¿A qué hora cenarémos?

Limb. De aquí á dos horas.

Clara. ¡O qué bueno! Tengo tiempo para asearme.

Limb. De aquí á dos horas, sí.

Clara. ¿Pero, y quién me ha de servir?

Llamando.

Limb. Centinela.

Clara. ¡Cómo! ¡un centinela!

Serio.

Limb. Avise vm. á la muger que está destinada para servir á esta señora.

A Clara.

Vm. estará contenta; y crea que se le concerá con gusto, quanto tenga relacion con el obsequio debido á su sexô.

Clara. Vm. es un hombre amabilísimo que toma parte en mi desgracia. Voy corriendo al tocador. Buenas noches, señor Comandante.

Cerca de la escalera.

¿Qué? ¿se sube por aquí?

Limb. Sí, señora.

Clara. ¡Qué escalera tan horrorosa! No, no subiré jamas.

Limb. Es la única por donde se va al aposento de vm.

Clara. ¿La única? Pues vamos allá...

Con ironía.

Si todo corresponde á lo que veo ahora, puede

vm. señor Comandante blasonar de que tiene allá arriba una linda habitacion.

SCENA IV.

Limbourg, y despues Gaspar de Carcelero.

Limb. ¡Qué inconseqüencias! ¡qué cabeza! A vista de esto, no extraño que su marido...

Tirándole del brazo.

Gasp. ¿Le gusto á vm. así?

Limb. Muchísimo. Aun estás mejor de lo que yo esperaba: es necesario hacerte justicia, amigo;

Sonriendo.

estás espantoso.

Riendo.

Gasp. Vm. me adula: pero sin vanidad estoy horrible, y eso que aun no he tomado la voz que reservo para mejor ocasion. No quiero inutilizarme. ¿Y qué nombre piensa vm. ponerme?

Limb. Es preciso que sea gracioso, y conforme al trage.

Discurre un poco.

Hac-tinc-tir-koff.

Deletreando.

Gasp. Hac-tinc-tir-koff. Le estudiaré. Pero ya

ha llegado el marido, y está esperando en el cuerpo de guardia; esto es, en el quarto del jardinero. Es muy buen mozo, y sería lástima que estuviese separada tan linda pareja.

Limb. Voy á recibirle, y á traerle aquí. *Vase.*

Gasp. solo. ¡Ah! ¡ah! esto nos ha de divertir mucho: ya me rio contemplando su sorpresa y su enojo. Vamos, señor Hac-tinc-tir-koff: es preciso meditar sobre el nuevo personage que vm. representa, para merecer la confianza que han hecho de vm. Sin embargo desconfio, pues, á pesar de este trage; no me siento con las disposiciones necesarias, con el terrible aspecto, con el desentono, y con todas las demas prendas del nuevo estado. A la verdad, que bien considerado... Pero vamos, vamos; no hay que desmayar: pues con un poco de exercicio llegaré acaso á imitar la destreza de mis dignos compañeros.

COPLAS.

Gasp. Tomaré severo aspecto,
para que así me obedezcan;
y al verme qualquiera preso
tiemble, y pálido se vuelva.
El papel que se me ha dado

haré lo mejor que pueda,
porque al fin hacer de Alcayde
por chancear me deleyta.
Para juntar dos esposos
que viven desavenidos,
á la prision los conducen
sujetos á mi dominio.
Si el remedio fuera cierto
contra un mal tan extendido,
medio mundo al otro medio
pusiera pronto los grillos.
Si hacer las paces podemos
entre dos jóvenes locos,
al instante mi alabarda
dexaré con sumo gozo.
Si yo tuviese este oficio
haría muy mal negocio;
porque en rogándome alguno,
la puerta abriría á todos.

Pero ya viene aquí el Comandante con el preso. Me parece que en el sistema ceremonioso, el Carcelero debe esperar á que le llamen.

SCENA VI.

Adolfo y Limbourg.

Adolfo. Sí, señor, repito y sostengo que esta ha sido una equivocacion, un error acerca del nombre, y en breve sabrá vm...

Limb. No, no; está vm. bastante designado, Adolfo de Rumberg. Pero piénselo vm. bien. ¿No hay algun motivillo secreto?... Por exemplo algunas deudas.

Adolfo. ¿Deudas? Sí: he contraído muchas; pero las he pagado todas.

Limb. Algun asunto de honor...

Adolfo. Diez á lo ménos. En nuestro estado es esto muy freqüente; pero he tenido la felicidad de acabarlos todos sin haber merecido una sola reprehension.

Limb. Tal vez algunos parientes de mal humor...

Adolfo. No, porque acabo de heredar al último. Como no sea un tio de mi muger, Ministro estimado y respetable... pero es imposible, porque me apreciaba mucho: por otra parte yo le confiaba mis desazones, de las que se compa-

decia, y aun llegó á prometerme una órden para que mi amada esposa...

Limb. ¿Qué? ¿se hallaba vm. mal con ella?

Adolfo. No puede vm. figurarse hasta qué punto.

Limb. Su figura no será tal vez...

Con viveza.

Adolfo. ¡O! eso no; porque es la muger mas linda de Berlin... Nos casáron sin saber por qué, y con todo nos amábamos, y aun nos adorábamos, si puede decirse así: esto duró medio año, y hubiera durado toda la vida; pero luego me manifestó un carácter...

Limb. Altanero, duro: ¿he?

Adolfo. No, no: era un carácter bastante bueno, pero singular, extravagante; y además un humor....

Limb. Fastidioso, áspero: ¿no es así?

Adolfo. No señor, no señor. Maligno, insolente, que variaba á cada momento; y quando yo la hablaba con formalidad...

Limb. ¡Ola! ¿vm. la hablaba con formalidad?

Algo admirado.

Adolfo. Algunas veces. ¿Qué? ¿se rie vm.?

Limb. Lo habré hecho inadvertidamente; pero yo imagino que en la edad de vms. le parecería ex-

traño á Madama, que la hablase vm. de cosas sérias, quando desearía solo que se tratase de amor.

Adolfo. ¡Qué! No, señor; sino me amaba, ni aun siquiera me oía; ántes me estaba contradiciendo continuamente. Entretenida siempre con bayles, festejos y modas me dexaba solo dias enteros; me reñía en viéndome hablar á una muger; estaba con ceño si alababa á alguna en su presencia; daba á entender que escuchaba con gusto las necedades de los atolondrados que la rodeaban, y al fin coronó sus locuras con pedir una habitacion separada: sí, señor, separada (que parece increíble) y desde este punto...

Hablándole al oído.

Lo que le digo á vm. es la pura verdad.

Limb. Vm. me cuenta cosas horribles. De ese modo no debe vm. sentir el estar separado de ella, y veo que es á un tiempo inconstante, mala, y acaso...

Con viveza.

Adolfo. No, no; es necesario hacerla justicia: en quanto á su conducta, nada, nada.

Limb. Enhorabuena: pero á pesar de esto, siempre es una muger con quien no podrá vm. ya

vivir, y así es un bien para vm. el estar separado de ella.

Adolfo. No hay duda; y aun es un género de consuelo. Con todo sería mejor que la hubiesen traído aquí.

Limb. Entiendo: pero consuélese vm. que yo escribiré al Ministro, y le haré abrir los ojos.

Afectuosamente.

Adolfo. Mil gracias.

Limb. Aun no he perdido las esperanzas de que venga su esposa de vm. á ocupar su lugar.

Adolfo. ¡Qué bueno sería eso!

Limb. Entretanto vm. gozará de una libertad moderada. El jardin es grande, y las sombras frescas. Hay alguna gente en lo interior, entre la qual se cuenta una señorita muy jóven y muy amable, que ha llegado hoy mismo.

Con viveza.

Adolfo. ¿Una señorita jóven, dice vm.? Linda sin duda: ¿he?

Limb. Sí; muy buena, y muy afectuosa.

Adolfo. Me alegro mucho. ¡Pobrecita muger! Acaso un marido zeloso...

Limb. Algo hay de eso. Vm. la verá luego, pues va á baxar aquí.

Adolfo. ¿Ahora mismo? Me alegraré de hacer amistad con ella.

Limb. Espero que vm. siendo tan juicioso, y tan desgraciado por otra parte, se conducirá bien.

Adolfo. Sí, sí; para la edad que tengo soy demasiado formal. Pero no baxa. No se figure vm. por esto que tengo deseos...

Limb. Ya, ya lo veo; pero yo tengo que evacuar ciertos negocios... Aquí le dexo á vm., y si viniese esta dama, tendrá vm. la bondad de acompañarla hasta la hora de cenar.

Adolfo. De muy buena gana.

SCENA VII.

Adolfo solo.

Adolfo. ¡Una muger linda! Ya tengo aquí con que hacer llevadero mi encierro. Sí, sí; me hallo con disposiciones de entablar una pasion y zurcir una novela, para lo qual voy á convertirme todo en afecto.

RONDÓ.

Adolfo. Al ver este objeto hermoso
se templará mi dolor,
y seré siempre dichoso

con su dulce y tierno amor.

Quando una muger al hombre.
ocasiona mil tormentos,
es una dicha el hallar
otra que le dé consuelo.
Este placer
es sin igual
en caso tal.
Al ver este objeto hermoso
se templará mi dolor,
y seré siempre dichoso
con su dulce y tierno amor.

Voy á retratarla ahora.
Talle gracioso y ligero,
mucho garbo y bizarría,
y un apreciable talento.
Sí, es así:
lo siento aquí,
Aquí. *Señalando al corazon.*
Al ver este objeto hermoso, &c.
Pero ya oigo sus pisadas, y me voy llenando de contento.

Va hácia la escalera.

¡Qué espalda tiene tan bien torneada! No es muy alta, no; pero es bien hecha, y aquel bra-

zo que está alargando en actitud de dar alguna órden á los criados, aquel brazo es muy blanco y muy redondo. Tanto me conmueve ya su desgracia, que quisiera... pero ya llega.

SCENA VIII.

Adolfo y Clara.

Clara. Veamos este preso. ¡Ay Dios!

Adolfo. ¿Es posible lo que veo?

Clara. El es.

Adolfo. Es ella.

Clara. ¿Es vm., caballero?

Adolfo. Sí, señora; yo soy.

Clara Vm. ha venido aquí sin duda para insultarme en mi desgracia, y recrearse con mis penas.

Adolfo. Vengo aquí... porque bengo preso.

Alegre.

Clara. ¡Preso! ¿Y cómo ha sido esto? Cuéntemelo vm.

Adolfo. Por una órden superior.

Clara. Pues nos hallamos en el mismo caso, y es que habrán tenido presente que en un buen matrimonio todo debe ser comun, hasta las órdenes.

Con disgusto.

Adolfo. Pero yo quisiera saber á quién soy deudor de esta gracia,

Con seriedad.

Clara. Yo se lo diré á vm. A... á... á mí, caballero.

Echase á reir, y le hace una cortesía.

Adelfo. ¿A vm.? Pues, señora, mil gracias.

Riendo.

Clara. ¡O! vm. es muy político. Pero yo tambien deseo saber de vm. quién es el amable sugeto que me ha hecho este favor.

Con malicia.

Adolfo. Vm. hace que me sonroje... Sí, señora, sí; á fé mia: yo he sido el autor de esta sorpresa.

Colérica.

Clara. ¿Se rie vm? ¿No sabe que ese es un proceder indigno?

Adolfo. Hablará vm. sin duda del suyo.

Clara. Estoy furiosa, y no, no me chancéo. Estoy ciega de cólera, y en prueba de ello le protexto á vm. que el único alivio de mis males seria...

Adolfo. ¿El no estar jamas conmigo? ¿He?

Clara. Eso es, eso es: aquí no hemos venido á adularnos.

Con viveza.

Adolfo. No se incomode vm. Cabalmente dixe eso mismo al Comandante luego que llegué. Estas fuéron mis palabras.

Con afectada fuerza.

A lo ménos viviré mas tranquilo sino la veo jamas.

Picada.

Clara. Pues bien, vm. me hizo con eso un elogio.

Con ironía.

Adolfo. Es que quando uno está separado de la que ama, se consuela con hablar de ella.

Del mismo modo.

Clara. Sí, sí, acabo de experimentarlo, pues le dixe mucho, muchísimo bien de vm.

Adolfo. Cierto que estaba en buenas manos. A otra cosa. ¿Piensa vm. en saliendo de aquí ver de nuevo á su Coronelillo?

Clara. ¿Y vm. volverá en casa de aquella señorita?

Picado.

Adolfo. Al momento que esté libre.

Picada.

Clara. Y yo le hablaré todos los dias.

Adolfo. Pero su Coronel de vm. es un fatuo.

Clara. Y su dama de vm. una tonta.

Adolfo. Si á mí me gustan mucho las tontas.

Clara. Pues señor, yo soy muy apasionada de los fatuos.

Aparte.

Adolfo. Vaya, no se puede vivir con esta muger.

Clara. Es tan desagradable aquí como en Berlin.

Aquí hacen una pausa.

Adolfo. Diga vm.: ¿y aquélla criada que yo no podía ver!

Con malicia.

Clara. ¡Buena preguntita! Aun la tengo conmigo; pero dígame vm. á mí: ¿y todos aquellos gastos de caza, los veinte caballos, &c.?

Adolfo. Pienso comprar otros quarenta.

Aparte.

Clara. ¡Qué grosero!

Adolfo. ¡Qué terca!

Clara. Me voy.

SCENA IX.

Dichos y Gaspar.

Gaspar impidiéndole el paso.

Gasp. No se sale de aquí.

Clara. ¡Qué figura tan horrible! ¿Y qué? ¿ni aun

puede una subir á su quarto?

Gasp. No es hora todavía.

Adolfo. Pero señor Alcayde, yo podré...

Gasp. No repito las cosas. Vms. permanecerán aquí hasta que el señor Comandante ..

Llorando.

Clara. Tambien es mucha crueldad el no permitir...

Aparte.

Adolfo. Esto es desesperarme. Vamos; yo apuesto á que no es vm. tan duro como aparenta.

Aparte.

Gasp. Parece que me conoce.

Adolfo. Y espero que me permitirá vm...

Saca el bolsillo.

Gasp. Soy incorruptible.

Cariñosamente.

Clara. No cesaré de suplicar á vm. hasta que me permita...

Gasp. Inexôrable.

Adolfo. ¿Con que no se puede adelantar nada con vm.?

Gasp. Nada, nada. Es preciso obedecerme, y... aborrecerme si vms. lo tienen á bien.

Picado.

Adolfo. Doy á vm. gracias por tal licencia, y le

aseguro de que usaré de ella.

Clara. Lo bueno que hay es que yo no he dado lugar á que me diga otro tanto, pues luego que ví al señor...

Gasp. Mejor para vm.

Adolfo. Señor Carcelero... *Una pausa.*

Gasp. No respondo.

Clara. A lo ménos eso ganamos.

Gasp. Yo me vuelvo á mi puesto. *Vase.*

SCENA X.

Adolfo y Clara.

Adolfo. Bueno va esto. ¡He! ya estamos precisados á permanecer aquí.

Clara. ¿Y esto le disgusta á vm.?... *Riendo.* pues á mí me agrada.

Adolfo. ¡Qué carácter!

Remedando la voz de Gaspar.

Clara. No respondo.

Adolfo. ¿Cómo he de poder sufrirla?

Del mismo modo.

Clara. Yo me vuelvo á mi puesto.

Va á uno de los extremos del teatro donde está el forte-piano.

Adolfo en el otro extremo.

Adolfo. Por mi dicha tengo aquí un libro.

Quitando las aldavillas de la caxa.

Clara. Esta es buena ocasion para hacerse un hombre sábio. Vm. es jóven aun, y le faltan muchas cosas que aprender.

Picado.

Adolfo. No será vm. quien...

Clara. Oiga vm... Sí quisiera tomarme la molestia... *Riendo.*

¡O que bueno! que he perdido la llave.

Adolfo. Quien tiene buena cabeza...

Clara. No hablémos de cabezas, caballero; porque sin cumplimiento, no es aquí donde la he de hallar mejor que la mia. Pero oiga vm. una cancioncilla nueva muy nueva...

Aparte.

Parece que no me escucha.

Alto.

Que una muger afligida... cantaba para consolarse en los pesares que su marido...

Aparte.

Me mira por lo baxo.

Alto.

La habia causado.

Aparte.

Ya levanta la cabeza.

Alto.

Toda su vida.

Aparte.

Ya patéa.

COPLA PRIMERA.

Clara. De un esposo la ternura
me hizo algun tiempo feliz;
pero su condicion dura
me haze en el dia infeliz.
Maridos sin lealtad
quánto nos afligís, quánto;
y el mejor, sin vanidad,
no equivale á nuestro llanto.

Sin duda me escucha, pues no ha vuelto la hoja.
Continuaré.

SEGUNDA.

La paciencia y el candor,
y un corazon generoso,
son las prendas que el amor
dió al sexô débil y hermoso.
Señores, no hay que dudar;
tocó á vms. la razon,

que es un apreciable don
si de él quisieran usar.

Picado y sin alzar los ojos del libro.

Adolfo. Que no ha de haber siquiera un marido...

Clara. Ninguno. No exceptúo á nadie.

Adolfo. Eso es muy bueno.

Clara. Y cierto.

Adolfo. Leámos.

Clara. Cantémos.

Con seriedad.

¿Si le habré ofendido? Enmendaré mi hierro.

Se sienta ella á la punta del teatro.

TERCERA.

La malicia y devanéo
disculpa la corta edad;
pero el sagrado himenéo
pide mas formalidad.
Arrepentida, ya intento
seguir las leyes de vm.

Se acerca á Adolfo, quien vuelve la cabeza hácia ella.

Mandadme, pues, y al momento...

Mudando de tono.

Todo lo contrario haré.

Aparte.

Adolfo. Esto ya es demasiado, señora... Pero no quiero que tenga la satisfaccion de conocer que me he picado.

Clara. Me parece que ha llamado vm.

Adolfo. No, señora. Estaba leyendo, y advertí que habia dexado vm. de cantar.

Sonriendo, y como lisonjeada.

Clara. Y esto le daba á vm...

Adolfo. ¡O! Sí, sí; eso me daba esperanza de que podría continuar mi lectura con mas tranquilidad.

Vuelve las hojas afectando que lee.

Picada.

Clara. Está vm. muy fino.

Picado.

Adolfo. Estoy, estoy...

Volviendo con prontitud la silla.

Pero en fin, señora, quisiera saber cómo se manejó vm. para alcanzar la órden de mi prision.

Del mismo modo.

Clara. Y yo tambien quisiera saber, caballero, ¿de qué medio se ha valido vm. para el mismo fin?

Con prontitud.

Adolfo. De uno muy sencillo. Estuve con su tio de vm...

Clara. Justamente fué á él á quien me dirigí.

Adolfo. Estamos tan apartados, que es necesario gritar.

Clara. Pues acérquese vm.

Adolfo. Dice vm. bien.

Toman los dos la silla, y se sientan muy cerca uno de otro.

Con que...

Clara. ¡Ola! se ha cortado vm. el pelo á la moda.

Adolfo. ¿Y qué tal me sienta?

Clara. Mucho mejor que como estaba ántes.

Adolfo. Tambien le sienta á vm. primorosamente ese sombrerillo.

Clara. ¿De veras?... Pero vamos; estuvo vm. con mi tio, y le dixo...

Alegre.

Adolfo. Mucho mal de vm.

Clara. Pero no lo sentiría vm. así.

Adolfo. Perdone vm.; yo nunca miento. ¿Y vm. qué le dixo de mí?

Alegre.

Clara. Que era vm. un hombre detestable; un hombre que me habia hecho infeliz.

Adolfo. Pero eso sería exágerando.

Clara. Al contrario; soy tan franca como vm., y

si no á la vista está. Hay mas; pues aun llegué á decirle (estaba furiosa aquel dia) que le profesaba á vm. un ódio...

Alegre.

Adolfo. ¡Odio! Eso es mucho. Yo solo hablé de antipatia.

Clara. ¿Y no se ha desvanecido desde entónces acá?

Adolfo. No, señora; y lo mejor que puede haber es eso.

Retrocediendo.

Clara. Pues á Dios, caballero.

Del mismo modo.

Adolfo. A Dios, señora...

Una pausa.

A pesar de esto, nos han condenado á vernos todos los dias.

Suspirando.

Clara. ¡Ay! Es verdad.

Adolfo. Y esto durará...

Clara. Toda la vida.

Volviendo la cabeza.

Adolfo. Y así, aunque vayamos á querellarnos...

Volviéndola tambien.

Clara. Solo servirá de hacernos mas infelices.

Adolfo. Ya lo veo.

Un intervalo de silencio.

Al fin podemos tratarnos con buena armonía.

Clara. Sí.

Adolfo. Nos verémos...

Con viveza.

Clara. Rara vez. A la hora de comer por exemplo.

Adolfo. Y en el paséo.

Clara. Tambien. Pero nada mas. Buenos dias, y buenas tardes.

Con viveza y ternura.

Adolfo. Bien... Solo en el caso de hallarse vm. indispuesta...

Clara. Si, si á vm. le diese algun mal...

Con ternura.

Adolfo. Entónces...

Del mismo modo.

Clara. Entónces...

Acercándose.

Adolfo. Se acerca uno...

Se arriman uno á otro.

Clara. No se aparta una...

Con viveza.

Adolfo. Se cuentan los males...

Con ternura.

Clara. Se alivian... Pero no hemos de pasar de aquí.

Del mismo modo, y con viveza.

Adolfo. No, no pasarémos... Con todo es lástima... Pero en fin, cada uno es libre, y no podémos forzar á nadie á que nos ame.

Levantándose.

Clara. Queda acordado así, caballero.

DUO.

Adolfo y Clara.

Adolfo. Amor nunca.

Clara. Nunca amor.

Adolfo. Yo lo juro.

Clara. Yo tambien.

Los dos. Jamas hablémos de amor.

Afectuosamente.

Adolfo. Atencion y agrado.

Clara. Bien.

Con mas ternura.

Adolfo. Y alguna vez confianza
debe entre los dos haber. *Ella lo repite.*

Alegres.

Los dos. Firmaré luego el tratado.

Alargando su mano.

Adolfo. La mano.

Clara. Quítese vm.

Sonriendo.

Adolfo. Es prueba de mi respeto.

Séria.

Clara. De indiferencia tal vez.

Con ternura.

Adolfo. De respeto y amistad.

Clara. Eso, amigo, no va bien:
es preciso en los proyectos
perseverancia tener.

Se levanta, y dice con resolucion.

Nunca amor.

Levantándose dice con ternura.

Adolfo. ¡Nunca!

Clara. Lo juro
como lo ha jurado vm.

Los dos. Mi pecho está conmovido:
¡qué momentos de placer!
Si no fuera vergonzoso,
vencería mi altivez.

Acercándose.

Adolfo. Me gusta el hablar contigo.

Sonriendo.

Clara. ¡Cómo! ¿me tutéa vm.?

Del mismo modo.

Adolfo. La costumbre...

Clara. Te perdono.

Adolfo. ¿Me tutéa vm. tambien?

Con ternura.

Los dos. Sosegaos, que ya nunca
os t... t... tutearé.

Adolfo. ¡Nunca amor!

Aparte.

Clara. Tú lo has querido:
ya su orgullo va á ceder.

Los dos. Mi pecho está conmovido, &c.

Adolfo. Amada Clara, expliquémonos de aquí en adelante...

SCENA X.

Dichos y Limbourg, que sale quando Adolfo la pone la mano sobre el hombro.

Limb. Venía en busca de vms... Bueno, bueno. Cierto que para la primera vez que se ven vms., dan á conocer que estan bien avenidos.

Clara. Caballero, oiga vm. la aventura mas extraña. Este es mi marido.

Adolfo. Sí, señor, es mi muger.

Placentero.

Limb. Vaya, vaya; déxense vms. de chanzas inoportunas en una casa donde la decencia...

Clara. Sí, es cierto, ciertísimo.

Limb. ¿Aun insiste vm., señora? No creyera que una persona á quien estimo, y tengo en buen concepto... Acuérdese vm. de lo que me dixo poco ha de su marido... ¿Cómo he de tener por tal á un jóven honrado, amable y afectuoso, habiéndomele pintado vm. tan al contrario? ¿Ni cómo he de creer, caballero, que su esposa de vm. sea capaz de reconciliarse segun el retrato que me ha hecho de ella?

Clara. A pesar de todo es él.

Adolfo. Le juro á vm. que es ella.

Limb. Ya, ya conozco lo que quiere decir esto. Vms. se gustáron mutuamente, y se han figurado que yo sería sobradamente crédulo... No señor, no señora; no entiendo de eso, ni consentiré que en una casa respetable...

Adolfo. Pero oiga vm.

Limb. No quiero.

Clara. Sepa vm...

Limb. Ya lo sé todo.

Clara. ¡Qué caprichudo!

Aparte.

Adolfo. Desvaría, y es preciso dexarle hablar.

QUARTETO.

Limb. Jóvenes ciegos y osados
tened presente este aviso,
que la virtud y decencia
reynan siempre en mi castillo.

Adolfo y Clara. No tema vm., caballero,
que olvidémos el aviso.

Limb. Aquí se habla sin misterio.

Adolfo y Clara. Ya tenemos entendido
que hemos de hablar... con misterio. *Aparte.*

Limb. Por la mañana permito
que los presos se saluden.

Con ternura.

Adolfo y Clara. Los dos harémos lo mismo.

Limb. Por la noche...

Adolfo y Clara. Por la noche...

Limb. Sin luz.

Adolfo y Clara. ¡Sin luz!

Limb. Con sigilo

se van cerrando los presos.

Adolf. y Clara. ¿Juntitos?

Limb. ¡Qué desatino!
Cada uno en una torre.

Adolfo y Clara. ¡En una torre!

Limb. Asimismo.
Jóvenes ciegos y osados
tened presente este aviso,
que la virtud y decencia
reynan siempre en mi castillo.

Adolfo y Clara se dan la mano por detras, y se la besan. El Comandante lo observa; pero hace que no lo vé.

Adolfo y Clara. No tema vm., caballero,
que olvidémos el aviso.
Disimular nos conviene:
ocultémos el cariño,
hasta que hallémos un medio
para salir del castillo.

Cantando al mismo tiempo.

Limb. ¡Bueno! ¡bueno! Me deleyta
este amor tan repentino;
pero siga el disimulo
para aumentar su cariño.

Viendo que Adolfo va á abrazar á Clara.

Limb. ¡Qué veo! ¡grande insolencia!
Adolfo. Va á abrazarla su marido.
Limb. ¡Atreverse en esta casa
á cometer tal delito!
¡Ola! Separadlos luego.

SCENA XI.

Dichos y Gaspar con la alabarda.

A Adolfo y Clara.

Limb. Obedeced, atrevidos.
Adolfo y Clara. ¡Separar á dos esposos!
¡Qué injusticia! ¡qué martirio!

A Clara.

Limb. Al fin conozco el engaño:
y por las muestras colijo
que no sois esposos, no;
sino amantes, y muy finos.
Adolfo y Clara. ¡Separar á dos esposos!
¡Qué injusticia! ¡qué martirio!
Limb. A la prision marchad luego.

A Clara.

Adolfo. Yo te veré, dueño mio.

Clara. Yo te he de escribir. A Dios.

Adolfo. Ten presente mi cariño.

Clara. Soy tuya.

Adolfo. Tuyo por siempre.

Limb. y Gasp. Se logró nuestro designio.

Se llevan á Adolfo y á Clara, los que entran haciéndose besamanos.

SCENA XII.

Gaspar y Limbourg.

Limb. Ya ves, Gaspar.

Gasp. Ya, ya lo veo, señor.

Limb. ¿Los has oído?

Gasp. Con mucho gusto.

Limb. Esto es el corazon del hombre. Basta que intenten separarlos, para que deseen vivir juntos.

Gasp. Sí; ¿pero durará mucho este propósito, ú será efecto de contrariedad?

Limb. Esto es lo que nos importa saber, para lo qual tengo preparada una prueba que me ha de dar á conocer si es verdadero cariño el que los anima ahora.

Gasp. Puede ser.

Limb. Lo creo así, Gaspar, porque los he fon-

deado, y he visto que son bastante buenos. Se les fué la cabeza; pero yo asestaré á su corazon á ver si me corresponde. Presumo que Clara hará en breve sus tentativas para hablarte.

Riendo.

Gasp. ¿Y para seducirme: ¿es verdad?

Limb. Te doy licencia para que te dexes seducir; pero poco á poco para no desbaratar nuestro proyecto.

Alegre.

Gasp. Y Adolfo por su parte no dexará de poner los medios para sobornarme.

Limb. Tambien te has de dexar sobornar, cuidando siempre de no juntarlos, hasta que...

Gasp. Entiendo.

En voz baxa.

Allí está; allí está cerca de la puerta, temblando, sin atreverse á entrar, y me hace señas.

En voz baxa.

Limb. Yo me retiro. Cuidado, señor Hac-tinc-tir-koff, que no tengan los presos la menor comunicacion. Cuidado.

Todo esto, desde el primer cuidado, con una voz esforzada.

SCENA XIII.

Clara y Gaspar.

Clara (*que le ha oído*). ¡Qué bárbaro! Por fin he podido escaparme de mi aposento.

Habiéndola escuchado.

Gasp. Yo lo creo, pues dexé la puerta abierta expresamente.

A Gaspar.

Clara. Señor Alcayde, por Dios condescienda vm. con mis deseos. Tome vm. esta sortija.

Gasp. ¿Sortija á mí?

Clara. La doy en prueba de mi agradecimiento. Querido amigo, vm. puede hacerme un favor muy grande. Ese jóven es muy digno de compasion, y merece que nos interesémos por él. Vaya, es preciso... Si vm. le entrega una carta, se lo estimaré muchísimo.

Gasp. ¡Una carta! ¡una carta!

Clara. Una esquelilla abierta.

Gasp. Vaya: pues no ha de ser mas que una esquelilla abierta... Pero, ¿y si se descubre?

Clara. No, señor; no se sabrá nunca.

Le da la sortija, y la carta.

Tome vm., tome vm.

Tomándolas.

Gasp. No, no: bien considerado, solo debo tomar la... *Mirando la sortija.*

Clara. ¡Ay Dios! ¡que se arrepiente! *Aparte.*

Gasp. Solo debo tomar la... la... carta, y volver á vm. su sortija.

Clara. ¡Qué! ¿no quiere vm...?

Gaspar. No quiero mas que servirla, y esto solo...

Aparte.

Me parece que voy olvidando mi papel, y convirtiéndome en Gaspar inadvertidamente. Enmendémonos.

En voz alta.

Vamos, llevaré la carta, puesto que no contendrá nada contra la seguridad del estado. Vaya vm. con Dios, que se la entregaré.

Clara. ¡Ah! Señor Carcelero, crea vm. que algun dia... Pero no podré verle: ¿es verdad?

Gasp. Es imposible, imposible. Vuélvase vm. á su quarto.

Clara. Sí, señor; sí, señor; allá voy.

Va por detras de Gaspar hácia la escalera de la habitacion de Adolfo.

Gasp. ¿A dónde va vm.?

Clara. A mi quarto, señor.

Gasp. ¿Por este lado?

Clara. La verdad, iba al aposento del que he despreciado tantas veces, y á quien deseo ver aunque sea á precio de mi vida.

Gasp. ¡Qué, qué!

Clara. ¿No me cree vm.? Pues sean testigos mi turbacion y mis lágrimas.

Gasp. Todo eso... todo eso... Vamos, váyase vm.

Clara. Por Dios, que no olvide vm. la esquela.

Gasp. Quando yo prometo una cosa...

Clara. No se enfade vm., señor Carcelerito, no se enfade vm.; pero entréguesela al punto. Ya estoy mas tranquila, pues va á recibir mi carta.

SCENA XIV.

Gaspar solo.

Gasp. ¡Qué graciosa es!... Pero ya está el otro en la escalera. ¡Qué apriesa baxa! Viene saltando los escalones de quatro en quatro.

SCENA XV.

Gaspar y Adolfo.

Aparte.

Adolfo. Bueno, que está solo. Amigo mio, no puedo estar allá arriba. Su ventana cae detras de la mia, y me he subido al texado solo por verla; pero es imposible. Póngame vm. en el mismo lado; á lo ménos, en el mismo lado; y con esto me contento.

Adolfo va á asomarse por la ventana que está en el lado derecho.

Gasp. ¡Pobre mozo! Haber subido al texado con peligro de romperse la cabeza solo por ver á su muger, quando en Berlin, en la misma casa no tenia mas que... Vaya, vaya.

Aparte.

Adolfo. No la veo. Pero vamos, respóndame vm.: ¿podrá?...

Gasp. Cachaza, amigo, cachaza. ¿Y qué diría vm. si ántes de llevarle á donde quiere, le enseñase...

Mirando á todas partes.

Cuidado no nos oigan, una carta?

Adolfo. ¿De quién? ¿de ella? Amigo mio, mi bienhechor, venga, venga.

Gasp. Poco á poco. Reflexîone vm. que me pierdo si el señor Conmandante...

Adolfo. No tema vm. nada.

Toma la carta, y lee.

"Querido Adolfo: me ha conmovido el afecto »que acabas de manifestarme, (*Era tan natu»ral*) y me ha dado plenamente á conocer los »agravios que te hecho, los que espero enmen»dar algun dia. (*Pobrecita.*) Solo temo que no »he de tener con tiempo ocasion para hacerlo. »(*Tambien lo temo yo.*) Cree que solamente mi »cabeza (*No, no; la mia, la mia.*) ha sido »culpable, y que mi corazon..." El mio está fuera de su centro... Yo me ahogo, y no puedo acabar de leer la carta.

Besa la carta y se la mete en el pecho.

Pero la leeré mil veces allá arriba. Amigo mio, lo que acaba vm. de hacer por mí, me da márgen para todo. Sí, amigo, voy á volverme loco, furioso, capaz de qualquier cosa. Es preciso sacarla de esta prision, y juntarme con ella. Mil pesos le ofrezco á vm. si me ayuda en este proyecto.

Gasp. ¡Mil pesos!

Adolfo. Dos mil si vm. quiere, y lo firmaré.

Gasp. Pero mi deber... y el castigo si se descubre...

Adolfo. Vendrá vm. con nosotros, y no se apartará de nuestro lado.

Gasp. ¿Y la conciencia? Porque al cabo es una muger casada.

Adolfo. Conmigo.

Fingiendo que no le oye.

Gasp. Es verdad que su marido es un insensato de mala conducta; pero...

Adolfo. Si soy yo, yo quien la ha hecho infeliz, y quien quiere hacerla dichosa desde ahora.

Gasp. ¿Es muger de vm., de veras?

Adolfo. A fé mia. Vaya, deme vm. la palabra. ¡Qué! ¿se conmueve vm.?

Fingiendo que se enternece.

Gasp. No, señor.

Adolfo. Vm. se enternece.

Volviendo la cabeza para reir

Gasp. Se engaña vm.

Adolfo. Vm. llora.

Aparte, y riendo.

Gasp. No creí que sabía fingir tan bien.

Adolfo. Vamos, ¿qué dice vm.?

Gasp. ¿Qué digo? Que me convengo, y que atro-

pellaré todos los peligros por servir á vm.

Abrazándole.

Adolfo. Querido amigo.

Gasp. Pero veamos ántes si hay alguien..

Mirando por todas partes.

Adolfo. Veamos. No hay nadie.

Gasp. Pues el único medio de salvar á vms. es el escapar por esa ventana que cae á los fosos, y está á veinte pies de altura.

Adolfo. Saltaré por ella.

Gasp. Está bien: pero ni ella ni yo saltarémos.

Adolfo. Es verdad. ¿Pues qué hemos de hacer?

Gasp. Necesitamos una escala... Pero dexe vm. que yo tengo una, por la que baxarémos al parapeto.

Con viveza.

Adolfo. Ya estamos en el parapeto.

Gasp. No, no estamos todavía; estarémos, sí. Allí hay una puerta secreta cuya llave tengo.

Adolfo. Bien. Abrimos la puerta secreta.

Gasp. En ella encontrarémos tres Centinelas.

Adolfo. Los matamos.

Gasp. No, no los matamos.

Con mucha viveza.

Adolfo. Pues bien, no los matamos.

Continuando.

Gasp. Pero los gratificarémos bien.

Adolfo. Quanto quieran.

Aasp. Despues irémos en casa de mi hijo, quien tendrá preparados dos caballos, el uno para vms., y el otro para mí, y cátanos...

Adolfo. En España.

Gasp. ¡En España! Allí ya estamos seguros. No perdamos un instante... Ya ha anochecido, y es necesario encerrar los presos.

Adolfo. ¿Y Clara?

Gasp. Voy por ella: estése vm. aquí.

FINAL.

Adolfo. Sí, amigo; aquí me estaré.

Gasp. Guarde vm. mucho silencio.

Adolfo. No haré el menor ruido.

Gasp. Bien.
La prudencia es lo primero.

Adolfo. El amor me hará prudente.

Sonriendo.

Gasp. ¿El amor?... Mucho me alegro.

Adolfo. En esta dudosa hora
mi corazon está inquieto:
amor benigno protege

nuestra fuga y nuestro afecto.

Gasp. Voy á traerla. Otra vez
le encargo á vm. el silencio. *Vase.*

SCENA XVI.

Adolfo, Gaspar y Clara desaliñada con una cazita baxo el brazo, y una buxía en la mano.

Clara. En esta dudosa hora
mi corazon está inquieto.

Va á ella, y hace por tranquilizarla, y canta.

En esta dudosa, &c.

Gasp. Pongamos luego la escala:
Allí está.

Se quita el sobretodo, y se queda en chupa.

Ponerla quiero.

Clara. Cuidado no te hagas daño.

Gasp. De centinela yo quedo.

Vuelve Adolfo con una larga escala, y ayudado de los dos la cuelga fuera de la ventana con ligereza y regozijo.

Adolfo Nada temas.

Gasp. ¿Está bien?

Adolfo. Muy bien.

Gasp. Otro impedimento.

El foso que está debaxo
lleno de agua...

Adolfo. ¿Y qué tenemos?
nada importa.

Señalando á Clara.

Gasp. ¿Y si se cae?...

Adolfo. En mis brazos yo la llevo.

Viendo la caxita que tiene Clara.

Gasp. ¿Qué es aquesto?

Clara. Unos diamantes
con que subsistir podrémos.

Gasp. ¿Y las modas?

Clara. Se acabáron.
Mas adorno ya no quiero,
que el amor y la virtud.

Aparte.

Gasp. Ya está bueno este celebro.

Adolfo. Yo la adòro.

Ofreciendo á Clara el sortú que estaba en una silla.

Clara mia,
ponte el sortú, que hace fresco.

Sonriendo.

Clara. ¡Fresco á tu lado!... Te engañas.

Mostrando á Gaspar.

Que se le ponga el mas viejo.

Pone el sobretodo á Gaspar, el qual se enternece.

Esperad que le abotone.

Gasp. ¡O qué corazon tan tierno!

Adolfo. ¡Qué amable!

Creyendo que Gaspar tiene frio.

Clara. Bien hago yo.
Cómo tirita.

Aparte.

Gasp. No es eso:
estoy conmovido y lloro.
Pero marchémonos luego.

Baxa primero.

Adolfo. Ya estoy... dame tú la mano:
pon aquí el pie; bueno, bueno.

La pone el pie en el primer escalon, y vuelven á cantar la primera letra Adolfo y Clara.

Gasp. Mi pecho tambien palpita,
pero no es la causa el miedo.
Quiera Dios que en esta noche
se cumpla nuestro deseo.

Oyese un cañonazo.

Fingiendo.

Gasp. ¡Dios mio! todo se ha descubierto. Ya estan alerta los Centinelas: y nosotros perdidos: ¿qué será de mí?

Tocan la generala con la caxa.

Clara y Adolfo. Amigo mio, dirémos que hemos sido nosotros.

SCENA XVII. Y ULTIMA.

Dichos, Limbourg, Guardias y Criados con hachas.

Limb. Lleven vms. al Alcayde á un calabozo.

Fingiendo.

Gasp. Perdon, señor Comandante.

Agarrando á Gaspar.

Clara. Nosotros solos hemos sido... Ténganse vms., ó irémos con él.

Aparte.

Gasp. ¡Qué buen corazon!

Limb. Oigan vms.: un correo que acaba de llegar me ha dicho, que en efecto estan vms. casados.

Clara. ¿No se lo decia yo á vm.?

Limb. Tambien me ha insinuado el motivo por qué los han traído á vms. aquí. El Ministro persuadi-

do á que los dos han sido vms. culpables...

Clara. Es verdad, yo lo he sido.

Adolfo. Y yo, y yo.

Limb. Determinó castigar á entrambos; pero su afecto ha vencido al enojo, y moderando la orden de vuestra prision, está resuelto á castigar al uno solamente.

Con alegría.

Adolfo. A mí, á mí.

Con sentimiento.

Clara. Dexa que acabe de hablar el señor.

Limb. Persuadido á que de ningun modo podrán vms. ser felices viviendo juntos...

Clara. ¿Y Quién ha dicho?...

Adolfo. Dexa que acabe de hablar.

Limb. Me envia un auto de separacion, y el primero que acredite su docilidad firmándole, será puesto en libertad al momento.

Con mucha viveza.

Adolfo. ¡Separacion! Jamas. Nadie en el mundo me hará consentir en ella.

Resuelta.

Clara. Ni á mí.

Adolfo. Con todo, si este es el único medio de que vuelva al seno de su familia y á su antigua felici-

dad una jóven amable; si así puedo libertarla de una vida infeliz y de esta horrorosa morada, que tal vez le acarrearía la muerte; me allano á todo, quiero que firme, y aun lo mando; pero désela libertad al punto.

Conmovida.

Clara. No, señor; no, señor; no firmaré, no firmaré: y no entienda vm. que es por no obedecerle, sino que debemos hacernos el cargo: Adolfo, en su edad y en la carrera militar puede distinguirse, y merecer la estimacion de sus Xefes y de todos: ¿y habia yo de consentir que perdiese su juventud y su reputacion? No, no; firme vm., y váyase acordándose alguna vez de su Clara, quien en este encierro contará las victorias de vm., y se dirá á sí misma para consolarse, que Adolfo es feliz, y que aun la quiere. Váyase vm.: yo no lo mando, sino que lo ruego de rodillas...

Que ha querido interrumpir á Clara varias veces.

Adolfo. No, es imposible, no firmaré.

Llorando.

Clara. Sí, sí; es necesario.

Arazandola.

Adolfo. Vete tú, amiga mia.

Del mismo modo.

Clara. No quiero, amigo mio.

Adolfo. Oyeme, pues. Tus ojos... los mios... ya me entiendes, Clara.

Clara. ¡Adolfo!

Con fuerza.

Adolfo. No querémos separacion, no la querémos.

Rasga el auto.

Aquí los dos por toda la vida.

Rasgándole tambien.

Clara. Sí; aquí por toda la vida.

Entregándole los pedazos.

Adolfo. Tenga vm.; y ya puede enviar al Ministro nuestra respuesta.

Aparte y contento.

Limb. ¡Estoy conmovido! ¿Y qué prefieren vms. el vivir juntos en la prision?

Adolfo. Ella será para nosotros el templo de la felicidad. Vivirémos solo el uno para el otro.

Clara. Y nos despedirémos del mundo y de sus vanos placeres.

Adolfo. El amor, la amistad y el agradecimiento habitarán por siempre en esta morada. Felicítenos vm. que ahora es quando empieza nuestra ventura.

Con ternura.

Limb. Ciegos y amables jóvenes. Solo en este triste encierro habeis llegado á conocer que os necesitais el uno al otro para ser felices; y en la corte, donde podiais amaros con libertad, os atormentabais con desazones contínuas.

Clara. Esté vm. seguro de que ya no las tendrémos.

Abraza á Adolfo.

Limb. Lo creo, lo creo; á vista de lo qual no hallo inconveniente en que volvais á Berlin.

Admirado.

Adolfo. ¡Cómo!

Clara. Explíquese vm.

Limb. Sí: ambos estais libres, y lo habeis estado siempre. Esto no ha sido otra cosa que una leccion que os ha querido dar la amistad; aprovechaos de ella. Esta fortaleza es el castillo de Limbourg, el antiguo amigo de vuestro tio: ese terrible Alcayde es el buen Gaspar mi Guarda-monte, y los Centinelas mis criados.

Adolfo. Querida mia, ¡quánto debemos á este valiente Oficial!

Clara. Sin duda. Amado tio, ¡qué burla tan provechosa! Volvamos á Berlin á darle gracias, huyendo de los malos consejos.

Adolfo. Y de las peligrosas tertulias.

Clara. Sobre todo, Adolfo, no olvidémos nunca el castillo de Limbourg.

Limb. Si os parece que debeis estarme agradecidos, venid todos los años en este dia á celebrar conmigo la libertad de los dos amables presos.

F I N.

EL PADRE DE FAMILIA.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS EN PROSA:

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

D. J. D. E.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

En la traduccion de esta pieza he suprimido algunos periodos del original, aumentado otros, y alterado la escena primera del acto segundo. Igualmente en su execucion he cortado varias escenas por aligerar los diálogos, y porque de este modo me pareció sería ménos enfadosa á los espectadores. Si acerté ó no, es qüestion que decidirán los que la lean, y la hayan visto representar. En tanto que lo hacen, y para evitar que se imputen al Autor defectos mios únicamente, he juzgado oportuna esta ligera advertencia.

En la redacción de esta pieza he
seguido algunos pasajes del orig-
nal, numerado cada, y alterado la
cosa principal para mejorla. Igual-
mente en el episodio de cuando va-
cía ahora por alquilar las oficinas,
y luego de esta escena vuelve a-
ra abajo en donde el loco platica.
Si acaso lo oís, os digan que dej-
ahora la cosa del loco, y la lleven va-
a [illegible]. En caso que lo hacen,
y para saber que se lleven al Mar
[illegible] de [illegible], la jaqueca
[illegible] esta ligera advertencia.

ACTORES.

El Caballero Orbesson, Padre de familia, *Señor Francisco Baca.*

El Comendador de Auvile, Cuñado del padre de familia, *Señor Antonio Pinto.*

Cecilia. . . . } Hijos del padre de familia.
Saint-Albin. }
Señora Rosa Garcia.
Señor Manuel Garcia Parra.

Sofia, Jóven desconocida, *Señora Rita Luna.*

Germevil, Hijo de un amigo difunto del padre de familia, *Señor Antonio Ponce.*

Bon, Mayordomo de la casa, *Señor Joaquin Cabrera.*

Clarita, Camarera de Cecilia, *Señora Joaquina Arteaga.*

La-Brie. } Criados del Padre de familia.
Felipe. }

Señores Aguilar y Oros.

Deschamps, Criado de Germevil; *Señor Josef Garcia Ugalde.*

Hebert, Huéspeda y Aya de Sofia, *Señora Josefa Virg.*

Un Alguacil, Lacayos y Criados de la casa.

La Scena es en París, en casa del Padre de familia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de tertulia adornada de tapices, espejos, pinturas, un reloj, &c. Será muy cerca del amanecer, como entre cinco y seis de la mañana.

SCENA PRIMERA.

El Padre de familia, el Comendador, Cecilia y Germevil.

En el primer término de la sala el Padre de familia cabizbaxo, cruzados los brazos, y pensativo se paséa lentamente. A uno de los lados del foro habrá una chimenéa francesa, y cerca de ella jugarán al chaquete el Comendador y Cecilia. Detrás del Comendador, y mas inmediato al juego, está sentado Germevil con un libro en la mano. De quando en quando interrumpe su lectura para mirar á Cecilia en aquellos momentos, que embebida ésta en el juego no puede notarlo. El Comendador malicia lo que pasa á su espalda, y denota la mayor inquietud en todos sus movimientos.

Cec. Parece, tio, que está vm. desasosegado. ¿Qué tiene vm.?

Agitándose en su asiento.

Com. Nada tengo, sobrina: nada tengo.

Las buxías estan acabando, y el Comendador dice á Germevil.

¿Me hace vm. el favor de llamar?

Miéntras que Germevil sale á llamar, el Comendador coge su silla y la pone enfrente del tablero. Vuelve Germevil con un Lacayo, y la coloca como estaba ántes.

Com. Buxías. *Al Lacayo.*

Adelántase el juego: el Comendador y su sobrina nombran los dados alternativamente.

Com. Senas al cinco.

Germ. Vaya, que es afortunado.

Cec. Y yo, tio, seis; sí, seis...

A Germevil.

Com. ¡Que siempre os habeis de meter en el juego!

Cec. Seis.

Com. Los mirones, que estan detrás, me distraen, é inquietan.

Cec. Seis y quatro, diez.

A Germevil.

Com. Caballero, tenga vm. la bondad de mudar de puesto: lo agradeceré.

SCENA II.

Los mismos y La-Brie.

Orb. ¿Para qué habrán nacido? ¿Para ser ellos felices, ó para serlo nosotros?... ¡Ay de mí! ni lo uno ni lo otro.

Entra La-Brie á reponer las buxías, y al marcharse le llama el Padre de familia.

¿La-Brie?

Brie. ¿Señor?

Orb. ¿Y mi hijo?

Brie. Ha salido.

Orb. ¿A qué hora?

Brie. No lo sé.

Despues de una pausa.

Orb. ¿Y sabes dónde ha ido?

Brie. No, señor.

Com. Ese bribonzuelo nunca sabe nada. Doses.

Cec. ¡Vm., tio, no está en su juego!

Con ironía y aspereza.

Com. Sobrina, atiende tú al tuyo.

Paseándose, distraído á La-Brie.

Orb. ¿Te dixo que no le acompañases?

Fingiendo que no le entiende.

Brie. ¿Señor?

Com. A buen seguro, que te responda acorde. Treses.

Prosigue paseándose caviloso.

Orb. ¿Hace mucho que está por allá?

Hace que no entiende.

Brie. ¿Señor?

Com. Sí, cánsate en preguntarle. Treses otra vez: los dobletes me persiguen.

Orb. ¡Válgame Dios, qué noche tan larga!

Com. En echando otro, pierdo el juego. Helo aquí.

A Germevil.

Reiros, amigo; no os contengais.

Vase La-Brie: acábase el juego. El Comendador, Cecilia y Germevil se acercan al Padre de familia.

SCENA III.

Los dichos.

Orb. ¡Qué inquietud la mia! ¿A dónde estará? ¿Qué será de él?

Com. Quién puede saberlo... Pero no tienes sosiego: ¿quieres creerme? vete á acostar.

Orb. Me es imposible conciliar el sueño.

Com. Si has perdido el reposo, tú tienes la culpa, y mucho mas mi hermana. Dios la tenga en el cielo; pero no tenia igual para echar á perder sus hijos.

Pesarosa.

Cec. ¡Tio!

Com. Bien os lo decia á entrambos. Cuidado, que los perdéis.

Cec. ¡Tio!

Com. Si ahora que son niños los queréis con exceso, ya veréis cómo os matan á pesadumbres en siendo grandes.

Cec. ¡Señor Comendador!

Com. ¿A qué viene eso? Si nadie nos oye, déxame hablar.

Aparte.

Orb. ¡Aun no viene! *Suspira, y se entristece.*

Com. No es este ya tiempo de suspirar ni de gemir, sino de manifestar la grandeza de tu corazon. Los disgustos han sucedido á las condescendencias; y ya que de antemano no supiste atajar el mal, veamos ahora si tienes valor para soportarlo. Aquí para los dos; yo lo dudo.

El relox da las seis.

Pero son las seis... Me siento cansado... Tengo dolores en las piernas: ¡si será la gota, que me querrá acometer otra vez! Sobre que no valgo nada. Voy á envolverme en mi bata, y á echarme en mi silla poltrona. A Dios, hermano..... ¿Estás?

Orb. A Dios, Comendador.

Al irse.

Com. ¿La-Brie?

Dentro.

Brie. ¿Señor?

Com. Alumbra; y en llegando mi sobrino, avísame.

SCENA IV.

El Padre de familia, Cecilia y Germevil.

Se paséa tristemente.

Orb. Hija mia, contra mi gusto has pasado mala noche.

Cec. Padre mio, no he hecho mas de lo que debia.

Orb. Agradezco tu atencion; pero temo no te indispongas. Vete á descansar.

Cec. Es tarde, padre: si cuidára vm. de su salud tanto como cuida de la mia...

Orb. Tengo que hablarle.

Cec. Mi hermano ya no es niño.

Orb. ¿Y quién sabe todo el mal de que puede ser causa una sola noche?

Cec. ¡Padre mio!...

Orb. Le esperaré, y me verá.

Poniendo sus manos cariñosamente en los hombros de su hija.

Vete, hija, vete. Ya sé que me amas.

Vase Cecilia: Germevil quiere seguirla; pero el Padre de familia le detiene, y dice:

Espérate, Germevil.

SCENA V.

El Padre de familia y Germevil.

La marcha de esta scena es lenta.

Distraído, viendo ir á Cecilia.

Orb. Su carácter del todo ha variado. Ya no tiene su alegría y viveza ordinaria. Va perdiendo el color y la frescura... Sin duda algun sentimien-

to oculto le atormenta... ¡Ay de mí! ¡Desde que murió mi muger, desde que el Comendador se vino á vivir con nosotros, parece que la felicidad ha huido de esta casa! ¡A qué alto precio vende los bienes que de él esperan mis hijos! Sus miras ambiciosas y la autoridad que se ha tomado, me son cada dia mas insoportables. Antes vivíamos en paz unidos y contentos; ahora el genio quisquilloso y dominante de este hombre, á todos nos ha separado. Temerosos y desconfiados, todos me abandonan, y fallezco solitario en el seno mismo de mi familia... ¡Pero ya casi es de dia, y mi hijo no parece!... Germevil, mi alma está llena de amargura; ya no puedo llevar en paciencia mi suerte.

Germ. ¿Vos, señor?

Orb. Sí, Germevil.

Germ. No siendo vm. feliz, ¿qué padre lo será?

Orb. Ninguno... Amigo, las lágrimas de éstos, las mas veces corren en secreto.

Suspira y llora.

Tú ves las mias... En ellas te manifiesto mi quebranto.

Germ. Señor, ¿puedo yo aliviarlo?

Orb. Sí, Germevil; tú puedes, á lo que creo, templar mi dolor.

Germ. Disponed de mí, mandad al instante.

Orb. No mandaré tal; pero sí rogaré, y diré: Germevil, si tienes en algo mis cuidados, si te acuerdas que desde tus primeros años te he amado con ternura, que no te he diferenciado en nada de mis hijos, y que he honrado en tí la memoria de un amigo que tengo y tendré siempre presente... (Perdona si te aflixo; esta es la vez primera, y será la última). Si he hecho quanto he podido para librarte del infortunio, y para que teniéndome á mí no echases de ménos á tu padre; si te he querido; si te he conservado en mi casa contra todo el torrente del Comendador á quien disgustas, agradece mis beneficios, y corresponde á mi confianza.

Germ. Disponed de mí, señor, disponed.

Orb. ¿No sabes de mi hijo? Tú eres amigo suyo, pero tambien debes serlo mio... Habla... Restitúyeme el sosiego, ó acábamelo de quitar. ¿No sabes de mi hijo?

Germ. No, señor.

Orb. Eres hombre de verdad, y te creo; pero vé al mismo tiempo quánto debe crecer mi inquie-

tud. ¿Quál será la conducta de mi hijo, puesto que la oculta á un padre que tantas pruebas le ha dado de su indulgencia, y que no la descubre á su único amigo? Germevil, temo que este muchacho...

Germ. Sois padre, señor, y un padre á la menor cosa se asusta.

Orb. Tú ignoras los motivos que tengo para ponerme en lo peor; en sabiéndolos juzgarás si mis temores son ó no precipitados... Sino, díme: ¿No observas en él, de algun tiempo á esta parte, una grande mutacion?

Germ. Es verdad; pero va cada vez á mejor. No piensa ya tanto en sus caballos, en las libreas de sus lacayos, ni en el adorno de sus coches; es sencillo en el vestir, y ha olvidado enteramente todos aquellos caprichos y manías que ántes le reprehendiais; aborrece la disipacion propia de su edad; huye de sus aduladores, de sus frívolos amigos y con el mayor gustó pasa todo el dia en su gabinete leyendo, escribiendo, ó pensando. En una palabra, hace por sí mismo y de grado quanto hubierais exîgido de él á la corta que á la larga.

Orb. Yo pensaba como tú; pero ignoraba lo que te

voy á decir... Escucha... La reforma de que, á tu parecer, debo felicitarme, y estas salidas de noche que me asustan...

Germ. ¿Estas ausencias y esta reforma? ¿Qué?

Orb. Han empezado á un mismo tiempo.

Germevil se sorprehende.

Sí, amígo, á un mismo tiempo.

Germ. Es muy singular.

Orb. Lo es: ¡Ay! poco hace que conozco el desórden: pero es muy cierto que ha durado mucho... Disponer y executar á la vez dos planes opuestos; uno regular á nuestra vista, que nos engaña de dia; otro desarreglado, que pone por obra en la noche, ved aquí lo que me aqueja... que á pesar de su natural orgullo se haya abatido hasta corromper á los criados; que se haya hecho dueño de las puertas de casa; que se informe sigilosamente de la hora en que me quedo dormido, y que se vaya todas las noches solo, á pie, llueva ó ventee, y á qualquiera hora, es mas de lo que puede permitir un padre, y de lo que ningun muchacho de su edad hubiera tentado. Pero con semejante conducta afectar la mas escrupulosa atencion á los menores deberes, ser austéro en los principios, reservado en los dis-

cursos, amar el retiro, y despreciar las distracciones: ¡ay amigo! ¿qué puedo yo esperar de un jóven que toma semblantes tan diversos, y que se violenta hasta este punto?... Temo en lo venidero muchas desazones por su parte. Si solamente fuera vicioso, no perdería la esperanza; ¡pero si la virtud y las costumbres son para él nombres vanos!...

Germ. En verdad que no comprehendo semejante conducta; pero yo conozco á vuestro hijo, y sé que de quantos defectos tienen los hombres, ninguno es mas contrario á su carácter que la falsedad.

Orb. Ninguno dexa de adquirirse con las malas compañías. ¿Y con quiénes te parece que estará ahora?... Todos los buenos duermen quando él vela. ¡Ah Germevil!... Pero sino me engaño, siento pasos... acaso sea él... retírate.

SCENA VI.

El Padre de familia solo.

Se acerca al parage en que oye pasos, escucha un momento, y dice tristemente:

Orb. Ya no oigo nada. *Se paséa un poco.*

Sentémonos.

Hace por sosegarse.

No puedo... ¿Qué tristes resentimientos son estos que nacen en el interior de mi pecho, se suceden unos á otros, y lo agitan con tal vehemencia? ¡O corazon sensible de un padre tierno: no podrás calmarte un momento!... A estas horas acaso perderá la salud... la vida... las costumbres... ¡qué sé yo! Los bienes... su honor... el mio... *Se levanta con precipitacion.*

¡Qué multitud de idéas me persiguen!

SCENA VII.

El Padre de familia y Saint-Albin.

Miéntras que el Padre de familia anda vagando oprimido de tristeza, entra Saint-Albin disfrazado con el trage de un hombre ordinario, embozado en su capote y encaxado su tendido sombrero hasta los ojos. Melancólico y distraído atraviesa la sala lentamente sin descubrir á nadie. Su padre que lo ve venir así, le espera, le coge por un brazo, y dice:

Orb. ¿Quién sois? ¿A dónde vais?

El incógnito no responde.

Esforzando la voz.

Orb. ¿Quién sois? ¿A dónde vais?

El incógnito tampoco responde.

Alza poco á poco el sombrero del incógnito, reconoce á su hijo, y exclama:

Orb. ¡Cielos!... él es... él es...ya se cumpliéron mis funestos vaticinios. ¡Ah!

Se queja con voz dolorida, se aparta de su hijo, vuelve á él, y dice:

Orb. Quiero hablarle; pero temo oirle... ¿Qué voy á saber? he vivido demasiado; he vivido mas de lo necesario.

Se aleja de su padre, y suspira con voz dolorida.

Alb. ¡Ay de mí!

Siguiéndole.

Orb. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?... ¡Seré tan infeliz!

Alejándose.

Alb. Estoy desesperado.

Orb. Gran Dios, ¡qué es lo que oigo!

Volviéndose atrás, y dirigiéndose á su padre.

Alb. Ella llora, suspira, dispone su viage; y si se va estoy perdido.

Orb. ¿De quién hablas?

Alb. De Sofia... No, Sofia, no... Primero la muerte...

Orb. ¿Qué Sofia es esa?... ¿Qué relacion tiene con el estado en que te veo, y el sobresalto que me causas?

Se echa á los pies de su padre.

Alb. Padre mio, á vuestros pies me teneis. Vuestro hijo no es indigno de vos; pero va á perecer, va á perder el bien que ama mas que á su vida, si vm. que solamente puede conservárselo no le escucha, no le perdona, no le socorre.

Orb. Habla hijo cruel; duélete del mal que padezco. *De rodillas.*

Alb. Ya que siempre he probado vuestra bondad; ya que desde niño pude miraros como el mas tierno amigo; ya que siempre habeis sido confidente de todos mis gustos y pesares, no me abandoneis ahora. Conservadme á Sofia, y débaos tambien lo que amo mas en el universo. Protegedla... Nos va á dexar, no lo dudeis, lo sé de cierto... Véala vm., y apártela de su intento... En ello va la vida de vuestro hijo... Como la veais, yo seré el mas feliz de todos los hijos, y vm. el mas dichoso de todos los padres.

Orb. ¡Vaya que ha perdido el juicio!... ¿Qué Sofia es esa? ¿Quién es?

Se levanta, y sin poder estar en un mismo sitio, dice con entusiasmo.

Alb. Es pobre, nadie la conoce, vive en una guardilla reducida y obscura; pero es un ángel, sí, un ángel, y su habitacion el cielo. Nunca entré en ella sin salir mejor, y ninguna circunstancia de mi vida disipada y tumultuosa puede compararse á los ratos inocentes que con ella he pasado. Aunque la tierra entera me olvidára y despreciase, en ella querria vivir y morir... Creía haber amado, pero me engañaba... Ahora sí que amo...

Coge la mano de su padre.

Sí, padre mio... Esta es la primera vez.

Orb. Te burlas de mi indulgencia y de mi dolor. Dexa, miserable, tus extravagancias; recóbrate y respóndeme. ¿Qué significa ese indigno disfraz? ¿Qué me da á entender?

Alb. ¡Ah padre mio! A él debo mi felicidad, mi Sofía, mi vida.

Orb. ¿Cómo es eso? Explícate.

Alb. Me he visto precisado á nivelar mi estado con el suyo, ocultar mi clase, y hacerme su igual. Escuchad, atendedme.

Orb. Vaya, dí.

Alb. Cerca del retirado asilo que la oculta á la vis-

ta de los mortales... Este fué mi único recurso.

Orb ¿Y qué?...

Alb. Al lado de su quarto... habia otro.

Orb. Acaba.

Con viveza.

Alb. Lo alquilo, llevo muebles propios de un indigente, me hospedo en él, y me hago su vecino, baxo el nombre de Sergi, y con este vestido...

Orb. ¡Gracias á Dios que respiro!... por lo ménos solamente veo en él un insensato.

Alb. ¡Juzgad por esto de mi amor!... ¡Ay! ¡Y quán caro me ha de costar!

Orb. Vuelve en tí, y procura merecer el perdon de tu conducta por medio de una entera confianza.

Alb. Todo lo sabréis, padre mio; este es el único medio que me queda para aplacaros... La primera vez que la ví fué en la Iglesia... Arrodillada al pie de un altar, y cerca de una muger de mediana edad, que al principio tuve por su madre, se llevaba la atencion de todos los circunstantes... ¡Ah padre mio! ¡qué modestia! ¡qué gracias!... No; yo no puedo explicaros la impresion que hizo en mí, la turbacion que experimenté, la violencia con que mi corazon palpitó, todo lo que

sentí, lo que fué de mí... Desde entónces ella fué el objeto único de todos mis pensamientos, de todos mis sueños; su imágen me acompañaba de dia, me cercaba en la noche, y agitaba en todas partes. Perdí la alegría, la salud, el reposo; no pudiendo vivir sin ella, iba á todos los parages en que me prometía verla; el dolor me consumía y estaba próximo á perecer, quando supe que la muger que la acompañaba se llamaba Hebert; que Sofia la daba el nombre de Aya, y que recogidas las dos en una guardilla, vivian en la mayor miseria... ¿Os diré yo las esperanzas que concebí, las ofertas que hice, todos los proyectos que formé? ¿quánta fué mi vergüenza, despues que por inspiracion del cielo me establecí á su lado? ¡Padre mio! quien se haya de acercar á ella, ha de ser bueno necesariamente; de lo contrario aléjese... Vm. ignora lo que debo á Sofia; sí, no lo sabéis... me ha transformado, y no soy el mismo que ántes... Desde luego sentí aniquilarse dentro de mi alma aquellos deseos vergonzosos, y sucederles el respeto y la admiracion... Antes que me mirára, ántes que desconcertára mis proyectos con su vista, ya era tímido; de dia en dia creció mi timidez, y presto

me fué tan imposible atentar á su virtud como á su vida.

Orb. ¿Y qué hacen esas mugeres? ¿de qué viven?

Alb. ¡Ah si las conocierais! Imaginaos que principian á trabajar ántes que amanezca, y que muchas veces pasan las noches en vela. El Aya hila al torno, y una tela grosera y dura lastíma los dedos delicados de Sofia. Sus ojos, los mas hermosos del mundo, se gastan á la luz de un candil. Vive entre quatro paredes, sin adorno, y á texa vana; y los únicos muebles que tiene son una mesa vieja, dos sillas derrotadas, y una tarima... ¿Dios mio, quando la formaste era esta la suerte que la tenias reservada?

Orb. ¿Y cómo pudiste entrar en su casa? dime la verdad.

Alb. Son indecibles los obstáculos que se oponian, y las tentativas que hice para vencerlos. Establecido cerca de ellas, no cuidé de verlas al principio; mas si al baxar ó subir las encontraba por casualidad, las saludaba con respeto. Quando me retiraba en la noche (porque de dia me consideraban ocupado en mi trabajo) llamaba á su puerta, y les pedia aquellos auxílios que se prestan mutuamente los vecinos, como agua,

fuego, luz: acostumbrándose á verme, llegáron á tratarme con confianza; yo por mi parte procuraba servirlas en vagatelas, por exemplo, no gustando de salir de noche, iba yo de su parte á donde se les ofrecia.

Orb. ¡Quántos afanes y cuidados! ¿y pará qué? ¡Ah! ¡si los buenos!... Pero prosigue.

Alb. Un dia oigo llamar á mi puerta; abro, y era el Aya, que sin decir palabra, entra, se sienta, y se pone á llorar. Pregúntola qué tiene, y me responde afligida: no lloro por mí, Sergi; nacida en la miseria, estoy acostumbrada á ella; Sofia es quien me desconsuela... ¿Pues qué tiene? ¿qué os sucede?... ¡Ay de mí! respondió: ocho dias hace que no tenemos que trabajar, y acaso hoy nos faltará el pan. ¡Cielos! exclamé, tomad, andad, corred. Dicho esto me encerré, y no volviéron á verme en mucho tiempo.

Orb. Entiendo: tales son los frutos de los sentimientos que se les inspiran. Solamente sirven para hacerlos mas peligrosos.

Alb. Hebert reprehendió mi conducta, pero yo me animé de nuevo, la pregunté sobre su situacion, pintele la mia como quiso, y le propuse asociar nuestra indigencia, y moderarla vi-

viendo juntos. Aunque puso mil dificultades, fué tanto lo que insistí, que al cabo vino en ello. Juzgad de mi júbilo: pero, ¡ay! que éste se acabó muy pronto, y nadie sabe lo que durará mi tormento. Llegando ayer, como acostumbro, encuentro á Sofia sola, apoyada de codos encima de la mesa, con la cabeza reclinada en las manos, y caida la labor á sus pies. Entro sin ser sentido: ¡pero quál fué mi admiracion, quando ví que suspirando derramaba un torrente de lágrimas!... ¿Por qué lloraba? ¿qué la afligía? La necesidad no era, porque su trabajo y mi cuidado proveían á todo... Previendo la mayor desdicha que me podia suceder, me eché á sus pies. ¡Quál fué su sorpresa!... Sofia, la dixe, ¿qué tienes? no me encubras tu dolor; dímelo por Dios, dímelo. Ella callaba, pero sin dexar de llorar, y sus ojos perdida la serenidad y anegados en llanto, se volvian hácia mí, se apartaban, y volvian otra vez. Unicamente, decia: ¡pobre Sergi! ¡infeliz Sofia! En tanto yo habia puesto mi cabeza sobre sus rodillas, y mojaba con mis lágrimas su delantal. En este momento entra el Aya, me levanto, corro á ella, la pregunto, vuelvo á Sofia, la suplico, ésta se obs-

tina en guardar silencio, apodérase de mí la desesperacion, y fuera de mí exclamo con voz dolorida. Estoy perdido Sofia, tú quieres dexarnos; estoy perdido. A estas palabras redobla su llanto, y vuelve á reclinarse del mismo modo que la habia encontrado. La pálida y amortiguada luz de un pequeño candil alumbraba esta escena de dolor que ha durado toda la noche; y ahora que piensan me llama el trabajo, me retiraba á casa consumido de tristeza y lleno de dolor.

Orb. No pensabas tú en el mio.

Alb. ¡Padre!

Orb. ¿Qué quieres? ¿qué esperas?

Alb. Que pongais el colmo á quanto habeis hecho por mí, desde que nací: que veais á Sofia: que la hableis: que...

Orb. ¡Jóven insensato!... ¿Y sabes tú quién es?

Alb. No quiere decirlo; pero sus costumbres, sus sentimientos, sus discursos, en nada convienen con su actual situacion; otra clase se dexa ver por entre la pobreza de sus vestidos. Todo, todo la descubre, hasta una cierta nobleza de carácter, que la hace ocultar su nacimiento... ¡Si vierais su ingenuidad! ¡su bondad! ¡su modes-

tia!... Bien os acordaréis de mi madre... ¡Pero qué! ¿Suspirais?... Pues bien: la misma es. Véala vm., padre mio, y si vuestro hijo os dice algo que....

Orb. ¿Y esa muger con quien está, no te ha dicho nada?

Alb. ¡Ay! tan reservada es como Sofia. Lo que la he podido sacar es, que esta niña vino de su tierra á implorar el amparo de un pariente suyo, que no la quiso ver ni socorrer. Yo me he servido de esta confianza para suavizar su miseria sin ofender su delicadeza: hago bien á quien amo, y solamente yo lo sé.

Orb. ¿Hasla dicho alguna vez que la quieres?

Con viveza.

Alb. ¡Yo, padre! No, señor.

Orb. ¿Y juzgas tú que ella te ama?

Alb. Perdonadme, padre y señor... Algunas veces lo he creído.

Orb. ¿En qué lo fundas?

Alb. En cosas triviales, que se notan mejor que se dicen. Por exemplo, ella toma interés en todo lo que me pertenece; siempre me recibe con semblante halagüeño; miéntras estoy en su compañía, reyna en sus ojos una alegría extraor-

dinaria; y alguna vez he llegado á pensar que me espera con ansia. Freqüentemente maldice de mi trabajo, porque no me dexa libre un momento; y creo que prolonga el suyo en la noche solo para detenerme.

Orb. ¿Me has ocultado algo?

Alb. No, señor.

Despues de una pausa.

Orb. Vete á descansar... Yo la veré.

Alb. ¡La veréis padre, la veréis!... Pues mirad que el tiempo urge...

Orb. Anda, y avergüénzate de que no has tenido presentes los sentimientos que me ha causado, y puede causarme todavía tu conducta.

Alb. Ya no os causaré mas, padre mio.

SCENA VIII.

El Padre de familia solo.

Orb. ¡Honradez, virtudes, indigencia, juventud, hermosura, todo quanto arrastra á las almas bien nacidas!... Apénas estoy libre de una inquietud, y ya caigo en otra... ¡Qué suerte es la mia!... Pero acaso temo ántes de tiempo... Un jóven apasionado todo lo exâgera... Debo verla... Es

menester llamarla, oirla y hablarla... Si es como me la pinta, acaso la empeñaré, acaso cederá... Qué sé yo...

SCENA IX.

El Padre de familia y el Comendador en gorro y bata.

Com. Ola, Orbesson: ¿has visto ya á tu hijo? ¿Qué hay de nuevo?

Orb. Ya lo sabrás, Comendador. Vámonos ahora.

Com. Una palabra, y nos vamos... Tu hijo se ha engolfado en alguna aventura peligrosa, que te dará mucho que sentir: ¿no es esto?

Orb. ¡Hermano!...

Com. Pues para que no alegues ignorancia en ningun tiempo, te advierto que tu querida hija, y ese Germevil, que tienes en casa contra mi gusto, te preparan otros tantos por su parte; y siendo Dios servido, no serán vanas sus intenciones.

Orb. Hermano, ¿no me dexarás sosegar un instante?

Com. Se quieren, sí: yo soy quien te lo digo; yo.

Con impaciencia.

Orb. Oxalá fuera cierto: yo me alegraría.

El Padre de familia trabaja por llevarse al Comendador en tanto que éste habla.

Com. Pues si así es, alégrate. Ellos no pueden aguantarse, y jamas estan separados; á cada instante riñen, y siempre están bien. Dispuestos á sacarse los ojos por nada, tienen hecha liga ofensiva y defensiva, en favor suyo y contra todos los demas. Nótele qualquiera algun defecto de los muchos que continuamente se echan en cara, y yo aseguro que saldrá bien escarmentado... Sepáralos presto; yo te lo digo, y te has de acordar.

Orb. Vamos, Comendador, vamos: entrémos, Comendador.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

El Padre de familia, Cecilia, Bon y Felipe.

Al correr el telon se presenta solo Felipe, ordenando los muebles de la sala: sale Orbesson hablando con su mayordomo.

Orb. Despide á La-Brie: dile de mi parte, que no está en mi servicio: sabía la desarreglada conducta de mi hijo, y me ha mentido; en mi casa no se miente. Le dexo su vestido, y el salario de un mes: que se vaya con Dios.

Bon. Señor, aquí está el muchacho que he admitido en su lugar.

Orb. Ya sabes por qué despido á tu antecesor; cuidado lo tengas bien presente: llama á mi hija, y no dexes entrar á nadie sin avisarmé.

Vase Felipe.

Bon, ¿hay algo de nuevo?

Bon. Señor, en la antesala espera un Serrano, que viene á pujar el arrendamiento de Limevil.

Orb. Estoy contento con mi antiguo arrendatario:

es honrado, exâcto, tiene hijos, y me va bien con él; puedes decir á ese, que se vuelva.

Bon. Aquel deudor, cuya obligacion cumplió un mes hace, pide nuevo plazo para pagar.

Orb. Concédele lo que pide: malos van los tiempos; vale mas arriesgar una suma corta, que arruinar á un infeliz.

Bon. Los Jornaleros que trabajaban en la casa de Orsiñi acaban de llegar.

Orb. Ajústales la cuenta, y págales.

Bon. Acaso no haya bastante dinero.

Orb. No le hace: sus necesidades son mas urgentes que las mias; mejor quiero pidamos nosotros prestado, que ellos.

Bon. El vecino que alega derecho sobre el cercado, acaso desistiría si....

Orb. Nunca me dexaré despojar, ni sacrificaré los intereses de mis hijos al hombre codicioso é injusto. Lo que únicamente puedo hacer es, cederle lo que he de gastar en el seguimiento de este pleyto. *Sale Cecilia.*

Vé si le acomoda.

Vase Bon, y le llama.

¿Bon? Antes que se me pase. Cuidado no te olvides de los parientes del Comendador: he sa-

bido hoy, que hace dias enviáron á París dos hijos suyos, y quiero saber su paradero; procura informarte de ellos.

SCENA II.

Orbesson y Cecilia.

Cec. Me han dicho, padre, que me llamabais.

Orb. Sí, hija: ¿has pensado ya sobre lo que te dixe?

Cec. Sí, señor.

Orb. ¿Y qué resuelves?

Cec. Hacer vuestra voluntad, en todo y por todo.

Orb. Bien seguro estaba yo de esa respuesta.

Cec. No obstante, si estuviera en mi arbitrio elegir estado...

Orb. ¿Quál preferirías?... ¡Qué! ¿no me respondes?... Habla, hija mia.

Cec. Preferiría el retiro.

Orb. ¿Qué dices? ¿la clausura?

Cec. Sí, señor: este es el único asilo que puede librarme de los disgustos que temo.

Orb. Temes los disgustos, ¿y no prevees los que me causaría tu ausencia? ¿Tan poco me amas, que dexarías la casa de tu padre, la sociedad

de tu tio, la de tu hermano y la mia? ¿Pero de quándo acá has pensado en ser monja? No, hija; no creo sean esas tus verdaderas intenciones. Yo respeto la vocacion religiosa, como la mejor y mas perfecta; pero tu genio, tu carácter, tus inclinaciones, las lágrimas que viertes, y los suspiros que ahogas, me dicen que no es la tuya. Si naciera ese tu designio de alguna causa secreta; ¡qué infeliz suerte no te reservabas! Cecilia, tú has nacido para la sociedad... ¿Y quién poblará ésta de ciudadanos virtuosos, si las mugeres mas dignas de ser madres de familia, se niegan á ello?

Cec. Yo, padre, os dixe, que en todo haría vuestra voluntad.

Orb. No pretendo yo forzar la tuya. ¡Oxalá fuese tu vocacion verdadera!

Cec. Pues si así es, no me obligaréis á que mude de estado; y por lo ménos me permitiréis que pase mi vida libre y sosegadamente á vuestro lado.

Orb. Si solo pensára en mi comodidad, podría aprobar esa idéa; pero debo abrirte los ojos para quando yo no exista... La naturaleza, Cecilia, en todo lleva sus miras; y si la estudias con re-

flexion, la verás vengarse de aquellos que las frustran. Verás castigado el celibato, en los hombres, por el vicio; en las mugeres por el desprecio y el fastidio... Dime: ¿hay algun estado mas triste y de ménos consideracion que el de una soltera? Hija mia, pasados los treinta años, se supone algun defecto de cuerpo ó de espíritu, en la que no ha encontrado uno que quiera soportar con ella los males de la vida. Sea esto, ó no; lo cierto es que la edad camina, las gracias pasan, aléjanse los hombres, llega el mal humor, y se pierden los parientes, los conocimientos y los amigos. Una soltera vieja nunca tiene en torno de sí mas que personas indiferentes que no hacen caso de ella, ó almas interesadas y viles que cuentan los dias de su vida: ella lo vé, se aflige, vive sin que nadie la consuele, y muere sin que nadie la llore.

Cec. Es verdad: ¿pero hay estado sin quebranto? ¿Y el matrimonio no tiene tambien los suyos?

Orb. ¿Quién lo sabe mejor que yo? vosotros me lo decís todos los dias. Pero este es un estado impuesto por la naturaleza, y la vocacion de todos los seres que respiran... Hija mia, quien desea una felicidad sin amargura, no conoce la

vida del hombre ni los designios del cielo... Si el matrimonio nos expone á crueles pesadumbres, tambien es fecundo manantial de suaves placeres. ¿A dónde se ven tantos exemplos de amor puro y sincero, de verdadera ternura, de íntima confianza, de socorros contínuos, de satisfacciones recíprocas, de pesares divididos, y de lágrimas confundidas, sino en la vida conyugal? ¿Qué cosa prefiere el hombre de bien á su muger? ¿Qué cosa ama mas un padre, que su hijo? ¡O sagrado lazo de los esposos! ¡Cada vez que pienso en tí, mi alma se exâlta y se acalora!... ¡O nombres tiernos de hijo y de hija, jamas os pronuncié sin gusto y sin conmocion! Nada es mas grato á mi oído; nada llena mi alma de mayor alegría... Acuérdate, Cecilia, de la vida de tu madre. ¿Qué otra mas apacible que la de una muger, que emplea todo el dia en llenar los deberes de esposa atenta, madre tierna, y ama compasiva?

Cec. Sí, padre mio. ¿Pero á dónde estan las mugeres como mi madre, y los esposos como vm.?

Orb. Los hay, hija; y en tí consiste tener la suerte que tu madre tuvo.

Cec. Si bastára mirar al rededor de sí, escuchar la

voz de la conciencia, y consultar el propio corazon...

Orb. ¿Baxas la vista, Cecilia? ¿tiemblas? ¿temes hablar?... Déxame, hija, leer tu interior: nada debes ocultar á tu padre; y si yo hubiera perdido tu confianza, á mí mismo me preguntaría la razon... ¿Pero lloras?...

Cec. Vuestra bondad me aflige sobre manera: si me tratárais con mas severidad...

Orb. ¿Hasla tú merecido? ¿Te acusa algo tu conciencia?

Cec. No, padre: no, señor.

Orb. ¿Pues qué tienes?

Cec. Nada.

Orb. Me engañas, hija querida.

Cec. Vuestra ternura me confunde; yo quisiera corresponder á ella.

Orb. ¿Amas por ventura?

Cec. Si por mi desgracia amára, sería muy digna de compasion.

Orb. Dímelo, hija; confiésalo. A no suponer en mí cierta severidad que jamas conocí, no tendrás una reserva fuera de tiempo. No siendo ya niña, ¿cómo he de condenar en tí por malo un sentimiento que yo hice nacer en el corazon de

tu madre? Tú que ocupas su lugar en mi casa, y que me la representas á cada momento, imítala en la franqueza que usó con el que la dió el sér, y que quiso su dicha y la mia... ¿No me respondes, Cecilia?

Cec. La suerte de mi hermano me intimida.

Orb. Tu hermano es un loco.

Cec. Acaso no me encontraréis con mas juicio que él.

Orb. No espero semejante pesadumbre de Cecilia: conozco su prudencia, y solamente espero me diga su eleccion para confirmarla.

Cállase Cecilia: su padre espera un momento, y despues prosigue en tono sério, pero acongojado.

Mucho me alegrára saber por tí misma quáles son tus sentimientos; pero de qualquiera manera que me instruyas, quedaré satisfecho. Bien lo hagas por el órgano de tu tio, de tu hermano, ó de Germevil, nada importa... Germevil es nuestro comun amigo.... es prudente y discreto.... tiene toda mi confianza... y no me parece indigno de la tuya.

Cec. Lo mismo que vm. pienso yo.

Orb. Mucho le debo, y ya es razon que se lo pague.

Cec. Vuestros hijos jamas pondrán límites á la autoridad y gratitud paternal...

Orb. ¿No me dirás, qué podría yo hacer por él?

Cec. Creo que debierais consultarlo con él mismo... acaso tendrá ciertas idéas... acaso... Pero yo ¿qué consejo puedo daros?

Orb. El Comendador me ha dicho algo...

Con viveza.

Cec. Ignoro lo que sea; pero ya conoceis á mi tio. ¡Padre mio! no le creais.

Orb. Me moriré sin ver la felicidad de ninguno de mis hijos... Hijos crueles, ¿qué os he hecho para que así me aflixais? Yo he perdido la confianza de mi hija; mi hijo se ha precipitado, y quiere contraer un himenéo que no puedo aprobar, y que debo romper...

SCENA III.

Orbesson, Cecilia y Felipe.

Fel. Señor, aquí estan dos mugeres que solicitan hablaros.

Orb. Dilas que entren.

Cecilia se retira, y su padre la llama con voz dolorida.

¡Cecilia!

Cec. ¡Padre!

Orb. ¿No me amas ya?

Salen las mugeres, y vase Cecilia con el pañuelo en los ojos.

SCENA IV.

Orbesson, Sofia y Hebert.

Luego que descubre á Sofia con tono triste, pero que dexa ver toda su admiracion.

Orb. No me engañó. ¡Qué belleza! ¡qué modestia! ¡qué bondad!.. ¡Ah!...

Heb. Venimos, señor, á ver qué nos mandais.

Orb. ¿Eres tú Sofia?

Turbada y trémula.

Sof. Sí, señor.

A Hebert.

Orb. Tengo que decir dos palabras á esta niña. He oído hablar de ella, y me interesa mucho.

Apártase Hebert.

La detiene por el brazo.

Sof. ¿Aya mia?

Orb. Recóbrate, hija. Nada te diré, que pueda desazonarte.

Sof. ¡Ay!

Presenta á Sofia una silla, y se sienta á su lado.

Orb. ¿De dónde eres, niña?

Sof. De una ciudad pequeña de Provincia.

Orb. ¿Hace mucho tiempo que estás en París?

Sof. No mucho; y oxalá que nunca hubiera venido á él.

Orb. ¿En qué te ocupas?

Sof. Gano la vida con el trabajo de mis manos.

Orb. Eres bastante jovencita.

Sof. Por lo mismo tendré mas tiempo que padecer.

Orb. ¿Tienes padre?

Sof. No, señor.

Orb. ¿Y madre?

Sof. El cielo me la ha conservado. ¡Pero son tantas las pesadumbres que ha tenido, está su salud tan quebrantada, y su miseria es tan grande!...

Orb. ¿Segun eso tu madre es muy pobre?

Sof. Sí, señor: mas á pesar de eso, si me dieran á escoger, de ninguna otra querría ser hija.

Orb. Alabo tu modo de pensar... Mas pareces bien

nacida... ¿Quién era tu padre?

Sof. Mi padre fué un hombre de bien. Nunca oyó la voz de un infeliz sin apiadarse: jamas abandonó á sus amigos en la desgracia; así fué preciso que empobreciese. Tuvo muchos hijos de mi madre; pero todos quedamos sin recurso al tiempo de su muerte... Yo era niña entónces; y apénas me acuerdo de su fisonomía... Mi madre tuvo que tomarme en brazos, y levantarme á la altura de la cama, para que pudiese abrazarle y recibir su bendicion... Yo lloraba, ¡ay! pero sin saber lo que perdía.

Orb. Me enternece... ¿Por qué motivo dexaste tu país, y la casa de tus padres?

Sof. Vine con un hermano mio á implorar el auxîlio de un pariente nuestro, que nos ha tratado con bastante aspereza. Como en otro tiempo me hubiese visto en mi Provincia, y manifestase tenerme aficion, mi madre pensó que se acordaría; pero él ha cerrado la puerta á mi hermano, y á mí me mandó decir, que jamas me acercase á ella.

Orb. ¿Y qué se ha hecho tu hermano?

Sof. Se puso á servir al Rey: y yo me quedé... con aquella señora, que tiene la bondad de mi-

rarme como hija suya.

Orb. No parece muy sobrada.

Sof. Pero parte conmigo lo que tiene.

Orb. ¿Y no has vuelto á saber de ese pariente?

Sof. Algunas veces me ha socorrido: ¡pero de qué sirve esto á mi madre!

Orb. ¿Y ésta se ha olvidado de tí?

Sof. Mi madre hizo el último esfuerzo para enviarnos á París. ¡Ay! Mejor éxito esperaba ella de este viage: de otro modo, ¿cómo se hubiera resuelto á apartarme de su lado? Despues acá no ha tenido de quien valerse para volverme á su compañía. No obstante, ahora me escribe que dentro de poco me llevarán á casa. Sin duda, alguna alma piadosa se habrá encargado de esta comision. ¡Oh nosotros somos muy dignos de lástima.

Orb. ¿Y no conoces en París á ninguno que te pueda socorrer?

Sof. A ninguno.

Orb. ¿Con que te mantienes de tu trabajo?

Sof. Sí, señor.

Orb. ¿Y vivís solas?

Sof. Solas.

Orb. ¿Pues y un jóven de que tengo noticia, que

se llama Sergi, y que vive á vuestro lado?

Heb. ¡Ah, señor! ese es un mozo muy honrado.

Sof. Es un infeliz que gana el pan como nosotras, y que ha querido asociar su miseria con la nuestra.

Orb. ¿Es eso lo único que sabeis?

Sof. Sí, señor.

Orb. Pues bien, hija, ese desdichado...

Sof. ¿Acáso le conoceis?

Orb. ¿Que si le conozco?... Es hijo mio.

Sof. ¡Hijo vuestro!

Al mismo tiempo.

Heb. ¡Sergi!

Orb. Sí, hija.

Sof. ¡Ah Sergi! tú me has engañado.

Orb. Muchacha tan virtuosa como bella, conoce el peligro á que has estado expuesta.

Sof. ¡Sergi es hijo vuestro!

Orb. El te estima, te ama; pero su pasion puede haceros á uno y otro desgraciados, si tú la fomentas.

Sof. ¿Para qué vendría yo á esta ciudad? ¿Por qué no me fuí quando mi corazon me lo decia?

Orb. Aun es tiempo, sí. Es menester que te vuelvas con una madre que te llama, y que estará

cuidadosa por tu mansion aquí. Sofia, ¿irás de buena gana?

Sof. ¿Qué os diré yo, madre mia?

A Hebert.

Orb. Vm. la acompañará, y á mi cargo quéda pagaros todo el cuidado que habeis tenido de ella.

Hebert hace cortesía.

A Sofia.

Pero Sofia, ya que te restituyo á tu madre, restitúyeme tú mi hijo; enséñale los deberes filiales, puesto que tambien los conoces.

Sof. ¡Ah Sergi! por qué...

Orb. Aunque sus intenciones hayan sido buenas, harás que se averguenze de ellas, le anunciarás tu partida, y le mandarás que ponga fin á mi dolor y al desasosiego de su familia.

Sof. ¡Aya mia!...

Heb. Querida Sofia.

Apoyándose en Hebert.

Sof. Yo fallezco...

Heb. Señor, dentro de poco nos retirarémos; en tanto esperamos vuestras órdenes.

Sof. ¡Pobre Sergi! ¡infeliz Sofia!

Vase apoyada en Hebert.

SCENA V.

Solo.

Orb. ¡O leyes del mundo! ¡O preocupaciones crueles!... ¡Qué pocas mugeres dexais para el hombre juicioso y sensible! ¡Por qué fatalidad ha de ser todavía su eleccion tan limitada!... Pero mi hijo no tardará en llegar... Hagamos por sacudir la impresion que en mí ha hecho esta niña... Aunque mi corazon está de acuerdo con el suyo, le haré ver que no me es correspondiente, le manifestaré los derechos que tengo sobre él, y los respetos que se debe á sí mismo.

SCENA VI.

Orbesson y Saint-Albin.

Entra con viveza.

Alb. ¡Padre mio!

Pasándose Orbesson sin responderle, y él le sigue en ademan de suplicante.

¡Padre mio!

Se para, y le dice con seriedad.

Orb. Hijo, sino has vuelto sobre tí, si tu razon no ha recobrado todavía sus antiguos derechos, no vengas á agravar tus culpas, y mi sentimiento.

Alb. Bien veis mi acervo dolor. Me acerco á vos temblando.... Estaré sosegado, y seré racional... Sí, lo seré... Tales son mis deseos...

Acércase con timidez á su padre, que continúa paseándose, y le dice con voz trémula, y baxa. ¿La habeis visto?

Orb. Sí, la he visto. Es hermosa, y creo que prudente. Mas, ¿qué piensas? ¿Que te sirva de pasatiempo? Nunca lo permitiré. ¿Que sea tu esposa? No te corresponde.

Alb. ¡Es bella, es virtuosa, y no me corresponde! ¿Pues quál es la muger que me conviene?

Orb. La que por su nacimiento, educacion y bienes de fortuna pueda hacerte feliz, y llenar mis esperanzas.

Alb. De ese modo el matrimonio será para mí un vínculo de ambicion y de interés. Padre mio, ya que solo teneis este hijo, no le sacrifiqueis á esas idéas que llenan el mundo de esposos desgraciados: yo necesito una compañera virtuosa y sensible, que me ayude á sobrellevar los males de

la vida, no una muger rica y titulada que los acreciente. ¡Ah! Deseadme mas bien la muerte, y cumpla el cielo vuestra voluntad, primero que una muger de esta clase...

Orb. No te propongo ninguna; pero tampoco permitiré te cases con esa muchacha de quien tan locamente te has prendado. Yo podría usar de mi autoridad, y decirte: no pienses en eso, Saint-Albin, porque no ha de tener efecto; pero como nunca he exîgido de tí nada sin darte primero la razon; como jamas he querido me obedezcas, sin convencerte ántes de la utilidad de mis mandatos, quiero tener ahora igual condescendencia: modérate, y escucha. Veinte años habrá que te bañé con las primeras lágrimas que me hiciste verter. Mi corazon se explayó al ver que la naturaleza me daba en tí un amigo. Luego que saliste del vientre de tu madre, te recibí en mis brazos, te alzé al cielo, y uniendo mi voz á tu llanto, dirigí al Eterno esta súplica: "Poderoso Dios, que me dais este hijo, si falto »á los deberes que desde hoy me imponeis, ó si »él no ha de corresponder á ellos, en nada ten»gais el júbilo de su madre; llevároslo otra vez." Tal fué el voto que hice en nombre de los dos, y

que siempre he tenido presente. Por eso no fié tu educacion al cuidado de un Preceptor mercenario, y yo mismo fuí quien te enseñé á hablar, á pensar y á sentir. Conforme ibas creciendo, estudiaba tus inclinaciones, y por ellas formaba el plan de tu enseñanza, que he seguido punto por punto. Yo reglé tu futura suerte por tus gustos y talentos; he hecho quanto está de mi parte para que te presentes con distincion; y quando toco el momento de coger el fruto de mis desvelos, quando me felicito de tener un hijo digno de su nacimiento, acreedor á los mejores enlaces, y de sus qualidades personales que le destina á muy altos empleos, ¿una pasion indiscreta, el capricho de un instante todo lo ha de haber destruído? Veré yo perdida su juventud, frustrada su colocacion, engañadas mis esperanzas, ¿y lo he de consentir? ¿Te lo has prometido?

Alb. ¡Qué desgraciado nací!

Orb. Tienes un tio que te ama, y que te promete bienes muy considerables: un padre que te consagra todos los dias de su vida, y que solo anhela manifestarte su ternura; una clase distinguida, deudos, amigos, pretensiones lisonjeras, y bien fundadas: ¿y eres desgraciado? ¿qué te falta?

Alb. Sofia, el corazon de Sofia: y el consentimiento de mi padre.

Orb. ¿Qué osas proponerme? ¿Que apruebe tu desvarío, y participe del general vituperio que merece? ¿Qué exemplo daría yo, si autorizára por una debilidad vergonzosa el desórden de la sociedad, la confusion de la sangre y de las clases, y la degradacion de las familias?

Alb. ¡Mísero de mí! Si ahora no soy de quien amo, por fuerza seré otro dia de quien aborrezca, porque solo he de amar á Sofia. Freqüentemente compararé la primera con la segunda; aquella será infeliz, yo lo seré tambien; vm. lo verá, y morirá de pesar.

Orb. Yo cumplo con mi obligacion, y desdichado tú si faltas á la tuya.

Alb. Mil veces me habeis dicho que una muger virtuosa es el don mayor del cielo. Yo la encuentro, y queréis privarme de ella. Ahora que sabe quien soy; ¿qué no esperará de mí? ¿Será Saint-Albin ménos generoso que Sergi? No me la quitéis, padre mio: Sofia ha llamado la virtud á mi corazon; ella sola puede conservarla en él.

Orb. Es decir, que su exemplo hará lo que el mio no puede hacer.

Alb. Vm. es mi padre, y manda. Sofia será mi muger, y este es otro imperio.

Orb. ¡Qué diferencia entre un amante y un esposo; entre una muger y un cortejo! Inexperto jóven, ¿todavía no sabes esto?

Alb. Y espero ignorarlo siempre.

Orb. Todos los amantes ven á sus queridas con unos mismos ojos. Todos hablan de ellas lo mismo que tú.

Alb. ¿Visteis á Sofia?... Pues bien, de dexarla yo por las dignidades, las esperanzas, y las preocupaciones, no merecía ciertamente haberla conocido. Padre mio, ¿tan despreciable os parezco, que me juzgais capaz de?...

Orb. ¿Ella no se ha envilecido cediendo á tu pasion? Imítala.

Alb. ¿Y me envilecería yo si llegase á ser su esposo?

Orb. Pregúntaselo al mundo.

Alb. En cosas indiferentes debemos ir con él; pero quando se trata de la felicidad ó desgracia de la vida, de la eleccion de una compañera...

Orb. No cambiarás sus idéas: sujétate, pues, á ellas.

Alb. Despues que lo han trastornado y corrompido todo, que han subordinado la naturaleza á sus

miserables convenciones, ¿he de subscribir ciegamente?

Orb. De lo contrario serás despreciado.

Alb. Huiré de ellos.

Orb. Su menosprecio te seguirá por todas partes, y tan digno de compasion serás tú como la infeliz que vaya contigo... ¿Quieres á Sofia?

Alb. ¡Que si la quiero!

Orb. Pues escucha, y teme la suerte que le preparas. Tiempo llegará en que conozcas todo el valor de los sacrificios que haces por ella; entónces te verás solo, sin bienes, clase, ni consideracion en la sociedad; sácio y pesaroso, la aborrecerás y llenarás de baldones; su paciencia y su virtud exâsperándote, la odiarás mucho mas; no podrás ver los hijos que hayas tenido en ella, y la matarás de dolor.

Alb. ¡Yo!

Orb. Tú.

Alb. Jamas, jamas.

Orb. La pasion todo lo eterniza; pero es propio de las cosas humanas el ser perecederas.

Alb. ¡Dexaría yo de amar á Sofia! Si fuera posible ignoraría si os amaba ó no.

Orb. ¿Quieres saberlo, y darme pruebas de ello?

Ház lo que te pido.

Alb. En vano lo deseo. Soy arrastrado con violencia; padre mio, no puedo.

Orb. ¡Insensato que quieres ser padre! ¿conoces tú sus deberes? ¿Si los conocieras, permitirias á tu hijo lo que exîges de mí?

Alb ¡Ah si me fuera permitido responder!

Orb. Responde.

Alb. Quando os prendasteis de mi madre, quando toda la familia se conjuró contra vos, quando mi abuelo os llamaba hijo ingrato, y vos dentro del corazon le teniais por padre cruel; ¿quién de los dos tenia razon? Mi madre era virtuosa y bella como Sofia; vm. la amaba como yo amo á Sofia. ¿Permitisteis, padre mio, que os la quitasen? ¿Y yo no tengo tambien corazon como vos?

Orb. Yo tenia otros recursos, y tu madre era de muy buena casa.

Alb. ¿Quién sabe todavía si Sofia?...

Orb. Chîmera.

Alb. Por lo que hace á recursos, el amor y la indigencia me los proporcionarán.

Orb. Teme los males que te esperan.

Alb. No poseer á Sofia es el único que temo.

Orb. Teme perder mi ternura

Alb. Yo la recobraré.

Orb. ¿Quién te lo ha dicho?

Alb. Verá vm. correr las lágrimas de Sofia, yo abrazaré vuestras rodillas, mis hijos os tenderán sus brazos inocentes, y no los podréis echar de vuestro seno.

Aparte.

Orb. ¡Qué bien me conoce!

Hace una corta pausa, y despues dice en ademan, y tono mas severo.

Veo, hijo, que en valde quiero persuadirte, que no te convence la razon, y que el único medio que me resta, es el que siempre he resistido emplear contigo. Usaré de él, puesto que me fuerzas á ello; olvida esos proyectos, yo lo quiero, y te lo mando con toda la autoridad de padre.

Refunfuñando.

Alb. La autoridad, la autoridad: no saben mas palabra que ésta.

Orb. Respétala.

Paseándose.

Alb. Todos son así: ¡qué amor el suyo! ¿Qué mas harian si fueran enemigos nuestros?

Orb. ¿Qué dices? ¿qué hablas entre dientes?

Alb. Parece que solo nos dan la vida para disponer

de ella á su antojo.

Orb. Calla.

Alb. La llenan de amargura, y...

Orb. Te olvidas que hablas con tu padre?

Alb. ¡Padre! ¡Padre! ninguno lo es. Todos son...

Orb. ¡Qué oigo, cielos! Huye hijo ingrato y descastado, vete léjos de mí.

Vase Saint-Albin: mas apénas da algunos pasos, corre su padre en pos de él, y le dice:

¿A dónde vas, desdichado?

Alb. Padre...

Déxase caer Orbesson en un taburete, y Saint-Albin se pone de rodillas á sus pies.

Orb. ¿Yo tu padre? ¿Tú hijo mio? Nada te soy, nada te he sido, puesto que atosigas mi vida, y apresuras mi muerte: ¿por qué tarda tanto en venir? ¡Qué no estuviera yo al lado de tu madre! Esta ya no exîste, y mis míseros dias se han prolongado.

Alb. ¡Padre mio!

Orb. Aléjate de mí, ocúltame tus lágrimas. Despedazas mi corazon, y no puedo echarte de él.

SCENA VII.

Orbesson, Saint-Albin, y el Comendador.

Sale el Comendador, levántase Sain-Albin, y su padre lleno de desconsuelo permanece sentado con la cabeza baxa.

A Saint-Albin que se pasea sin escucharle.

Com. Míralo, complácete en tu obra, ve el estado en que le has puesto. Vaticiné que le habias de matar á pesadumbres, y verificas mi prediccion.

Miéntras habla el Comendador, se levanta el padre de familia para retirarse; Saint-Albin quiere seguirlo, pero su padre se vuelve á él, y le dice:

Orb. ¿A dónde vas? Oye á tu tio; yo te lo mando.

SCENA VIII.

Saint-Albin y el Comendador.

Alb. Hable vm., tio; ya os escucho... Si es desgracia el amar, á mí me ha cabido, y no hallo remedio para ella... Ya que no me conceden el

bien que amo, que me enseñen á olvidarlo... ¡Olvidarlo!.. ¿A quién? ¿A Sofia? ¿Yo? ¿Podría? ¿Querría? Nunca lo pensé...

Com. ¿Qué exîgen de tí? Que dexes á una mugercilla que no debiste mirar sino de paso, que no tiene bienes, parientes, ni domicilio, que viene de no sé qué parte, que depende de yo no sé quién, y que vive yo no sé cómo. Son muchas las mugeres de esta clase: tambien hay bobos que se arruinan por ellas; ¡pero casarse! ¡casarse!

Con violencia.

Alb. Señor Comendador.

Com. ¿Te gusta? envuélvete con ella. Lo mismo me da que te cases con esa, que con otra qualquiera; para el fin te la guardo.

Vase Saint-Albin.

¿Te vas?

Alb. Me voy.

Deteniéndole.

Com. ¿Olvidas que te hablo en nombre de tu padre?

Alb. Pues bien, decid lo que gusteis, arrancadme el corazon, despedazad mi alma. Siempre os responderé, que Sofia será mi muger.

Com. ¿Tu muger?

Alb. Sí, señor, mi muger.

Com. ¿Una qualquiera que nada tiene?

Alb. Pero que me enseñó á despreciar todo lo que os arrastra y envilece.

Com. ¿Y tienes vergüenza?

Alb. Sí, señor.

Com. ¿Eres tú hijo del caballero Orbesson? ¿Sobrino del Comendador de Auvilé?

Albin. Hijo del caballero Orbesson, y sobrino vuestro.

Com. ¡Estos son los frutos de esa educacion maravillosa, de que tanto se gloriaba tu padre! ¡Este es el modelo de todos los jóvenes de la corte!... ¿Pero acaso creerás que eres rico?

Alb. No, señor.

Com. ¿Sabes lo que te toca por parte de tu madre?

Alb. Jamas he pensado en ello, ni quiero saberlo.

Com. Pues sabe que era la menor de los seis hermanos, y esto en una Provincia en que no se dotan las mugeres. Tu padre, que fué tan fátuo como tú, se encaprichó, y se casó con ella. Mil ducados de renta que tienes que partir con tu hermana, hacen quinientos para cada uno: á esto estan reducidos todos tus bienes.

Alb. ¿Tengo quinientos ducados de renta?

Com. Quando mas, y mucho.

Alb. ¡Ah Sofia! ya no vivirás á texa vana, ni padecerás extremada miseria. Tengo quinientos ducados de renta.

Com. Pero puedes esperar veinte y cinco mil de tu padre, y cincuenta mil mios. Saint-Albin, pueden hacerse desatinos, pero no que cuesten mas caros que éste.

Alb. ¿Y de qué me sirven las riquezas, si no puedo partirlas con el bien que adoro?

Com. ¡Insensato!

Alb. Lo sé. Este es el nombre que se da vulgarmente á los que prefieren sobre todo una muger jóven, virtuosa y bella; pero yo hago alarde de ponerme á su frente.

Com. Corres á tu precipicio.

Alb. Con ella comeré pan, beberé agua, y seré feliz.

Com. Te haces infeliz.

Alb. Tengo quinientos ducados de renta.

Com. ¿Y qué harás con ellos?

Alb. La daré de comer, la alquilaré un quarto, la vestiré, y vivirémos.

Com. Como pordioseros.

Alb. Enhorabuena.

Com. Tendrá padre, madre, hermanos y hermanas, y te casarás con todos ellos.

Alb. Estoy resuelto.

Com. Pues dexa que tengas hijos.

Alb. Entónces me dirigiré á las almas sensibles, me verán, verán la compañera de mi infortunio, diré mi nombre, y me socorrerán.

Com. ¡Qué bien conoces á los hombres!

Alb. ¿Los juzga vm. malos?

Com. Y no me engaño.

Alb. Engáñese vm. ó no, siempre me quedarán dos apoyos con que desafiar al universo entero; el amor que todo lo emprende, y la grandeza de alma que sabe tener paciencia...

Com. Enhorabuena, cásate con tu Sofia, atropella la voluntad de tu padre, las leyes del bien parecer, y el decoro de tu familia; arruínate, envilécete, revuélcate en el cieno, ya no me opongo. Tú servirás de escarmiento á muchos hijos que cierran sus oídos á la voz de la razon, que contraen enlaces vergonzosos, que afligen á sus padres, y que son el oprobio de sus casas. Te casarás con tu Sofia, ya que así lo quieres; pero no tendrás pan que darle, ni á tus hijos, que vendrán á pedirlo á mi puerta.

Alb. ¡Eso es lo único que temeis!

Com. ¿No sois bien digno de compasion!... ¡Despues que me he privado de todo por espacio de quarenta años, que pude casarme y me negué este consuelo, que pierdo de vista á los mios por aficionarme á éstos, me pagan con tanta ingratitud!... ¿Qué dirán las gentes?... Ved aquí lo que sucederá: yo no osaré presentarme en público, ó si voy á alguna parte, y preguntan: "¿quién es aquel viejo de la cruz, que está tan »melancólico?" Responderán quedito: "Es el »Comendador de Auvilé... tio de aquel jóven in»sensato, que se casó con... Sí..." Despues se hablarán al oído, me mirarán, me levantaré despechado, tomaré mi baston, y me marcharé... No, de buena gana diera todos mis bienes porque quando asaltabas el fuerte de San Felipe, algun Inglés te hubiera echado al otro mundo de un bayonetazo; por lo ménos todos dirian: "¡qué lástima! fué buen vasallo:" y yo pudiera en el dia solicitar una gracia del Rey para la colocacion de tu hermana. No, hasta ahora no hemos visto semejante matrimonio en ninguna familia.

Alb. El mio será el primero.

Com. ¿Y lo permitiré yo?

Alb. Si vm. gusta.

Com. ¿Piensas que así suceda?

Alb. Ciertamente.

Com. Lo verémos.

Alb. Todo está ya visto.

SCENA IX.

Saint-Albin, Sofia y Hebert.

Saint-Albin prosigue hablando como si estuviera solo.

Salen poco á poco Hebert y Sofia, que hablarán en los intervalos del monólogo.

Hace una pausa, y se pasèa distraído.

Alb. Sí, ya está visto... Todos se han conjurado contra mí... Lo veo...

Con voz lastimera.

Sof. Si así lo quieren... Vamos, Aya mia.

Alb. Esta es la vez primera, que mi padre está de acuerdo con este tio cruel.

Suspirando.

Sof. ¡Ay de mí! ¡qué momento!

Heb. Cómo ha de ser, hija mia.

Sof. Mi corazon se estremece.

Alb. No perdamos tiempo; es preciso irlas á ver.

Repara en Saint-Albin.

Sof. Aquí está, Aya mia; aquel es.

Alb. Sí, Sofia, yo soy; sí, yo soy Sergi.

Sollozando.

Sof. No, no eres Sergi...

Vuélvese á Hebert.

¡Mísera de mí! mas valiera no haber nacido. ¿A qué me he comprometido, Aya mia? ¿Qué le diré? ¿Qué será de él? Apiadaos de mí... Decídselo vos.

Alb. Nada temas, Sofia: si Sergi te amaba, Saint-Albin te adora; en tu presencia tienes al amante mas apasionado, y al hombre mas verdadero.

Suspira con vehemencia.

Sof. ¡Ah!

Alb. Está segura, que Sergi no puede ni quiere vivir sino por tí.

Sof. Lo creo; ¿pero de qué me sirve todo eso?

Alb. Con una sola palabra que digas, lo verás.

Sof. ¿Qué palabra?

Alb. Que me amas: ¿me quieres, Sofia?

Sof. ¡Ay! ¡Oxalá no te quisiera!

Con viveza.

Alb. Pues dame tu mano; toma la mia, y recibe el juramento que te hago ante el cielo y esta muger virtuosa que nos ha servido de madre, de ser tuyo hasta la muerte.

Sof. ¡Ah, Sergi! Bien sabes que una muger bien nacida no admite ni hace juramentos sino al pie de los altares... y no soy yo... sí, no soy yo la que has de conducir á ellos... ¡Ah, Sergi! Ahora es quando veo la grande distancia que nos separa.

Con violencia.

Alb. ¡Sofia!... ¿y tú tambien?...

Sof. Déxame entregada á mi destino, y vuelve el reposo á un padre que te ama.

Alb. No eres tú quien hablas ahora; él sí que se expresa por tu boca. En tu lenguage reconozco el suyo, duro y cruel.

Sof. No es tal; él te ama.

Alb. Me ama, ¿y me ha echado de su presencia? Solo le faltaba servirse de tí para quitarme esta triste vida.

Sof. Vive, Sergi, vive.

Alb. Pues jura que has de ser mia á pesar suyo.

Sof. ¿Yo, Sergi? ¡Robar un hijo á su padre!... ¡En-

trar en una familia que me desprecia!...

Alb. ¿Y qué te importa mi padre, mi tio, mi hermana, y toda mi familia, si me amas?

Sof. ¿Con que tienes una hermana?

Alb. Sí, Sofia.

Sof. ¡Qué dichosa es!

Alb. Me desesperas.

Sof. Obedezco á tu padre. El cielo te conceda otro dia una esposa que te merezca, y que te ame tanto como Sofia.

Alb. ¿Y lo deseas tú?

Sof. Así debo hacerlo.

Alb. ¿Mísero aquel que te conoció, y que puede ser feliz sin tí?

Sof. Tú lo serás, y gozarás de todas las bendiciones prometidas á los hijos que respetan la voluntad de sus padres. Yo llevaré conmigo las del tuyo: volveré sola á mi miseria, y tú te acordarás de mí.

Alb. El dolor me quitará la vida, y la culpa será tuya. *La mira tristemente.*
¡Sofia!

Sof. Veo todos los disgustos que te causo.
Prosigue mirándola del mismo modo.

Alb. ¡Sofia!...

Sollozando á Hebert.

Sof. Aya mia, sus lágrimas me hacen daño... Sergi, no oprimas mi alma débil... bastante tengo con mi dolor. *Pónese las manos en los ojos.* A Dios, Sergi.

Alb. ¿Me dexas?

Sof. Nunca me olvidaré de todo lo que has hecho por mí. Sé que me has amado verdaderamente, y la prueba me la diste no baxando de tu clase para igualarte á la mia, sino respetando mi infortunio é indigencia. A cada momento me acordaré del lugar en que te conocí la primera vez.... ¡Ah Sergi!

Alb. ¿Quieres quitarme la vida?

Sof. Yo, yo soy la mas digna de compasion.

Alb. ¿A dónde vas, Sofia?

Sof. A someterme á mi destino, á partir con mis hermanos sus trabajos, y á deponer mis cuitas en el seno de mi madre. Soy la menor de sus hijas, me ama, la diré todo, y me consolará.

Alb. ¿Y eres tú la que me amas?

Sof. ¿Por qué te habré conocido?... ¡Ah!

Se aleja.

Alb. No, no... no puedo... deténgala vm., Hebert... apiadaos de nosotros.

Heb. ¡Pobre Sergi!

A Sofia.

Alb. No te irás, no... yo... te seguiré... detente, Sofia... No por tí, ni por mí... ya has resuelto nuestra comun desgracia... En nombre de mi cruel padre te lo ruego... Si te pierdo, no le podré ver, oir, ni aguantar... ¿Quieres que le aborrezca?

Sof. Ama á tus padres, obedécelos, olvídame.

Echándose á sus pies, y asiéndola por el vestido.

Alb. Escúchame, Sofia... Aun no conoces á Saint-Albin...

A Hebert que llora.

Sof. Ven Aya mia, ven, llévame fuera de aquí.

Levantándose.

Alb. De todo es capaz, y lo llevas á su perdicion... Sí, lo llevas á su ruina.

Anda, se queja, se desespera, llama á Sofia de quando en quando, échase de bruzas sobre el respaldo de una silla, y se cubre el rostro con las manos.

SCENA X.

Saint-Albin, Cecilia, y Germevil.

Germevil se detiene al salir viendo la postura de Saint-Albin, y dice á Cecilia.

Germ. ¡Aquí está el desgraciado! oprimido de tristeza no sabe que en este momento tratan de... ¡Quánto le compadezco!... háblale tú, Cecilia.

Cec. ¡Saint-Albin!

Oyendo que se acerca gente, grita sin alzar la cabeza.

Alb. Quien quiera que seais, tornaos otra vez á los bárbaros que os envian. Retiraos.

Cec. Soy yo, hermano; es Cecilia que conoce tu quebranto, y que viene á consolarte.

En la misma postura.

Alb. Retírate.

Cec. Me iré si te incomodo.

Alb. Me incomodas.

Vase Cecilia, y Saint-Albin la llama con voz baxa y dolorida.

Alb. ¡Cecilia!

Acércase á su hermano.

Cec. ¡Hermano mio!

La coge una mano sin mirarla ni mudar de situacion.

Alb. Ella me amaba; me la han quitado, y huye de mí.

Germ. ¡Plegue á Dios! *Aparte.*

Alb. Todo lo he perdido... ¡Ay de mí!

Cec. Aun te queda una hermana, y un amigo.

Levantándose con precipitacion.

Alb. ¿A dónde está Germevil?

Cec. Aquí lo tienes.

Se pasea silencioso un momento, y despues dice:

Alb. Déxanos solos, hermana.

SCENA XI.

Saint-Albin y Germevil.

Paseándose con ligereza.

Alb. Sí... Este es el único recurso que me queda... Estoy resuelto á ponerlo en execucion... ¿Nos oye alguien, Germevil?

Germ. ¿Qué tienes que decirme?

Alb. Yo amo á Sofia, y soy correspondido; tú quieres á Cecilia, y ésta te paga con igual cariño...

Germ. ¡Yo! ¡tu hermana!...

Alb. Pero la misma suerte que experimento, os espera á vosotros, á no ser que con valor vayamos todos, Sofia, Cecilia, tú, y yo á buscar la felicidad léjos de aquellos que nos oprimen y tiranizan.

Germ. ¿Qué oigo?... Solo me faltaba esta confianza... ¿Qué piensas hacer? ¿qué me aconsejas? ¿Así pagaría yo los beneficios que he recibido de tu padre desde que nací? ¿En premio de su ternura llenaré su alma de dolor, y le echaré al sepulcro maldiciendo el dia en que me recogió en su casa?

Alb. ¿Tienes escrúpulos? Doblémos la hoja, no hablémos mas de eso.

Germ. La accion que me propones y tu resolucion son dos delitos...

Con viveza.

Saint-Albin, olvida ese proyecto... Has incurrido en la desgracia de tu padre, ¿y quieres merecerla? ¿quieres caiga sobre tí el público vituperio, exponerte á la persecucion de las leyes, y precipitar á la que adoras? ¿Qué infeliz suerte no te preparas? ¿En qué inquietud me pones?...

Alb. Ya que no puedo contar con tu ayuda, no te canses en darme consejos.

Germ. Te pierdes, amigo.

Alb. La suerte está echada.

Germ. Y me pierdes á mí, sí, me pierdes... ¿Qué diré á tu padre quando me cuente su dolor?... ¿Qué responderé á tu tio?... ¡Tio cruel! ¡Sobrino mas cruel todavía!... ¿para qué me has confiado tus intentos?... Tú no sabes... ¿A qué he venido aquí? ¿Para qué te ví?

Alb. A Dios, Germevil: dame un abrazo; mira que confio en tu amistad y discrecion.

Germ. ¿A dónde vas?

Alb. A poner en salvo el único bien de que hago caso; á alejarme de aquí para siempre.

SCENA XII.

Germevil solo.

Germ. ¡No soy afortunado! Saint-Albin está resuelto á robar á su querida, y el infeliz ignora que en este mismo momento trabaja su tio para encerrarla... ¿Qué situacion la mia! no puedo hablar ni callarme, obrar ni dexar de obrar... Solo con que piensen que sirvo al tio, soy traidor en el entender del sobrino, y pierdo mi concepto para con el padre... No obstante, si pudiera descubrir-

me á éste... pero uno y otro exîgiéron el secreto... y faltar á él ni puedo, ni es debido... El Comendador encargándome la execucion del injusto proyecto que medita, intenta perder á un hombre que detesta... piensa que no podré resistir á los dos incentivos que me presenta, y que la posesion de sus bienes y de su sobrina me harán cometer qualquiera maldad... Acaso cree ya la cosa hecha, y se felicita de su éxîto... Si su sobrino se anticipa, nuevos peligros; juzgará que le he chasqueado, se enfurecerá y rebentará de cólera... Pero todo lo sabe Cecilia, y ésta conoce mi inocencia... ¿Y de qué servirá su testimonio contra la voz general de la familia que se alzará contra mí?... Esta sola será escuchada, y siempre pasaré la nota de un vil raptor... ¡En qué compromiso me veo por la indiscrecion del sobrino y la perversidad del tio!... Y tú, inocente criatura, que no tienes quien mire por tus intereses, ¿quién te librará de la violencia de dos hombres que á la par han resuelto tu ruina?... Uno me espera para consumarla, otro corre á ponerla en execucion, y á mí solo me queda un momento... Pero no le perdamos... Asegurémos el auto de prision... que despues... verémos...

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Germevil y Cecilia.

En tono de suplicante.

Germ. ¡Cecilia!

Cec. Déxame.

Germ. ¡Cecilia!

Cec. ¿Qué me pides? ¡Que reciba en mi casa á la querida de mi hermano! ¡en mi quarto! ¡en casa de mi mismo padre!... Déxame, déxame; no quiero oirte.

Germ. Solo este asilo le queda; el único que puede aceptar.

Cec. No, no, no.

Germ. Por un momento siquiera; en tanto que me recobro, y resuelvo lo que he de hacer.

Cec. No, no... ¡Una muger, que no sabemos quién es!

Germ. Una infeliz, á quien compadecerás luego que la veas.

Cec. ¿Qué diría mi padre?

Germ. ¿Le respeto yo ménos que tú? ¿me son mas indiferentes sus ofensas?

Cec. ¿Y el Comendador?

Germ. Es un hombre sin principios.

Cec. Bien los tiene quando se trata de acusar, ó de quitar el crédito.

Germ. Dirá que le he burlado; y tu hermano pensará que le he vendido. Yo nunca me justificaré... ¿Pero á tí qué te se da de esto?

Cec. Tú eres la causa de todas mis desazones.

Germ. En tan apretado caso, aunque no sea mas que por tu tio, y por tu hermano, debes recogerla; impide á cada uno una accion odiosa.

Cec. ¡La querida de mi hermano! ¡una desconocida!... No señor: el corazon me dice que no debo hacerlo, y jamas me ha engañado. No vuelvas á hablarme de eso: ¡estoy en brasas si acaso nos oyen!

Germ. Nada temas: tu padre está totalmente entregado á su dolor; el Comendador y Saint-Albin á sus proyectos; los criados todos allá fuera. Bien hice yo en preparar las cosas de modo, que fuese inútil tu repugnancia.

Cec. ¿Pues qué has hecho?

Germ. Me pareció buena la ocasion, y la he apro-

vechado. Allí la tienes, mírala, y si puedes no la recibas.

Cec. ¡Qué has hecho, Germevil!

SCENA II.

Germevil, Cecilia, Sofia y Clarita.

Sale Sofia turbada, como quien no vé, ni oye, ni sabe dónde está. Cecilia denota tambien la mayor agitacion.

Sof. ¿Dónde me hallo?... ¿A dónde voy?... Parece que ando á ciegas... No habrá ninguno que me guie... Dios mio, no me abandonéis.

La llama.

Germ. ¡Sofia! ¡Sofia!

Sof. ¿Quién me llama?

Germ. Yo, Sofia, yo.

Sof. ¿Quién sois? ¿A dónde estais? Valedme quien quiera que seais... Socorredme.

La coge por la mano.

Germ. Por aquí... amiga mia... por aquí.

Da algunos pasos, y cae como desmayada.

Sof. No puedo mas... me faltan las fuerzas... el peso de mi dolor me agovia... caigo: ¡ay de mí!

Cec. ¡Cielos! *A Germevil.*
Pide socorro... pero no... no llames.

Cerrados los ojos, y como delirando.

Sof. ¡Crueles!... ¿Qué os he hecho?

Mira en torno de sí con todas las demostraciones de susto y de pavor.

Germ. Recobraos: nada temais; soy amigo de Saint-Albin, y esta señorita es su hermana.

Despues de una pausa.

Sof. ¿Qué os diré yo, señorita? Ved mi dolor superior á mis fuerzas... A vuestros pies me teneis... no me apartaré de ellos hasta morir, ó debéroslo todo... Soy una desgraciada, que os pide asilo... Huyo de vuestro tio, y de vuestro hermano: del primero que no conozco, y á quien jamas ofendí... del segundo... ¡ay!... no esperaba yo de él este sentimiento... ¿Qué será de mí si me abandonais? cumplirán sus fatales intentos... Socorredme, pues: libradme... libradme de ellos; no me dexeis entregada á mí misma. Nadie sabe lo que puede intentar una muger que teme el deshonor, y que se vé en la triste necesidad de aborrecer la vida... Ninguna parte tengo en mi desgracia, y nada he hecho porque deba avergonzarme... Yo trabajaba, te-

nia pan, y vivia en paz... Los dias del dolor llegáron ya... Los vuestros me los han anticipado, y tendré que llorar toda mi vida solo porque me han conocido.

Cec. ¡Me enternece!... ¡Qué malvados deben ser los que se complacen en atormentarla!

Sucede la piedad á la agitacion en el corazon de Cecilia; reclínase sobre el respaldo de un taburete al lado de Sofia, y ésta prosigue.

Sof. Tengo una madre que me ama... ¿Cómo me pondría delante de ella?.. Señorita, conservad una hija á su madre; por la vuestra os lo pido, si es que la teneis... Quando me separé de la mia, dixo en voz alta: A vosotros, ángeles del cielo, encomiendo esta niña, custodiádmela, conducidla. Si cerrais ahora vuestro corazon á la piedad, pensará que el cielo desechó su plegaria, y morirá de dolor... Tended la mano á esta desdichada, y os bendecirá toda su vida... Yo nada puedo; pero hay un Sér que todo lo puede, y que recompensa á manos llenas las obras de misericordia... ¡Señorita!...

Se acerca á ella, y le tiende los brazos.

Cec. Levantaos...

A Cecilia.

Germ. Tus ojos se llenan de lágrimas. Su desgracia te enternece.

A Germevil.

Cec. ¡Qué has hecho, Germevil!

Sof. Gracias á Dios, no todos los corazones son de bronce.

Cec. Conociendo yo el mio, no quería veros ni oiros... ¿Cómo os llamais?

Sof. Sofia.

Abrazándola.

Cec. Ven conmigo, Sofia.

Echase Germevil á los pies de Cecilia; la toma una mano, y se la besa sin decir palabra.

¿Exîges de mí algo mas? ¿No hago todo quanto quieres?

Lleva de la mano á Sofia hasta el fondo del teatro, y se la entrega á Clarita, su camarera.

Levantándose.

Germ. ¡Imprudente!... ¿Qué iba yo á decir?...

Clar. Estoy enterada, señorita; confiad en mi zelo.

SCENA III.

Germevil y Cecilia.

Despues de un corto silencio, acongojada.

Cec. Veme aquí por tí á discrecion de toda mi familia.

Germ. Yo no te pido mas que un momento, miéntras la busco asilo; fuera de que, ¿habria mérito en hacer bien, sino tuviese inconvenientes?

Cec. ¡Qué peligrosos sois todos los hombres! Feliz la que está cien leguas de vosotros... Hombre, aléjate de mí... ¡Pero te vas, segun creo!

Germ. ¿Hago yo mas que obedecerte?

Cec. Bueno. Despues de haberme puesto en la coyuntura mas cruel, ¿me dexas sola? ¡Anda con Dios, Germevil! ¡anda con Dios!

Germ. ¡Qué desgraciado soy!

Cec. Me parece que te quejas, ¿he?

Germ. Todo quanto hago te disgusta.

Cec. Tú me impacientas...! Mira que la agitacion en que me hallo, no me dexará preveer ni estorvar nada. ¿Cómo osaré alzar la vista delante de mi padre? Si nota mi turbacion, y me pre-

gunta la causa, no le he de mentir. ¿Sabes que una palabra inconsiderada es suficiente para que se ponga en todo el Comendador?... ¿Y mi hermano?... Ya estoy temiendo el espectáculo de su dolor. ¿Qué será de él quando vea que Sofia no está en su casa?... Germevil, no me dexes sola un instante, sino quieres que todo se descubra... Pero gente viene: vete... estate quieto... no, retírate... ¡Cielos! ¡quál es el estado en que me hallo!

SCENA IV.

Cecilia y el Comendador.

Con chocarrería.

Com. A Dios, Cecilia: ¿cómo tan sola?

Turbada.

Cec. Es mi gusto ordinario.

Com. Pensaba encontrarte con el amigo.

Cec. ¿Qué amigo?

Com. ¡Bueno! Germevil.

Cec. Quanto acaba de marcharse.

Com. ¿Qué te decia? ¿Qué le decias tú?

Cec. Cosas fastidiosas como acostumbra.

Com. No os comprehendo. Nunca podeis estar bien un instante, y lo siento. Germevil es hombre vivo y de ingenio, tiene conocimientos y buenas costumbres, de que hago mucho caso: es verdad que no tiene bienes ningunos, pero es de muy buena familia; sí, yo le estimo, y le he aconsejado que piense en tí.

Cec. ¿Y á qué llama vm., tio, pensar en mí?

Com. ¿Ahora estamos ahí? tú no pensarás quedarte soltera eternamente.

Cec. Ese es mi ánimo.

Com. ¿Quieres que te hable con franqueza? Pues sabe que del todo me he desprendido de tu hermano. Es un alma dura, un espíritu indomable, que hace poco me trató indignamente, lo que en mi vida le perdonaré... Cásese ó no se case con la mugercilla que le ha trastornado la cabeza, ni entro ni salgo... Al cabo se cansa uno de ser bueno... Todo mi cariño se ha reconcentrado en tí, amada sobrina; y si quisieras ser feliz, que tu padre y yo lo fuésemos...

Cec. Debeis suponerlo.

Com. ¿Pero no me preguntas lo que debes hacer?

Cec. Pienso que no me lo dexaréis ignorar.

Com. Tienes razon. Pues mira, debes reconciliarte

con Germevil, porque aunque pienses con razon que jamas tu padre entrará en semejante matrimonio sin la mayor repugnancia, sin embargo yo te prometo hablarle, y alzar todos los obstáculos que hubiere; si quieres me encargaré de este negocio como si fuera propio.

Cec. ¡Me admira de que me aconsejeis una cosa contra el gusto de mi padre!

Com. Calla tonta. No es rico, y todo está en eso. Ya te lo he dicho; para mí tu hermano como si no hubiera tal hombre en el mundo; yo te prometo cederos todos mis bienes. Esto, Cecilia, es digno de que lo pienses con madurez.

Cec. ¡Yo despojar á mi hermano!

Com. ¿Qué es eso de despojar? Yo nada os debo. Lo que tengo es mio, y mis bienes me han costado bastantes desasosiegos para que pueda disponer de ellos á mi antojo.

Cec. Yo, tio, no me pondré á exâminar hasta qué punto son dueños de sus bienes los parientes, y si les es permitido sin injusticia cederlos en favor de qualquiera. Sé que no puedo aceptar los vuestros sin ignominia, y esto me basta.

Com. ¿Piensas que Saint-Albin haría por tí otro tanto?

Cec. Conozco á mi hermano, y si estuviera presente no tendríamos mas que una voz.

Com. ¿Y qué me diríais?

Cec. No me estreche vm., tio; soy ingénua.

Com. Tanto mejor; habla, yo gusto de la verdad. Vaya, dí.

Cec. Que es una inhumanidad sin exemplo, tener en la tierra parientes miserables, que mi padre socorre sin que vm. lo sepa, y privarlos de unos bienes que les pertenecen por derecho, y que tanto necesitan; que ni yo, ni mi hermano los querémos, puesto que deben restituirse á los que las leyes naturales y civiles los destinan.

Com. Enhorabuena, ni tú ni él los tendréis; os dexaré como perdidos; me iré de una casa, en que todo va al reves de como debe ir, y en la que nada puede compararse á la insolencia de los hijos, sino la estupidez del padre. Disfrutaré de mi vida, y no perderé mi sosiego por ingratos.

Cec. Hará vm. bien.

Com. Tú aprobacion, sobrina, está de mas; y lo que te aconsejo es, que metas la mano en tu pecho. Yo sé lo que pasa en él; no me engaña tu desinterés, ni estoy tan ageno como piensas de

todos tus secretos. Pero esto basta... y yo me entiendo.

SCENA V.

Los mismos, Orbesson y Saint-Albin.

Sale primero Orbesson; síguele despues Saint-Albin desconsolado, inquieto, y lloroso, y permanece así en todo el curso de la scena.

Alb. Ya no estan en casa... Nadie sabe qué es de ellas... Han desaparecido.

Aparte.

Com. Bueno. Mi órden se executó.

Alb. Padre mio, oiga vm. la plegaria de un hijo desesperado. Volvedme á Sofia; no puedo vivir sin ella. Ya que haceis felices á todos quantos os rodean, ¿será vuestro hijo el único á quien habeis de hacer desdichado?... En casa no estan... Han desaparecido... ¿Qué haré?... ¿Quál será mi vida?

Aparte.

Com. Vaya que ha estado listo Germevil.

Alb. ¡Padre mio!

Orb. Ninguna parte tengo en su ausencia; ya te lo he dicho, creeme.

Dicho esto, cabizbaxo y melancólico, se paséa lentamente: vuélvese Saint-Albin hácia el fondo, y exclama.

Alb. ¿A dónde estás, Sofia?... ¿Qué te ha sucedido?... ¡Ah!...

Aparte.

Cec. Esto era lo que yo temia.

Aparte.

Com. Acabémos nuestra obra.

A su sobrino en tono compasivo.

Saint-Albin.

Alb. Déxeme vm., tio. Bastante me pesa haberos escuchado... Yo la seguía... la hubiera aplacado... ¡y la he perdido!

Com. Saint-Albin.

Alb. Déxeme vm.

Com. Yo soy causa de tu quebranto, y lo siento.

Alb. ¡Infeliz de mí!

Com. Bien me lo decia Germevil. Pero quién podia imaginarse que habias de verte en tal estado por una mozuela como hay tantas en el mundo.

Con terror.

Alb. ¿Qué decís de Germevil?

Com. Digo... Nada...

Alb. ¿Me faltarán todos en un dia? ¿La cruel estrella que me persigue querrá quitarme tambien mi único amigo?... Acabe vm. señor Comendador.

Com. Germevil y yo... no me atreyo á decírtelo... nunca nos perdonarás.

Orb. ¿Qué habeis hecho? ¿Será posible?... Explícate, hermano.

Com. Dilo tú por mí, Cecilia... Germevil te lo habrá confiado.

Al Comendador.

Alb. Me matais con esas dilaciones.

Con severidad.

Orb. ¿Te turbas, Cecilia?

Alb. ¡Hermana!

Con igual severidad.

Orb. ¡Cecilia!... Pero no, el proyecto es muy odioso... Mi hija y Germevil son incapaces de él.

Alb. Tiemblo... me extremezco... Dios mio, ¿qué me amenaza?

Con severidad.

Orb. Explícate, Comendador; no me atormentes mas tiempo, haciéndome sospechosos todos quantos me rodéan.

Orbesson se pasea indignado, el hipócrita del Comendador se calla confundido, Cecilia estará consternada, y Saint-Albin fixa la vista en su tio, espera con sobresalto su explicacion.

Al Comendador.

Orb. ¿Te resuelves á guardar por mucho tiempo ese cruel silencio?

A su sobrina.

Com. Puesto que te callas, fuerza será que hable yo.

A Saint-Albin.

Tu querida...

Alb. ¡Sofia!...

Com. Está en un encierro.

Alb. ¡Gran Dios!

Com. Yo conseguí el auto de prision... y Germevil se encargó de lo demas.

Orb. ¡Germevil!

Alb. ¡El mismo Germevil!

Cec. No tengas cuidado, hermano.

Alb. ¡Sofia en un encierro!... y Germevil...

Déxase caer en un taburete con todas las señales de la desesperacion.

Al Comendador.

Orb. ¿Y qué te ha hecho esa infeliz, para que así aumentes su infortunio con la pérdida del honor y de la libertad? ¿Qué derechos tienes sobre ella?

Com. La casa es decente.

Alb. La veo... ¡Veo sus lágrimas, oigo sus gemidos, y no me muero!...

Al Comendador.

Llamad á vuestro indigno cómplice: venid los dos, y arrancadme esta triste vida... ¡Sofia!... Socorredme, padre mio; libradme de mi desesperacion.

Echase en los brazos de su padre.

Orb. Tranquilízate desdichado.

En la misma situacion con tono lastimero y doloroso.

Alb. ¡Germevil!.. ¡El mismo Germevil!...

Com. El hizo solamente lo que qualquiera otro hubiera hecho en su lugar y circunstancias.

En la misma postura y tono.

Alb. ¡Que se vende por amigo mio!... ¡Pérfido!

Orb. ¿De quién nos podrémos fiar en adelante?

Com. El lo repugnaba, pero yo le prometí mi sobrina y mis bienes.

Cec. Padre mio, Germevil no es vil ni pérfido.

Orb. ¿Pues qué es?

Alb. Escuchadme, y le conoceréis... ¡Ah traidor!... Agoviado con vuestra indignacion, irritado por este tio inhumano, abandonado de Sofia...

Orb. ¡Qué!

Alb. Iba en lo mas fuerte de mi desesperacion á cogerla y llevarla al cabo del mundo... No, nadie ha sido tan indignamente chasqueado... Viénese á mí... ábrole mi corazon... y como amigo le digo mi pensamiento:... me reprehende... me disuade... me detiene, y todo para venderme, entregarme y perderme... Le costará la vida.

SCENA VI.

Los mismos y Germevil.

Le descubre primero, y corre á él.

Cec. ¿A dónde vas, Germevil?

Se dirige á él, y le dice con furor.

Alb. ¿A dónde la tienes, traidor? vuélvemela, y prepárate á defender tu vida.

Corre hácia Saint-Albin.

Orb. Hijo mio, hijo.

Cec. Hermano... detente... ¡ay!

Cae desmayada en una silla.

A Orbesson.

Com. ¿Qué dices ahora? ¿Le quiere, ó no le quiere?

Orb. Retírate, Germevil.

Germ. Permitidme, señor, queme quede.

Alb. ¿Qué te hizo Sofia? ¿Qué te he hecho yo, para que así me vendas?...

Orb. Has cometido una accion odiosa.

Alb. Si amabas á mi hermana, si querias poseerla, ¿no valía mas?... Yo te la propuse... Pero te importaba mas conseguirla por medio de una traicion... Hombre vil, te has engañado... No conoces á Cecilia, ni á mi padre, ni al Comendador que te degrada, y que se complace ahora en tu confusion... ¿No respondes?... ¡Callas!

Con serenidad y firmeza.

Germ. Os escucho, y veo con harto dolor, que en un momento quitais la estimacion á quien ha empleado toda su vida en merecerla: otra cosa esperaba de vos.

Orb. No juntes la falsedad á la perfidia. Retírate.

Germ. No soy falso ni pérfido.

Alb. ¡Qué insolente intrepidez!

Com. Amigo mio, ya no es tiempo de disimular; todo lo he descubierto.

Germ. Os entiendo, señor Comendador, y os reconozco en vuestro lenguage.

Com. ¿Qué dices? Yo te prometí mi sobrina y mis bienes; este fué nuestro tratado, y lo cumpliré.

Al Comendador.

Alb. Gracias á vuestra maldad, el único esposo que le queda soy yo.

Al Comendador.

Germ. No soy tan codicioso que quiera ser rico á costa de mi honor; fuera de que, vuestra sobrina no debe darse en recompensa de una perfidia. Tomad vuestro auto de prision.

Recogiéndolo.

Com. ¡Mi auto de prision! veámoslo, veamos.

Germ. Si hubiera hecho uso de él, estaría en otras manos.

Alb. ¿Qué oigo? ¡Estará Sofia en libertad!

Germ. Aprende Saint-Albin á desconfiar de las apariencias, y á hacer justicia á un hombre de honor... Dios os guarde, señor Comendador.

Vase.

Orb. Le juzgué con ligereza, y le he ofendido.

Atónito mira y remira su auto de prision.

Com. El es... buen chasco me ha dado.

Orb. Bien merecida tienes semejante humillacion.

Com. Eso es; dales alas para que me pierdan el respeto, como sino estuvieran bien dispuestos á ello.

Alb. En qualquiera parte que se halle, ya habrá vuelto á casa Hebert... Voy, la veo, me excuso, me echo á sus pies, lloro, la enternezco, y descubro el misterio. *Vase.*

Le sigue.

Cec. Saint-Albin; hermano.

A Cecilia.

Alb. Déxame; tus intereses son diferentes de los mios.

SCENA VII.

Orbesson y el Comendador.

Com. ¿Has oido?

Orb. Si, hermano.

Com. ¿Sabes dónde va?

Orb. Lo sé.

Com. ¿Y no le detienes?

Orb. No.

Com. ¿Y si encuentra á esa muchacha?

Orb. Confio mucho en ella: es una niña, pero muy bien nacida, y en las circunstancias presentes hará mucho mas que tú y que yo.

Com. Bien pensado: bravo.

Orb. Saint-Albin no está ahora en términos de dar oídos á su razon.

Com. ¿Y dexarás por eso que se pierda? ¡Qué rabia! ¿Eres tú padre de familia? ¿Tú?

Orb. Hazme el favor de decirme qué debo hacer.

Com. ¿Qué debes hacer? Ser amo de tu casa, mostrar primero que eres hombre, y despues padre, si lo merecen.

Orb. ¿Y á tu parecer, contra quién deberé emplearme?

Com. ¿Contra quién? ¡Bella pregunta! Contra todos; contra ese Germevil que da pábulo á la extravagancia de tu hijo, que quiere introducir en la familia á esa mozuela solo con el intento de facilitarse á sí mismo la entrada, y que incotinenti echaría yo de mi casa; contra tu hija que cada dia es mas insolente, que me pierde el respeto, que dentro de poco te lo perderá á tí, y que yo encerraría en un convento; contra tu hijo que ha perdido todos los sentimientos de honor, que nos va á cubrir de vergüenza y de oprobio, y á

quien haría tan pesada la vida, que no se atreviera en mucho tiempo á substraerse de mi autoridad. En quanto á la vieja que le llevó á su casa, y á la mozuela que le hizo perder el seso, mucho hace que las hubiera puesto donde no las diera el sol. Por ellas hubiera empezado, y si me hallára en tu situacion, me avergonzaría de que otro hubiese dado primero en el punto de la dificultad... Mas para esto se requiere entereza, y tú no la tienes.

Orb. Te entiendo: ¿quieres que eche de mi casa á un jóven que recogí en ella luego que salió de mantillas, á quien he servido de padre, que desde que tiene conocimiento ha mirado mis negocios con el mayor interés, que ha perdido á mi lado los años de su juventud, que se verá sin recurso si le abandono, á quien habrá sido funesta mi amistad de no serle útil; y esto so pretexto que aconseja mal á mi hijo, cuyos proyectos desaprueba; que favorece las miras de una criatura á quien acaso jamas vió, ó mas bien porque no ha querido ser instrumento de su perdicion? ¿Quieres que meta á mi hija en un convento, que acuse de sospechosa su conducta y su caracter, que aje yo mismo su reputacion, y to-

do porque algunas veces haya usado de represalias con el señor Comendador, porque irritada con su genio regañon haya salido fuera de su carácter, y se le hayan escapado algunas palabrillas imprudentes? ¿Quieres que me haga odioso á Saint-Albin, que destruya en su corazon los sentimientos filiales, que acabe de encender su carácter impetuoso, y que le ponga en términos de que se deshonre para con el mundo, ahora que empieza á vivir; solo porque ha dado con una miserable, adornada de virtudes y hermosura, y porque movido por un impulso de su juventud, que en la realidad denota su buen natural, la ha tomado una aficion que me desconsuela? ¿No te avergüenzas de darme tales consejos? ¿Tú que debieras proteger á mis hijos, los acusas, les imputas vicios que no tienen, exâgeras sus faltas y vives disgustado quando no tienes que reprehenderles?

Com. Rara vez tengo ese disgusto.

Orb. ¿Y esas infelices contra quienes obtuviste el auto de prision?

Com. Solo falta que tomes tambien su defensa; vaya... vaya...

Orb. No sé lo que me digo, hermano; hay cosas,

que ni aun se debe pensar en dártelas á conocer. Pero este negocio me interesaba muy mucho para que te dignases participármelo.

Com. Yo soy quien me engaño; tú siempre tienes razon.

Orb. No, Comendador; nunca me harás padre injusto y cruel, ni hombre ingrato y dañoso. No cometeré ninguna violencia por mas que mi interés lo exîja; no perderé mis esperanzas, porque algunos obstáculos se pongan á ellas; y no haré desierto mi casa, porque pasen en ella cosas que me disgusten tanto como a tí.

Com. Vaya que te has explicado á las mil maravillas: enhorabuena que conserves á tu lado á tu hija querida, que ames á tu caro hijo, y que dexes en paz á esas mugeres que lo pervierten; este partido es muy prudente para que yo me oponga á él: pero tocante á Germevil, te advierto que ni él, ni yo podemos vivir mas tiempo juntos... No hay medio; ó ha de salir él hoy mismo fuera de casa, ó salgo yo mañana.

Orb. Comendador, dueño eres de hacer lo que quieras.

Com. Eso era lo que yo esperaba. Quedarías en tus glorias, si yo me fuera, ¿no es esto? Pues

por lo mismo, me he de quedar; sí, me he de quedar, aunque no sea mas que para darte en rostro con tus desatinos, y reirme de tu afrenta. ¡Rabio por ver en qué para todo esto!

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Saint-Albin solo.

Sale furioso.

Alb. Todo lo sé. He descubierto al traidor. ¡Mísero de él! ¡infeliz de él! El mismo se llevó á Sofia. Perecerá por mis manos.

Llama.

¿Felipe?

SCENA II.

Saint-Albin y Felipe.

Fel. ¿Señor?

Le da un papel.

Alb. Entrega ese papel.

Fel. ¿A quién, señor?

Alb. A Germevil... Le saco fuera de aquí, le meto la espada en el pecho... arráncole la confesion de su delito y el secreto de su encierro, y corro á donde me lleve la esperanza de encontrarla.

Advierte que no se ha marchado Felipe todavía.

¿No te has ido? ¿no has vuelto?

Fel. Señor...

Alb. ¿Qué quieres?

Fel. ¿Contiene alguna cosa que pueda disgustar á vuestro padre?

Alb. Anda, vé presto.

SCENA III.

Saint-Albin y Cecilia.

Alb. ¡Despues de haber hecho tanto por él! Despues de haberle defendido cien veces contra el Comendador!... Despues...

Descubre á su hermana.

¡En quién has puesto tu afecto, desdichada!

Cec. ¿Qué dices? ¿Qué tienes? Hermano, me amedrentas.

Alb. ¡Pérfido! ¡traidor!... venía confiada en que la traía á casa... abusó de tu nombre...

Cec. Germevil está inocente.

Alb. ¡Tuvo valor para ver sus lágrimas, oir sus gemidos, y separarlas una de otra! ¡Bárbaro!

Cec. No es bárbaro; es amigo tuyo.

Alb. ¿Amigo mio?... Bien quería yo que lo fuese... En él estuvo acompañarme en mi suerte... ir él y yo, tú y Sofia...

Cec. ¿Qué oigo?... ¡te atreviste á proponerle... él, tú, yo, tu hermana!...

Alb. ¡Qué no me dixo! ¡Qué no me opuso! ¡Con qué falsedad!...

Cec. Germevil es hombre de honor, Saint-Albin: tus mismas acusaciones sirven para convencerme.

Alb. ¿Qué dices?... tiembla, tiembla... Defenderlo es redoblar mi furor... Aléjate de mí.

Cec. No, hermano; me escucharás, verás á Cecilia á tus pies... Germevil... Hazle justicia... ¿No le conoces ya?... ¿Se habrá mudado en un momento? ¡Y le acusas todavía! ¡hombre injusto!

Alb. ¡Infeliz de tí, si aun le amas con ternura!... Yo lloro ahora... dentro de poco tú llorarás tambien.

Aterrada y trémula.

Cec. ¡Qué intentas!

Alb. Apiadada de tí misma, nada me preguntes.

Cec. ¿Me aborreces?

Alb. Te compadezco.

Cec. ¿Esperas á padre?

Alb. Huyo de él; huyo de la tierra entera.

Cec. Lo veo, quieres perder á Germevil... quieres perderme:.. pues bien, piérdenos... díselo á padre.

Alb. Nada tengo que decirle... todo lo sabe ya.

Cec. ¡Cielos! ¡Ay de mí!

SCENA IV.

Saint-Albin, Cecilia, y Orbesson.

Saint-Albin manifiesta estar impaciente al acercarse su padre, despues queda inmóvil.

Orb. ¡Tú huyes de mí, y yo no puedo abandonarte! ¡Yo no tengo hijo, y tú sin embargo tienes padre!.., ¿Por qué huyes de mí, Saint-Albin?... no pienses que vengo á redoblar tu afliccion, ni ha exponer mi autoridad á nuevos desprecios... Hijo, amigo, no quieras que el pesar me arranque la vida... Solos estamos. Aquí está tu padre, aquí tienes á tu hermana. Cecilia llora, y mis lágrimas esperan las tuyas para confundirse con ellas... ¡Qué delicioso momento será éste, si tú quieres... Perdiste el bien que amabas, y lo perdiste por la perfidia de tu amigo.

Enfurecido alza los ojos al cielo.

Alb. ¡Ah!

Orb. Véncete; triunfa de tí, y de él; doma una pasion que te degrada; muéstrate digno de mí... Saint-Albin, dame mi hijo.

Aléjase Saint-Albin; quiere corresponder á los afectos de su padre, y no puede. Este se equivoca en la accion, y dice siguiéndole.

¡Dios mio! ¿Es éste modo de acoger á un padre? ¿Así huye de mí?... ¡Hijo ingrato, hijo descastado! ¿A dónde irás, que yo no te siga?... ¿A dónde te esconderás, que yo no te busque; por todas partes te seguiré, y te pediré mi hijo.

Prosigue alejándose Saint-Albin, su padre le sigue, y le grita con violencia.

Dame mi hijo Saint-Albin, dame mi hijo.

Apóyase Saint-Albin contra la pared, alza las manos, oculta la cabeza entre los brazos, y su padre continúa.

No me responde...ya no llega mi voz á su corazon; una pasion insensata le cierra el paso, ha destruído el fruto de mis vigilias, y lo ha hecho estúpido y feroz.

Se dexa caer en un taburete.

¡Padre desventurado! El cielo te castiga en es-

te objeto de tu desmedida ternura... Hijos crueles... moriré... tal es mi deseo... este es el vuestro.

Se acerca á su padre sollozando.

Cec. ¡Ah! ¡ah!

Orb. Consolaos... No seréis mucho tiempo testigos de mi angustia... Me retiraré, me iré á un desierto, y en él esperaré el fin de esta triste vida que os molesta.

Coge dolorida las manos de su padre.

Cec. ¿Qué será de vuestros hijos, si vm. los abandona?

Despues de un corto silencio.

Orb. Algun dia, Cecilia, llegué á pensar en tu colocacion.... Germevil.... decia siempre que os veía á los dos; Germevil hará feliz á mi hija.... Esta restablecerá la familia espirante de mi amigo.

Cec. ¡Qué oigo!

Enfurecido.

Alb. ¡Se casaría con mi hermana!... ¡llamaría yo hermano!... ¡á Germevil!

Orb. Todo me oprime á un mismo tiempo... No pensémos ya en eso.

SCENA V.

Los mismos y Germevil.

Alb. Aquí está, aquí está; fuera, fuera todos.

Sale al encuentro á Germevil.

Cec. Detente, Germevil. No te acerques; detente.

Coge á su hijo por medio del cuerpo, y lo saca con violencia fuera de la sala.

Orb. Saint-Albin... Hijo mio...

Adelántase Germevil con paso firme y sosegado; pero ántes de marcharse Saint-Albin vuelve éste la cabeza, y le hace seña.

Cec. ¡No soy bien infeliz!

Vuelve Orbesson, y se encuentra en el fondo con el Comendador.

SCENA VI.

Cecilia, Germevil, Orbesson y el Comendador.

Orb. ¡Hermano! Dentro de poco soy contigo.

Com. Es decir, que ahora para nada me necesitas. Pues á Dios. *Vase.*

SCENA VII.

Cecilia, Germevil y Orbesson.

A Germevil.

Orb. La division y el desórden estan en mi casa, y tú eres quien los originas. Me has enfadado, Germevil... No te repetiré lo que he hecho por tí, acaso te deleytarías en ello; pero en vista de la confianza que te dispensé esta mañana, por no ir mas léjos, esperaba de tí mejor correspondencia... Mi hijo medita un rapto, te lo dice, y no me lo revelas: el Comendador forma otro proyecto odioso, te lo confia, y me dexas ignorante de él.

Germ. Exîgiéron el secreto.

Orb. ¿Y debiste tú prometerlo?... Pero vamos adelante. Sofia no parece, y tú estás convencido de haberla robado... ¿A donde está?... ¿Qué debo pensar de tu silencio?... Pero no te insto para que me respondas. En tu conducta hay cierto misterio que no me conviene indagar. Sea lo que fuese, es menester que Sofia parezca; me intereso en ello. Cecilia, ya no cuento con los con-

suelos que esperaba hallar entre vosotros. Preveo los disgustos que amenazan á mi cansada vejez, y quiero evitaros el dolor que tendriais en ser testigos de ellos. Nada he omitido á lo que creo, para haceros felices, y en qualquiera parte que me halle, sabré con placer que lo sois.

SCENA VIII.

Cecilia y Germevil.

Déxase caer Cecilia en un taburete, y reclina la cabeza en sus manos.

Germ. Veo tu desasosiego, y espero tus quejas.

Cec. Estoy desesperada... Mi hermano quiere quitarte la vida.

Germ. Nada quiere decir su desafio. Se cree ofendido, pero yo estoy inocente y tranquilo.

Cec. ¡Para qué te creería yo! ¡Que no hubiera hecho lo que me dictaba mi corazon!... ¿Has oído á mi padre?

Germ. Tu padre es justo, y nada temo por su parte.

Cec. Mi padre te quería y estimaba.

Germ Una vez que tuvo esos sentimientos, yo los recobraré.

Cec. Tú hubieras hecho feliz á su hija; Cecilia hubiera restablecido la familia espirante de su amigo.

Germ. ¡Cielos! ¡Es posible!

Cec. Yo no me atrevía á abrirle mi corazon... Desconsolado por la pasion de mi hermano, temía acrecentar su dolor... Podia yo imaginar que á pesar de la oposicion y ódio del Comendador... ¡Ah Germevil! á tí era á quien me destinaba.

Germ. ¡Y me querias tú!... ¡Ah!... Pero yo he cumplido con mi obligacion... Sean quales fueren las conseqüencias, nunca me arrepentiré del partido que he tomado... Cecilia, es menester que lo sepas todo.

Cec. ¿Pues qué ha sucedido?

Germ. Esa muger...

Cec. ¿Qué muger?

Germ. El Aya de Sofia.

Cec. ¿Qué?

Germ. Está sentada á la puerta de casa. Los criados la detienen, pero ella dice que quiere entrar y hablar.

Se levanta con precipitacion, y hace ademan de marcharse.

Cec. ¡Dios mio!... Voy corriendo...

Germ. ¿A dónde?

Cec. A echarme á los pies de mi padre.

Germ. Detente; mira...

Cec. No me detengo, Germevil.

Germ. Oye, escucha.

Cec. No te escucho.

Germ. Cecilia... Cecilia...

Cec. ¿Qué quieres? ¿Qué exîges de mí?

Germ. He tomado mis medidas. Los criados la detienen, y no entrará; mas dado el caso que entrára, en no presentándose al Comendador, ¿qué podrá decir á los demas que ya no sepan?

Cec. No, no quiero exponerme mas. Voy á decírselo todo á mi padre; es bueno y justo, conocerá mi inocencia, sabrá los motivos de tu conducta, y nos perdonará á los dos.

Germ. ¿Ŷ esa infeliz á quien concediste asilo?... Despues de haberla recogido, ¿dispondrás de ella sin consultarla?

Cec. Mi padre es bueno.

Germ. Aquí está tu hermano.

SCENA IX.

Cecilia, Germevil y Saint-Albin.

Sale Saint-Albin lentamente, con semblante melancólico y feroz, baxa la cabeza, cruzados los brazos, y encasquetado el sombrero hasta los ojos.

Lánzase Cecilia entre él y Germevil, y exclama:

Cec. ¡Saint-Albin!... ¡Germevil!

A Germevil.

Alb. Pensaba hallarte solo.

Cec. Mira, Germevil, que es tu amigo; mira que es mi hermano.

Siéntase en una silla.

Germ. Jamas lo olvidaré, Cecilia.

Dexándose caer en otra.

Alb. Que salgas ó te quedes, ya no te dexo.

A Saint-Albin.

Cec. ¡Hombre sin juicio!... ¡Hombre ingrato!... ¿Qué resuelves?... No sabes...

Alb. Demasiado sé.

Cec. Te engañas.

Levantándose.

Alb. Déxame: déxanos solos.

A Germevil, echando mano á la espada.

Germevil...

Germevil se levanta repentinamente.

Volviéndose á su hermano le grita.

Cec. ¡O Dios!... Detente... Sabe... Sofia....

Alb. Y bien, ¿Sofia dónde está?

Cec. ¿Qué le voy á decir?...

Alb. ¿Qué ha hecho de ella? habla; dí.

Cec. ¿Qué ha hecho?... Librarla de tu furor, ponerla á cubierto de las persecuciones del Comendador... traerla á casa... y ponerme en la dura precision de recibirla... En casa está; aquí la tienes, pero sin quererlo yo...

Solloza y llora.

Vé ahora, corre, atraviésale el pecho con tu espada.

Alb. ¡Cielos! ¡Es creíble!... ¡Sofia está en casa!... ¿Y él la traxo? ¿Tú la recibiste?... ¡Ay, hermana!... ¡Ay, amigo!... Soy un miserable, soy un insensato.

Germ. Eres amante.

Alb. Cecilia, Germevil, á vosotros os lo debo todo... ¿Me perdonais?... Sí, sois justos, amais tambien, os pondreis en mi lugar, y me perdo-

naréis... Pero Sofia sabrá mi proyecto; y es preciso que llore, se desespere, me aborrezca y me desprecie... Cecilia, ¿quieres vengarte de mí? ¿quieres agoviarme con el peso de mis yerros? Pon el colmo á tus bondades... Déxamela ver... por un momento siquiera.

Cec. ¿Qué me pides?

Alb. Hermana, me es imposible vivir sin verla; no puedo.

Cec. ¿Y piensas en ello?

Germ. No será racional hasta que lo consiga.

Alb. ¡Cecilia!

Cec. ¿Y padre? ¿y el Comendador?

Alb. Que vengan... Yo no puedo pasar sin verla, y voy ahora mismo.

Germ. Detente; espera.

Cec. Germevil...

Germ. Es menester darle gusto.

Cec. ¡Jesus, que vida tan cruel!

Vase Germevil, y vuelve inmediatamente con Clarita. Cecilia se dirige hácia el fondo, y al pasar le coge la mano Saint-Albin, y la besa lleno de alegría. Este se vuelve despues á Germevil, y le dice abrazándolo.

Alb. ¡Voy á verla! ¡voy á verla!

Habla quedito con su camarera, y despues dice en voz alta, pero triste.

Cec. Tráela aquí: ¡pero cuidado!

Germ. No pierdas de vista al Comendador.

Alb. ¡Vuelvo á ver á Sofia!

Acércase escuchando al lado por donde ha de entrar Sofia, y dice:

Ya oigo sus pasos... ya se acerca... tiemblo... me extremezco... El corazon no me cabe en el pecho, y temo salirle al encuentro... No osaré alzar la vista en su presencia. La lengua se me anuda... No podré hablar palabra.

SCENA X.

Cecilia, Germevil, Saint-Albin, Sofia, y Clarita en la antecámara á la entrada de la sala.

Descubre á Saint-Albin, y asustada corre á los brazos de Cecilia.

Sof. ¡Señorita!

Siguiéndola.

Alb. ¡Sofia!

Cecilia estrecha tiernamente á Sofia en sus brazos

Llama.

Germ. ¿Clarita?

Dentro Clar. Aquí estoy.

A Sofia.

Cec. No temas, querida: recóbrate, siéntate.

Siéntase Sofia: Cecilia y Germevil se trasladan al fondo del teatro, y permanecen espectadores de lo que pasa entre Sofia y Saint-Albin: Germevil sério y distraído mira de quando en quando á Cecilia. Esta manifiesta tristeza, y á veces desasosiego.

A Sofia.

Alb. Tú eres Sofia, sí, tú eres. Al fin te recobro... ¡Cielos! ¡qué severidad! ¡qué silencio!... No te niegues á mirarme, Sofia; siquiera por una vez... Despues de haber padecido tanto... ¿nada dices á este desdichado?

Sof. ¿Lo mereces acaso?

Alb. Pregúntaselo á aquellos.

Sof. ¿Qué podrian decirme? ¿No sé yo demasiado? ¿A dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Quién me ha traído? ¿Quién me detiene?... ¿Qué dispones de mí, Saint-Albin?

Alb. Amarte, poseerte, ser tuyo á pesar del mun-

do entero, contra tu misma voluntad.

Sof. Qué bien me manifiestas el desprecio que se hace comunmente de los desgraciados. En nada se les tiene: todo el mundo se burla de ellos. Pero, Saint-Albin, mira que yo tengo parientes tambien.

Alb. Yo los conoceré, me presentaré á ellos, me echaré á sus pies, y os conseguiré.

Sof. No lo esperes; son pobres, pero honrados... Vuélveme, Saint-Albin, á mis padres; vuélveme á mí misma; envíame á mi casa.

Alb. Pídeme mas bien la vida; tuya es.

Sof. ¡Dios mio, qué será de mí!

A Cecilia y Germevil en tono triste y suplicante.

Germevil... Cecilia...

A Saint-Albin.

Restituidme, señor, á mi madre; enviadme á casa... Hombre cruel y desapiadado, si para conseguir lo que te pido quieres verme á tus pies, aquí me tienes.

Echase á los pies de Saint-Albin, éste la detiene, y se postra á los de Sofia.

Alb. ¡Tú á mis pies! Yo soy quien debo morir á los tuyos.

Se levanta.

Sof. No tienes piedad... no, no la tienes... ¿Qué te he hecho yo, vil raptor? ¿Qué derechos tienes sobre mí?... Si quiero irme... ¿quién se atreverá á detenerme?... ¿Y eres tú quien me amas?.... ¿Eres tú el que dices me has amado?...

Alb. Cecilia y Germevil te lo dirán...

Sof. Tú has resuelto mi perdicion... sí, la has resuelto, y la conseguirás... ¡Ah Sergi!

Al decir esta palabra se dexa caer en una silla, aparta la vista de Saint-Albin, y se pone á llorar.

Alb. ¿Apartas de mí tu vista?... ¿lloras?... ¡Ay de mí! merezco la muerte... Infeliz Saint-Albin, ¿qué fué lo que quisiste? ¿Qué has dicho? ¿qué osaste? ¿qué has hecho?

Sof. ¡Pobre Soña! ¡lo que te habia reservado el cielo!... La miseria me arranca de los brazos de mi madre... llego á París con uno de mis hermanos... veníamos pidiendo misericordia, y no hallamos mas que desprecios y aspereza... solo porque somos pobres nos desconocen, y cierran las puertas... déxame mi hermano.... quedo sola... una buena muger, viendo mi juventud, se apiada de mi desamparo... pero la mala estrella

que me persigue, hace de modo que este hombre me vea, me siga, me tome aficion, y me pierda.... En vano lloro.... en vano me aflixo... quieren perderme, y me perderán... Si éste no lo hace, lo hará su tio...

Se levanta.

¿Y qué exîge de mí este tio cruel?... ¿Por qué me persigue?... ¿Por ventura seduxe yo á su sobrino? Aquí está él, hable, acúsese á sí mismo... Hombre seductor y falaz, hombre enemigo de mi reposo, dí...

Alb. Mi corazon está inocente. Sofia, ten piedad de mí... perdóname.

Sof. ¿Quién habia de desconfiar? Parecía tan afectuoso y sencillo... De mí sé decir, que siempre le tuve por bueno...

Alb. Perdóname, Sofia.

Sof. ¡Que te perdone!

Quiere cogerla una mano.

Alb. ¡Sofia!

Sof. Retírate. Ya no te amo; ya no te estimo; no.

Alb. ¡Dios mio, qué será de mí!... Hermana, Germevil, habladla, empeñaros con ella... Perdóname, Sofia...

Sof. No te perdono, no.

Acércanse Cecilia y Germevil.

Cec. Amiga mia.

Germ. Mira que te idolatra.

Sof. Pues bien, que me lo pruebe, que me defienda de su tio, que me restituya á mi madre, que me envie á mi casa, y le perdono.

SCENA XI.

Los mismos y Clarita.

A Cecilia.

Clar. Gente viene, señorita; el Comendador.

Germ. Vámonos todos.

Cecilia pone á Sofia en manos de Clarita, y vanse todos por diversos lados.

SCENA XII.

El Comendador, Hebert y Deschamps.

Señalando á Deschamps.

Heb. Sí, señor, éste es, este es el que acompañaba al malvado que me la robó. Luego que le ví, le conocí.

Com. ¡Pícaro! En qué me detengo que no envio por un Alguacil, que te enseñe lo que mereces, por haberte prestado á la execucion de un delito.

Desc. Señor, no me pierda V. S. Así me lo habeis prometido.

Com. ¿Con que ella está en casa? ¿he?

Desc. Sí, señor.

Aparte.

Com. ¿Está en casa, Comendador, y tú no lo has olido?

A Deschamps.

¿Y está en el quarto de mi sobrina?

Desc. Sí, señor.

Com. ¿Y eres tú el bribon que venía á la trasera del coche?

Desc. Sí, señor.

Com. ¿Y el otro pícaro que la acompañaba, es Germevil?

Desc. Sí, señor.

Com. ¿Germevil, dices? ¿Germevil?

Heb. Señor, ya os ha dicho que sí.

Aparte.

Com. Juro á Crispos, que ahora no se me han de escapar.

Heb. Señor, permítame V. S. que la vea.

Com. Ahora no puede ser... ¡Válgame Dios, que descubrimiento!

Heb. Su madre y su hermano me la han confiado. ¿Qué les responderé yo quando me la pidan? Señor, haga V. S. porque me la vuelvan, ó que me encierren con ella.

Aparte.

Com. Eso sí se hará, yo te lo prometo.

A Hebert.

Bien está; pero ahora vete, vete presto. Sobre todo no te vuelvas á presentar en esta casa, porque si te ven en ella, de nada respondo.

Heb. ¿Pero me la volverán? ¿Puedo prometérmelo?

Com. Sí, sí; fiate de mí, y márchate.

Vase Hebert.

Desc. Maldita sea la vieja, y el portero que la dexó entrar.

A Deschamps.

Com. Y tú bribon... anda... lleva esa muger á su casa... Y mira, que si llega á saberse que me ha hablado... ó si vuelve á presentarse aquí, te echo á un presidio.

SCENA XIII.

El Comendador solo.

Com. ¡El cortejo de mi sobrino en el aposento de mi sobrina! ¡Jesus qué descubrimiento!... Bien me parecía que habia gato encerrado, y que los Lacayos estaban metidos en la danza... Uno iba, otro venía, éstos se hacian señas, aquellos hablaban quedito: todos ellos unas veces me seguían, otras huían de mí... Pues no digo nada la Camarerita. Lo mismo me dexa, que si fuera mi sombra... Vea vm. quál habia de ser la causa de toda esta bataola, que me tenía lelo.... Cuidado, Comendador; esto debe advertirte que ojo alerta á la menor cosa, que todo tiene su utilidad, que quando el rio suena agua lleva, y que donde quiera que hay rumór, siempre hay algo que saber... ¡Bribones!... Quando no querian que entrase la vieja, sin duda tenian motivos muy poderosos... La casualidad me llevó por allí al mejor tiempo... Veamos ahora lo que nos falta que hacer... Las primeras operaciones deben executarse á la sordina para no despertarlos de su letargo... ¿Y no sería mejor irme de-

recho al pobre hombre de mi cuñado?... No ¡de qué me serviría!... D' Auvilé; mira que el caso es árduo, y necesita de toda tu habilidad... ¡Pero creo que he de tener aquí mi auto de prision!

Busca en las faltriqueras.

¡Si ellos me lo diéron!... ¡O! acá está... sí.... aquí está. ¡Qué afortunado soy!... Por Dios que ahora me servirás. En un momento caigo sobre todos ellos, aseguro á esa miserable mozuela, echo de casa al picaruelo que urdió toda esta trama, y rompo de un golpe dos matrimonios... Sobrina mia, sobrina disimulada, ¡yo te prometo que te has de acordar!... ¡Y tú, pobre hombre!... Ya llegó la mia... Me vengo del padre, del hijo, de la hija, y de su amigo.... ¡Comendador! ¡qué dia tan precioso para tí!

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Cecilia y Clarita.

Cec. La inquietud y el temor me mortifican... ¿Ha vuelto Deschamps?

Clar. No, señora.

Cec. ¿A dónde habrá ido?

Clar. No pude saberlo.

Cec. ¿Qué fué lo que pasó?

Clar. Primero hubo muchas voces y agitacion. No sé quántos eran, pero todos estaban en movimiento. Cesan las voces de improviso, me acerco de puntillas, y escucho con la mayor atencion; mas á pesar de mi cuidado, nada pude entender mas que palabras sueltas. Al Comendador fué á quien oí gritar amenazando: un Alguacil...

Cec. ¿Si la habrá visto alguno?

Clar. Señorita, no puede ser.

Cec. ¿Nos habrá descubierto Deschamps?

Clar. Eso es otra cosa. El partió como un rayo.

Cec. ¿Y mi tio?

Clar. Le ví, gesticulando, hablando consigo mis-

mo, y con todas las señales de aquella maligna alegría que le es propia.

Cec. ¿A dónde está?

Clar. Salió solo y á pie.

Cec. Anda... corre... espérale á la vuelta... No le pierdas de vista... Busca tambien á Deschamps, y procura saber de su boca, todo quanto haya revelado.

Vase Clarita, y Cecilia la llama.

Mira; en viniendo Germevil, dile que estoy aquí.

SCENA II.

Cecilia y Saint-Albin.

Cec. ¡En qué me he metido!... ¡Ah Germevil!... La turbacion me persigue.... todo se conjura contra mí... todo me asusta.

Sale Saint-Albin, y Cecilia se dirige á él.

Hermano, Deschamps no parece, no sabemos qué ha dicho, ni á dónde está. El Comendador ha salido secretamente. La tespestad se forma, la veo, la siento cerca, y no quiero esperarla.

Alb. Despues de haber hecho tanto por mí, ¿me abandonarás ahora?

Cec. Hice mal, hice mal... Sofia no quiere perma-

necer mas tiempo en casa, y es menester dexarla partir. Padre ha notado ya mis sustos y temores. Lleno de sentimiento, y desamparado de sus hijos, ¿qué ha de pensar sino que alguna accion indiscreta los hace huir de su presencia y desantender su dolor?... Es preciso reconciliarnos con él. Germevil ha perdido su estimacion; Germevil con quien pensaba... Hermano, tú eres generoso; no expongas mas tiempo el honor de tu hermana, la opinion de tu amigo, la tranquilidad, y la vida de tu padre.

Alb. Está de Dios que no he de tener un instante de sosiego.

Cec. ¡Si habrá indagado algo el Aya!... ¡Si lo sabrá el Comendador!... Solo con pensarlo me estremezco... ¡Con qué verosimilitud, con qué ventaja nos atacaría! ¡Qué colorido no daría á nuestra conducta, y todo á ocasion en que el alma de padre está dispuesta á qualesquiera impresiones que se quieran grabar en ella!

Alb. ¿Dónde está Germevil?

Cec. Cuidadoso de nosotros, ha ido á casa del Aya de Sofia...

SCENA III.

Saint-Albin, Cecilia y Clarita.

Se presenta en el fondo.

Clar. El Comendador ha vuelto.

SCENA IV.

Saint-Albin, Cecilia y Germevil.

Germ. Todo lo sabe el Comendador.

Con sobresalto.

Cec. y Alb. ¡Todo lo sabe el Comendador!

Germ. El Aya se lo malició, vino á casa y reconoció á Deschamps. Intimidado éste por las amenazas y denuestos del Comendador, todo lo ha revelado.

Cec. ¡Ay!

Alb. ¡Qué será de mí!

Cec. ¡Qué dirá padre!

Germ. El tiempo urge, y no es hora de quejarse. Ya que no podémos estorbar el golpe que nos amenaza, á lo ménos que nos halle reunidos, y prontos á recibirlo.

Cec. ¿Qué has hecho, Germevil?

Germ. ¡No soy bien infeliz!

SCENA V.

Cecilia, Saint-Albin, Germevil y Clarita.

Grita desde el fondo.

Clar. Aquí está el Comendador.

Germ. Retirémonos.

Cec. No, yo espero á mi padre.

Alb. ¿Qué vas á hacer?

Germ. Vamos, amigo.

Alb. Vamos á poner en salvo á Sofia.

Cec. ¿Me dexais sola? ¡Qué! ¿os vais?

SCENA VI.

Cecilia sola.

Desasosegada.

Cec. No sé qué hacerme...

Vuélvese al fondo del teatro y grita.

Saint-Albin... Germevil... ¿Qué te responderé yo, padre mio!... ¡Qué diré á mi tio!... Pero

aquí viene... sentémonos, tomémos la labor... A lo ménos esto me dispensará de mirarle.

Sale el Comendador: Cecilia se levanta, y le saluda sin mirarle.

SCENA VII.

Cecilia y el Comendador.

Volviéndose hácia el lado por donde ha venido.

Com. Cuidado, sobrina, que tienes una Camarera bien vigilante... No puede uno mover un pie, sin darse con ella de hocicos... ¿Pero cómo tan sola y pensativa?... ¿Parece que todo se va sosegando en esta casa?...

Tartamudeando.

Cec. Sí.... creo... que... ¡Ay!

Delante de Cecilia apoyado en su baston.

Com. Tienes temblona la voz y las manos trémulas... Vaya que la turbacion es cosa muy cruel... Mas parece que tu hermano está algo mas sosegado...: Así son todos; al principio su desesperacion los transporta, y tratan nada ménos que de ahogarse ó de echarse un lazo al cuello: pero en

pasando un instante, á Dios, ya se acabáron tan fatales proyectos... O yo me engaño mucho, ó tú no has de ser así. ¿Es verdad, sobrina, que como tu corazon llegue á prendarse una vez, será invariable?

Aparte.

Cec. Esto me faltaba.

Con ironía.

Com. Mira que llevas mal esa labor.

Con melancolía.

Cec. Muy mal.

Com. ¿Cómo están tu hermano y Germevil?... Parece que ya son amigos... Aquello se acabaría... ¡Al fin todo se descubre, y luego nos avergonzamos de habernos conducido mal!... Como tú siempre has sido tan reservada y circunspecta, no sabrás nada de esto.

Aparte.

Cec. No puedo mas.

Se levanta.

Me parece que llama mi padre.

Com. No, sobrina, no llama nadie... Tu padre es un hombre muy singular. Siempre ocupado sin saber en qué, nadie como él tiene la gracia de mirar y de no ver nada... Pero volvamos al ami-

go Germevil... No te disgustará que te hablen de él, estando sola... De mí sé decirte, que no he mudado de parecer en quanto á su mérito.

Cec. ¡Tio!...

Com. Ni tú tampoco; ¿es verdad?... Cada dia voy descubriendo en él nuevas qualidades; no, nunca le he conocido tan bien como ahora... Es un mozo completo...

Levántase Cecilia.

Pero Cecilia, ¿no tienes sosiego?

Cec. Es cierto.

Com. ¿Qué tienes que hacer?

Cec. Esperaba á mi padre, tarda en venir y estoy cuidadosa. *Vase.*

SCENA VIII.

El Comendador solo.

Com. ¡Cuidadosa! ¡Bien puedes estarlo! No sabes lo que te espera... Por mas que llores, gimas y suspires, tendrás que separarte del amigo Germevil... Un par de años de encierro y nada mas... Pero he andado inadvertido, porque el nombre de Clarita hubiera sentado á las mil maravillas en el auto de prision, y no por eso costaría

mas... Lo que tarda el pobre hombre de mi cuñado; como no tengo ya nada que hacer, principio á fastidiarme...

Vuelve la cabeza y descubre á Orbesson.

Acaba de llegar, buen hombre, acaba de llegar.

SCENA IX.

El Comendador y Orbesson.

Orb. ¿Qué tienes que decirme, que no admite dilacion?

Com. Ahora lo sabrás... espera un momento.

Acércase pasito al fondo del teatro, y sorprehende á la Camarera que estaba de acecho.

Acércate, niña, entra, no estés tan léjos; aquí oirás mejor.

Orb. ¿Con quién hablas? ¿Quién está ahí?

Com. Clarita, la Camarera de tu hija, que nos estaba escuchando.

Orb. Ese es el efecto de la desconfianza que has sembrado entre tí y mis hijos. Los has apartado de mí para asociarlos con sus criados.

Com. No, hermano, no soy yo quien los he apartado de tí; sí el temor de que no se supiese su modo de proceder... Si están (sirviéndome de tu

expresion) en sociedad con sus criados, es porque necesitan que alguno les sirva en su perversa conducta. ¿Entiendes, hermano?... Tú no sabes lo que pasa al rededor de tí. Miéntras que confiado duermes en seguridad que no tiene exemplo, ó que te entregas á inútil tristeza, se establece el desórden en tu casa, y corrompe en todo y por todo tus criados, tus hijos y allegados... De suerte, que no hay subordinacion, ni decencia, ni costumbres.

Orb. ¡Ni costumbres!

Com. Ni costumbres.

Orb. Explícate, Comendador... Pero no, mejor será que me excuses...

Com. No es esa mi intencion.

Orb. Me bastan los quebrantos que padezco; no puedo sufrir mas.

Com. Como tu carácter es débil y sin energía, no espero concibas en esta ocasion aquel resentimiento intenso y profundo que corresponde á tu dignidad de padre. Sin embargo yo hago lo que debo, y sobre tí solo recaerán las consequiencias, sino pones remedio á...

Orb. Me asustas, Comendador. Dime, pues, ¿qué han hecho?

Com. ¿Qué han hecho? Muy bellas cosas. Escucha, escucha.

Orb. Ya oigo.

Com. Esa niña que tanto cuidado te cuesta...

Orb. ¿Qué?

Com. ¿A dónde te parece que estará?

Orb. No lo sé.

Com. ¡No lo sabes!... Pues está en tu casa...

Orb. ¡En mi casa!

Com. En tu casa, sí, en tu casa... ¿Y quién te parece que la ha introducido?

Orb. ¿Germevil?

Com. ¿Y la que la ha recibido?

Orb. Detente, hermano... Cecilia... mi hija...

Com. Sí, Cecilia; sí, tu hija ha recibido en su casa al cortejo de su hermano. ¿Es esto decente? ¿Qué te parece?

Orb. ¡Ay de mí!

Com. Vaya que Germevil se muestra extrañamente agradecido á los muchos favores que te debe.

Orb. ¡Cecilia, Cecilia! ¿Dónde están los principios que procuró inspirarte tu madre?

Com. ¡El cortejo de tu hijo en tu casa, en el aposento de tu hija! Juzga, juzga ahora.

Orb. ¡Ah Germevil!... ¡Ay hijo mio!... ¡Infeliz de mí!

Com. Si lo eres, tú tienes la culpa. ¿Por qué no te haces justicia?

Orb. Todo lo pierdo en un momento; hijo, hija, y amigo,.

Com. Tú tienes la culpa.

Orb. Solo me queda un hermano cruel que se complace en atormentarme... hombre inhumano, aléjate de mí. Haz que vengan mis hijos, yo quiero verlos.

Com. ¿Tus hijos? ¿tus hijos? tienen otras cosas á que atender mas bien que escuchar tus lamentaciones. La querida de tu hijo... á su lado... en el aposento de tu hija... ¿Piensas que esten disgustados?

Orb. Detente bárbaro hermano... Pero no, acaba de asesinarme.

Com. Ya que no quisiste precaviese yo tu afliccion, bebe, bebe ahora toda su amargura.

Orb. ¿Habré de perder todas mis esperanzas?

Com. Has dexado crecer sus vicios al mismo paso que ellos, y si alguna vez te los manifestaba, cerrabas los ojos y no querías verlos. ¿Si pudiéron despreciar impunemente tu autoridad?

¿es maravilla lo hayan hecho?

Orb. ¿Qué será de mí? ¿Quién me hará llevaderos los quebrantos de mi vejez? ¿quién me consolará?

Com. Quando yo te decia, cuidado con tu hija, tu hijo se relaxa, en tu casa tienes un bribon, pasaba la plaza de áspero, malvado é importuno.

Orb. ¿Llegará la hora de mi muerte, y no tendré á quien llamar para que me cierre los ojos?... ¡Ah!... ¡Ah!... *Llora.*

Com. ¿No despreciabas mis consejos? ¿no te mofabas de ellos? pues llora, llora ahora.

Orb. Tengo hijos, vivo infeliz, y muero solo... ¿De qué me sirve haber sido padre?... ¡Ay!...

Com. Llora.

Orb. Hombre cruel, ten lástima de mí. Cada palabra que sale de tu boca, me arranca el alma y la despedaza... pero no, no es posible que mis hijos hayan cometido tal desvarío. Están inocentes sin duda, y nunca creeré se hayan envilecido, y olvidado hasta este punto... ¡Saint-Albin!... ¡Cecilia!... ¡Germevil!... ¿dónde estais? Si podeis vivir sin mí, yo no puedo vivir sin vosotros... En una ocasion quise abandonáros... ¡yo abandonáros! Venid... venid todos, y echaros á mis pies

Com. Hombre pusilánime, ¿tienes vergüenza?

Orb. Vengan... acúsense... arrepiéntanse.

Com. No, lo que yo quisiera es, que ocultos en alguna parte te estuviesen escuchando.

Orb. ¿Qué podrian oir, que no sepan ya?

Com. Y de que no abusen.

Orb. Es preciso verlos, perdonarlos, ó aborrecerlos.

Com. Enhorabuena; velos, perdónalos, ámalos, y sean eternamente tu tormento y tu oprobio. Por lo que á mí hace, me iré á donde no oiga hablar mas de ellos ni de tí.

SCENA X.

Los mismos, Hebert, Bon y Deschamps.

Al ver á Hebert.

Com. ¡Muger maldita!

A Deschamps.

Y tú bribon, ¿qué haceis aquí?

Hebert, Bon y Deschamps al Comendador.

Señor...

A Hebert.

Com. ¿Qué quieres? Vuélvete. Yo sé lo que te prometí, y te lo cumpliré.

Heb. Señor... el alma se me sale por los labios.. Vea V.S. mi contento. Sofia...

Com. Que te vayas te vuelvo á decir.

Bon. Señor, señor, escúchela V. S.

Heb. Mi Sofia... mi niña... no es lo que pensábamos... Dilo tú, Bon... yo no puedo de alegría.

A Bon.

Com. ¡Qué! ¿no conoces aun esta clase de mugeres, y las patrañas que saben urdir? ¿Con cincuenta años de edad, y todavía te dexas engañar?

A Orbesson.

Heb. Señor, en vuestra casa está.

Aparte.

Orb. ¡Vaya que es cierto!

Heb. No quiero se me crea por mi bella cara... hacedla venir, y lo veréis.

Com. Al cabo será alguna parienta de ese Germeuil, que no tendrá zapatos que ponerse.

Oyese dentro ruido, alboroto y gritos confusos.

Orb. ¿Qué bulla es ésta?

Com. No es nada.

Dentro.

Cec. Felipe, Felipe, llama á mi padre.

Orb. Aquella es la voz de mi hija.

Dentro.

Alb. No te acerques, ó te mato.

A Orbesson.

Heb. y Bon. Señor, corra V. S.

Al mismo.

Com. Estáte quieto. ¿No te he dicho que no es nada?

SCENA XI.

Los mismos y Clarita.

Sobresaltada á Orbesson.

Clar. Espadas... Un Alguacil... Soldados. Corra V. S., señor, sino quiere que suceda alguna desgracia.

SCENA XII. Y ULTIMA.

Orbesson, el Comendador, Hebert, Bon, Deschamps, Clarita, Cecilia, Sofia, Saint-Albin, Germevil, un Alguacil, Felipe y Criados.

Salen en desórden Cecilia, Sofia, el Alguacil, Saint-Albin, Germevil y Felipe; Saint-Albin con la espada desnuda, y Germevil conteniéndole.

Gritando.

Cec. ¡Padre mio!

Corre hácia Orbesson.

Sof. ¡Señor!

Al Alguacil.

Com. Cumpla vm. con su obligacion.

Se echan á los pies de Orbesson.

Sof. y Heb. ¡Señor!

Contenido por Germevil.

Alb. Antes me han de quitar la vida, déxame, Germevil.

Al Alguacil.

Com. Haced vuestro deber.

Al mismo.

Orb. Alb. Heb. y Bon. Deteneos.

Levántase Hebert, y entre Bon y ella vuelven á Sofia hácia el Comendador.

Heb. y Bon. Mírela V. S., señor.

Sin hacer caso.

Com. Señor Alguacil, en nombre del Rey, executad las órdenes que traeis.

Grita.

Alb. Deteneos.

A un mismo tiempo al Comendador.

Heb. Bon y Alb. Miradla.

Al mismo.

Sof. ¡Señor!

Se vuelve, la mira, y exclama pasmado.

Com. ¡Qué veo!... ¡mi sobrina!

Heb. y Bon. Sí, señor, ella es; vuestra sobrina, á quien mandasteis decir que no se os pusiese delante de la vista.

Alb. Cec. Germ. y Clar. ¡Sofia es sobrina del Comendador!

Al Comendador.

Sof. ¡Ay tio! Aun no os conocia...

Con aspereza.

Com. ¿Qué haces aquí?

Temblando.

Sof. No me pierda vm.

Com. ¿Por qué no te estuviste con tu madre? ¿Por qué no te volviste quando te lo mandé decir?

Sof. Tio mio, yo me iré, me volveré. No me pierda vm.

Orb. ¿Tú eres hija de mi cuñado? ¡Sofia, sobrina del Comendador! Levántate, hija mia, ven á mis brazos.

Heb. ¡Sofia!...

Sof. ¡Aya mia!..

Heb. Por fin vuelvo á estrecharte en mis brazos.

Al mismo tiempo.

Sof. Al cabo os vuelvo á ver.

Echase á los pies de su padre.

Cec. Padre mio, no condeneis á vuestra hija sin oirla; sin embargo de las apariencias, Cecilia no es culpable. No he podido deliberar, ni consultaros...

Orb. Hija mia, has cometido una imprudencia muy grande.

Cec. ¡Padre!

Con ternura.

Orb. Levántate.

Alb. ¿Llora vm., padre?

Orb. Sí, hijo; lloro tus culpas, y las de tu hermana. ¿Por qué me habeis desatendido? Conoced al fin, que no podeis apartaros de mí sin extraviaros.

Albin y Cecilia besan á su padre las manos.

Los dos. ¡Padre!

Enxuga sus lágrimas, y dice con autoridad.

Orb. Comendador, veo te has olvidado de que estabas en mi casa.

El Comendador humillado y confundido no sabe qué responder.

Alg. ¿Pues qué, no es este señor el amo de ella?

Al Alguacil.

Orb. Eso debiérais haber indagado ántes de pisar sus umbrales. Retiraos, yo respondo de todo.

Vase el Alguacil.

Alb. ¡Padre mio!

Con ternura.

Orb. Te entiendo, hijo.

Presentando á Sofia al Comendador.

Alb. ¡Tio!...

Al Comendador que se desvía de ella.

Sof. ¿Así echa vm. de su seno á la hija de un hermano vuestro?

Sin mirarla.

Com. Sí, de un hombre gastador y sin conducta, que tenia mas que yo, que todo lo ha disipado, y que te ha reducido al miserable estado en que te ves.

Sof. Quando yo era niña, os dignabais de acariciarme, y me deciais muchas veces que me amabais. Si ahora os molesto, me iré, me volveré con mi madre; mi pobre madre, que todas sus esperanzas las tenia en vm.

Alb. ¡Tio mio!

Com. No quiero veros, ni oiros.

Le rodean.

Orb. Alb. y Bon. Hermano... Tio... Señor Comendador.

Orb. Al cabo es tu sobrina.

Com. ¿Qué se le ha perdido aquí?

Orb. Es tu misma sangre.

Com. Lo siento.

Orb. Lleva tu mismo apellido.

Com. Eso me aflige.

Señalando á Sofia.

Orb. Mírala. ¿Quién no tendría á mucho honor ser pariente suyo?

Com. Mira que no tiene nada; te lo advierto.

Alb. Sofia es rica.

Orb. Si se quieren, hombre.

A Orbesson.

Com. ¿La quieres por hija tuya?

Orb. Ellos se aman.

A Saint-Albin.

Com. ¿La quieres tú por muger?

Alb. ¡Que si la quiero!

Com. Pues tómala; convengo en ello. Lo mismo sería sino consintiera; no por eso se habia de hacer mas ni ménos.

A Orbesson.

Pero ha de ser con condicion.

A Sofia.

Alb. ¡Sofia! ya no nos volverémos á separar.

Orb. Hermano, gracia completa: fuera condiciones.

Com. Eso no; me has de hacer justicia en quanto á Cecilia y Germevil.

Alb. ¡Justicia! ¿y sobre qué asunto? ¿qué han hecho? Padre mio, á vm. mismo apelo.

Orb. Cecilia piensa, siente y escrupuliza: en su interior no dexará de conocer que su conducta me ha desagradado; así nada añadiré á sus pro-

pios remordimientos... Germevil... yo te perdono... conservarás mi estimacion y mi amistad; á qualquiera parte que vayas te seguirán mis beneficios; pero...

Vase Germevil tristemente, y Cecilia le sigue con la vista.

Com. Eso pase; no me da cuidado.

Aparte.

Clar. Ahora entro yo: vamos á liar el hato. *Vase.*

A su padre.

Alb. Escúcheme vm., padre mio... No te vayas, Germevil... Por este amigo teneis hijo... Sin él ya lo hubiérais perdido. ¿Qué hubiera sido de mí?... A Germevil debo mi Sofia... Perseguida por mí, perseguida por mi tio, Germevil y Cecilia la salváron... Este no podia perder un momento; aquella solo tenia un asilo... Introduciéndola en casa, la libráron de mi furor... ¿Castigará vm. en ellos mi culpa?... Ven, Cecilia, aplaquémos al mejor padre.

Coge á su hermana de la mano, llévala junto á su padre, y échanse los dos á sus pies.

Orb. Hija mia, si ya te he perdonado, ¿qué me pides ahora?

Alb. Que consolideis para siempre su felicidad, la mia y la vuestra. Germevil y Cecilia se quieren entrañablemente... Entregaros del todo, padre mio, á vuestra benignidad, y sea el dia de hoy el mas hermoso de nuestra vida.

Corre á Germevil, y llama á Sofia.

Germevil, Sofia,... venid... venid... Echémonos todos á los pies de mi padre.

Echase Sofia y Germevil á los pies de Orbesson: Sofia le coge una mano, y no la suelta hasta el fin de la escena.

Sof. ¡Señor!

Los levanta.

Orb. Hijos, hijos mios... Cecilia, ¿amas á Germevil?

Com. Toma; ¿no te lo he dicho ya infinitas veces?

Cec. Perdon, padre mio.

Orb. ¿Por qué me lo has ocultado? Hijos mios, ¡todavía no conoceis á vuestro padre!... Acér-

cate, Germevil; siento que hayas sido tan reservado, pero sabe que en todo tiempo te he mirado como si fueras hijo mio, y que te destinaba para esposo de Cecilia. Sea, pues, contigo la mas feliz de las mugeres.

Com. Brabo, ¡este es el complemento de la locura! Desde léjos he visto venir tal extravagancia; pero se dixo una vez que habia de tener efecto á pesar mio, y gracias á Dios ya la vémos cumplida. Alegrémonos todos, pero no nos volverémos á ver.

Alb. ¡Tio!

Com. Apártate. Yo prometo á tu hermana el ódio mas reconcentrado; y aunque tú tengas cien hijos, á ninguno llamaré por su nombre. A Dios.

Vase.

Orb. Vamos, hijos; veamos, quien de nosotros repara mejor los disgustos que ha causado.

Alb. Padre, hermana, amigo, á todos os he dado que sentir; pero miradla, y si podeis acusadme despues.

Orb. Vamos, hijos.... Nada os hará falta, Hebert.

A Sofia.

Hija mia, hacerte feliz será en adelante la ocu-

pacion mas halagüeña para mi hijo. Enséñale por tu parte á sujetar su carácter demasiado fogoso. Sepa en fin, que nadie puede ser dichoso si se dexa arrastrar de las pasiones. Tu sumision, tu mansedumbre, tu paciencia, con todas las demas virtudes que nos has manifestado hoy, sean por siempre modelos de su conducta, y objetos de su mayor estimacion.

Alb. Sí, padre; sí, señor.

A Germevil.

Orb. ¡Hijo, amado hijo! ¡Quánto he deseado llamarte con tan dulce nombre!

Cecilia besa la mano de su padre.

Tú harás feliz á Cecilia, y espero que ésta no te haga desgraciado... Yo contribuiré en quanto pueda á la dicha de todos... Sofia, es menester que vengan tu madre y hermanos. Nunca serán bastantes los testigos que os vean hacer al pie del altar el solemne juramento de amaros eternamente... Acercaos, hijos mios... Ven, Germevil.... Sofia, ven.

Une á sus quatro hijos.

Una muger virtuosa y un hombre de bien son los presentes mas ricos del cielo. Demos á los hombres este espectáculo dos veces en un mismo dia... ¡O quán cruel!... ¡O quán gustoso es ser padre!

Al salir del teatro, el padre lleva de las manos á sus dos hijas, Saint-Albin va abrazado de su amigo Germevil, Bon da la mano á Hebert, los demas siguen en tropel, y todos dan muestras de la mayor alegría.

FIN.

LA MUGER ZELOSA.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS EN PROSA:

TOMADA DEL FRANCES

DE MONSIEUR DESFORGES,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JULIAN DE VELASCO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Doña Anselma, *Señora Rita Luna.*

Don Juan, su marido, *Señor Manuel García Parra.*

Eugenia, su hija, sumamente sencilla, *Señora María Pinto.*

Clemencia, hija de Don Juan, de su primer matrimonio secreto, *Señora Teresa Masedas.*

Don Guillelmo, tutor y padrino de Doña Anselma, y amigo de Don Juan, *Señor Antonio Pinto.*

Don Narciso, sobrino de Don Guillelmo, *Señor Antonio Ponce.*

Gervasio, criado antiguo de Don Juan, *Señor Francisco Baca.*

Justina, su hija, criada de Eugenia, *Señora Joaquina Arteaga.*

JACINTO, criado de Don Juan, *SEÑOR JOSEF OROS.*

UN CALESERO, *SR. JOSEF GARCIA UGALDE.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon, en donde se halla, con otros muebles, una papelera con la llave puesta: hay tres puertas, una en el foro á la perspectiva de un jardin, y dos laterales; una perteneciente á la habitacion de Doña Anselma á la derecha, y la otra á la izquierda á la de su marido Don Juan. La iluminacion ha de figurar el rayar del dia.

SCENA PRIMERA.

Doña Anselma sola, sentada al lado de la papelera.

Ans. Muy tarde ha venido... ciertamente aquí hay algo... nuevos enredos... sin embargo duerme.. ¡y yo, víctima del amor y del himenéo, lloro y gimo noche dia.

Se levanta.

Quien vea esta papelera abierta como está, presumirá ya descubierto el corazon de mi esposo. ¡Ah! que este mismo abandono aumenta mis desconfianzas, porque seguramente no es mas

que un falso testigo de su fingida inocencia, un refinamiento, una extratagema mas... Mirémos.

Abre la papelera, y saca los cajones.

Si mis esfuerzos, tantas veces vanos, consiguiesen su fin: ¡mas qué digo! ¡desdichada de mí! zelosa con tanta causa como dolor, en vano buscas los secretos de tu ingrato: porque los maridos delinqüentes son amantes discretos, gobernados por el mismo arte que trama nuestras desgracias, sin que sus tenebrosos delitos nos dexen el menor vestigio para descubrirlos... Cerrémos, pues... ¿Mas qué es esto? ¡qué turbacion! ¡en vano me resisto contra mis desgracias!... Quiero verlo todo... ¡Cielos! ¡qué miro!... Al esfuerzo de mi mano se abre este secreto.

Con reflexion.

¡Otra pérfida invencion! No hay nada... pero continuémos... aquí hay... sí: no hay duda; una caxa de oro, la qual esconde algun misterio, y tendrá su secreto como la papelera... ¡horroroso secreto!... pronto le sabré...

Reconoce la caxa.

SCENA II.

Doña Anselma, Justina y Gervasio.

Conturbada.

Just. ¡Ay, señora! perdone vm.

Con enfado.

Ans. ¿Qué quieres?

Just. Acompañaba á mi padre, que ha venido á verme... voy...

Ans. No te vayas... y cuidado con que otra vez venga nadie á ver lo que yo hago, ni á entrar sin que yo llame.

Con el mismo tono.

Si me vienen á buscar, se dice que no recibo á nadie.

Se entra en su habitacion.

SCENA III.

Gervasio y Justina.

Just. Ya lo vé vm.: la señora sospecha que yo la observo, quando ella está continuamente de dia y de noche mirándolo y observándolo to-

do: al fin creo que saldré de casa.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Just. Solo á vm. descubriré mi pecho... pues sepa vm., que hasta mí alcanzan ya sus sospechas. Hace tres meses que vine del Convento con la señorita, y desde entónces... ¡cada paso es un peligro! malas razones, insultos, y un mal trato contínuo, de modo, que ya me hubiera despedido, á no ser por el amor que tengo á mi querida Eugenia, y por las bondades que debo á su honrado padre.

Gerv. No aguantes ninguna afrenta; vente mas bien conmigo.

SCENA IV.

Los dichos y Jacinto.

Con familiaridad á Justina.

Jac. Buen encuentro... Buenos dias, hermosa Justina.

Just. ¡Qué encuentro!

Tocando el hombro de Gervasio.

Jac. Tu padre...

Gerv. ¿Vienes de mi casa?

Jac. Sí.

Gerv. ¿A qué?

Jac. Ya se lo dirá á vm. el señor Don Juan. Ayer vino á casa muy tarde, y dixo: irás á casa de Don Guillelmo... ¿El severo tutor? dixe yo... ¡Bueno! voy al instante... No: mañana me repitió; y de allí á casa de Gervasio, porque quiero verlos muy temprano... Bien: no viven léjos uno de otro, dixe yo: echo á correr á casa del amigo, despues he pasado á la de vm.: no habia nadie, y era de presumir, pues estaba vm. aquí.

A Justina.

Gerv. ¿No adivinas lo que me me quiere tu amo?

Just. No por cierto.

Jac. ¡Tú te burlas! pues si quisieras, bien podrias adivinarlo: pero yo como soy bruxo, adivino que quiere casarte.

Just. ¿Con quién?

Sonriéndose.

Jac. Adivínalo tú primero.

Sonriéndose.

Just. Yo no soy bruxa.

Jac. Pues ya lo acabas de decir, y no te engañas.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Jac. Escucha... He imaginado que viendo tú un muchacho alegre y festivo, jóven, bien plantado, franco, leal, en fin, un buen muchacho... ¿no dirías para tí... vé aquí el que yo necesito para marido? Pues yo he dicho para mí; ese muchacho soy yo... tú no puedes decir á voces, le amo, deseo casarme con él... y por consiguiente se lo he dicho al señor Don Juan... Este con muy buen semblante me dice: ¿la amas? sí, señor... ¿y ella te ama? sí, señor... ¿No he hecho bien, Justina amada?... ¿Y Gervasio? me preguntó Don Juan... ¡Quién! dixe yo: ¿su padre? estoy muy seguro de él... Pues que venga mañana... mañana es hoy... Pero chito, que aquí viene...

Hablando con Gervasio.

Verá vm. cómo va á explicarse de manera, que ántes de poco tiempo tendrá vm. este yerno.

SCENA V.

Los dichos y Don Juan: éste pensativo con una carta en la mano.

Sin verlos.

Juan. Esta carta... despedaza mi corazon... ¡Cielos! cómo es posible que despues de diez y ocho años... *Los mira.*

Te estaba esperando, Gervasio.

Jac. Ya se puede presumir para qué.

Gerv. Señor, ¿qué manda vm.?

A Don Juan, señalando á Justina.

Jac. Ya sabe vm., que le he confesado...

Juan. Bueno es eso.

Jac. Bien puede vm. hablar, que todos estamos conformes.

Juan. Ya lo pensaré.

Jac. ¿En sus asuntos? Es muy bien hecho.

Juan. ¿Jacinto?

Jac. Señor.

Juan. ¿Y Don Guillelmo?

Jac. ¡Vaya, vaya! ¿pues qué soy yo algun necio?

Juan. Acaba.

Con ayre familiar.

Jac. Ahora vendrá con su sobrino.

Juan. ¡Su sobrino! ¿y para qué?

Lo mismo.

Jac. Pero señor, ¿y mi boda?

Juan. Jacinto: lo que á tí te toca, es obedecer lo que te se mande; pues si obras por tí, harás mil desatinos.

Con confianza.

Jac. ¿Quién, yo? no, señor.

Juan. Bueno... vé pronto á la puerta de Toledo: y luego que llegue un coche de Ciudad Real vuelve corriendo á decírmelo, advirtiendo que no pase adelante.

Jac. Voy al punto. *Se va, y vuelve.*

A Don Juan.

Jacinto se encomienda á la bondad de vm.

A Justina.

Por Dios, Justina, que á tí te importa más que á nadie. *Vase.*

Juan. Este Jacinto es muy singular: en todo se mete; tiene mil llanezas; mas tambien tiene zelo é inteligencia, y es menester perdonarle algun defecto.

A Justina.

Justina: ¿vendrá mi hija aquí hoy por la mañana?

Just. Ya sabe vm. que su primera obligacion, y su mayor gusto es...

Aparte.

Parece que estorbo; dexémoslos solos.

Señor, voy por ella al punto...

SCENA VI.

Don Juan y Gervasio.

En voz baxa.

Juan. Ahora bien, amigo Gervasio, necesito que me prestes tu casa.

Gerv. Ya sabe vm. que es suya.

Juan. No, amigo, que es tuya, y quiero que despues de tí, la disfrute tu hija en dote.

Gerv. ¡Ay señor! ¿quiere vm. que aun le deba mas, despues de tantos beneficios como me ha hecho?

Juan. ¡Ay Gervasio mio! Mal te pago, pues mas te debo todavía. En tu seno pasé mi niñez; ahora eres anciano, y es muy justo que llegue la

mia, y recompense tus solícitos cuidados.

Con viveza y en voz baxa.

En una palabra, Gervasio... yo espero de Ciudad Real una niña, que tiemblo se sepa en Madrid quién es. No puedo admitirla en mi casa sin mucho riesgo, y á nadie puedo fiarla como á tí. ¡No hay con que comparar el interés que en ello tengo! contempla que es inseparable de mi memoria, y sobre todo digna de la mayor atencion.

Gerv. Viniendo por medio de vm., nada puede serme sospechoso; obedeceré ciegamente: ¿pero debo yo irla á buscar?

Juan No: eso corre de mi cuenta.

En ademan de irse.

Gerv. Muy bien; pues espero.

Juan. Oye... Quisiera adornar tu habitacion con sencillez y limpieza. Se ofrecerán algunos gastos:

Le da un bolsillo.

Creo que hoy llegará; despacha, arregla tu habitacion lo mejor que puedas.

Vase Gervasio.

SCENA VII.

Don Juan un momento solo, y despues Eugenia y Justina.

Juan. ¿Si habrá llegado el fatal momento? ¿Pero cómo he podido yo privarme del mas dulce placer por diez y ocho años enteros? Un solo dia... Preciso es que yo me sacrifique: aunque no me cojerá de nuevo.

Sale Eugenia y Justina.

He aquí lo que me consuela. Mi único alivio, el bálsamo que sana mis heridas; ven á tu padre, ven, hija querida.

Eug. No voy, que corro: abrace vm., padre mio, á su pobre Eugenia, tan llena de pesadumbres...

Juan. Quién, ¿tú? ¿hija mia?

Eug. Sí, señor, yo... y á nadie puedo confiarme si no á vm., porque es vm. tan bueno, tan indulgente, tan humano. Miéntras que si oigo á Justina, ó á mi madre, todo es decirme, el amor es una quimera, un error funesto: el corazon debe en tu edad ignorar su imperio. Pero, ¿quién tiene mas edad, mi corazon, ó yo? mas sea yo,

ó sea mi corazon, lo que sé muy bien es que estoy apasionada.

Con admiracion.

Juan. ¿De quién?

Eug. De Don Narciso, padre mio; de aquel que iba con freqüencia en compañía de vm. y la de su tio, á verme al convento.

Juan. ¿Son esas tus pesadumbres?

Con afecto natural y sencillo.

Eug. No, señor, sino la oposicion de Justina, á quien con todo eso perdono de corazon. En una palabra, hace un año que quiero á Don Narciso... pues bien, ¿lo creerá vm.? hasta ayer no se lo he confesado.

Juan. ¿A él?

Eug. ¿Pues á quién? Si alguno debia saber este secreto primero que nadie, me parece que no podía ser otro: ¿no digo bien?

Just. Muy mal hecho.

Eug. Eso ya me lo has dicho, y por mi amistad nada te he respondido; ¿pero querías que por fuerza faltase á la verdad, y fuese tan cruel? Si tuvieses alguna buena nueva en tu interior, ¿tan duro sería tu corazon, que la callarías á quien ella pudiera hacer dichoso? Pues bien, lo mismo

es: él dice que mi ternura es el único tesoro que le interesa en este mundo: feliz, ó desgraciada, su suerte depende de mí: mi corazon no es malo. El me dice sencillamente: ¿me amas?... te amo: pues bien; estas dos solas palabras lo han puesto fuera de sí; y quando yo he visto en sus miradas tan amoroso fuego, me parece he sido culpable en no haber hablado ántes.

Juan. Vaya... Haces bien en amar al que será tu esposo.

Eug. Pues bien... No riñas mas, mi Justinita; ¿no? Yo amo; y miro mi pasion, como una dicha que tú no tienes; pero que la tendrás si es tu voluntad: mira, Justina, creeme, el amor... es mucho... vamos...

Juan. ¡Qué sentimientos tan naturales! Esa ingenuidad es la mejor prueba de un alma pura.

A Justina señalando á Eugenia.

¡Qué no debo esperar de ella, conservando siempre su apreciable candor?

Eug. ¡Ay padre mio! permita vm. en sus brazos á su mas tierna y buena hija; y abrace vm. tambien á Justina.

Abraza á su hija.

Juan. Con mucho gusto, hija adorada.

Pone la mano sobre el hombro de Justina, y la dice.

No temas que sean peligrosos los afectos de mi Eugenia; pero con nada te pagaré yo el especial cuidado que te debe...

SCENA VIII.

Los dichos y Doña Anselma.

Cogiéndolos en el acto dicho.

Ans. ¡Cielos! ¡qué infamia!...

Juan. ¡Gran Dios!

Just. Soy perdida.

Ans. ¿Parece que nadie hace alto?...

Just. Señora...

A Justina.

Ans. Sal de aquí.

Juan. Mira, escucha.

Ans. Nada escucho.

Eug. Madre de mi corazon, mire vm...

Ans. Calla... Bien esperaba yo esta injuria... No, no es de hoy solo...

Juan. Esposa, sosiégate.

Con desden y enojo.

Ans. ¡Qué prudencia! ¡qué tono tan manso! ¡qué ayre tan modesto! ¡qué ojos tan humildes!

Levantando la voz.

¡Ah! ¡falsos exteriores, máscaras de hipocresía y de impostura!

Just. Señora, permita vm...

Juan. ¡Qué zelos tan horrorosos, buen Dios!

El mismo tono mirando á Justina.

Ans. Yo buscaba una red... y la tenía en casa.

Just. Despídame vm., señora, y no ofenda mi honor.

Ans. Tu audacia á nadie insulta mas que á mí. ¡Retírate monstruo!

SCENA IX.

Los dichos y Don Gillelmo.

Guill. ¡Qué! ¿qué tumulto es éste?

Juan. Que ha de ser... Si tú no nos lo dices, no lo sabémos.

Guill. ¡Qué diablo! ¿nunca ha de haber paz en esta casa?... Que me confundan si á ella vuelvo mas.

Ans. ¡Oxalá!

Con naturalidad.

Eug. Se maltrata á Justina, porque padre y yo la querémos mucho.

Ans. ¡Quántos dias hace que yo debia haberla puesto en la calle!

Just. Bien pudiera vm. haberme ahorrado esta sospecha, señora;

Llorando.

y respetar mi honor, como yo respeto el suyo... A Dios, señora...

Deteniendo á Justina.

Juan. No, no, no te irás de casa.

Ans. Si en eso crees, malvado, perder tan bella alhaja, yo soy la que me iré.

Guill. A fé mia que en su lugar yo dixera, con mucho gusto... vete.

Ans. ¿Y sois su amigo, Don Guillelmo?...

Con viveza.

Yo diria á mi esposo, que en su vida tuvo enemigo mas atroz.

Guill. Sí, tienes razon; convengo en ello: fuí su enemigo quando fuí autor de tu boda. Yo era tu tutor, conocí lo que te amaba, y creí hacerle dichoso contigo. Os miré como á hijos. Espera-

ba de ambos otra correspondencia á mis desvelos: me engañé: ¡cómo ha de ser! pero él es hombre, y espero que harto de tanto sufrimiento, te hará conocer su poder y sus derechos.

Ans. ¡Su poder y sus derechos! ¡horroroso despotismo! ¿Tendrá el espantoso poder y el derecho horrendo de abrigar á mi vista, y en el seno de mi casa un escándalo como éste?

Juan. Escucha, esposa... ¿Has perdido el juicio?

Ans. No lo perdería, si tú lo tuvieses. Pronto: una ú otra salimos hoy de casa...

Señalando á Justina.

Escoge.

Just. ¡Señora! ¿Despues de tanta afrenta, cree vm. que tardaré yo mucho? Me voy llena de agradecimiento á esta casa; pero con mi preciosa inocencia.

Ans. En buen hora... pero cuidado con que tu odiosa presencia vuelva á ofender mas aquí mi corazon ni mis ojos.

Vase y vuelve de pronto, y le dice á Don Juan en voz baxa.

Todavía me falta descubrir otro negro secreto... Tiembla.... Dentro de una hora te lo diré.... A Dios, traidor. *Vase.*

SCENA X.

Los mismos.

Guill. Ea, alentado amigo: ya te he indicado tu obligacion... Con que va á salir Justina... ¿he?

Eug. No por Dios, no habrá valor...

Just. ¿Lo tendré yo para aguantar tanto ultrage? No habrá muger á quien jamas se haya tratado con mas ignominia.

Juan. Justina, verdad es que mi esposa...

Guill. Sí, verdad es que tu esposa es un lucifer, una cabeza de hierro, un corazon impio... ¡Pobre esposo! No seas gurrumino; déxate ya de sandeces: sé hombre: ¡pero qué! Si como un niño tímido te pones á pedir perdon de lo que no haces, y á decir... quiero la paz... ¡Votová! Haz la guerra una vez, y la paz vendrá: sí: la paz vendrá desde hoy mismo... Un marido quando quiere, es amo de su casa.

Just. A Dios, mi bien hechor, á Dios mi Eugenia, no me despidan vms. de sus corazones.

Juan. Ni tampoco de mi casa... Ven: segura estás, estoy resuelto...

Guill. ¡Bueno! Me gusta esa firmeza; pero que la

sepas sostener es necesario.

Just. No por cierto: no quiero encender mas infierno. Mi virtud no está en la sinrazon de mi ama; pero su tranquilidad depende de que yo me vaya... A Dios, señor.

Llorando.

Eug. No te vas, no.

Llorando.

Just. Es preciso, mi querida Eugenia.

Con viveza.

Eug. Pues bien, espera; que yo quiero llevarte á tu padre, y todos los dias iré á verte, si el mio lo permite.

Juan. No solo te lo permito, sino que te lo mando.

Vanse las dos.

SCENA XI.

Don Juan y Don Guillelmo.

Juan. ¡Qué hija tan amable! ¡qué encanto!

Guill. Mas feliz será su esposo que su padre.

Juan. Mucho me alegraré.

Guill. Pero hombre, ¿cómo sufres estos furores?

Juan. Mira, amigo: mi muger es muy virtuosa: con todos sus defectos la estimo, la amo: ¡ah! la

adoro, aunque sea conmigo mas injusta y mas zelosa: su mal viene de que me ama; y de buena fé, yo no puedo castigarla; y mas bien me echo á mí la culpa.

Guill. ¿Te parece bueno un amor con tanto exceso?

Juan. ¿Qué malo ha de ser el amor que uno mismo anima? Pero ella tiene talento, y con el tiempo podrá la razon destruir el aspid de sus zelos; además de que convencida con mi buena conducta y exemplo, sabrá dar verdadera estimacion á quien tanto la ama.

Guill. ¡Ah! que esa esperanza, pobre Don Juan, es la que fomenta la tiranía de tu esposa diez y seis años hace. ¿No te cansas de tan vil esclavitud? ¡Siempre solo, encerrado, viviendo como un salvage! ¡renunciando un privilegio exclusivo del hombre, en que cifra su dignidad! ¿No eres digno de lástima? por lo ménos tanta debilidad, es una cosa vergonzosa que provoca la risa de todos. Siempre con ella al lado, y no hay ninguno que os observe, que no moteje que hasta en tus miradas exerce ella su tiránico poder. Si encuentras qualquier muger, que te mire por acaso, ¡á Dios! ya sus ojos parecen

basiliscos, y anuncian la borrasca que te prepara: y despues para alimentar la rabia del tigre que despedaza tu corazon recto y leal, te condenas callando... La necia te quita el descanso, la dicha; te quita tambien el estimable sello del honor, la preciosa franqueza... en una palabra, amigo, todos abominan de tu muger, huyen de tí... y yo soy el único amigo que te queda.

Juan. Si lo eres, sé conmigo mas generoso: no me hagas sentir mas mi desgracia, sobre todo en este dia de tribulacion, en que mi alma está tan oprimida.

Guill. ¿Hay mas todavía?

Juan. Sí, amigo; yo me echo en tus brazos; tú solo puedes sacarme del lance mas terrible.

Abrazándole con dolor.

Guill. Pronto me tienes: ¿qué hay?

Juan. Lee primero esa carta.

Lee.

Guill. Ciudad Real. "Muy señor mio: La huer»fanita que tanto interesa á vm. desde que na»ció, acaba de perder la persona á quien habia »vm. fiado su educacion. Encargado por mi mi»nisterio de recoger las últimas disposiciones de

»los que fallecen, la moribunda me ha entrega-
»do una carta en que vm. la dice que le envie á
»Clemencia, quando se pusiera peor de su en-
»fermedad. En conseqüencia he aconsejado á la
»huérfana, que vaya á buscar á su protector á
»Madrid. Llegará pasado mañana: no tenga vm.
»cuidado, pues va con un hombre de bien."
Firmada: Don Patricio, Notario público.

Representa.

¿Qué enigma es éste?

Juan. Amigo; ¿me ofreces guardar secreto?

Guill. A esa pregunta jamas respondo.

Juan. Perdona.

Guill. Prosigue.

Juan. Sabrás que ántes de mi actual matrimonio, yo amaba una adorable jóven contra el gusto de los mios. Su ternura me obligó á casarme con ella de secreto: de este dulce lazo nació una niña... ¡Mas qué digo!... al nacer perdió á su madre. *Se enternece.*

Esta niña, Clemencia, mi hija, que por temor y otros justos motivos la he tenido ausente diez y ocho años, privándome de su amable vista, es la que hoy espero.

Guill. ¡Y bien!

Juan. No puedo, sin peligro de ambos, irla á buscar yo mismo.

Guill. ¡Y bien!

Juan. Todo me extremece; y mas si la pobre Clemencia se viene á casa.

Guill. ¡Y bien!

Con impaciencia.

Juan. ¡Y bien! ¡y bien! ¿Me quieres servir, ó no?

Guill. ¿Querrás que te sirva engañando á tu zelosa muger, y adulando un vicio, que tan justamente han aumentado diez y seis años de paciencia; vicio que no hubiera ella tenido, si tú hubieras seguido mis consejos? ¿Quieres lograr la paz que no hallas? Creeme; vamos á buscar á tu hija, traigámosla aquí, y dí con entereza: La que léjos de mí ha vivido desterrada injustamente, vuelve á su padre para siempre: es mi hija.

Juan. ¡Cielos! ¡qué tempestad habria! ¿Y es esa la paz que quieres? Tu pupila jamas hubiera sido mi esposa, si por temer sus zelos, no hubiera jurado ocultarla siempre la historia y el fruto de mis primeros amores.

Guill. ¡Pues! ella hubiera querido que desde que tú naciste la amases ántes de que la vieses, y

aun ántes de que ella misma naciese: ¿no es eso?

Juan. No me aburras: pero lo cierto es que para vencer sus rigores, era preciso que creyese haber sido la primera que poseyó mi corazon. El amor y la razon me mandaban callar. Y si he podido aguantar diez y seis años, con la esperanza de un sosiego que busco, ¿iré ahora en un abrir y cerrar de ojos á alejarlo para siempre? Además; ¿quál hubiera sido en mi casa la suerte de esta infeliz? Todos los dias estaríamos ella y yo oprimidos de reprehensiones, de injurias, de afrentas... bien lo habia predicho su desgraciada madre. ¡Ah Juan! (me dixo al espirar) "Júrame, que si vuelves á casarte, ignore tu esposa el fruto de nuestro justo amor: no le hagas víctima inocente de una madrastra." Así se lo juré, y sin delito no puedo ser perjuro, á ménos que uno de esos golpes que no pueden precaverse, hagan que la necesidad me obligue. Por otra parte, que venga Clemencia; y apostemos á que al instante se la destierra de casa.

Guill. ¡Pues!

Juan. Yo la doy asilo en la de Gervasio... y oxalá estuviera en un lugar mas oculto, para asegurar mas el gusto de verla.

Guill. ¿Y despues qué harás de ella?

Juan. Me esmeraré en proporcionarla un esposo digno. ¿No pienso con prudencia, amigo?

Guill. Sí: conforme al juramento que hiciste, y sobre todo al predominio de tu actual esposa, es preciso que quites á tu hija de tu vista. ¿Cómo dices qué se llama?

Juan. Clemencia.

Guill. ¿Es bonita?

Juan. Con un solo rasgo que tenga de su madre, ha de ser preciosa.

Va á la papelera, encuentra el secreto abierto, y no halla la caxa.

Aquí tengo el retrato de aquella amable madre, en una caxa de oro. ¡Ay cielos! ¡mi papelera! ¡la caxa ha volado!... Este era el misterio.

Guill. Veamos la caxa.

Juan. No la encuentro... ¿Si la habré puesto en otra parte? Pero dexémos esto: el tiempo estrecha; Clemencia va á preguntar las señas de mi casa. Dí tú que eres yo, si quieres: y llévala á la de Gervasio: aquí espero.

Guill. ¡Pobre marido!...

Encogiéndose de hombros.

Vamos allá. *Vase.*

Juan. Ella ha abierto mi papelera, sin duda. La fortuna es que nadie mas que yo sabe el secreto de la caxa; y el fatal retrato, hace años que no tiene original... Don Guillelmo tiene razon. Si yo quiero acabar tan largos tormentos, es menester firmeza... Pues duro: dexémos esta paz que siempre busqué, y que no encontré nunca: sí, sí, ménos debilidad... Pero pensémos ante todas cosas en mi pobre Clemencia.

Con ternura.

Si en su triste retiro no he podido verla aun, ¿quánto mas debo yo preservar aquí á esta preciosa joya de los funestos zelos? ¡Desgraciado esposo! ¡qué sea yo, Dios mio, á lo ménos feliz padre! Don Guillelmo y Jacinto van á avisarme al instante, y es preciso estar pronto á la menor seña.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Eugenia y Don Narciso.

Eug. Por desgracia no está en casa Gervasio; y yo hubiera querido verle, y decirle por qué sale su hija de aquí.

Narc. Ella se lo dirá.

Eug. Es una pesadumbre para este buen hombre: y en parte yo tengo la culpa.... ¿Pero quién querrá creer, que por un nada se ofenda así mi madre? ¡No, señor!... mas vale tomar una resolucion.

Narc. ¿La puedo yo saber?

Eug. Sí; la de no casarme nunca.

Narc. ¡Cielos!

Eug. Mira, amigo, que mi madre se enagena de manera, que me hace temblar: ¿pero de qué nacen sus furores?

Narc. ¡Ay! de que ama; de que es zelosa.

Eug. ¿Y si yo fuese lo mismo? á la verdad que la

suerte de mi padre es bien digna de lástima; y tal vez...

Narc. ¿Cómo es eso?

Eug. Piénsalo bien... al fin soy su hija: ¡y quién sabe! He oído que los zelos suelen heredarse; y como yo te quiero tanto, sentiría atormentar...

Narc. Harías muy mal en atormentarme.

Eug. Sin duda... y mi madre merecería que su esposo la aborreciera. ¡Jesus! Tres meses hace que vine del convento, y no he visto en él mas que ternura y amor; sin embargo...

Narc. Tambien tu madre es infeliz.

Eug. Mas en abono de lo que digo... Es muy peligroso casarse siendo zelosa; pues tanto padece una como el esposo. Hagamos una cosa, amigo mio... sí: tomémos una resolucion prudente: estimémonos siempre; pero...

Narc. Sin casarnos: ¿no es eso? ¿Crees, bella Eugenia, que nuestros corazones no echarían ménos?...

Eug. ¿Pues qué echarían ménos?

Narc. Una dicha aun mas preciosa.

Con viveza y con naturalidad.

Eug. ¿Qué dicha es esa que yo ignoro, y que tú conoces?

Narc. Ambos la tendríamos, si yo fuera tu esposo: esa dicha, cuya sola esperanza me inflama, es la de no tener ambos mas que una alma y un corazon; la de hacer comunes nuestros gustos y pesares; de ser uno el apoyo y el consuelo del otro; la de confundir mi exîstencia con la tuya sin poder separarnos nunca.

Sale Don Juan al paño.

Sin ver á su padre, y muy conmovida.

Eug. ¡Ay Dios! ¿con que esa dicha es tan grande? ¿Y dónde está esa dicha?

Narc. En el matrimonio: lazo solemne y tierno, que haría mas dichosos en el mundo de los que hace, si ellos supieran lo que se hacen...

Eug. En este lazo tan solemne, tan dulce, tan lleno de delicias, es muy comun que no sepan lo que se hacen: aquí por exemplo...

Narc. Aquí... ¡Bella Eugenia!

Aparte.

No sé qué decirla.

Eug. Sí por cierto, aquí.

Narc. Poco hace que la paz está de aquí desterrada... pero en fin, eso no durará siempre.

SCENA II.

Los dichos y Don Juan.

A Don Narciso.

Juan. Tienes razon.

Narc. ¡Ah señor! venga vm. en mi socorro: estoy para perder la que amo.

Juan. ¿Y quién te la hace perder?

Narc. Eugenia, señor; la misma.

Juan. ¿Cómo es eso?

Eug. Es, que yo tengo miedo de ser zelosa, y de hacerle algun dia tan desgraciado como vm...

Aparte.

Juan. ¡O peligroso exemplo!

En voz alta.

¿Y quién te ha dicho, hija querida, que yo soy desgraciado?

Eug. Padre mio, yo tengo ojos, y desde tres meses que estoy aquí, no sé si diga que echo ménos mi convento: y si no, esta mañana, con Justina...

Juan. Tu edad, hija mia, no tiene todavía el discernimiento necesario para decidir de esa ma-

nera... ¿Crees mi suerte rigurosa por tres meses de experiencia? Pero si diez y seis años fuí feliz; si esta dicha la debo á tu amable madre; si la debo tambien la de ser tu tierno padre: mete la mano en tu pecho, consulta tu razon, y dime de buena fé, ¿si puedo yo comparar diez y seis años de serenidad, con un dia de borrasca? Tal vez en este instante tengo necesidad de aliento, para sacarla de una equivocacion que perturba su tranquilidad; pero á pesar de sus sospechas, ella, y no yo, es digna de lástima. Así, da tu mano á Narciso, y no alargues la dicha de ambos, por el temor de un por venir dudoso. Si tú ves algun mal, évitelo tu razon: un mal exemplo jamas debe imitarse; pero sea qual fuere tu suerte, uno de los bienes mayores es unirse al esposo amado.

Muy acalorado abrazando á Don Juan.

Narc. No contento con ser el mejor de los esposos, es vm. tambien el mejor de los padres.

A Eugenia.

El matrimonio me promete felicidades; preciso he de ser dichoso baxo su suave yugo: sin embargo, hermosa Eugenia, acumula sobre mí todos los males que puede hacer una muger zelo-

sa... Sí; hazme morir; pero logre yo tu mano.

Eug. ¿Lo quieren vms. así? Pues yo sin mentir un no sé qué, me dice aquí dentro, que yo tambien quiero: mas escucha... Si la pobre Eugenia da en la manía de ser zelosa, y te hace aborrecible ese apreciable nombre de esposo, á lo ménos no me eches la culpa: acúsate á tí mismo.

Narc. Jamas será peligrosa nuestra union: ¿pero podré lisonjearme de labrar tu felicidad, y de merecer un corazon tan sensible y puro?...

Juan. Sí, Narciso: tú lo mereces, y tú la harás feliz, mas que yo á la mia.

Con asombro.

Narc. ¿Pues cómo?

Juan. Amigo mio, ya sabes su manía, y temo mucho... pero, chito.

Doña Anselma llega preocupada con la caxa que trae en la mano. Don Juan se retira con Eugenia, y Don Narciso al fondo del teatro; y se acerca poco á poco á su muger, despues de haber hecho seña á Eugenia y á Don Narciso de que no se acerquen sino con oportunidad.

SCENA III.

Los dichos aparte, y Doña Anselma sale.

Ans. Esta caxa esconde un retrato, dicen todos los plateros; pero ninguno sabe abrir el secreto. Mil veces la hubiera hecho pedazos en mi impaciencia... Pero el retrato...

Con cachaza.

Juan. Muger; ¿no ves que los plateros no tienen mi ciencia?

Sorprehendida.

Ans. ¡Ay cielos!

Juan. ¿Y que yo solo te la puedo enseñar?

Ans. ¿Quién? ¡tú!

Aparte.

Juan. Vaya: no parece que está furiosa... Lo cierto es que no pudo callar, y que debo decirte has hecho muy mal de abrir mi papelera, dando lugar á que se sospeche de la fidelidad de un criado.

Ans. Pronto hubiera yo quitado la sospecha: pero si temes que acaso se descubran arcanos importantes, impide tú mismo que se abra.

Juan. Yo creí, con algun fundamento, que de-

bia vivir seguro en mi propia casa; y si á cada paso he de vivir con desconfianzas, mas quiero morirme, muger.

Ans. Toda esa filosofia, esa cachaza, y esa mansedumbre no me engañarán, no.

Juan. Peor para tí.

Con entereza.

Ans. Vamos, dime: ¿qué secreto es este?

Juan. Trae aquí.

Con amarga sonrisa.

Ans. Dime: ¿permite la prudencia que yo te la dé?

En ademan de irse.

Juan. Nada quiero.

Deteniéndole.

Ans. El secreto... prónto.

Juan. Espera, muger: la prudencia manda...

Con vehemencia.

Ans. Escucha...

Aparte.

¡Qué expresion! ¡jamas tuvo tanto aliento!

En voz alta.

Ven, esposo, toma la caxa: á ver quál de los dos es ahora mas atento. *Se la da.*

Juan. Siempre ha sobresalido tu bondad á la

mia; pero para abrir la caxa, es menester que me la des.

Con agradable ironía.

Ans. Creo, que no tendré que arrepentirme de mi confianza.

En el mismo tono.

Juan. Pero, muger, conoce que yo con razon podré recoger lo que se me ha quitado.

Ans. ¡Cómo! ¿qué es eso? Ya conozco tus proyectos.

Con mucha cachaza é ironía.

Juan. Ten la bondad de oir á tu marido: ¿no sabes que como único propietario del secreto, no lo descubriré sino con mucha dulzura y sosiego? Pero ántes de todo pido una gracia.

Hace seña á Eugenia y á Don Narciso que salgan.

Da licencia á Eugenia para que dé su mano á Don Narciso, y al instante vas á saber lo que encierra la caxa.

Ans. ¡Diestra red!... Si no puedes disimular la falsedad de ese corazon... Encúbreme para siempre ese misterio... ya no quiero saberlo.

Narc. Señora, suplíco á vm...

Eug. ¡Madre mia!

Con enojo.

Ans. ¡Calla pérfida!... No, no será tu mano el precio de una traicion.

Juan. Ahí está la caxa... pues ahí está...

Con ironía.

A Dios... No haya traiciones.

Ans. Así me la entregas, sin descubrir el secreto, ¿he?

Con cachaza.

Juan. Anda, anda:

En ademan de irse.

Pregunta á los plateros.

Con un grito.

Ans. ¿Dónde vas?

Juan. Al jardin.

Se lleva á Don Narciso, y tambien quiere llevarse á Eugenia, pero su madre lo impide.

SCENA IV.

Doña Anselma y Eugenia.

Ans. Quédese vm. aquí, señorita...

Aparte.

¡Ah! ¡qué tono, qué desden, qué flema tan irritante!... Estoy fuera de mí.

Eug. Madre mia, en vm. está...

Ans. Dime: ¿te ama Don Narciso?

Eug. Sí, señora.

Ans. ¿Le amas?

Eug. Estoy loca por él.

Aparte.

Ans. Echarse la cadena á los quince años.

En voz alta.

¿Le darás tu mano?

Eug. Mucho lo deseo: y juzgo que él hará mi dicha, y la de mi buen padre.

Aparte.

Ans. ¡Ah! que otro tanto me juraba mi delinqüente marido. Hija mia, oye,.. tú no sabes lo que hay que temblar en ese triste lazo.

Eug. Lo que sé es amar de corazon.

Ans. Pues bien. Arma tus rigores contra Don Narciso. El amor es un aspid que abriga tu seno: y á mi exemplo teme los tormentos que te esperan quando ese corazon tan tierno y afectuoso se vea abandonado por un esposo tan pérfido como el mio.

Eug. Sí: digna es una de compasion quando eso es cierto; mas espero que no me sucederá lo mismo: Don Narciso será para mí (me lo ha prometido)

el amante mas fiel, el mejor de los amigos, y sobre todo el mejor de los esposos: en una palabra, espera hasta el último momento de su vida parecerse á mi padre, que es tan bueno, tan agradable, tan humano...

Con indignacion.

Ans. ¡Ah! ¡hija! tan falso... Todos se parecen.

Aparte.

No sé lo que me digo...

Un pensamiento. Acércate Eugenia...

En voz alta.

¿Estás resuelta á ese lazo que para tí puede ser mas feliz?

Eug. Sí, madre mia, pero con Don Narciso.

Ans. No te quejarás de que él se oponga, pues de él depende.

Eug. Ya me cuento por su esposa.

Ans. Está en el jardin, y quisiera hablarle.

Eug. En buen hora; al instante vendrá. *Vase.*

SCENA V.

Doña Anselma sola.

Ans. Para quitar la máscara á una maldad que se encubre con tanta destreza, es preciso emplear

el artificio, mas que me pese; además que el criminal objeto de mis justas sospechas, al fin me precisa á seguir sus lecciones. ¡Pero yo me confundo! ¿quándo ha usado él de ironía conmigo en sus ultrages? ¡Ah! esta es obra de mi tutor; ¿y ha de seguir mi esposo sus consejos? ¡y qué poco!... ¡No hay remedio! valgámonos del amor de Don Narciso. En su edad el corazon ama con violencia: podrá servirme... Aquí viene... silencio.

SCENA VI.

Eugenia y Don Narciso.

A Don Narciso.

Eug. Sí, en breve, amigo, serás mi esposo, porque dice mi querida madre que en tí está...

Ans. Eugenia, retírate.

Eugenia entra en el jardin, y cierra la puerta, hasta que su madre, que no la pierde de vista, se vuelve á los espectadores; despues vuelve á abrir la puerta, y se oculta muy pasito detras de una cortina.

SCENA VII.

Doña Anselma y Don Narciso, y Eugenia escondida.

Ans. Ahora bien... Espero, amigo Don Narciso, que no tomará vm. á mal que una madre sensible quiera salvar á su hija de los males inseparables del matrimonio... Será muy justo que el amor maternal conozca á fondo el esposo que se la destina: esto pide mucho tiempo.

Narc. ¡Señora! Vm. me hace padecer: si alarga mi dicha, mil tormentos despedazan ya mi corazon: y á la verdad soy bien digno de lástima. Sin embargo, mi llama es tan pura, como el objeto que la anima. Me considero digno de la adorable Eugenia; ¿y la podria hacer desgraciada? La muerte sea mi premio, si lo pensára solamente... ¡Eugenia de mi corazon! ¡Destierra ese temor para siempre de tu alma! Jamas profanará el vicio un corazon, en que siempre habitará el honor con tu adorable imágen.

Ans. Creeré cierto tu amor, si correspondes á una prueba que quiero hacer contigo: mira que si amas, el éxito de tu amor depende ya de tí solo.

Se queda suspensa por algunos momentos.

Tengo quejas de mi esposo, no sin fundamento; y no quisiera dar á mi hija un compañero como él.

Narc. ¿Pues qué tiene de peligroso? ¡señora! mi dicha sería parecerme á él.

Ans. ¿A quién? ¿á ese cruel marido? ¿autor de mi suplicio? Sí; tú eres su cómplice... No lograrás la mano de mi hija.

Con desesperacion.

Narc. ¡Cielos, qué oigo!

Ans. ¿Qué has dicho tú?

Narc. ¿Es mal deseo el parecerme á un digno esposo en lo bueno que es? En todas partes le veo virtuoso, respetable: en fin, Don Juan es el mejor de los hombres: pero no sé si en secreto puede hacer otra cosa.

Ans. Ahora eres discreto.

Con mucho afecto.

Narc. ¡Ah señora! No tengo mas que una alma. En manos de vm. la pongo... Decida vm. mi destino.

Se pone de rodillas.

Pido á Eugenia, ó la muerte.

Ans. Alza... en dos palabras... no es delito, que

una esposa sensible suponga á su marido agravios que no exîsten: pero esta duda es horrorosa... sácame de ella... ¿Dime, no es tu amigo?

Narc. Así lo creo, y me honro en serlo suyo.

Ans. Pues bien: valido de esta familiaridad, vas á seguir sus pasos con mucho zelo, y despues á decirme todo, todo lo que veas.

Narc. ¡Cielos! ¡Yo delator de un amigo! Señora, tal empleo es poco digno de mí.

Ans. ¿Amas á Eugenia?

Narc. La adoro... Pero detesto la ignominia.

Ans. ¿Por qué temes, si la conducta de mi marido no es sospechosa?

Narc. Yo la respeto, y no la exâmino.

Con furor.

Ans. ¡Perverso!... Quando yo no viva, te casarás con mi hija.

Sale detrás de la cortina.

Eug. ¿Y por qué no has de hacer lo que mi madre dice? Dí que sí, Narciso mio: no es tan difícil seguir los pasos á mi padre; y yo no tendría inconveniente en ello; pues como nada hace de malo, ¿qué importa que mi madre lo sepa?

Conturbada.

Ans. ¿Estabas aquí?

Eug. Sí, señora; todo lo he oído.

Ans. ¿No te dixe que te fueras?

Eug. ¡Ah! yo no escucho nada de otros;

Mirando á Narciso.

pero me he puesto á escuchar lo que me importa: ¿no es esto natural, madre mia?

Aparte.

Ans. ¡Ah! ¡atrevida! Todo mi plan ha trastornado.

SCENA VIII.

Los dichos, Gervasio, Justina, y despues Don Juan.

Gerv. Aqui está...

A su hija.

Vamos, hija... quiero hablar á la señora; ella es humana, muy racional, y no sé cómo puede arrojar de su casa...

A Justina.

Ans. ¡Cómo tienes atrevimiento!...

Just. Vengo con mi padre.

Gerv. Señora, disculpe vm. á un anciano, y á un padre, que teme que su hija...

Ans. ¿Conoces su culpa?

Gerv. No, señora. Pregunto y calla: imploro la

gracia de que vm. sosiegue mi agitacion.

En ademan de irse.

Ans. Ahí viene tu amo, que te lo dirá mejor que yo: mejor lo sabe él.

Aparte al tiempo de entrar.

Juan. ¡Ola! ¡mi muger! ¡con el buen Gervasio y Justina!

Just. ¡Señora! El honor, la caridad, todo se interesa en que vm. diga mi delito ántes de dexarnos.

Ans. ¡Se puede dar mayor insolencia! Yo quería ahorrar á tu pobre padre una pesadumbre... ¿pero lo quieres así? diré la horrorosa verdad...

Hablando con Gervasio.

¡Gervasio! Esta mañana aquí mismo, tu hija se dexaba abrazar de mi marido.

Con admiracion.

Gerv. ¡Quén! ¿ella?

Eug. No, no por cierto: ¡madre mia! oiga vm.

A Eugenia con dulzura.

Juan. Calla, hija.

A su hija.

Gerv. ¿No respondes?

Just. El inocente sufre con humildad que se le acuse, y no acusa á nadie.

Gerv. ¡Señor! por Dios quíteme vm., si me estima, esta pesadumbre que acabará conmigo. Dígame vm. solamente, no es culpable; y yo respiro.

Juan. ¡Gervasio!... Si hay un corazon casto, es el de tu hija.

Con mucho contento.

Gerv. ¡Ya descanso!

Juan. Ese supuesto abrazo, fué una inocente señal de mi gratitud á Justina por los cuidados que le debe Eugenia... En esto que llega mi muger... Adivina tú lo demas.

Gerv. Ya estóy... En efecto, Justina es tan modesta, que no me pude imaginar, señor, que se olvidára en un instante.... Pero la señora ha estado para perder á esta inocente: porque vm. sabe que sin el honor, nada es una muger. ¡Hija mia! ya estoy sereno... Ven... volvamos á nuestra pobre choza.... y vm., señora, otra vez no exponga á nadie al mas cruel sonrojo sin motivos... Eso sí; pobres serémos, pero honrados.

Ans. ¿Ves á lo que me exponen tus inauditos procederes? á que unos criados insolentes, validos de tu proteccion, me injurien en mi cara: y tú, cruel, ¿me dexas vengada con ese silencio?

Juan. Anselma: esto es ya demasiado serio... Mira en tu rededor, considera tu obra, y cuenta las víctimas que sacrificas, sin señalar sus delitos: conozco los mios: soy tu marido: infeliz por tu excesivo amor; y lo llevo con paciencia. ¿Pero qué derecho tienes para injuriar ni perseguir á los demas?

Con viveza y decoro.

Contempla ese buen anciano, á quien recompensas sus servicios con el mayor ultrage. Mira su hija, objeto de tu ódio implacable, guardando sin embargo un humilde y generoso silencio. Ahí tienes á nuestra Eugenia, á quien tus rigores quieren arrebatar dos bienes necesarios á su corazon: al amante que adora, y á su leal Justina...

Señalándose á sí mismo.

Ultimamente; aquí tienes á tu único amigo, á tu fiel esposo; infeliz por ser un perpétuo blanco de tus injustos zelos: déxate, pues, mover de este triste espectáculo: cesa de emponzoñar la dicha de tus dias: acuérdate de aquellos pasados tiempos, tan preciosos, tan dulces, en que mi esposa amaba á su esposo sin sospecha... Ven, mi pobre Eugenia, échate á los pies de tu madre.

Eugenia se arrodilla.

Tus inocentes ruegos, unidos á mi ternura, mudarán su corazon, que ha nacido generoso, y que no está hecho para sufrir que nadie sea infeliz.

Eug. ¡Madre!

Conmovida.

Ans. Ven á mis brazos... no puedo mas.

A Don Juan con mucha ternura y expresion.

¡Ven tambien, dulce amigo! ¡ven! ya cedo á tus bondades: aquí tienes este corazon, que tú has sanado.

A Gervasio.

No se hable mas de esto, fiel Gervasio... Justina, no dexes mi casa.

Just. ¡Ay señora! es tiempo de que vaya á dar á mi padre los alivios que su hija le ha dado siempre: y ahora pagaré este tributo legítimo con tanta alegría, como que al salir de esta casa llevo de ella el buen concepto de vm.

Eug. ¿Y te vas despues de todo?

Escena muda entre Eugenia, Gervasio y Justina; estos dos últimos vanse.

Ans. No puedo echarla nada en cara... ¡Ah! que es uno de los mas preciosos bienes de este mundo el hacerse amable: lo conozco. No podia esperar de mi triste conducta mas que el ódio y abandono

de todos. ¡Esposo! tu dicha estaba envenenada por mis furiosos zelos... todo me lo perdonas... Mucho tiempo hace que he estado perturbando el sosiego de tu corazon; pero no lo haré mas: abjuro mi error... toma...

Le vuelve la caxa.

Recobra esa caxa, y su fatal secreto, que tanto me ha atormentado: renuncio para siempre mis sospechas.

Juan. Voy á sacarte de dudas.

Aparte.

Debo hacer este sacrificio por su tranquilidad.

Abre la caxa.

Mirando el retrato.

Ans. ¡Ay Dios! ¡que es de una muger!

Juan. Y bien: ¿no estás curada de tus zelos?

Con emocion.

Ans. ¡Y de una muger que no conozco!

Mirando por encima del hombro de su madre.

Eug. ¡Ay! ¡qué bonita!

Juan. En una palabra. No quiero dexar materia á tus sospechas. Creeme: hijo de la idéa y del capricho, ese retrato no tiene original en el universo entero.

Ans. ¡Basta! Al fin soy dueña de mí misma. Yo guardo esta alhaja, regalo de tu ternura, para obsequiar un dia á nuestros novios... y para reparar mejor la ofensa que ha sufrido una familia honrada, voy á que Gervasio me vuelva su hija.

Abraza á su marido.

SCENA IX.

Los dichos: Don Guillelmo entra en el momento que Doña Anselma abraza á su marido.

Guill. ¡Ola! aquí se abrazan. Esto es nuevo para mí.

Con desden.

Ans. ¿Es malo esto?

Guill. ¡Vaya, vaya! ¡buen retrato! es un original sin copia.

Ans. No hay necesidad de copia.

Con desembarazo.

Digo á vm., señor Don Guillelmo, que si sus cuidados oficiosos no turban mas la paz de mi casa, durará en ella muchos años. *Vase.*

Guill. ¡Qué sal tan picante! Pero no me hace mella, pues hasta que tu corazon se haya hecho de un carácter firme, no dexaré de ser tu Mentor.

Le toma del brazo aparte.

¡Ahora bien! Ya ha venido la niña, que esperabas.

Juan. ¡Ay Dios!

En voz baxa.

¿No la has hablado?...

Guill. No por cierto. Lo peor es, que ha preguntado á la puerta ¿dónde vivias? y como eres tan conocido... ¿Tienes un criado fiel?

Juan. Mis gentes todas son á favor de mi muger, y siempre les está preguntando.

Guill. Pues bien. Si nos quedáramos uno de los dos....

Juan. Otro peligro...

Con reflexîon repentina.

Guill. Aquí cerca hay, como sabes, algunas posadas.

Juan. Muy bien. Es lo mas seguro.

A Don Narciso en voz baxa.

Eug. ¿Qué tienen?

En voz baxa y con afecto.

Narc. Calla.

Guill. No perdamos tiempo... Narciso, ven con nosotros...

En voz baxa á Don Juan.

No temas... que es un buen mozo, y nos servirá.

Con naturalidad.

Eug. ¿Le dexará vm. volver?

Guill. Sí, sí; no tengas cuidado, que nosotros responderémos de él. *Vanse.*

SCENA X.

Eugenia sola.

Eug. ¡Qué fastidio! ¡llevarse su sobrino! ¿No estaría mejor en mi compañía? Sola, me voy á aburrir. Para obsequiar un dia á nuestros novios, dixo mi madre: esto será pronto... ¿Si seré yo zelosa?... ¡Qué silencio reyna aquí!... Voy á casa de Gervasio... Mas no, que se enfadará mi madre... Quedémonos, pues... Ahora que me acuerdo: allí está la aria que Narciso me ha regalado, que empieza: *Locas son las niñas.* La letra es suya; ya no temo el fastidio: voy al piano.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto solo.

Jac. No ha querido venir el coche; no es maravilla, pues no sé quién me ha dicho que ya llegó; y por eso me vengo derechito á casa.

SCENA II.

Eugenia y Jacinto.

Eug. Ola, Jacinto.

Jac. Señorita, sea enhorabuena.

Eug. ¿De qué?

Con agradable sonrisa.

Jac. De una noticia, que vm. ya sabe.

Eug. Nada sé.

Jac. La señora esposa de Don Narciso: ¿no es un bonito título? ¿A que es muy gracioso?

Eug. Mas bonito que otro.

Jac. Pues bien; así se titulará vm.

Eug. ¿Lo sabes?

Jac. Mucho que lo sé... Y el título de esposo de

Justina, ¿qué le parece á vm.?

Eug. Muy lindo.

Jac. Pues sepa vm. que sí: pero yo no la veo.

Eug. Puede que ahora venga.

SCENA III.

Los dichos y Doña Anselma.

Eug. ¡Madre mia! ¿vuelve Justina?...

Ans. No estaba en su casa; luego volveré á ver en qué quedamos. Vaya, que es tiesa tu Justina.

Eug. ¡Pero es tan amable!

Jacinto entretanto da muestras de contento. ¿Quiere vm. que la escriba una esquela? Jacinto la llevará.

Ans. Sí; y dila que aquí la espero, que quiero decirla que nada tengo con ella... Mas... se me olvidaba un grande encuentro... ¿Sabes que he hallado á tu padre, á Don Guillelmo y á tu amante, que me han dicho que iban á casa de un Notario? ¿Qué comprehendes de esto?

Sonriéndose con naturalidad.

Eug. Yo nada: pero déxelos vm. ¡Ah! mas querré á mi amante, si por vm. llega á ser mi esposo. *Vase.*

SCENA IV.

Doña Anselma, y Jacinto á un lado.

Ans. El mal que se sabe, no está léjos del mal que se teme.

Aparte.

Mucho me cuesta seducir á un criado: pero ánimo: vamos allá.

Acércate, Jacinto, que no voy á reñirte.

Aparte.

Jac. No sería extraño.

Ans. Acércate, no temas... Aunque puede que tengas parte en los tormentos de mi corazon.

Jac. ¡Yo! ¿Señora?

Ans. Sí, Jacinto. A todas partes vas con tu amo: tú solo sabes dónde entra, y quánto hace: yo no puedo vivir si no sé la conducta de mi querido esposo; y por tu silencio, me has reducido á que le persiga, á que á todos os incomode... pues quando el amor vé claro, no es zeloso.

Jac. Pues yo siempre he oído que el amor no vé gota; y así sucede con vm.: quanto mas le abran á vm. los ojos, mas y mas los cierra para no

ver nada: ó si los abre vm., es para ver lo que no hay... En fin, si yo acusase á mi amo... Sí, señor, yo sería creído... pero como no puedo hablar sino mucho bien: ¿he? Jacinto es un pícaro... Jacinto nada dice... Señora: yo no soy como esos criados indignos, aduladores y embusteros, que hoy venderían por vm. á su amo, y mañana la venderían á vm. por él... ¡Jesus! ¡no sé cómo hay amos en el mundo, que derraman su dinero para rodearse de traidores! Yo, oir, ver, y callar...

Ans. ¿Te parece muy honrado ese modo de portarte, quando una palabra á tiempo puede sosegar mi corazon? Si no tienes mal que decir de tu amo, callando arriesgas su sosiego y el mio. Si á una casada la fuera lícito ir á todas partes con su marido, no necesitaría yo de vosotros; pero sería feliz si supiera, que aun en mi ausencia piensa en mí: que en todas partes me tiene presente, que no hay distraccion para él. Dime, ¿en saber yo esto ofendería tu honradez? ¿ni por qué ha de ser peligroso un zelo que nos haría mas felices?

Jac. Si no es eso, señora... Yo diría la verdad; ¿pero quién me asegura el que vm. me crea?

porque pasar por mentiroso, no siéndolo, se siente mucho.

Ans. Pues bien, haz la prueba: y verás como tú mantienes la dulce paz jurada entre tu amo y yo.

Jac. ¿Durará mucho?

Ans. Durará miéntras viva; pero en tí consiste.

Jac. ¿Con que hay que contarla á vm. todo?

Ans. Y con mucha fidelidad.

Jac. Así será: fie vm... pero hagamos un convenio... Justina va á venir... he de lograr su mano... Miéntras que yo sigo los pasos de mi amo, mi ama ha de seguir los pasos de Justina: y pues que el reposo de nuestros corazones depende de ellos, los dos nos dirémos la verdad: ¿no es eso?

Volviéndose á un lado, y en voz baxa.

Ans. ¡Justos cielos! ¡A esta vileza he venido!

En voz alta.

Anda, y mira si mi hija ha acabado de escribir.

Vase Jacinto.

Don Narciso se niega por amistad: Jacinto me pone por dura condicion... ¡Qué premio tan vergonzoso saco!... No: ya es tiempo de que me conozca: dexémos de ofender á mi esposo: to-

dos dicen que es fiel; ¿y por qué no lo he de creer?

Un Calesero en la puerta del foro.

Cales. Entre vm. recado al amo de la casa.

Ans. Aquí está la señora.

Saliendo.

Cales. Buenos dias, señora... Perdone vm... Aquí está mi librito de memorias... Lea vm.

Lee.

Ans. "Irás á casa de Don Juan Rosaverde... de »parte de una señorita, que se le envia de Ciu»dad Real, y dirás que ha llegado."

Recoge el Calesero su libro.

Al Calesero.

¿Y quién es, amigo mio, esa señorita?

Cales. No sé quién es... Pero presumo que es persona de importancia... Siento no haber podido venir ántes.

Ans. ¿Dónde ha ido á parar?

Cales. Creo que estará todavía en la posada donde yo he llegado.

Aparte.

Ans. ¡Ay cielos! ¿vendrán nuevos martirios?

En voz alta.

Aguarda, irémos juntos; que yo misma voy á buscarla.

Con confianza.

Cales. Pues le gustará á vm. mucho, porque es el encanto de todos. *Vanse.*

SCENA V.

Jacinto solo, y despues Clemencia.

Doña Anselma en el acto de acabar de irse.

Jac. ¡Señora! ¡señora! ¡Anda con Dios! ¡buen viage! Pero yo soy muy zorro: eso de que yo he de vender á mi amo, no: ¡mas sino hace nada malo! ¡Vaya, que los zelos son un infierno! No: pues que se devane los sesos. Yo me voy á casar al instante con Justina, y á servir á Don Narciso... ¡Jesus! mas vale vivir en paz, que todos los tesoros...

Mira hácia dentro.

Vaya, que la niña es un plomo; y lleva trazas de no acabar la carta en toda su vida...

Vé á Clemencia que la acompaña un criado, el qual se retira inmediatamente despues de haberla introducido.

¡Ola! ¡ola! ¿qué es esto?

Llegando con lentitud.

Clem. ¡Si seré bien recibida! ¡Dios mio!

Llegándose á ella.

Jac. Una señorita como vm. merece mucho; no puede ser mal recibida.

Clem. Ese es favor de vm.

Jac. No gasto lisonjas, señorita: ¿qué trae vm. aquí?

Clem. Quisiera hablar al señor Don Juan.

Jac. Ha salido.

Clem. Pues luego volveré.

Jac. ¿Está vm. de prisa?

Deteniéndola.

Dígame vm...

Clem. Busco solo al señor Don Juan.

Aparte.

Jac. Mas valiera que me buscára á mí.

Clem. El sabe á lo que vengo.

Jac. En ese caso, hasta luego:

En ademan de irse.

á la tarde podrá vm. venir, y le hallará vm. al amo en casa.

SCENA VI.

Los dichos y Eugenia.

Le da la carta á Jacinto.

Eug. Toma, Jacinto; vé corriendo.

Aparte mirando á Clemencia.

¡Qué bella persona!

Eugenia y Clemencia se saludan, y Jacinto las mira con admiracion.

Con un poco de despecho.

Eug. Vamos, Jacinto, despáchate.

Jac. Voy corriendo...

Al oído de Clemencia.

Esta señorita, es la hija única del señor Don Juan, y se llama Eugenia. *Vase.*

SCENA VII.

Eugenia y Clemencia.

Eugenia mira por algun tiempo á Clemencia con interés y admiracion, y dice con naturalidad.

Eug. ¡No sé qué siento! una secreta alegría se apodera de mi corazon.

Clem. Esa es para mí gran dicha.

Eug. Mi corazon palpita...

Aparte.

¿Qué será esto? ¿quién es esta jóven forastera?...

En voz alta.

La dicha será para mí.

Aparte.

¿Por qué siento yo tanto gusto en verla? Siento un no sé qué, que me manda no la aparte de mí.

Una pausa, mirando á Clemencia con mucha accion, y despues dice.

Amiga mia, dame tus brazos... yo no puedo conmigo misma...

Abrazándola.

Clem. El alma se me arranca al ver tan buen recibo: admite estas lágrimas de contento.

Eug. A mí tambien se me saltan. ¿Qué cosa nos enternece así?

Clem. En tí es la piedad... en mí el agradecimiento.

Eug. Nada me debes... y yo cedo al poder de un afecto íntimo, que no es piedad sino mas bien amistad.

Clem. ¡Ay amiga! mas digna de piedad soy que de afecto, y vengo á implorarla.

Eug. ¿Pues qué te sucede? dímelo todo: que si yo puedo servirte de algun alivio, no sé qual de las dos será mas feliz.

Llorando.

Clem. ¡Alma generosa!

Eug. ¿Por qué lloras?

Clem. No sé por qué infausta suerte de mis padres se me ha ocultado mi triste nacimiento. Esta vida la debo á los generosos socorros del señor Don Juan.

Con mucha accion.

Eug. ¿Mi padre?

Clem. Tu padre.... Me dió en lugar de madre una excelente muger, en cuya apacible morada he vivido diez y ocho años... ¿Por qué habia de morir una muger tan virtuosa, tan buena?

Eug. ¿Ha muerto?

Clem. Noche y dia la lloro, y por eso vengo á que tu padre disponga de esta infeliz, dos veces huérfana.

Eug. Cuenta con mi padre: él mismo hará sus veces... ¿Le has visto ya?

Clem. Nunca le he visto... pero le amo... le amo... mas bien como á padre, que como á bienhechor. Espero, amiga, que con tu favor le veré.

Eug. Yo me prometo ser feliz si te quedas en casa... Nos tratarémos como hermanas.

Clem. No sé con qué secreto iman me atraes hácia tí.

Eug. ¿Tienes diez y ocho años?

Clem. Sí.

Eug. Mira, tú serás la mayor, pues yo no tengo mas que quince.

Clem. No puede mi corazon aspirar á esa dulze prerogativa contigo: pero sí seré tu fiel compañera.

Eug. No lo dudo... mas espera... mi madre puede que esté en el jardin; voy á llamarla... luego que te vea, no te dexará salir de casa.

Vase corriendo.

Clem. Amanece para mí una aurora de felicidades, si la madre es como la hija.

SCENA VIII.

Clemencia y Don Juan: despues Don Guillelmo, y despues Don Narciso.

Clem. Pasos siento.

Juan. Cuidado que me avisen al punto... ¡Cielos! ¡qué muger es esta!

Clem. ¡Señor!...

Juan. ¡Qué miro! ¡mi sorpresa es grande!

Clem. ¿Es vm. el señor Don Juan?

Atribulado.

Juan. Sí, señora... el mismo.

Aparte.

¡Qué vivo retrato!...

Arrodíllase.

Clem. Postrada... vengo...

Juan. Levanta... ¿eres Clemencia?

Clem. Sí, señor.

Aparte.

Juan. ¡Si parece que veo á su madre!

Clem. Señor, ¿le incomoda á vm. mi presencia?

Juan. ¡Qué dices, hija mia! ven, vuela á mis brazos...

Aparte.

¿Si habrá espías? ¡Qué susto!

Clem. ¡Mi bienhechor, mi padre!

Entrando con agitacion.

Guill. ¡No hay remedio! es ella.

Juan. Ella es.

Toma de la mano á Clemencia.

Guill. Sígueme. Por un instante no se ha descubierto todo.

A Don Juan.

¿Está abierta la puerta del jardin?

Juan. Hay está la llave.

Guill. Bueno.

Asustada.

Clem. ¡Qué es esto!

A Clemencia.

Guill. Serénate.

Aparte.

Aquí es menester entereza.

A Don Juan

Guarda un intrépido silencio: mira que esta crisis va á decidir tu suerte: voy á mi casa para mas seguridad; que quando sea tiempo irémos á la de Gervasio.

Sale corriendo.

Narc. Aquí viene Doña Anselma.

Juan. ¡Ay Dios!

Guill. Vamos pronto.

A Don Juan.

Y tú, quédate aquí, firme y sereno. Cuidado.

Vase con Clemencia por la puerta del jardin.

SCENA IX.

Don Juan y Doña Anselma.

Aparte.

Juan. ¡Funesta rabia! ¡comprometer así mi nombre y el suyo!...

Con cachaza é ironía.

Ans. ¡Qué horror! ¿Es verdad, esposo?

Friamente, y despues del mismo modo.

Juan. ¡Con que has venido, muger!

Ans. Sí, fiel esposo: aquí tienes á tu muger que te pregunta sin prosa y sin rodéos ¿qué precioso objeto esperabas de Ciudad Real?

Juan. ¿No te lo han dicho?

Con dulzura.

Ans. Sí, hijo mio.

Con furor.

¡Sí, perjuro! ¿Con que en el mismo instante en que tu boca me jura no dar en adelante á mi infelice corazon sospechas terribles, ni tormentos horrorosos; en el dulce momento en que este corazon mas sereno buscaba un asilo para siempre en el tuyo, abusando de mi candor, dispones los cobardes preparativos de una infidelidad Esa niña... vamos... responde... ¿quien es? todos me dicen que es muy hermosa: ¿qué trae á Madrid? ¿por qué pregunta por tí?

Juan. Es natural que me la envie algun amigo, y la recibiré con mucho gusto.

Ans. ¡Qué pronto has encontrado ese amigo! ¿porqué pones espías que te avisen?

Juan. Ninguna he puesto.

Con viveza.

Ans. ¡Pues por qué... (yo me desespero) por qué se ha visto esta mañana en cierta parte á Jacinto preguntando á todos? Mas aquí viene...

Juan. ¡Muger! no entiendo nada de quanto dices.

SCENA X.

Los dichos y Jacinto.

Jac. ¿Con que Justina se va para siempre á su casa?

Ans. Me alegro en este momento que vengas.

Juan. Por Dios que no me inquietes, esposa... te complaces en comprometerme con todos mis criados... Hasta ahora he sido víctima de mi corazon bueno y compasivo... pero basta... estoy cansado de esta vida... es menester adoptar uno de dos medios, para salir de tan penoso estado. O soy tu tierno y fiel esposo, ó no lo soy; si tienes prueba de mi infidelidad, ahórrate de darme nuevos pesares. Sea el último castigo á mi conducta el mas pronto abandono, el mas justo desprecio. Pero si siempre amante de mi esposa, he guardado religiosamente la fé que te juré, si he sido idólatra tuyo y de tu honor, eres injusta sino me pagas con la dicha que me debes.

Ans. Haz, pues, la mia cruel; y si tanto me adoras, dime al instante ¿quién es esa forastera? ¿de dónde la conoces?... Dí... ¿qué respondes?... ¿Sabes que ese silencio expone tu vir-

tud á sospechas muy feas, y que esa niña podrá tambien atraerse con tu proteccion una mala nota? Dicen que se halla en situacion desgraciada: se alaba su atractivo... y tú puedes compasivo y rico...

Juan. No prosigas, injusta... Yo iba á descubrirte este inocente misterio... pero... callémos.

Con furor.

Ans. Mira que me precipitas... Me pones furiosa, y me haces capaz de todo. Diez y seis años han sido para mí una tenebrosa noche, que han obscurecido mucho mas tus diestras imposturas. Hasta aquí creí haberte acusado sin razon; pero al fin mis sospechas han hallado fundamento. Ya no puedes llamar mi desconfianza rabia funesta, ciego frenesí... Mas no te alabes, hombre artificioso, de que ocultarás de mi vista á mi rival... Si la escondieses en el centro de la tierra, allí la descubriría.

Jac. ¿Con que esta paz, es como si dixéramos una guerra?

Ans. ¡Qué digo yo! ¡Dónde voy á parar! Mira... el partido mas prudente es el de separarnos: ya no podémos vivir juntos: ambos maldecimos el lazo que nos une: rompiéndolo, serémos felices.

Juan. Sí por cierto: tienes razon...

Con firmeza.

Bastante ha atormentado ese lazo mi deplorable vida... Separémonos.

Ans. ¡Corazon vil! ¡Eso quisieras!

Con pausa y furor.

¡Quieres tu libertad!... mas no la tendrás... no. Desde este momento no me echarás de tu lado... A todas partes irás conmigo... he de ser tu sombra.

Con furor.

Juan. Acabémos... estoy harto de tus innumerables injurias: aborrezco tu horrendo amor... mas quiero tu ódio,.. te hablo por la última vez acaso: y voy á hablarte como dueño. Mira, desde hoy en adelante, tu esposo quiere mandar en su casa. Hasta aquí te he querido ceder el mando... Toda mi familia, hasta hoy acostumbrada á venderme, solo á mí han de obedecer... y si no á la calle. Por la mañana, por la tarde, á todas horas, que entre ó salga, no ha de haber espías á mi lado: y cuidado sobre todo con que me preguntes nada. Bastante me han ultrajado tus dudas... Cuidado con que este plan se altere en lo mas mínimo... porque si me vuelves á

perseguir, se acabó todo; y yo soy el que de tí me separo para siempre. Dia vendrá en que conozcas tu delirio: maldecirás tu manía, tus insultantes sospechas, y volverás á mí; pero en vano.... A Dios.

Se entra en su habitacion, y cierra la puerta con violencia.

Desmayándose.

Ans. ¡Ay Dios! Así me dexa...

Socorriéndola.

Jac. ¡Señora!...

Doña Anselma se dexa caer sobre Jacinto. ¡Señor! ¡señor! Venga vm. que se muere. Está sordo.

Reponiéndose.

Ans. ¡Cruel! Es capaz de dexarme morir.

SCENA XI.

Los dichos, Eugenia y Don Narciso.

Aparte.

Ans. ¡O! ¡bárbaro marido!

A Narciso.

Eug. Ya te digo, que quiero hablar á mi madre.

Ans. ¿Qué me quieres?

Eug. En una palabra... Aquí ha venido una señorita poco hace, y ha preguntado por mi padre

Ans. Acaba, dí...

Aparte.

Yo sabré el misterio.

Eug. Es muy linda, y tan desgraciada la pobre... Mire vm., yo lloraba quando me refería...

A Don Narciso, que la tira la ropa para que calle.

Déxame decir...

A Don Narciso con seriedad.

Ans. Déxela vm.

A su hija.

Prosigue, hija mia.

Eug. La pobre, ignora su familia. Dice que m padre es su único consuelo. He corrido en busca de vm... porque vm... es lo mismo,

Ans. En fin, ¿dónde está esa niña?

Eug. En casa de Don Guillelmo... Sin duda él l da un asilo; pero yo hubiera querido que vm la viese, y hubiera tambien querido que se quedase en casa con Justina.

Jac. ¡Ah! sí. Justina está en casa de su padre, y no quiere volver.

Eug. ¿Qué? ¿está todavía enojada? Yo iría ahora á verla, si mi madre quisiera.

Ans. Anda, pues; Jacinto irá contigo.

Aparte.

Los dos me estorban.

Vanse Eugenia y Jacinto: Don Narciso quiere seguirlos; pero se lo impide Doña Anselma.

SCENA XII.

Doña Anselma y Don Narciso.

Ans. Abreviémos mi suplicio, Don Narciso. Bien te lo habia yo dicho. Sí: eres su cómplice.

Con asombro.

Narc. ¿De quién?

Ans. Ya me entiendes... Una criatura acaba de desconcertar vuestros pérfidos planes.

Narc. ¡Señora! ¡en honor!...

Ans. ¡Qué! ¿no he visto yo tus señas, que indican claramente tu traicion?

Con el mayor calor.

Narc. ¡Señora! ¿es posible que vm. me haga esa injusticia? El engañar á vm. ¿no sería renunciar

á la dicha que me prometo de su ternura? ¿No es vm. dueña en el dia de mi destino? ¿y puedo yo venderla sin sacrificarme?

Ans. No bastan palabras para convencerme; quiero obras... Llévame á casa de tu tio, ántes que tenga tiempo de sacar de allí á la forastera; quiero saber de una vez. si tengo razon, ó no.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

A ella.

¿Sabe vm. que yo no mando en su casa?

Ans. Al instante.

Narc. Reflexîone vm...

Ans. Nada reflexîono... Vamos, ó no te casas... Piénsalo bien.

Aparte.

Narc. ¡O exponerlos á todos, ó perder lo que mas amo!

Ans. ¿Dudas? iré sola.

Narc. Espere vm.: allá voy.

Ans. Pues vamos.

Narc. Vamos...

Aparte al tiempo de irse.

¡Ay Dios! solo por milagro saldrémos de este peligro.

ACTO QUARTO.

El teatro representa la casa de Gervasio.

SCENA PRIMERA.

Gervasio y Justina.

Gerv. ¡Bueno!

Colocando algunos muebles por una y otra parte.
Todo está como el amo quiere: ¿no está bien? Dí.

Just. Muy bien está.

Suspirando.
¿Pero á qué viene todo esto? ¿quién es esa señorita que ha de vivir con nosotros, sin que lo sepa nadie?

Gerv. ¿Qué te importa?

Just. No sé qué me da el corazon: temo nos vengan muchas pesadumbres; y no pocas á ellos.

Gerv. Escucha, Justina: mi amo no se parece en nada á su padre: no es, como él, impetuoso, amigo de sus gustos, ni calavera; ántes bien se pasa de modesto y prudente. Su padre me quería enriquecer porque le ayudase en sus vicios;

el hijo me echaría si tal hiciera. Pues bien: un hombre, como él, no es capaz de comprometernos. ¿Piensas tú que yo hubiera aceptado la casa que nos regala, si hubiese creído mala su intencion? No, no creas que manche con ninguna infamia esta morada.

Just. Que el cielo me confunda, si dudo yo de su honradez. Lo que yo temo son los zelos de su esposa, furiosos arrebatos de su loco amor. Ya sabe vm. que por eso no estoy á su lado: con que...

Gerv. No hablémos mas de eso.

Just. Sí, que á la menor cosa que vea, y que á ella se le figure, no lo echará todo á rodar.

Gerv. Enhorabuena. Venga aquí á desahogar su rabia: la diré una sola palabra. En mi casa, señora, soy el amo. Si el señor Don Juan no quiere serlo en la suya, él se entenderá: vm. no tiene aquí sobre Gervasio poder alguno: así se lo diré, ya lo verás.

Con viveza.

¡Que mi amo no tenga tanto valor como yo! pero ya que él no se atreve, yo me atreveré. Preciso es servirlo.

Just. Dios quiera que no se arda la casa; y que

vm. no lo pague.

Gerv. ¿He? nada temo.

SCENA II.

Los dichos, Eugenia y Jacinto.

Eug. ¿Esto se acabó?

A Justina.

Con que no quieres venir: ¿he?...

Just. ¡Qué! ¿vm. misma viene, señorita?

Eug. ¡No hables! Ya sabes lo que te quiero: bien podrá ser que tú no quieras vivir conmigo; pero yo no puedo estar sin tí mucho tiempo.

A Eugenia.

Just. Cada vez me favorece vm. mas.

A Gervasio.

¿Sabe vm., padre mio, que quando vm. salió, recibí de Eugenia un recado muy atento? ¡Mire vm. qué bondad!

A Eugenia.

¿Quiere vm. que enseñe á mi padre la carta?

A Justina.

Eug. Sí.

A Gervasio.

Mas yo escribo muy mal: tengo buen corazon,

sí; pero poco entendimiento.

Gerv. ¡Qué candor!...

A Justina.

Eug. ¿Perdonas á mi madre? Dí...

Just. ¿Quién se acuerda de eso? Quítele vm. sus zelos, y á fé mia que al instante voy.

Con importancia.

Jac. Mira, Justina, que yo no consiento en ello.

Eug. ¿Por qué, Jacinto?

Jac. Porque es muy zelosa...

A Justina.

Si vuelves á su casa, busca quien se case contigo, porque...

Just. No prosigas.

Jac. Porque has de saber...

Eug. Calla hombre...

Just. Señorita, yo volveré: mi corazon, la bondad de vm., todo me obliga: pero la que es zelosa, está muy cerca de ser inhumana: ultrajada hoy, tambien mañana lo seré; y poco despues me volverán á echar con ignominia. Mejor será una cosa: dentro de pocos dias se casa vm., y al instante voy á servirla, siempre que mi padre quiera.

Eug. Pues bien, abrázame, querida. Y tú, Ger-

vasio, ¿consientes en ello? Nada pierdes: yo salgo á que tu hija estará contenta.

Gerv. Consiento de corazon; y léjos de inquietarme, envidio su suerte.

Jac. Esto va bien, y á mi gusto.

A Justina.

Ahora sí que seré tu marido.

En voz baxa.

Just. Y yo, señor Jacinto, enmendaré á vm.: no se me olvidará, no, eso de que busque otro marido.

SCENA III.

Los dichos, Don Juan, Clemencia y Don Guillelmo.

Gerv. ¿Qué ruido es ese?

Juan. Soy yo.

A Justina.

Eug. Ella es.

Clem. ¡Ay Dios!

Juan. No temas:

Aparte mirando á Eugenia.

En esta morada nadie se meterá contigo.

Aparte.

¡Ay cielos! Mi hija aquí...

A Eugenia en voz alta.

¿Qué haces aquí?...

Eug. Vengo á que Justina vuelva á casa.

Juan. Justina tiene que quedarse en la de su padre.

En voz baxa.

Guill. Pues estamos serenos, aprovechémos los momentos: quiero hablarte sin testigos.

En voz baxa.

Juan. Yo tambien.

En voz alta.

Gervasio: ya conoces la huéspeda que te traigo.

Aparte.

Just. ¡Qué linda es!

A Justina y Gervasio.

Jac. ¿No lo habia dicho yo, que era como un sol?

A Clemencia.

Juan. Esta casa es la mansion de la virtud y del recogimiento: no dudo que por lo mismo estés contenta: pero con todo eso, quiero darte gusto: mira si te acomoda; vé con Gervasio.

En voz baxa á Gervasio.

Entretenlos.

A Eugenia, Justina, Jacinto y Clemencia.

Gerv. Vengan vms. á ver mi huertecita, que la he compuesto; y á buen seguro que les ha de gustar. *Vase con Clemencia.*

SCENA IV.

Don Juan y Don Guillelmo.

Guill. Al fin estamos solos. Ahora bien, amigo mio: ¿dexarás tu obra á medias?

Juan. No por cierto; eso no.

Guill. Sin embargo, á pesar de tu intencion de evitar que Eugenia pudiera ver y decir, la ves aquí. Pero si acaso crees que tarde ó temprano se sabrá, ¿qué piensas hacer?

Con firmeza.

Hablémos como hombres.

Conturbado.

Juan. ¿Qué harías tú? En el punto en que estamos, harías, me parece, de la necesidad virtud.

Guill. Decirlo todo: ¿no es eso? ¿y tu juramento?

Juan. ¿Pues no querías?...

Guill. Sí, quando era tiempo... En mi primer sistema, la llegada de Clemencia te volvía la potestad que debe tener un marido en el seno de su familia; mas ahora que tu muger sabe que has querido esconderla de su vista, aunque derramases tu sangre para probarle que era tu legítima hija, no lo creerá. Hará malos juicios de los dos... ¡*Mentirá*! exclamará: ¡*Infame disculpa*! y bien léjos de agotar el perenne manantial de tus males, tu confesion intempestiva los aumentará.

Juan. Verdad es; mas ya que me indicas el mal, ¿por qué no me das el remedio?

Guill. ¿Quieres ser siempre débil? padece, sufre, y no esperes mi socorro... ¿No te estremece y abochorna esa vil dependencia en que vives, fruto amargo y vergonzoso de una contemplacion, que yo con razon llamaré pusilanimidad? Escucha mis consejos; síguelos, y hoy mismo recobras tu imperio.

Juan. Habla, amigo mio; que ya es tiempo de que mi alma respire.

Guill. ¡Bueno! pues voy á hacerte libre á toda costa. Comienza solamente: yo me encargo de los demas.

Juan. Así lo haré.

Guill. Ese secreto que tú crees tan funesto, lo ha de saber tu muger aun sin preguntarlo. No ignoras que lo que se oculta, es lo primero que se sabe. Entónces hazte sordo al impetuoso clamor de su delirio: respeta con fidelidad la madre de Clemencia, pues faltando al juramento solemne que la hiciste, te haces perjuro sin hacerte feliz. Por el pronto se extrañará tu silencio; pero vas á mejorar de suerte: oye lo que te dicen el honor y la amistad; y sabe que guardando este secreto á tu zelosa muger, rompes el yugo que te impone. Clemencia es el pretexto, y tu paz y tu sosiego la causa.

Juan. Tiemblo al considerar...

Guill. ¡Qué! ¿tiemblas?

Juan. ¿Qué resultará de aquí?

Guill. Que viendo tu muger que mudas el tono suave, que la habia ensoberbecido, en un tono firme y varonil, conocerá de una vez que su reynado pasó.

Juan. Al instante verás qué furores, qué vahídos, qué congojas...

Guill. ¿Qué importa? Miéntras ella se crea fuerte por tu flaqueza, el furor, los vahídos, las congo-

jas, se multiplicarán á lo infinito.

Juan. Mira, que amenaza con el divorcio.

Guill. En eso te indica lo que tú debes hacer.

Juan. Y tú que nos uniste, ¿nos quieres separar?

Guill. Quiero reparar un mal que hice: pues mira: ese terrible divorcio, es el único remedio de tus males.

Juan. ¡Separarme de ella! ¡Gran Dios! ¡qué oigo!

Guill. ¿Te conturbas?... ¿tiemblas?... No, no te separarás; pero finge que lo quieres así.

Juan. ¿No podiamos hallar otro medio ménos duro, que sin mudar su corazon, mudase su carácter? ¿que me volviese mis derechos sin quitarme su precioso amor?... temo que mi dureza me haga aborrecible, sin remedio tal vez.

Guill. No prosigas... ¡hombre sin energía! Nada despertará ya el letargo de tu alma. Ya se vé: en diez y seis años no has aprendido otra cosa.

Con entereza.

Pues mira; te digo que te amo, que deseo tu bien, que haré por tí un sacrificio. Si sigues mi sistema, todos quedan satisfechos: tienes imperturbable paz en tu familia: corregida tu muger; y yo esposo de Clemencia.

Con confusion.

Juan. ¡De Clemencia!...

Guill. Sí: míralo bien. La rendiré mi fé luego que te haya hecho dueño absoluto de tu casa. Cansada tu muger de su desgraciada vida, abjurará su doloroso error. Pronto una corta tempestad nos llevará á todos al puerto. ¿Quieres, ó no quieres? ¿dudas? pues perece en tu suerte.

En ademan de irse.

A Dios.

Juan. Espera...

Guill. No espero, ni un momento: á Dios.

Juan. Vuelve... convengo, amigo: quiero ser digno de tu fina amistad. Cueste lo que cueste. ¡Válgame Dios! Conozco que es tiempo de emplear el rigor. Debo este holocausto terrible al sosiego de mi casa; al amigo que se digna hacer dichosa á mi hija... vamos... estoy resuelto... hoy mismo será.

Con firmeza.

Guill. ¡Dios quiera que la razon labre y dome esa pasion!

Juan. Te lo juro.

Guill. Pues sé consiguiente. Entónces, si Clemencia me quiere, soy su esposo: me tendré por fe-

liz de haber hecho tu dicha y la suya; nada mas exîjo; nada mas exàmino.

SCENA V.

Los dichos y Don Narciso.

Apresurado.

Narc. Dudaba que vms. estuviesen aquí: me alegro.

Guill. ¡Qué pálido vienes!

Narc. ¡Es que tiemblo! ¡Sí, señor! ¡tiemblo!...

Guill. Y bien: acaba.

Narc. Ante todas cosas quisiera mi perdon.

Con viveza.

Guill. ¿Dé qué? prosigue... pronto.

Narc. De la libertad que me he tomado en ir á casa de vm. con Doña Anselma, quando vm. no estaba en ella, la qual lo exîgió con un tono absolto, y ha sido preciso.

Guill. ¿No hay mas? Anda... Ya estás perdonado...

Riéndose.

¿A quién ha encontrado ella en mi casa?

Narc. A nadie, por fortuna; pero todo lo ha revuelto por escudriñar.

Juan. ¡Qué horrible conducta!

Narc. En fin, cansada de buscar, dice: ¡Pues! ya han escapado... Ven conmigo, me acompañarás á mi casa; tendrás el premio que merece tu buen zelo: y yo acabo de dexarla en su casa.

Juan. Vaya que su manía la ha vuelto loca: pero llevémos á Clemencia á tu casa, á lo ménos por hoy; que es probable no vuelva mi muger.

Guill. ¿Quién, ella? es muy probable que vuelva mas no importa... vamos allá: que venga á verme: voy á prepararme para recibirla.

Juan. Lo que siento es que el retrato en nada difiere... ¡Estoy impaciente! ya quisiera estar en tu casa.

Guill. Yo tambien quisiera: que entren aquí.

Narc. Ya vienen; aquí están.

SCENA VI.

Los dichos, Eugenia, Clemencia, Justina, Gervasio y Jacinto.

Juan. Amigo Gervasio, agradezco tus cuidados; me llevo á Clemencia.

Aparte.

Just. Ya respiro.

Gerv. ¡Señor! ya sabe vm. que puede disponer.

A Clemencia.

Juan. Ven, Clemencia...

A Eugenia.

Síguenos, hija mia.

Todos los actores toman el camino de la puerta: unos para irse, otros para despedirlos, y todos quedan en escena muda, conturbados durante una pausa; y sale Doña Anselma.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

Aparte.

Juan. ¡Tiemblo!

Ans. ¿A dónde llevas esa ninfa? Este objeto lleno de atractivos, es sin duda el que habias jurado que yo no vería...

Toma á Clemencia de la mano.

No se asuste vm., señorita... Venga vm. acá...

Aparte.

No me han engañado... es una deidad en efecto.

Eug. ¿No es verdad, madre mia?

Ans. Vaya que mi marido tiene buena eleccion: ¡qué ojos tan peregrinos! en fin, perfecta en todo.

Con exclamacion moderada.

¡Mas qué miro! ¡yo conozco esta cara! ¡es posible! Acérquese vm., hija mia... ¡Ay Dios!

Aparte miéntras su muger confronta á Clemencia con el retrato.

Juan. ¡Quién hubiera podido precaver este suceso aciago!

Ans. Me acuerdo que me dixiste: ese retrato, hijo de la idéa y del capricho, no tiene original en el universo entero. Ahí tienes: júzgate á tí mismo. Este es el digno objeto que arrancaba tus suspiros: objeto de tus delinqüentes deseos.

Señalando á Don Guillelmo y Gervasio.

Sí: ahí tienes tu crímen, y aquí tus cómplices.

Guill. Señora, muchas gracias.

Ans. Díme: ¿dónde habrá cadahalso que pueda castigarte, y cuya crueldad iguale á tu infamia y mala fé? Y vosotros, tiernos amigos, protectores de sus vicios, ¿qué mereceis? Hablad...

Guill. Yo, á quien no han hecho nunca mella tus injustos denuestos, digo, que con nada se me podría pagar el importante servicio que iba á hacerle. No digo mas: pero no me mezcléis en vuestras quimeras domésticas.

Ans. ¿Pues quién las causa todas, sino vm.? Sí vm. que...

Guill. Espero no te olvidarás ahora, ni nunca de que un tutor es un padre; y que yo lo fuí tuyo

Ans. Tiene vm. razon. Llene vm. de angustias m casa: calumnie vm. á su muger con mi esposo débil: emponzoñe su alma con malos consejos: se vm. siempre su mentor, y mi persecucion... Ha sido vm. mi tutor, y es fuerza aguantar.

A Don Narciso.

¡Pero tú! ¿cómo tienes valor de ayudar á mi enemigos? ¡Quién me lo hubiera dicho! ¿ni que piedad tendrás de mi hija, quando léjos de lastimarte de las desgracias de su madre, sirves tan vilmente á los autores de mi dolor amargo? Todos pensabais que estaba ahora en mi casa: pero la mortal conturbacion que se apoderó de mi alma, dixo á mi corazon: *no te engañas...* ¿Qué dices? ¿No te confundes? ¿No te traga la tierra?

Con dignidad.

Narc. No, señora... Quando vm. está ya por otro respondida, debo yo callar: arrebáteme vm. el único bien de mi corazon: llene vm. mi vida de amargura; pero ninguno creerá que yo la he ven-

dido en el momento feliz en que iba á obtener lo que mas adoro.

Ans. Bien está: pero no cuentes con la mano de Eugenia.

A Don Narciso.

Eug. ¡Buenos estamos! Tú haces mal, y yo lo pago.

Don Narciso, Don Juan, y Don Guillelmo la prometen por señas que no será así.

A Gervasio.

Ans. ¡Y tú, viejo taimado! ¡traidor! ¿has consentido en prestar tu casa?

Gerv. ¿Tambien me acusa vm.?

Ans. Sí: mas que á otro. ¡Ya conozco quien eres! ¡Buen papel! El amo y el criado se entienden: qué servicios tan dignos de un hombre de bien!

Gerv. Señora... ¿con qué derecho puede vm. llenarme de oprobio y de ignominia?...

A Don Juan.

¡Ay señor! muy caros son los beneficios de vm., si los he de pagar á tanta costa. Dos veces en un mismo dia, la señora nos ha cogido para víctimas de su injusta rabia. Basta.. Ven, hija mia, ven á qualquier parte con tu padre: á una cueva: vi-

vamos siempre pobres, pero honrados.

Ans. Viejo sentencioso é imprudente, ¿quieres con esa mónita desmentir la evidencia? ¿quieres que mientan mis ojos? Y por último, ¿no he cogido el fraude en tu casa?

Gerv. ¿Y no puede estar esta señorita en mi casa sin delito?

Clem. Señora, no haga vm. mayor la desgracia que me oprime. He dexado el lugar de mi nacimiento donde pasaba mi triste vida, por venir á implorar socorros generosos, y en vez de caridad, encuentro...

Ans. ¿Pues quién es vm.?

Clem. Señora, lo ignoro... Lo que sé de mi infausta suerte es, que ha sido ménos rigorosa por los cuidados del señor Don Juan.

Ans. ¿Qué edad tiene vm.?

Clem. Diez y ocho años.

Ans. ¿Cómo se llama vm.?

Clem. Clemencia... Yo esperaba mi dicha, y veo que mis desgracias comienzan de nuevo: pues apénas he llegado á ver á mi protector, veo que traigo la discordia á su casa.

A su marido.

Ans. ¿Con que hace diez y ocho años que cuidas de esa niña?

Con sequedad.

Juan. Sí...

Ans. ¿Sin duda conocerás su familia?

Juan. Sí...

Ans. ¿No puedo saber quién es?

Juan. No.

Ans. ¿Tal secreto?...

Juan. No es mio el secreto.

Ans. Eres muy prudente.

Juan. Débo serlo á lo ménos.

Ans. ¿Pues de quién es ese misterio tan grande?

Juan. De Clemencia sola.

Clem. ¡Señor! ¿por qué lo calla vm.?... Si esto puede serenar...

Con dulzura.

Juan. ¡Calla, inocente!

Ans. Si Clemencia lo quiere decir, ¿qué reparo tienes?

Juan. La razon lo prohibe.

Ans. ¿Qué suerte destinas á esta señorita?

Juan. La suerte mas feliz y mas digna de ella.

Con cachaza.

Ans. ¿Pues por qué no la llevas á casa? ¿ó ese partido está tambien prohibido por la razon?

Juan. Es imposible.

Ans. ¿Es imposible?... ¡Ah! ¡traidor!

Con viveza y depriesa.

Mira como te he sabido traer al punto de que tú querias huir: así das á conocer el proyecto odioso de tu corazon corrompido: no, no hubiéras podido executarlo en mi casa: todos hubierais tenido miedo á mi prespicaz vista, y á mi justa venganza. En efecto, era mas cómodo y mas seguro buscar en Madrid un asilo poco conocido, que á lo ménos por largo tiempo me ocultase tu incauta víctima. Es muy sensible para tí, que la casualidad me envie á tiempo para desbaratar tus planes, y quebrar el hilo de esta novela.

A Clemencia.

Pero sin recibir á vm. en el seno de mi familia, no dexaré de prestarla el mayor cuidado.

Juan. ¡Qué dices!

Ans. Te digo, que ántes de poco tiempo te arrebato el objeto de tu delinqüente fuego: que para proporcionarla una cárcel, vendrá la ley en

mi socorro: no: no la salvarás de la vista vigilante de la justicia: y quando tu heroína haya tenido la suerte que merece, pediré que se disuelvan los lazos que me unen á tu persona.

Clem. ¡Dios mio! ¿Me tenias destinadas estas afrentas?

Juan. ¿Amenazas perder á esa infeliz? Pues mira: ese proyecto, hijo de un corazon de hiel, no puede tener execucion.

A Clemencia.

Ven Clemencia, no temas que nadie te arranque de mis brazos. Nadie sabrá por ahora el nombre de tu familia, y quando yo quiera que se sepa, tus mayores enemigos cederán delante de tí... ¿Y qué? ¿hemos de acudir á un tribunal para separarnos? Mi corazon quiere sin remedio el divorcio; por ese feliz divorcio suspiro sin que la ley me fuerce: pero si uno de nosotros dos tiene derecho á implorar el auxîlio del Magistrado para desatar un lazo, que ha sido el azote de mis dias, soy yo solo el que le tengo, y no la zelosa furia que pagó mis beneficios con tanta barbarie... ¡Qué horrendo espectáculo se ofrece á mi vista en este lugar! Todos los corazones despedazados; todos los ojos bañados en lágrimas: los

parientes, los amigos, los criados, y el amo de la casa en rededor tuyo: ¡cruel! no hay un solo viviente, que no haya experimentado los golpes de tu furor... Solo te quedaba un amigo: ese era tu esposo: mas quién en el mundo de nadie tuvo piedad, merece al fin que el mundo la abandone. No hay remedio: está hecho: no te canses mas en convertirme de esta firme resolucion. Ya te acordarás que te lo dixe.

Echando á llorar.

Eug. Madre de mi corazon; ¿qué hace vm.?

A Eugenia.

Juan. Ven, hija mia, y sigue á tu padre.

Aparte á Don Juan.

Guill. Bueno... Vámonos al instante, si quieres que esta crisis obre.

Don Juan, yéndose con Clemencia y los demas, se vuelve con sensibilidad hácia su muger. Don Guillelmo le obliga á irse pronto. Doña Anselma no tiene al rededor de sí mas que á Gervasio, Justina y Jacinto, que quedan como admirados. Ella misma absorta, y guardando un profundo silencio, se queda algun tiempo con los brazos cruzados, y la cabeza inclinada sobre el pecho izquierdo: despues levanta la cabeza, vuelve con languidez los ojos hácia el cielo, dexa descansar la frente sobre sus dos manos juntas, y sale, á pasos lentos, sin decir palabra; pero denotando en su accion la mayor desesperacion.

Gervasio, Justina, y Jacinto vanse con ella.

ACTO QUINTO.

La escena es en casa de Don Guillelmo. El teatro representa un salon con su gabinete, con diferentes puertas laterales, que caen al interior como al exterior de la casa. A la izquierda del espectáculo hay una gran mesa en forma de escritorio, con dos velas encendidas y recado de escribir. Don Guillelmo está sentado á la mesa en una silla poltrona, con la pluma en la mano. Don Juan sentado en otra silla enfrente, en una actitud dolorosa, con una mano sobre la frente, y la otra mano entre las dos de Don Narciso, el qual está de pie cerca de él. Eugenia, no léjos de allí, y al mismo lado, con Clemencia, á quien consuela. Tal es el espectáculo, que debe ofrecer la escena al levantarse el telon.

SCENA PRIMERA.

Don Guillelmo, Don Juan, Don Narciso, Eugenia y Clemencia en las actitudes dichas.

Guill. Vamos: ¿quieres guardar un eterno silencio?

Juan. ¡Ay! que mi corazon está despedazado... No, no escribas; no puedo consentirlo.

Guill. ¿Cómo te desmientes tan pronto? Si yo hubiera creído que á tu valor habia de seguir la mas pequeña sombra de semejante repugnancia, y que yo el mas fervoroso, el mejor de tus amigos me habia de hallar comprometido vilmente, puedes estar seguro que léjos de compadecer tu suerte, te hubiera abandonado á ella sin lástima.

Juan. ¡Amigo tiérno y cruel! me arrancas el alma. Tú no conoces el corazon de mi esposa: no penetras que sola y sin socorro, es capaz... ¡ay Dios! de quitarse la vida.

Con emocion.

Narc. Yo iré, si vm. quiere.

Con aspereza.

Guill. No es menester.

Llorando.

Eug. No, no; yo iré.

Guill. ¡Otro emisario! Vosotros sois unos niños: llorad en buen hora; pero apartaos de aquí.... ¿Temes, Don Juan, que se quite la vida?... Además de que su delirio no es de esa clase: ¿no conoces que su conducta tiene por objeto

el vivir, y el vivir á su antojo? En fin, yo creo que este es el único remedio de componerlo todo... ¿Y qué has hecho hasta aquí? meter ruido: ¿no es eso? ¿Y qué es el ruido?.... nada... Mira: si su alma está intimidada, has de saber que un paso mas decisivo, aumentando su temor, va á volverte para siempre tus derechos usurpados, y tu reposo.

Juan. Lo que me mata, Don Guillelmo, es que aunque por apariencia, ella tiene razon.

Con ironía.

Guill. Sin duda; y el universo entero creerá que has traído de Ciudad Real el objeto de tus amores.

Juan. No por cierto; pero nosotros debémos descubrirle.

Guill. No es tiempo. ¿Quieres destruir lo poco que ha hecho por tí mi ciega amistad? Pues mira... vé... corre á implorar la piedad de tu tirana: dila de rodillas... Soy un estúpido, que pone su cabeza baxo el yugo mas servil: he nacido para arrastrar por la tierra: he podido por un instante escaparme de los grillos; pero conozco que no soy capaz de tan noble esfuerzo: los consejos de mi generoso amigo me iban á hacer

feliz; pero yo lo abandono á tu ódio implacable: castiga á Don Guillelmo; dame mis cadenas... Anda, Don Juan, haz así las paces.

Llorando.

Juan. Basta, amigo, no me quites la vida.

Guill. ¿No sabes que esos lloros son armas débiles de mugeres y de niños?... Sé hombre.

Juan. ¡Ah! No me avergüenzo de estas lágrimas que tú has sabido sacar á un corazon sensible, conduciéndole á la verdad amarga... ¡Escribe!

Guill. Vamos allá.

Con inquietud.

Juan. ¡Amigo!

Guill. ¿Qué es eso?

Dudando.

Juan. Mira que la carta... no sea dura.

Acalorado.

Guill. ¡Habrá necedad! ¿Me quieres dexar que escriba con mi estilo?

Juan. Perdona, pues.

Don Guillelmo se pone á escribir.

Dudando despues de una pausa.

No la amenazarás de un abandono absoluto: ¿no?

Guill. ¡Maldita sea mi fortuna!

Muy impaciente.

¿Quieres dictar la carta? ¿Dí?

Juan. No: pero acuérdala solamente que yo la amo: que se haga cargo... y que...

En cólera.

Guill. ¿Quándo acabas de hablar?

Juan. Todo te lo he dicho.

Poniéndose á escribir.

Guill. ¡Albricias!.... Viva la virtud.... Ya está hecho.

Juan. ¡Bueno! Veamos.

Guill. ¿El qué?

Juan. ¿No vas á leer?

Doblando la carta, y poniéndola el sobre.

Guill. No por cierto... ¿Acaso es para tí?

Juan. No: pero...

Guill. Es para tu muger; y no debes ver lo que ella tiene que saber primero que tú... ¡Narciso! Llama á un criado, que lleve esta carta... ¡Ah! ¡bueno! Aquí está Gervasio, que la llevará.

SCENA II.

Los dichos y Gervasio.

Gerv. Con mucho gusto, señor.

Juan. ¡Cómo! has podido dexar á tu ama sola, y en el lastimoso estado...

Gerv. No, señor, sola no: que Jacinto y Justina han ido de suyo á su casa... Fie vm. del zelo de ambos.

Con un profundo suspiro.

Juan. ¡Ay! ¡me consuelas! ¿Qué ha dicho?... ¿Si habrá prorrumpido como acostumbra?

Gerv. No señor... ninguna rabia: ántes al contrario, mucho abatimiento; un silencio profundo: los ojos se le arrasaban de agua, los levantaba al cielo, y...

Guill. Eso nada importa... Toma esa carta... es para tu amà: atiende, que urge mucho.

Tomando la carta.

Gerv. Voy al punto.

Guill. Espera... Cuidado no le digas que aquí está tu amo. Si te pregunta por él, dila que estoy yo solo, y que no lo sabes... Si no lo haces así, la pierdes, y pierdes á Don Juan.

Gerv. Descuide vm.

Guill. Vé pronto, y vuelve al instante.

Vase Gervasio.

SCENA III.

Los dichos, ménos Gervasio.

Guill. Esto se ha hecho ya demasiado sério. Todos conturbados, gimiendo cada uno por su parte: sí señores; he de acabar con este infierno ántes de una hora: pero silencio, y que ninguno desbarate mi plan.

Eug. ¿Yo? enhorabuena: con tal que se me vuelva á mi madre, yo callaré.

Clem. ¡Y yo! ¡pobre de mí! ¡que soy para vm. tan peligrosa, mi querido protector! ¿Obtendré un beneficio de su corazon?... El último... lo pido de rodillas.

Juan. Levanta, Clemencia, y habla sin temor.

Clem. ¡Ay señor! Yo no creí que mi venida pudiese traer á vm. la desgracia que me acompaña. Apénas llego, quando es vm. perseguido. Estoy expuesta al mas insufrible bochorno: la injusticia nos supone de acuerdo en un delito horroroso: ¡yo me creía bien agena de suscitar ze-

los injustos! He podido aguantar la afrenta, porque mi alma está inocente. Pero confieso que el peligro me espanta, que la horrible cárcel con que se me amenaza, ha helado mi corazon.

Enternecido.

Juan. ¿Crees que yo te he de abandonar?

Clem. No creo tal: pero no aflija vm. á nadie. Sálveme vm. del horror de un encierro; y ábrase para mí solamente una de esas santas moradas, donde reyna con la virtud la paz y la inocencia. Muchos derechos tiene vm. á mi gratitud: pero si obtengo esta gracia de ese corazon compasivo, será para mí la mas grande. ¡Digno protector! perfeccione vm. su obra: contente á su esposa: líbreme del ultrage; y acabe vm. las sospechas crueles, encadenando esta mano á los altares.

Muy conmovido.

Juan. ¡No, no!... Nunca.

Llorando.

Clem. El claustro sea mi único asilo, pues del mundo entero mi nacimiento me destierra.

Con dolor.

Juan. ¡Tu nacimiento!... ¿qué dices?

Enternecida.

Clem. Disimule vm.... No hablaré mas de eso.... Hasta ahora he hecho vanos esfuerzos para conocer el autor que me ha dado la vida. Todos callan... ya he perdido la esperanza de saberlo: sepúlteme vm. en qualquier lugar humilde, donde sin que nadie me vea, llore yo para siempre la hora en que ví la luz: y si vm. conoce quién me ha dado el sér, conduzca á esta infeliz á los pies de su ignorado padre; y si mi castigo es el de vivir para padecer, tengo yo al ménos el consuelo de padecer, sí; pero con la consoladora bendicion de un padre...

A Don Guillelmo.

Juan. ¡Ay Dios! se me salta el corazon hácia ella... Voy á declararme.

Guill. ¡Por qué te violentas! ¡qué temes! ¿Hay un interés mas grande? Obedece á tu corazon, llámala como debes.

Juan. Tienes razon: este es el momento mas feliz de mi vida. Vuela, Clemencia, á los brazos de tu padre.

Clem. ¡Qué oigo!

Juan. ¡Objeto de tantas inquietudes! ¡Tú pedias

un padre! aquí lo tienes... Recibe el amoroso nombre que mereces.

Clem. ¿Soy de vm. hija?

Juan. Sí, mi pobre Clemencia. Sí: tu padre es quien te abraza... tú haces hoy mi dicha.

Clem. Padre de mi corazon: la mia está ya asegurada para siempre.

Con el mayor abandono.

¡Dios mio! perdóname... Yo habia desconfiado de tu providencia.

Juan. ¡Ay Clemencia mia! ya eras desgraciada ántes de nacer. La ley dura de la necesidad me forzó á separarte de mí diez y ocho años enteros. Confiada, al nacer, á los cuidados de una extraña, no has sabido lo que son las caricias de un padre. ¡Hija mia! tu suerte ha sido dolorosa por mucho tiempo; pero cree que mas he padecido yo. Tu madre, apreciable objeto de mis primeros amores, perdió la vida dándotela á tí. Yo me uní luego á una segunda esposa; y por acomodarme á su genial zeloso, cubrí tu exîstencia con un impenetrable velo. Figúrate, si puedes, lo que he padecido: pero ya cesan tus males y los mios. Hija mia, bien ha pagado mi

dulzura su tributo al amor: es justo que la naturaleza recobre sus derechos.

Clem. Mi corazon bien me dice, que en efecto hay ese grito de la naturaleza, ese secreto instinto; que pronto á inflamarse nos indica el objeto de nuestro cariño. Rica con los beneficios de vm., en el seno de mi soledad, ignoraba sus motivos; pero una secreta voz que en vano rehusaba oir, me preguntaba continuamente: ¿si los deberás á quien te dió el sér?

Eug. ¡Es muy singular eso!

A Clemencia.

Luego que te ví, Clemencia, tu misma voz me fué tan agradable, y tocó tanto en mi corazon, que no te pude abrazar sino como á hermana.

Clem. Los lazos mas sagrados nos unen: un buen padre, una tierna hermana. ¿Pero tendrémos el consuelo de vivir juntos? La acogida de una esposa delicada me hace temblar... Ocúlteme vm. á sus zelosas miradas, por no verla armada contra el hombre mas bueno á quien debo mi vida.

Juan. No aflijas mas á tu padre... Tu dicha está en mi mano.... Un hombre lleno de honor y virtud...

Guill. Todos deben ser así.

Juan. Digno dueño de una pingüe hacienda...

Guill. Con mas de lo que necesita para vivir; pero cuyo sobrante es para los que no tienen nada.

Juan. Que está en el vigor de su edad, lleno de salud.

Guill. Porque ha sabido vivir.

Juan. Seco, y severo.

Guill. Duro muchas veces.

Juan. Sí; pero con corazon sensible y puro.

Clem. ¿Le conozco yo?

En voz baxa á Don Guillelmo.

Juan. Ahora habla tú.

Guill. Señorita: ese hombre ha visto á vm., y se ha prendado de su mérito por sus desgracias: mi amigo ha hecho de él un retrato muy favorable; pero yo voy á decirla con exâctitud lo que debo. Ese hombre de que se trata, es muy franco: tendrá para su esposa mil defectos enormes, porque siempre desdeñó las etiquetas y ridiculeces de la corte: es grave, nunca adula, ama de buena fé: el primero de sus gustos es el de andar solo y libre, y por eso no se casó nunca, ni se casaría á no haber conocido á vm.:

mas cuidado, que la dará su mano sin mudar de sistema; pero á lo ménos no será zeloso.

Clem. El retrato que vm. me hace de ese sugeto, me dispone mucho en su favor; y por lo que ha dicho mi padre, conozco que es y será su mejor amigo.

Juan. No te engañas; es mi querido Don Guillelmo.

Clem. Mi corazon acostumbrado desde la cuna á obedecer, tambien ahora obedecerá gustoso.

Con alegría.

Juan. Ya lo oyes, amigo.

A Don Juan.

Guibl. No sé qué responder.

A Clemencia.

La bondad de vm. me confunde...

Con viveza.

Vamos, yo no entiendo esas gergas almivaradas de otros: pero digo á vm., que me creo feliz con su mano.

Recibiendo su mano.

Clem. Acepto tan buen vaticinio...

Eug. ¡Qué alegría! Tú serás á un tiempo mi tia y mi hermana. Mira, pues, aquí tienes á tu sobrino, que será mi marido.

Guill. Ya sabes, Narciso, quánto te he querido siempre: tu fortuna corre de mi cuenta.

Narc. Mucha fortuna era ya para mí su amistad. La felicidad espera á vm. en el mas solemne de los vínculos, y en lugar de una fortuna ahora tengo dos.

Eug. ¡Piensas bien, amigo mio! Siento que mi amor sea ménos de lo que tú mereces.

SCENA IV.

Los dichos y Gervasio.

Llega cansado y confuso.

Gerv. ¡Ay señor! ¿qué ha escrito vm. á mi ama?

Guill. Lo que debia.

Gerv. Para llenar su corazon de amargura. ¡Si vm. supiese qué pesadumbre tiene! ¡en qué estado!...

Juan. Dí... ¿qué te ha respondido?

Gerv. ¿Quién responde quando se abandona al dolor? ¡Se separa para siempre! dixo: ya no tengo en el mundo nada... ha echado á llorar á mares.

Guill. ¿Ha llorado? mejor.

Juan. ¿Y la has dexado así?

Gerv. Quasi sin sentido.

Juan. ¡Ay Dios mio!

Gerv. Vaya vm., señor. Mire vm. que si dura su ausencia, se muere sin remedio.

En ademan de irse.

Juan. Vamos corriendo.

Guill. ¡Detente! No te apresures, que no tardará un instante en venir aquí.

Gerv. Si se está muriendo.

Guill. No hay que temer: ella vendrá.

SCENA V.

Los dichos y Jacinto corriendo.

Jac. ¡Ay señor! ¿Quiere vm. ver á mi ama, ó no?

Juan. ¡Qué oigo! ¿Se muere?

Jac. No, señor: si viene detras de mí; Justina la acompaña: pero yo me he adelantado á decirlo por si convenía.

Guill. No perdamos tiempo. Esta es la hora preciosa que ha de vencer su corazon inflexible: un momento se necesita para sanarla. Vengan vms, á este lugar. Don Juan, calla: respeta lo que se hable, no pienses mas que en el efecto que de-

bes esperar: si dices una palabra, destruyes tu felicidad para siempre.

Se dan la mano.

Juan. Te doy palabra de honor.

Guill. Estoy contento... Silencio.

Todos entran en el gabinete.

SCENA VI.

Don Guillelmo un momento solo: despues salen Doña Anselma y Justina: los demas permanecen en el gabinete.

Poniéndose á la mesa del escritorio.

Guill. Vamos: tomémos aliento, y perfeccionémos esta obra con la prudencia debida. Unamos la piedad á la severa razon, y conservémos el amor, sirviendo á la amistad.

Con una carta en la mano muy conmovida.

Ans. ¡Ay señor! ¿Ha podido permitir el corazon de vm. el que se trace y efectúe la órden horrorosa que contiene esta carta?...

Lee.

"Tu marido te pide, que me envies todo lo que

»es suyo, puesto que no volverá jamas á vivir »en una casa y en un pueblo, que tú le fuer»zas á que abandone para siempre."

Representa.

¿Ha dictado mi esposo este decreto fulminante?

Guill. Nada tiene de admirar ese decreto. Tu esposo busca su bien, y á tí te toca obedecer quando la piedad lo manda.

Ans. ¿Con que quiere, sin remedio, separarse de mí?

Guill. No quiere andar por justicia, implorando en público tribunal la proteccion de la ley con que tú le has amenazado, y sin lo qual nunca hubiera renunciado á tu persona: ¡y qué hablas de decreto!... Si tú misma lo has pronunciado, ¿de qué te quejas?

Ans. Mi delito es perdonable; y yo con nadie he de pegar sino con vm., si mi marido me abandona.

Con viveza.

¡Señor! pronto: ¿me dice vm. dónde está Don Juan?

Guill. Búscalo por mi casa: no será la primera vez que la has visitado toda.

Amargamente.

Ans. Yo no tenia la culpa.

Guill. Y mucha culpa... Esa es una accion que unida á tus inaguantables sospechas, hirió mi honor: pero dexémos esto... Ahora crees, que si no está en mi casa, á lo ménos yo sabré....

Con autoridad, y siempre muy conmovida.

Ans. Si no lo sabe vm., ¿quién lo sabrá? ¡pronto! Venga mi esposo.

Guill. Ya te entiendo: quieres decir: venga mi víctima... pues no... ha tomado ya el partido que debe: todo esclavo tiene derecho á recobrar su libertad: tu marido es libre... Acuérdate de diez y seis años que ha vivido en el funesto estado en que le hemos visto todos, en que respetando los grillos forjados por su amigo, ha sido mártir, sin decir palabra: haz tú ahora lo mismo: compensa tus presentes males con sus pasados suplicios, sufre con resignacion; y dí solamente: bien lo he merecido.

En el colmo de la desesperacion.

Ans. ¡Sufrir con resignacion! ¡Ay! Estoy fuera de mí. ¡Señor Don Guillelmo! si vm. piensa en fa-

vorecer á mi enemiga, mejor para mí: mil apoyos generosos apadrinarán mi justicia. Millares de esposas acudirán al tribunal de la ley, y levantarán el grito en favor de la esposa oprimida: están interesadas en mi suerte todas las familias: yo tendré á mi favor las hijas y las madres; y seréis confundidos...

Con viveza.

Just. ¡Señora, por Dios! Sosiéguese vm. No traía vm. esos ánimos.

Guill. Mas valiera... Esa soberbia me quita para siempre la esperanza de que te enmiendes. Renuncia á Don Juan para siempre... No le verás mas en tu vida.

Ans. ¡Ay cielos!...

Con grito.

Don Guillelmo, por Dios que no me dé vm. mas que sentir. Bien dice Justina, que mi ánimo era otro. Sí, mi ánimo era acabar de abjurar mi loca manía... No sé qué me ha vuelto á enfurecer. Don Guillelmo: en vez de una muger extraviada y orgullosa, lleve vm. á los pies de su marido, esta esposa rendida, enamorada y humilde, que le pedirá un perdon generoso. ¿Cómo he de

ablandar su justa íra, ¡ay de mí! sino ha de verme, ni oirme mas?

Guill. Tu corazon es para tí misma un enigma incomprehensible: mas no es de admirar, pues tal es la suerte de los zelosos, que tan pronto aman, como aborrecen. Ahora Don Juan que te conoce, ¿creerá que en un momento has mudado de conducta para siempre?

Ans. Sin duda no lo creerá... pero señor, que haga la prueba todo el tiempo que quiera: mis indiscretas sospechas no envenenarán mas sus dias ni los mios. Guarde enhorabuena el secreto de Clemencia: nada le preguntaré jamás, con tal que se apacigüe. Si falto á mis juramentos, si mi corazon llega á desmentirse un dia, que me abandone entónces... no me quejaré mas.

Guill. Buenos son esos remordimientos: ¿pero no sabes quál es la mayor de tus culpas?

Con asombro.

Ans. ¿Quál es?

Guill. Esa forastera, tan hermosa como prudente, tan ultrajada por tí á nuestra presencia, que pasó los primeros diez y ocho años de su vida en Ciudad Real: que nunca debió estár léjos de su

vista: que hasta aquí ignoró quiénes la diéron el sér, ¿sabes tú quién es?

Ans. ¡Don Guillelmo! me estremezco.

Guill. Pues es su hija.

Ans. ¡Su hija!

Guill. Sí: fruto de su primer matrimonio.

Ans. ¡Ya era viudo y padre, y yo lo ignoraba!

Guill. Sí: ántes de conocerte, fué esposo de otra. ¿Y si te lo hubiera dicho, le habrias dado tu mano? Ahora calcúla lo que por tí ha sufrido: fué desgraciado padre, y desgraciado esposo: víctima entregada á tu inaguantable tiranía. Su hija ha estado diez y ocho años desterrada: una casualidad la trae: teme con razon, que de un momento á otro aparezca en tu casa. Reparte igualmente su discreta ternura entre tí y ella: la busca, léjos de tus furores, un asilo honesto: tu genio suspicaz la descubre: al instante la preparas una obscura cárcel... Anda, anda muger injusta: acude á los tribunales... anda; pero sabe que su cárcel está aquí... Clemencia es mi esposa.

Abatida y muy confusa.

Ans. ¡Clemencia! ¡es su hija! ¡y esposa de vm.! ¡Ay de mi! ¡qué objeto de exêcracion no debo

yo ser á sus ojos! Ya pierdo las esperanzas: ni con mi vida puedo pagar mi delito: bien merecido tengo su entero abandono: conozco que ni aun me asiste derecho para implorar la misericordia: pierdo toda esperanza: todo lo pierdo... cúmplase mi fatal destino... voy por siempre á llorar al retiro y á la obscuridad...

En ademan de irse.

Ya no soy digna....

Desde dentro, con un grito de ternura.

Juan. ¡Basta, basta!

Que se iba tristemente, vuelve sobre sus pasos con ímpetu.

Ans. ¡Ay Dios mio! él es: esa es su voz... ¡Esposo! ¡que yo te vea, aunque sea por la última vez!

D. Guillelmo abre el gabinete, sale Don Juan, su muger se precipita á sus pies, y le dice:

¡Ay! Esposo, quítame esta vida.

La levanta.

Juan. No á mis pies, y sí en mis brazos debe descansar mi esposa: levanta.

Ans. ¡Dulce esposo!

Abraza á Clemencia.

Perdóname te pido... ¡Yo iba á perseguir la virtud de esta inocente, y añadir la infamia á sus desgracias!

Juan. Cesen tus pesares... Sosiégate, amiga.

Ans. No: jamas podré purgar tantos excesos de mi locura.

Juan. Todos están olvidados, si tú quieres ser feliz: todos nuestros corazones están unidos; y yo vengado.

Ans. ¡Amado esposo! aquí tienes esta esposa corregida: esta esposa enamorada de tí, que en su ciego furor sembró por tantos años la discordia y el espanto en su familia: esta muger que no ha experimentado mas venganza que benignidad é indulgencia... ¡Ah!... si esta terrible leccion no enmienda mi conducta, mereceré tu rigor: abandóname entónces para siempre.

Juan. Me haces dichoso... Tú lo serás con la constancia de tus promesas... Y á tí el mas prudente, y el mejor de los amigos, ¡quánto te debo!

Guill. Te lo ofrecí. Tu muger gana un triunfo algo pronto sobre su corazon... pero seguro, y que debémos creerlo.

Ans. Creedlo... En este dia me he visto en riesgo de que me abandonára para siempre la naturaleza y el amor: baste...

A Clemencia.

Y tú, ven, ven; dígnate ser hija de esta tierna madre.

Abrazándola.

Clem. ¡Ay madre! ¡ay padre! Yo olvido los pesares que me han afligido toda mi vida, al verlos recompensados con tan insignes beneficios.

Toma la mano de su marido, y dice á Don Guillelmo.

Ans. Aquí tiene vm. su obra...

Dando á Don Guillelmo la mano de Clemencia.

Y aquí su digna recompensa.

Coge despues la mano de Eugenia, que da á Don Narciso diciéndole:

Narciso: hé aquí tu premio.

Narc. ¡Qué contento! ¡Cielos!

Ans. Sí; quien piensa como tú, no es virtuoso á medias: quando yo te instaba porque vendieras á tu amigo, mas quisiste perder á tu adorada

Eugenia... Sí, únete á ella con el lazo mas solemne.

A Eugenia.

Y tú, hija mia, amándole, estima á tu esposo; acuérdate de tu madre, y maldice conmigo los infernales zelos.

Eug. ¡Querida madre! ¡quánto debo á vm.! pero si sus zelos se hallan corregidos, no son como se dice, un mal incurable.

A Don Narciso.

Y si los tengo... ya ves... me enmendaré.

Juan. Basta... Mis hijas y sus esposos vivirán conmigo: hagan el amor y la amistad la union de dos familias.

A su muger.

¡Y tú!... ¡tú! cuyo corazon está ya convertido para siempre: ¡alma querida! dí por experiencia á todos los que te están oyendo: no hay dicha en el matrimonio si falta el amor y la confianza.

FIN.

LS.C
T2556

195388

Author

Title Teatro nuevo espanol. Vol. 6.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU